



AMBITION  
REVENGE  
LOVE

# THE REBEL KING

ALL THE KING'S MEN BOOK TWO

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR




KENNEDY RYAN

# The Rebel King

SERIE ALL THE KING'S MEN - LIBRO #2.

KENNEDY RYAN

Esta es una traducción sin ánimo de lucro, hecha  
únicamente con el objetivo de poder tener en  
nuestro idioma las historias que amamos....  
Si tienes la oportunidad de comprar estos  
libros te animamos a hacerlo...

 **NO** vayas ir a las páginas de los autores a preguntar novedades de  
sus libros en español, si las traducciones que lees son de **foros** o  
**independientes** (*NO OFICIALES*)  

# THE KINGMAKER



## **PODER. PASIÓN. TRAICIÓN.**

Educado para gobernar, criado para liderar y destetado a una dieta de ambición despiadada. En un mundo de ricos y pobres, mi familia lo tiene todo, y yo no quiero tener nada que ver con ello.

Mi camino me lleva lejos de casa y me pinta como la oveja negra. En desacuerdo con mi padre, estoy decidido a construir mi propio imperio. Tengo reglas, pero Lennix Hunter es la excepción a todas ellas. Desde el momento en que nos encontramos, algo brilla entre nosotros. Pero mi familia le robó a la suya y mi padre es el hombre que más odia. Mentí para tenerla, y haré lo que sea para mantenerla. Aunque ella también intenta odiarme, no puede negar la inexorable

atracción que existe entre nosotros.  
**Y yo tampoco lo haré.**



## SINOPSIS

### **AMBICIÓN. VENGANZA. AMOR.**

Educada para resistir. Criada para luchar. La supervivencia está en mi sangre y la rendición nunca es una opción.

Aunque la rendición es lo que Maxim Cade exigió de mi cuerpo y mi corazón, yo tenía otros planes. Teníamos una fascinación y una química combustible, pero el hombre en el que confiaba todo era un timador. Un ladrón que robó mi amor. Si lo que teníamos era una mentira, ¿por qué se sentía tan real? El hombre al que juré odiar lo tendrá todo, y me quiere a su lado. Pero el poder es un juego, y nosotros somos los peones y los jugadores.

**Enfrentándonos a probabilidades insuperables, ¿ganaremos el mundo, o lo perderemos todo?**

# DEDICATORIA

*Dedicado a las hermanas que  
no escuchamos  
no buscamos  
nunca encontramos*

## NOTA DE LA AUTORA

Lennix, la heroína de esta historia, es una orgullosa miembro de la Nación Yavapai-Apache, una tribu de indios americanos. Algunas tribus marcan la transición de niña a mujer joven a través de una ceremonia de la pubertad conocida por varios nombres. Mi historia se basa en la versión de los apaches occidentales de este rito de paso, generalmente conocido como la Ceremonia del Amanecer o Danza del Amanecer. *Na'íí'ees*, que significa "prepararla", inculca en las jóvenes las cualidades que se consideran importantes para la edad adulta. La realización de este rito tiene consecuencias para toda la comunidad: bendición, salud y longevidad. Se cree que durante los cuatro días de la ceremonia, la joven está impregnada del poder de la Mujer Cambiante, la primera mujer, según la historia de origen de la tribu. Prohibidas a finales del siglo XIX por el Gobierno de los Estados Unidos en un intento de occidentalizar y absorber a los nativos, estas ceremonias se volvieron ilegales, por lo que tuvieron que practicarse en secreto hasta 1978, cuando se aprobó la Ley de Libertad Religiosa de los Indios Americanos. Este rito de transición es sagrado y fundamental en la vida y el desarrollo de muchas jóvenes mujeres Yavapai-Apache. Me acerqué incluso escribiendo sobre este rito con respeto, reverencia y sólo bajo la guía de varias mujeres indígenas para asegurarme de no tergiversar esta u otras tradiciones. También consulté a un chamán que supervisa estas ceremonias para asegurar la integridad de su representación. Cualquier error es mío, no de ellos. Además, estas damas me abrieron los ojos a la epidemia de mujeres indígenas desaparecidas y asesinadas, que se aborda en esta historia. Tengo una deuda de gratitud con las siguientes por su ayuda:

Sherrie - Apache/Yavapai  
Makea - Apache/Yavapai  
Andrea - Yavapai



Nina - Nación Apsáalooke

Kiona - Tribu Hopi, Liswungwa (Clan Coyote)

# PARTE I

*Cuéntame una historia.*

*En este siglo, y momento, de manía,*

*Cuéntame una historia.*

*Que sea una historia de grandes distancias, y de luz de las estrellas.*

**- Robert Penn Warren, cuéntame una historia.**

# 1. LENNIX



*Estoy corriendo.*

El viento del desierto me pasa por los oídos y me azota el pelo. Mis pies son plumas, ligeros, rápidos, pero mis brazos y piernas son de plomo, los músculos me duelen y arden. Los gritos, el aliento de mi tribu estimulan mi espíritu cuando temo que mi cuerpo falle.

*Corre.*

*Nistan.*

La palabra apache golpea al tiempo con mi corazón y corre por mis venas mientras corro en las cuatro direcciones.

*Este.*

*Sur.*

*Oeste.*

Me giro hacia el norte pero vacilo, deteniéndome cuando veo a la bella mujer de pie solemnemente entre la multitud que me aclama. El viento le quita el pelo oscuro de los hombros y sus ojos se fijan en mí.

—¿Mamá?— El susurro estrangulado se me atrapa en la garganta. Tropiezo hacia ella, la ceremonia olvidada. La carrera abandonada. Las lágrimas ruedan por mis mejillas y mis manos se extienden. Suplicando. Suplicando por el toque de mi madre sólo una vez.

La mezcla única de su jabón y champú y su aroma natural flota hacia mí. Anhelante, desesperado y agudo, me atraviesa con dolorosa familiaridad. Ya casi estoy allí, casi puedo tocarla, pero ella me señala con un dedo sobre el hombro. Apunta en la dirección en la que aún no he corrido.

*Norte.*

—Termina, Lennix,— dice, las palabras firmes e inquebrantables.

—¿Qué?

Sus labios se tensan. Sus ojos se abren. Es la feroz guerrera que vive dentro de la gentil madre, y grita.

—¡Corre!

Me despierto en una completa oscuridad, asustada, desorientada.

El pánico me abre la boca con un grito, y el sonido se hace añicos, cae alrededor de mis oídos. No puedo mover los brazos. Las cuerdas me muerden la piel, las muñecas atadas delante de mí.

*Oh, Dios mío. ¿Dónde estoy? ¿Qué es lo que está pasando?*

Quiero ser fuerte, pero un gemido se disuelve en mis labios.

—Lenny,— dice una voz a mi derecha.

*Conozco esa voz.*

—¿Wall?— La palabra se retuerce dolorosamente dentro de mi garganta. —¿Eres tú?

—Sí. Gracias a Dios que estás despierta.

—No puedo ver,— le digo, ahogando las lágrimas.

—Te pusieron una bolsa en la cabeza. En la mía también—.

Me vuelvo hacia el sonido de su voz y la tela gruesa me roza la mejilla. Un olor rancio obstruye mis fosas nasales. Estoy enterrada en arpillera y aire sin circular.

—Mierda, Lenny,— dice Wallace, alivio y tortura en su tono. —Pensé que te iba a dejar caer.

*¿Dejarme caer?*

El recuerdo se precipita hacia mí como el suelo cuando te caes, inevitable y discordante. El horror de un loco enmascarado colgándome de la ladera de una montaña. La sensación de sus dedos deslizándose alrededor de mi garganta. La visión de él esforzándose y luchando para mantenerme en el aire. La total indiferencia en sus ojos sobre si vivía o moría.

Las imágenes incendiaron mi corazón en mi pecho, el músculo ardiente y palpitante latiendo tan rápido que mi cabeza empezó a dar vueltas.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera?— Pregunto.

—No lo sé. Nos dispararon con algo que nos dejó fuera. Me desperté unos minutos antes que tú—.

—¿Entonces no tienes idea de cuánto tiempo hemos viajado? ¿Dónde podríamos estar?

—No—.

—Ahh, están despiertos,— dice una voz incorpórea que viene hacia mí de repente, una intrusión imprevista en la oscuridad que cubre mis ojos y oídos. Escucho el crujido de los pasos de una patada, siento una presencia delante de mí y me pongo tensa, mis músculos se preparan para un golpe o una bala. No tengo ni idea de cuál.

La bolsa es arrancada de mi cabeza. Estamos en una especie de cueva, y la luz que entra por la abertura, aunque tenue, me hace daño a los ojos. Sólo estamos Wallace, yo y el loco que nos trajo aquí. Le entrecierro los ojos, enmascarado como Abraham Lincoln, el monstruo sonriente con rizos rubios salvajes que me colgó en la ladera de una montaña como un insecto atrapado entre sus dedos.

—Pensé que te vendría bien una siesta mientras viajábamos,— dice. — Para tu propia comodidad, por supuesto.

—¿Qué quieren con nosotros?— Wallace pregunta, también le quitan la bolsa.

—Ha creado algo extraordinario, Doctor Murrow,— dice Abe.

Wallace frunce el ceño. —¿Extraordinario? ¿Qué quiere decir?

—Oh, no sea modesto.— Abe coloca el cañón de su rifle en el suelo y apoya el codo en la culata. —Ha hecho una cosa hermosa en su laboratorio, y hay mucha gente que pagará mucho dinero por ello.

—Wall, ¿de qué está hablando?

Wallace me mira, el miedo y el horror se le dibujan en la cara, y sacude la cabeza. —Oh Dios, Lenny. Siento mucho haberte metido en esto.

—¿Meterme en qué? ¿Qué demonios? ¿Qué está pasando?

—Lo que *está pasando*, bella dama,— interroga Abe, —no es de tu incumbencia ya que no tiene nada que ver contigo.

—Si no tiene nada que ver conmigo, entonces no te importará dejarme ir.

Su risa baja retumba y el interés se dispara en sus ojos. —Me gusta un poco de espíritu en una mujer.— Su risa muere abruptamente. —Pero no tanto. Sigue así y morirás antes de lo que he planeado.

—¿Planeado?— Wallace hace eco, sus ojos abiertos, sus cejas dobladas.

—Oh, sí. Todo está planeado.— Abe dice amablemente. —En realidad

no hay forma de que salgas viva de esto, señora, pero te irás cuando yo lo diga.

Sus palabras son un arma cargada, apuntando a mi cabeza, esperando que se apriete el gatillo. Siento la presión tan seguramente como un barril en mi sien.

—Pero primero,— dice, con los ojos brillantes de anticipación, — vamos a divertirnos.

Nos apunta con el arma de nuevo. —Levántense. Es hora del espectáculo.

## 2. MAXIM



Odio la política.

La política y el petróleo son dos de mis cosas menos favoritas. Mi hermano se presenta a presidente y mi padre es un barón del petróleo, si todavía usamos palabras como —barón.

Así que al diablo con mi vida.

—¿Me escuchaste, Maxim?— pregunta Kimba, sentada frente a mí en mi oficina. —Esto es importante. No pienses que porque es *The View* van a tirar pelotas blandas. Estas señoras asan a los candidatos.

Balanceo mi silla para ver Washington a través de la ventana de mi oficina, buscando los ecos de la arquitectura parisina, irónico porque dos ciudades no podrían ser más diferentes. —No soy un candidato,— le recuerdo. —Y O ni siquiera lo ha anunciado oficialmente todavía.

—Serás un representante del precursor del Partido Demócrata.—Se inclina hacia adelante, apoyando sus codos en mi escritorio. —Y acabas de ser votado como uno de los solteros más elegibles de Estados Unidos. Usa esta apariencia para construir algo de buena voluntad para tu hermano. Lo mencionarán.

¿Sería inmaduro meterme un dedo en la garganta y vomitar mi almuerzo? No fue gran cosa. Tostadas de aguacate o alguna mierda que trajo Jin Lei. Apenas mancharía la alfombra.

He sido votado como uno de los solteros más elegibles de Estados Unidos por varios años consecutivos y nunca he salido en *The View* o incluso he reconocido este... dudoso honor. Pero para Owen, Kimba me está obligando a hacerlo. ¿Debería decorarme como una carroza en el desfile del Día de Macy's, también? Eso es sólo *un poco* menos de pompa y circunstancia que esta aparición en *The View*.

—Tienes que acostumbrarte a representar a tu hermano en programas como este.— Kimba sigue hablando. —Tienes que recordar *su* posición en cosas como el cambio climático.



*Oh, esto llama mi atención.*

Me balanceo de vuelta para enfrentarla. —¿Te refieres al hecho de que definiendo un plan mucho más agresivo para el cambio climático que Owen?— Pregunto, falsamente, ligeramente.

—Sí. Es sólo que se está deslizando un poco a la derecha en este tema.

—Yo no me deslizo.

—Todo el mundo se desliza hacia el centro cuando está corriendo.

—Yo tampoco corro, pero si lo hiciera, seguro que no me deslizaría. Todo el mundo y sus madres saben cuál es mi posición sobre el cambio climático. ¿Crees que mentiré sobre eso ahora?

—Nunca te pediría que mintieras,— responde Kimba con dureza. — Sólo te pido que expreses la posición de tu hermano.

—Estaré encantado de hacerlo,— estoy de acuerdo con un asentimiento, —y digo que creo que su posición debería ser más fuerte.

—Maxim, vamos.

—La gente no es estúpida y sus recuerdos no son tan cortos. Saben que mi hermano y yo no compartimos exactamente los mismos puntos de vista sobre el cambio climático. Está bien que haya algo de luz entre nosotros en este tema. Ignorar nuestras diferencias no es la forma de arreglar los problemas, y tampoco lo es centrarse en ellos. La gente está harta de discutir. Están cansados de que los políticos se peleen y comparen pollas y no hagan nada. Quieren líderes que dejen de lado sus diferencias el tiempo suficiente para ayudar a alguien.

—Sabes,— Kimba frunce el ceño un poco e inclina la cabeza para mirarme. — Eso tiene sentido.

—Por supuesto que sí.— Yo sonrío y guiño el ojo. —Sólo porque no me gusten estas cosas no significa que no sea bueno en ello.

Los dos nos reímos y Kimba vuelve a prestar atención a la lista de — cosas divertidas— que quiere que recuerde.

—¿Eso es todo?— Pregunto después de otros veinte minutos de revisar la posición de Owen en varios temas. —¿Hemos terminado?

—Terminamos.— Kimba mete su iPad y su portátil en su bolso. — Buena charla. Te enviaré notas por correo electrónico y volveré con más detalles sobre la apariencia de The View.

—Intentaré contener mi emoción mientras tanto.

—Mira, sé que tu hermano aprecia que estés así. Tener un sustituto de tan alto perfil y tan popular como tú hace el trabajo mucho más fácil para Lenn y para mí.

Cuando Kimba menciona a Lennix, automáticamente reviso mi teléfono como lo he hecho en los últimos dos días. Todavía nada.

—¿Sabes algo de ella? Nix, quiero decir.

—No, pero eso no es inusual cuando ella va a estos viajes de servicio. La recepción suele ser mala y el Wi-Fi es irregular. Llamaré cuando pueda.

—Sí, por supuesto, tienes razón.

—Y Wallace está allí con ella.

—¿Eso debería hacerme sentir mejor?— Me paro y camino para apoyarme en la esquina de mi escritorio. —¿Que está en una jungla con su ex?

Kimba mueve su bolso sobre su hombro y me nivela con una mirada medio divertida, medio exasperada. —Estás bromeando, ¿verdad? Sabes que ella y Wallace son...

—Sé que solían salir juntos. No una relación falsa como ella me dejó creer esta vez, sino una verdadera relación.

—Eso fue hace años, y no duró mucho tiempo.

—Sí, tienes razón.—Sacudo la cabeza. —Tal vez sólo estoy paranoico. Algo se siente... mal.

Cuando te pones en situaciones peligrosas con suficiente frecuencia, tus instintos de supervivencia se perfeccionan y aprendes a confiar en ellos.

—Bueno, no pasa nada,— dice Kimba. —Créeme. Ya he pasado por siete de estos viajes con Wallace y Lennix. Están bien. Tengo una última cosa que olvidé decirte.

Su teléfono suena y mira la pantalla. —Dame un segundo. Es Viv.

Ella contesta. —Hola, Viv. Estoy en una reunión. Déjame llamarte ahora mismo...

Sus cejas se agrupan, pero se ríe. —Maldición, V. Más despacio. No puedo entender una palabra de lo que dices.

El ceño fruncido de Kimba se profundiza, su expresión pasa de

divertida a confusa y a horrorizada en cuestión de segundos. Un trago mueve los músculos de su garganta y ella toma un aliento tembloroso.

—¿Quién? ¿Quién tiene a Wallace?

Esa intuición que me ha molestado durante días se convierte en una auténtica sensación de enfermedad. Me acerco para ponerme a su lado. Sé que estoy demasiado cerca, apretujándola, pero necesito oír exactamente lo que se dice.

—¿Quién lo tiene?— Pregunto. —¿Lennix está bien?

—Yo, yo...— Kimba cierra los ojos y se pone la mano en la frente. —V, no lo entiendo.

—Kimba, ¿qué demonios? ¿Está bien Nix?

—Viv, voy a ponerte en el altavoz.—Kimba se quita el teléfono de la oreja, toca la pantalla y la pone boca arriba. —Maxim está aquí conmigo.

—Maxim, hola.—La voz temblorosa de Vivienne sale por el altavoz.

—Lo siento, estoy por todas partes. Yo sólo...— Su voz se quiebra en un sollozo.

—Vivienne, ¿puedes decirme qué ha pasado?— Intento mantener mi voz a nivel. —¿Quién tiene a Wallace? ¿Qué está pasando?

—Mis... mis padres recibieron una llamada hace una hora de CamTech.

—¿Quién es?— Exijo.

—Es el laboratorio para el que trabaja Wallace,— dice Kimba.

—Sí, llamaron para decir que habían recibido un video,— continúa Vivienne, con la respiración entrecortada, angustiada.

—¿Qué tipo de vídeo?— Pregunto.

—Un video de rescate,— dice Vivienne. —Un grupo en Costa Rica ha tomado a Wallace como rehén.

—¿Y Lennix?— Fuerzo las palabras. Es muy probable que ella no estuviera con él en ese momento. Puede que esté a salvo.

*Dios, por favor, deja que esté a salvo.*

Pero algo en mis entrañas se retuerce como si ya supiera la respuesta.

La angustia de Vivienne es palpable incluso por teléfono, incluso antes de que responda. —También la tienen a ella.

Rabia, frustración, miedo... un cóctel tóxico de emociones se agita

dentro de mí. No sabía que se podía *ver rojo*, pero es como si alguien hubiera derramado un cubo de sangre sobre mis ojos. Sed de sangre, asesinato, venganza... esas cosas están manchadas de rojo por todas partes.

—¿Quién carajo la tiene?

Los ojos de Kimba se acercan a los míos, abriéndose.

—Lleva una máscara, así que no lo sabemos,— dice Vivienne. —El tipo del vídeo lleva una máscara.

—¿Hay un video? Lo necesito.—Me acerco a la puerta de mi oficina abierta. Mi asistente está en su escritorio, estudiando los informes que discutimos antes de que llegara Kimba.

—Jin Lei, llama al director general de...— Giro mi cabeza hacia Kimba. —¿Cómo se llamaba la empresa? ¿CamTech?

—Sí,— dice Kimba, parpadeando rápidamente, todavía sosteniendo el teléfono.

—Ponga al director general de CamTech al teléfono ahora mismo,— le digo a Jin Lei. —Y Grim. Comunícame con Grim. Dondequiera que esté, lo que sea que esté haciendo, pon su trasero en un avión. Puede llamarme desde el aire para informarme, pero dile que no espere.

—Lo tengo.— Jin Lei asiente con la cabeza y coge su teléfono.

Cruzo de nuevo a Kimba y Vivienne, todavía en el altavoz.

—¿Qué más puedes decirme?— Pregunto. —Dijiste que contactaron a tus padres, Viv. ¿Sabes si se han puesto en contacto con el Sr. Hunter?

—Um, sí. Creo que sí,— responde Vivienne. —Él estaba hablando con CamTech.

—Mierda.— Sacudo la cabeza. —Necesito llegar a él. No quiero que trate con esos parásitos de la farmacia. No se pondrán a su nivel. Creo que esta es una situación de S&R.

—¿S&R?— Kimba pregunta débilmente. —¿Como un seguro de secuestro y rescate?

—No mencionaron el seguro,— dice Vivienne con incertidumbre.

—No lo harían,— les digo. —Tan pronto como anuncian que tienen S y R, se anula. En la mayoría de los casos, los empleados ni siquiera saben que la compañía tiene una póliza de S y R. De lo contrario, algunos podrían crear una situación de rehenes para cobrar el pago

por sí mismos. Los objetivos de alto valor como los directores generales tienen que tenerlo. La empresa paga el rescate y luego la política reembolsa el pago. No puedes hablar de ello, pero los secuestradores saben cómo funciona.

—El Sr. Hunter debe estar enloqueciendo.— Kimba se muerde el labio inferior.

—Llámallo,— le digo. —Necesitamos saber todo lo que dijo CamTech y lo que le dijeron a los secuestradores. Y necesito ese video, Vivienne.

—No lo tengo,— dice. —Le dijeron a mis padres que no lo compartieran con nadie, y querían seguir todas las instrucciones al pie de la letra. Así que literalmente lo vi a través de FaceTime con ellos.

—No te preocupes,— digo. —Lo conseguiré. Tengo que llamar al padre de Nix ahora, pero mantennos informados.

—Vale,— dice Vivienne, un temblor en su voz. —¿De verdad crees que los recuperaremos?

—Claro que sí. Y el hijo de puta que los tomó será el que pague.

—Aguanta, chica.— Kimba dice. —Te quiero.

Desconecta la llamada con Vivienne y se sujeta el teléfono en el pecho por un segundo.

—Dios, estoy temiendo esta llamada,— dice, con sus ojos marrones solemnes. —No puedo creer que le esté pasando al Sr. Hunter de nuevo. Esto es exactamente lo que él teme desde que su madre desapareció.

—No volverá a pasar nada.— Me niego incluso a considerar que el Sr. Hunter no volverá a ver a Lennix. Que no lo haré. —Llámallo. Necesito toda la información tan rápido como pueda conseguirla.

Ella asiente y marca, manteniéndolo en el altavoz.

—¿Kimba?— La preocupación pesa la voz del hombre en el otro extremo. —Estaba a punto de llamar. Alguien tiene a Lennix.

—Viv nos dijo,— dice Kimba, parpadeando entre lágrimas. —¿Qué es lo que sabes?

—No mucho. CamTech llamó para decir que habían sido contactados por un grupo en Costa Rica que tiene a Wallace de rehén, y que también tienen a Lennix.

—¿Te dieron un nombre para el grupo?— Pregunto.

La línea se calla, y prácticamente oigo los engranajes girando en la mente rápida del profesor.

—Lo siento, Sr. Hunter,— dice Kimba precipitadamente. —Debería habérselo dicho. Lo tengo en el altavoz para que Maxim también pueda oír.

—¿Maxim?,— pregunta. —¿Maxim qué?

—Uh, Maxim Cade, señor,— respondo.

—¿El ecologista?— pregunta, obviamente confundido.

—Eh... ¿sí?

—¿Cómo está involucrado en el caso de mi hija, Sr. Cade?

No me conoce. Me duele por un segundo que conocí a Lennix cuando tenía diecisiete años, y nunca *he tenido* una conversación con su padre.

—Yo...

—Es un amigo nuestro,— interviene Kimba, extendiendo sus ojos hacia mí de forma cautelosa. —*Más tarde*,— dice.

—Oh, sí,— dice el Sr. Hunter, comprendiendo su voz. —Recuerdo que dijo que dirigía la campaña de su hermano, pero no se anunciaría públicamente hasta febrero.

*Mi hermano. Wow.*

—Sí, señor. Nix es, ejem, una amiga íntima, y quiero ayudar.

—¿Nix?— Se ríe débilmente. —Nunca he oído a nadie llamarla así antes.

*Bien. Eso es mío. Ella es mía.*

—¿El grupo?— Presiono. —¿Dijeron un nombre?

—No, en el video...

—¿Puedes enviarnos el video?

—Bueno, el representante de CamTech dijo que no puedo compartirlo con nadie,— dice el Sr. Hunter, sus palabras se arrastran como si no estuviera seguro de qué hacer.

—Maxim tiene muchas conexiones, como puedes imaginar,— dice Kimba. —Por supuesto, no lo compartiremos con los medios de comunicación ni con nadie más, pero lo necesitamos si vamos a ayudarla.

—Está bien.— La reticencia de un guardián de las reglas aún perdura en su voz. —Lo enviaré, pero necesito advertirte. El video... es malo, y

la han lastimado.

Mi sangre se congela en mis venas.

—¿Cómo que la han lastimado?— Pregunto, mis palabras son contundentes, cortas.

—Lo verás en el vídeo,— dice el Sr. Hunter. —Su garganta... Dios, ¿y si... si ella...?

—La traeré de vuelta.— Suavizo mi voz en una falsa confianza. Nunca he tenido más miedo en mi vida.

—¿Todavía tiene mi correo electrónico, Sr. Hunter?— pregunta Kimba, sacando el iPad de su bolso. —Sólo envíelo allí.

—Sí,— responde. —El video no es largo. Me quedaré en la línea mientras lo ves y podrás decirme qué debo hacer a continuación.

En unos momentos, ella recibe el correo electrónico y hace clic en el enlace del vídeo.

Aparece un rostro, o mejor dicho, una máscara. Un hombre alto, desgarrado por los músculos y con una camiseta de Kurt Cobain y una máscara de Abe Lincoln, ajusta la cámara. Están en un espacio oscuro, iluminado tenuemente con unas pocas luces colgadas a lo largo de la pared trasera.

—Hola,— dice, su voz tan estadounidense como el presidente tras el que se esconde. Él saluda, y la máscara se mueve con su sonrisa. —No te dejes llevar por la máscara. Sé que es una especie de... —Se toca la barbilla como si buscara en su mente. —... cómica, pero te aseguro que hablo completamente en serio.

Inclina la cabeza, llamando a alguien fuera de cámara para que se presente. Wallace entra en el cuadro, sus pasos son reacios y sus ojos se lanzan nerviosamente de la cámara hacia el hombre armado.

—Di tu nombre,— dice Abe.

Cuando Wallace no responde de inmediato, Abe le da un golpecito en la cabeza con la culata de un arma semiautomática. Wallace se estremece.

—Di tu nombre,— ordena Abe de nuevo.

Wallace mira a la cámara desde abajo con el ceño fruncido, sus ojos ansiosos, huecos. —Wallace Murrow.

—Como el equipo de CamTech sabe,— dice Abe, —el Doctor Murrow



ha estado haciendo cosas revolucionarias con su vacuna.

Kimba y yo intercambiamos una mirada rápida. Levanto mis cejas, preguntándole en silencio si sabe qué vacuna. Sacude la cabeza y vuelve a prestar atención al video.

—Quiero mantener esto simple,— dice Abe. —Si quieren recuperar a su chico maravilla, les costará diez millones de dólares y la fórmula de la vacuna que él ha estado desarrollando.

—¿Qué puedes pensar que podrás hacer con ella?— Wallace pregunta, con la voz alta y los ojos bien abiertos.

Abe golpea el lado de la cabeza de Wallace con la culata de su pistola. Wallace gruñe de dolor, retrocede y otro hombre enmascarado, este que lleva a Richard Nixon, lo saca del cuadro.

—Como pueden ver...— Abe suspira dramáticamente. —Todavía estoy entrenando al Doctor Murrow a comportarse, pero tengo otro rehén. Él conoce el trato.

Inclina la cabeza hacia la cámara y Nixon regresa, llevando una figura encorvada con una bolsa negra cubriéndole la cabeza en el cuadro.

—Este es Paco,— dice Abe, arrancando la bolsa de la cabeza del hombre. —Paco, saluda a la buena gente de la casa.

El tiempo ha cincelado profundos surcos a lo largo de la boca del hombre y en su frente. Su piel morena se hunde alrededor de su mandíbula y su pelo, antes oscuro, es más sal que pimienta. En sus ojos, cuando mira a la cámara, hay miedo y una solemne resignación.

—*Dije*,— enfatiza Abe, —saluda a la gente en casa, Paco.

Se inclina hacia abajo y susurra en voz alta: —Me haces quedar mal, colega.

—Hola,— dice Paco, el inglés sonando forzado y extraño en sus labios.

—Paco aquí,— dice Abe, —es lo que me gusta llamar desechable. Momento equivocado, lugar equivocado. No lo necesito. Sólo necesito al Doctor Murrow, ¡pero no te preocupes! Paco tiene un propósito.

Abe saca una magnum.357 de la cintura de su pantalón de camuflaje y la presiona contra la sien de Paco. El anciano inmediatamente comienza a lloriquear, con los ojos cerrados. Levanta sus muñecas esposadas por el plástico y junta las palmas de sus manos para rezar.

Capturo los ocasionales "*dios*" y "*ave maría*" ensartados en un rosario de miedo y súplicas.

La voz de Abe se vuelve de madera, sus ojos como el mármol. —Paco va a demostrar que hablo en serio.

Aprieta el gatillo sin más, la bala entra en la sien de Paco en un chorro de sangre y violencia. Paco cae como un dominó, poniendo en movimiento mil millones de cosas dentro de mí.

—¡Jesús!— Kimba deja caer el iPad en mi escritorio como si la sangre y la materia gris hubieran salpicado su ropa. Aterrizo boca abajo, y yo estabilizo mis manos para darle la vuelta y así poder seguir mirando.

—¿Ves?— El tono agradable de Abe ha vuelto, su máscara manchada con la sangre de Paco. —Negocios. No hago amenazas ociosas, Sr. Vale.

—¿Quién es el señor Vale?— Kimba pregunta, con la voz y las manos temblorosas.

—Director General de CamTech,— Jin Lei responde desde la puerta.  
—Está en la línea.

No respondo, pero mantengo el dedo en la mano de Jin Lei para poder ver el resto del macabro espectáculo de este lunático.

—Ya eres responsable de la muerte de un inocente,— dice Abe y se vuelve hacia Nixon. —Tráiganla.

Kimba y yo nos miramos en un silencio tan tenso, que los músculos de mi cuello y mi espalda gritan, preparados para lo que sucederá a continuación.

El hombre de la máscara de Nixon guía a la mujer hacia adelante con una camiseta, unos jeans y una bolsa negra sobre su cabeza. Abe la empuja para que se pare directamente frente a él.

—Ahora esta segunda rehén, aunque tan desechable e inútil para mí como el viejo Paco...— Hace una pausa y se persigna con la pistola. —Descansa en paz, Paco...

Se ríe maniáticamente.

—¿Dónde estaba yo? Ah, sí. Mi *otra* rehén. Seguramente vale más para algunos de ustedes que el querido Paco. He oído que es muy importante en casa. Permítanme presentarles a la próxima persona que morirá si no recibo mi vacuna en cuarenta y ocho horas.

Arranca la bolsa de la cabeza de la mujer y un río de pelo de tinta cae sobre sus hombros. Abe presiona su pistola en la sien de ella y todo se ralentiza. El mundo se detiene por completo y lo único que sigue en movimiento es la sangre que corre por mis venas como caballos salvajes, como mustangs. Incluso con el alboroto de mis emociones, una fría calma preternatural cae sobre mí. En este momento, sé dos cosas como si supiera mi propio nombre.

La primera es que ya no puedo llamar a lo que siento por la obsesión de Lennix, mera atracción, o cualquier otra cosa que no sea lo que es. Estoy absoluta e irrevocablemente enamorado de ella. Lo sé porque siento como si Abe me apuntara con un arma en la cabeza. Sé que si su vida se ha acabado, en todos los aspectos que cuentan, la mía también. Estamos inextricablemente unidos en el corazón, incluso separados por miles de kilómetros. Ojalá hubiera sido lo suficientemente claro, lo suficientemente valiente para decírselo antes de que se fuera. Desearía que estando allí en las garras de este lunático, ella ya tuviera la seguridad de esas palabras, la certeza de que la amo tan profundamente y no dejaré de luchar, buscándola hasta que esté a salvo. Hasta que esté en casa.

La segunda cosa que sé con absoluta certeza es que mataré a este hombre enmascarado yo mismo. *Personalmente.*

El único sonido que escucho es mi corazón latiendo a un ritmo letal.

*Muerte. Muerte. Muerte. Muerte.*

Moretones negros y púrpuras resuenan en la garganta de Lennix como si alguien hubiera intentado estrangularla. Ella mira al muerto en el suelo y jadea, cerrando los ojos por un momento.

—Mira a la cámara, bella dama,— dice Abe, su voz agradable, pero tan dura y fría y desquiciada como un témpano de hielo. —Ahora díles tu nombre.

Cuando ella no habla, él le recoge el pelo con el puño y la sacude, obligándola a mirar a la cámara. En una mirada, esos ojos me transportan de vuelta a la Antártida, un horizonte que predice tormentas más adelante. Los ojos de agua de Lennix, sus ojos guerreros, me dicen que aún no ha terminado.

El presiona el cañón del arma más profundamente en su sien hasta

que ella hace una mueca de dolor. Respira hondo y levanta las manos, atadas a las muñecas con puños de plástico, para apartar de su cara los cabellos sueltos. El brazalete de la brújula que le di a ella brilla en la luz.

*Es porque encontramos el camino de regreso al otro.*

Mis palabras de la noche en que le di el brazalete me persiguen. ¿Nos encontramos de nuevo sólo para que nos arrebaten nuestra segunda oportunidad? Debí haberle dicho entonces que la amaba. Debí haberla sofocado con ello, debí haberla mantenido conmigo y ordenarle que no se fuera. Eso no habría salido bien, pero mi instinto intuía el peligro. Incluso cuando Wallace me aseguró que era seguro. A pesar de que ha hecho varios viajes y nada ha salido mal, debería haberla detenido.

Fallé.

—Dije, diles tu nombre.— Abe justifica las duras palabras y las escupe en su oído.

El mentón de Lennix se inclina de esa manera desafiante que he visto desde el día que nos conocimos, y le ruego en silencio que cumpla, que coopere hasta que yo pueda llegar. Hasta que pueda encontrarla y matar a este hijo de puta por ella.

—Me llamo Lennix Moon Hunter.

—Y ella...— empieza Abe.

—Lennix Moon Hunter, Nación Yavapai-Apache,— dice, con voz feroz, sus ojos se iluminan para la batalla. —Los últimos guerreros en rendirse. Y yo soy la niña que persigue las estrellas.

Gira la cabeza para encontrar ojos azules brillantes a través de las rendijas de la máscara, cada línea de su cuerpo una declaración de guerra. Mi corazón se contrae con el miedo por ella. Está vulnerable de todas las maneras posibles. Podría dispararle ahora mismo. Podría violarla. Podría cortarle la cabeza. Podría alejarla de mí para siempre, y si no está asustada, estoy lo suficientemente aterrorizado por los dos.

Un largo momento se extiende entre ellos, y no está claro quién está conquistado y quién es el conquistador, pero sé quién tiene el arma.

—Tienes cuarenta y ocho horas,— repite Abe, sosteniendo sus ojos un

segundo más antes de mirar directamente a la cámara para sus últimas palabras. —Y entonces morirá.

### 3. MAXIM



Un espeluznante silencio preside mi oficina durante unos segundos cuando la pantalla se oscurece. Dejo que todo el peso y el peligro de la situación se apoderen de mí, y luego me enfrento a este desafío de la misma manera que todos los demás. Enfocado, metódico, y sólo considerando un resultado favorable.

—¿Sigue ahí, Sr. Hunter?— Pregunto.

—Sí.— Se aclara la garganta, pero el miedo es obstinado y persiste en su voz. —Estoy aquí.

—¿Cuándo enviaron este video?

—Um... hace un poco menos de una hora. Cincuenta y siete minutos. Puse el temporizador en mi reloj.

Hago lo mismo, mi corazón se acelera con los segundos rápidos una vez que presiono el botón para la cuenta atrás.

—¿Qué te dijo CamTech?— Miro a Jin Lei, de pie en la puerta y digo:

—*Vale es el siguiente.*

—Dijeron que tienen un negociador que se ocupa de los secuestradores,— dice el Sr. Hunter. —Y que no tiene ninguna demanda para Lennix aparte de la vacuna.

—¿Qué significa eso?— Kimba pregunta.

—Es lo que quiso decir con lo de que ella es desechable,— digo con tristeza. —La usarán para presionar a CamTech para conseguir lo que quieren, pero no piden la liberación de Lennix. Sólo los diez millones y la vacuna a cambio de Wallace.

—¿Y qué hacemos?— El Sr. Hunter pregunta, el pánico enhebrando sus palabras.

—Déjeme trabajar en esto, señor.— Asiento con la cabeza a Jin Lei, indicando que estoy listo para el Director General de CamTech. — Mientras tanto, me gustaría llevarlo a Washington. Puedo tener un avión allí en unas horas.

—¿Volar hasta allí?— pregunta. —¿Por qué?

—Porque yo estoy al mando de esto. Necesito que confíe en mí. No podemos dejar la seguridad de Lennix a CamTech. No tienen ningún interés personal en salvarla. Necesitamos establecer nuestra propia línea de comunicación con los secuestradores. ¿Entiende?

—Creo que lo entiendo, Sr. Cade,— dice el padre de Lennix en voz baja. —Y creo que usted es más que un simple amigo de Lennix.

Estoy tentado de afirmar exactamente qué y quién soy para su hija, pero si ella no se lo ha dicho, no me corresponde.

—Mi asistente, Jin Lei, obtendrá su información y le enviará los detalles,— yo respondo en su lugar.

—¿Ella...?— Su voz se quiebra, y las lágrimas espesan su voz. —Esa es mi pequeña niña, Sr. Cade. ¿Entiende? No puedo... No puedo perderla.

*¡Yo tampoco puedo perderla!*

Quiero gritarlo. Gritar que me está costando toda mi disciplina mantenerme concentrado y seguir adelante cuando mi cerebro sólo quiere dar vueltas con todas las horribles posibilidades.

—Juro que encontraré la manera de recuperarla.— Es una promesa que le hago a él y a mí mismo.

—Gracias.— Aspira y se aclara la garganta. —Lo siento. Estaré allí tan pronto como pueda.

Cuando cuelga, Kimba y yo nos miramos el uno al otro por un puñado de segundos tensos.

—Maxim,— dice, presionando sus labios y parpadeando rápidamente.

—Sé que lo intentarás, pero ¿qué pasa si...

—No lo digas.— Levanto el teléfono con la luz intermitente en mi escritorio. —Ni siquiera lo pienses.

Su mirada llorosa sostiene la mía por un momento, antes de que asienta, suelta un largo aliento y se inclina hacia atrás en su asiento. Presionando el auricular en mi oreja, toco el botón y pongo en la línea al Director General de CamTech que ha estado esperando.

—Señor Vale, gracias por esperar. Siento haber tardado tanto.

—Sr. Cade.— Una voz culta cruza la línea. Reconozco la Ivy League cuando la oigo. —Estoy sorprendido por su llamada, pero



complacido, obviamente.

*Obviamente.* — Llamo por su situación con los rehenes en Costa Rica.

Su pausa en la otra línea telegráfica sorpresa y precaución.

— ¿Cómo... qué sabe de nuestra situación?

— Sé que su empleado, el Doctor Murrow, está siendo retenido como rehén junto con Lennix Hunter. Sé que un rehén ya ha sido ejecutado, y que los secuestradores amenazan con matar a la Srta. Hunter en cuarenta y ocho horas a menos que su compañía cumpla con sus demandas.

— Se supone que solo la familia y los seres queridos tienen esa información.

— Soy importante, — digo, luchando por mantener la dura demanda fuera de mi voz. — Dígame con qué estamos tratando.

— Estoy seguro de que usted, como Director General como yo, entiende la naturaleza confidencial de una operación tan sensible como esta.

— No soy un Director General como tú. Podría comprarlo varias veces, y lo sabe, que es la única razón por la que tomé mi llamada. Pregunté por el estado de estas negociaciones, y le agradecería que dejara de mentirme.

— Mire, Cade, — dice, su tono se endurece en el cemento. — Este es un asunto confidencial de la compañía, y no es de su incumbencia.

— La Srta. Hunter es de mi incumbencia. ¿Quiere decirme qué demonios tiene de especial esta vacuna que están exigiendo? ¿O le gustaría que mi equipo empezara a cavar? Porque si empezamos a cavar, no se sabe lo que encontraremos, y no dudaré en entregarlo al FBI y al CDC, lo que sospecho que ya debería haber hecho.

Está callado en la otra línea, confirmando silenciosamente que mis instintos no me engañan.

— ¿Tengo razón, Vale? Esta vacuna debe ser muy especial, y si aún no ha traído al CDC, lo cual parece que no ha hecho, entonces aún está tratando de mantenerla fuera de su radar. Le prometo que si no me dice todo, le daré un toque tan fuerte a su mierda, que el FBI estará en su puerta en la próxima hora. ¿Está claro?

Él *ahems*. — Sí, lo escucho.

—Entonces hable.

—Hay una organización humanitaria internacional que ha creado ciertos... incentivos para las compañías farmacéuticas que encuentran maneras de aumentar la eficacia de las vacunas en las naciones en desarrollo,— dice. —Y, antes de que pregunte, no puedo revelar el nombre de esta organización.

—Continúe.

—El Doctor Murrow lidera el equipo de CamTech que ha pasado los últimos dieciocho meses enfocado en la eficacia de una cepa de la vacuna contra la tuberculosis.

—¿Y?

—Y ha hecho un progreso increíble. Le insto a que lo que voy a decir quede entre nosotros.

—Tengo un especialista en seguridad que puede involucrarse en el proceso de negociación para la extracción de la Srta. Hunter. Puede que necesite saberlo, pero puedo garantizarle su silencio y confianza.

La exhalación frustrada de Vale cruza la línea. —Si esto sale a la luz...

—Cada minuto que pierda es un minuto que la Sra. Hunter está perdiendo. Dígame lo que necesito saber. Ahora, y nada de tonterías.

—El Doctor Murrow desarrolló una especie de súper vacuna. Por supuesto, ya sabe cómo funcionan las vacunas. Contienen suficiente de la enfermedad para activar el proceso defensivo de nuestros cuerpos. Cuando nos encontramos con una infección, tenemos células que aprenden a combatirla.— Se aclara la garganta, un sonido de vacilación e incomodidad. —Al tratar de crear una vacuna para la TB que fuera más fuerte y más efectiva en las naciones en desarrollo, el Dr. Murrow inadvertidamente creó algo tan fuerte que esencialmente ‘engaña’ al mecanismo defensivo del cuerpo para que crea que ha aprendido a contrarrestar la infección, pero luego en realidad aumenta los síntomas hasta que muere.

*Mierda.*

—¿Muere?

—No hemos llegado a la etapa de pruebas con humanos,— continúa Vale, —pero todas las pruebas con animales que hemos realizado hasta ahora muestran los marcadores de algo bastante innovador.

—Y peligroso. ¿Aún no ha alertado al CDC sobre esto? Seguramente hay directrices que requieren que lo haga.

—Sr. Cade, nuestro plan era notificar al CDC cuando estuviera más claro lo que realmente tenemos y cómo podría ser utilizado. Era alto secreto. Alguien con conocimiento de los detalles debe haber filtrado el proyecto. Estamos tratando de sacar nuestra rata ahora.

—¿Y cómo quiere usarla el secuestrador?

—Estoy especulando, por supuesto, pero creo que tiene... clientes que ven el valor potencial de convertir la vacuna en un arma.

—En la guerra bioquímica, quiere decir.

—Sí, supongo que sí.

El aire silba a través de mis dientes por el asombroso efecto que esta cosa podría tener.

*Es imposible que CamTech entregue la vacuna. No pueden.*

Respiro con calma para no tirar el teléfono por la ventana de mi oficina. —¿Entonces su plan es qué?

—Hemos abierto negociaciones con el secuestrador,— dice Vale. —Estoy seguro de que sabe cómo funciona esto. El gobierno de EE.UU. no negocia con terroristas y rara vez se involucra en situaciones de rehenes extranjeros privados. Si se enteran de la vacuna en esta etapa, la confiscarán y cualquier registro pertinente. Si mi rata se entera de que ya no tenemos la vacuna y les avisa...

—No tendrán ninguna ventaja con el secuestrador.

—No se equivoque, Cade, nunca entregaremos esa vacuna. Nuestra única esperanza es convencer al secuestrador de que se conforme con el dinero. ¿Puede imaginarse esto como un arma en lo que sería esencialmente una subasta en el mercado negro? No hay forma de que dejemos que eso nos llegue a nosotros. Eso sería una pesadilla de relaciones públicas.

—Sin mencionar a toda la *gente* que podría morir si cae en las manos equivocadas,— digo. —¿O se ha olvidado de eso?

—Por supuesto, esa es nuestra principal preocupación.

—Por supuesto que lo es,— digo, mis palabras cargadas de sarcasmo.

—Así que de nuevo, ¿cuál es tu plan?

—Tenemos S y R sobre el Doctor Murrow. Nuestro seguro provee un

negociador para intervenir y hacer que el rescate sea lo más bajo posible.

—Lo que típicamente toma semanas, a veces meses.—Mi mano se aprieta en un nudo a mi lado. —Ese hijo de puta matará a Lennix en cuarenta y ocho horas.

—Haremos todo lo posible para incluir la seguridad de la Sra. Hunter en los términos que negociemos.

—Este es un loco, Vale. Puede que quiera su dinero para financiar lo que sea su agenda, pero eso no es lo que lo alimenta. El dinero no será suficiente.

—Bueno, no podemos entregar la vacuna. Ya lo sabe. ¿Qué sugiere?

—Como dije, tengo mi propio especialista en seguridad, Brock Grimsby. Autorice a su negociador a informar completamente a mi chico de la situación. Yo determinaré lo que haremos a partir de ahí.

—¿*Usted lo* determinará? No crea que puede entrar y hacerse cargo de esto. Esta sigue siendo mi operación a gestionar. Tenemos un plan de crisis.

—Le ha dado a Lennix cuarenta y ocho horas de vida. Por lo que he oído, su plan de crisis no incluye una forma de detenerlo, así que me haré cargo de esto. Póngase en mi camino y sea aplastado, Vale. Usted y esa glorificada farmacia que está dirigiendo.

—Glorificada...

—No tengo tiempo para complacerlo. No tengo tiempo para acariciar su ego. Hay una cosa que me importa ahora mismo, y es traerla a ella a casa.

—¿Y el Doctor Murrow?

—Sí, él también, pero al menos el secuestrador podría negociar por él. Considera que Lennix es desechable.— La horrible imagen de la ejecución de Paco se repite en mi cabeza. —Y hemos visto cómo trata a los rehenes desechables. Terminan muertos.

## 4. MAXIM



—CamTech no puede ayudarnos, King.

La evaluación contundente de Grim cae sobre mí con un peso aplastante. He tratado todo el día de atacar una cosa a la vez para resolver esta tormenta de mierda. No me he permitido pensar en lo que le está pasando a Lennix en este momento, ni siquiera considerar que no volverá a casa.

Las palabras de Grim, sin embargo, habladas con tanta fuerza deliberada y honesta, me envían al colapso, con las rodillas débiles, en mi asiento. Descanso mis codos en el escritorio frente a mí y empujo mis manos, presionando mi frente con las puntas de mis dedos.

—¿Qué dijeron?— Mi voz suena tranquila, pero hay un motín en mi cabeza, una multitud furiosa que arroja piedras y prende fuego en las calles.

—En primer lugar, no tienen ni idea de dónde están siendo retenidos, — dice Grim, sentado al otro lado del escritorio, probablemente observándome por si hay señales de detonación. Él es el que ha vigilado a Lennix durante una década. Sabe lo que ella significa para mí. —Fueron vistos por última vez en la reserva Bribri donde se alojaban, pero Talamanca es una montaña y una selva tan densa y salvaje, que podrías esconderte durante años si te esfuerzas lo suficiente, y nadie te encontraría. Es lo más fuera de la red que se puede conseguir.

Una imagen de Nix en el video pasa por mi mente. Empujando su pelo hacia atrás, el brazalete que le di brilla en la luz.

—El brazalete,— le digo, una esperanza que brilla en las noticias tan poco prometedoras. —¿Podemos usarlo para encontrarla?

—¿Quieres decir aunque no hayas activado el rastreador del brazalete?— Grim pregunta, una ceja ladeada.

—¿Qué se supone que debía decir? ‘Nix. Sé que es nuestra primera

cita en, oh, diez años, pero ¿podrías usar este dispositivo de rastreo para que pueda monitorear cada uno de tus movimientos? Gracias.

—Podrías haber explicado que es una práctica estándar para la gente en tu posición otorgar dispositivos de rastreo a sus seres queridos, sí. Por eso.

—No fue esa clase de noche.

—Bueno, espero que hayas tenido una buena *follada* romántica, pero ahora sería muy útil si hubieras activado ese chip.

—Soluciones, Grim,— digo a través de una jaula de dientes. — ¿Puedes activarlo a distancia? ¿Es demasiado tarde?

—No estoy seguro. Podrían estar bajo tierra. Bajo el agua, por lo que sabemos. No hay forma de saber las condiciones en las que están siendo retenidos. Con ellos en un lugar tan remoto sin Wi-Fi, satélite o electricidad, encontrar esa señal podría ser como sacar un solo hilo de la selva.

—Pero eso es exactamente lo que necesito que hagas. Si alguien puede, eres tú.

Grim asiente con la cabeza y se frota la mano en la nuca. —He tenido una conversación inicial con el negociador de CamTech.

—¿Y?

—Como dije, no me siento bien con eso.

—Lo esperaba. ¿Cuál es su posición?

—No tienen ninguna. El secuestrador quiere diez millones de dólares y la vacuna. Ambos sabemos que nunca entregarán esa vacuna. Su única esperanza es conseguir que se conformen con el dinero. Están dispuestos a pagar los diez si tienen que hacerlo porque S y R reembolsarán ese pago. Y aparentemente el Doctor Murrow es un asunto bastante importante. El es el cerebro detrás de esta vacuna que han desarrollado, y ven su potencial.

—¿Su potencial para matar a millones de personas, quieres decir?

—Oye, la guerra es un negocio sucio, pero sigue siendo un negocio. Se les puede exigir que informen al CDC antes de emitirla como droga, pero eventualmente podrían venderla a nuestro gobierno, aunque sea para mantenerla lejos de las manos de cualquier otro gobierno, y ellos lo saben. Traerlo a casa es una gran prioridad para ellos.

—¿Y Lennix? ¿Qué hay de traerla a casa?

Sacude la cabeza, su expresión es grave. —El secuestrador les ha atado las manos. Quizá puedan convencer a este tipo de que reduzca sus pérdidas, tome el rescate y huya sin la vacuna, pero no estoy seguro de que lleguemos allí en cuarenta y ocho horas.

Hace una pausa, me echa una mirada cuidadosa. —Lo mejor que podemos esperar en esta línea de tiempo abreviada es que el secuestrador extienda la amenaza de matar a Lennix.

—¿La extiende? ¿Qué quieres decir?

—En lugar de matar al rehén inmediatamente, es una práctica común de los secuestradores... presionar enviando dedos de manos y pies...

—¡Carajo!— La palabrota explota de mi boca. Me tiro del pelo hasta que me duele y paso por mi oficina como un animal atrapado.

—No puedo soportarlo, Grim.—Me quedo quieto el tiempo suficiente para decirle. —Recuperarla en pedazos...— Cierro los ojos y me arrastro en un aliento contaminado por el miedo y la rabia. —¿Qué me recomiendas?

—*Si podemos* activar ese dispositivo de rastreo a distancia, podemos intentar un rescate, pero primero deberíamos intentar una conversación con este tipo.

—¿Una conversación? ¿Con el hombre que le puso un arma en la cabeza? No quiero una conversación con él. Quiero que sepa lo que se siente al tener una pistola en la cabeza... durante unos treinta segundos antes de que se la vuele.

—King...

—Hablo en serio, Grim. No quiero negociar con el tipo de ese video. Mató a un anciano para probar un maldito punto. Matará a Nix, así que yo lo mataré primero.

El Grim frunce el ceño por su exasperación. —No es cuestión de empacar un almuerzo y salir a la selva. Una misión de rescate en condiciones como estas requeriría una extensa planificación táctica, estrategia, reunir el mejor equipo posible. Tiempo.

—No *tenemos* tiempo. Tenemos que sacarla de allí.

—En la mitad de estos rescates S y R, alguien muere. A menudo el rehén.



Esa alarmante verdad se hunde junto a las alternativas más alarmantes.

—Déjame al menos intentar hablar con él,— dice. —Le pedí al negociador de CamTech que preguntara, para ver si este tipo hablará con nosotros.

—¿Y?

—Lo hará.

—¿Cuándo?

—Hoy. Si dice que sí, intentaremos hablar con él tan pronto como podamos.

—No tenemos tiempo que perder, Grim.

—Créeme, soy consciente.

—Tienes que dejarme manejar esto.

Asiento y mantengo la cara recta cuando Grim lo dice. Si sospecha lo cerca que estoy de perder la cabeza, tratará de dejarme fuera de la habitación. Y me niego a perder ni un segundo de esta llamada de negociación. Empapo todo mi ser en *Namasté* y espero que Grim no detecte al demonio encadenado bajo el traje de tres piezas.

—Maxim, perdóname,— dice Jin Lei desde la puerta de la oficina. —Kimba está aquí, y tiene al Sr. Hunter con ella.

Pensé que la primera vez que conociera al padre de Nix sería en Navidad o en alguna ocasión especial. Ella me presentaría. Su padre y yo nos conoceríamos tomando una cerveza y quizá un partido de fútbol. Me pondría nervioso como lo está un hombre cuando conoce al padre de la mujer que ama. Tendría tiempo para convencerlo de que soy digno de su hija, aunque sé que nunca seré lo suficientemente bueno para Lennix.

Ahora, simplemente me importa un bledo. Cuando la recupere, me quedaré con ella. Estoy nervioso por esta primera vez que conozco a su padre, pero hay mucho más en juego que su bendición.

—Sr. Hunter,— digo, dando un paso adelante con la mano extendida.

—Gracias por venir de inmediato.

—Por supuesto. Gracias por el... avión.

Su sonrisa incierta me recuerda que no soy el tipo que la mayoría de las chicas traen a casa. En cierto modo, hay menos misterio porque

siente que ya me conoce, pero la mayor parte de lo que ha oído es probablemente mentira, así que sabe menos de lo que cree. Tomará tiempo ordenar la verdad de quién soy a partir de los chismes y las especulaciones. Y ahora mismo, el tiempo es una cosa que no tenemos.

—Me alegro de que haya venido,— le digo al Sr. Hunter, dividiendo una mirada entre él y Kimba. —Grim está a punto de hablar con Abe.

—¿Abe?— Las cejas oscuras de Kimba se arrugan.

—¿De qué otra forma debería llamarlo? ¿Cobarde, tal vez? Escondido detrás de esa máscara.

Grim se acerca a estrechar la mano del Sr. Hunter y Kimba.

—Esperamos la llamada en un minuto más o menos.—Grim hace un gesto hacia una mesa en medio de mi oficina. —Ustedes nos escucharán por el altavoz, pero yo usaré el auricular para que sólo me hable a mí. También grabaremos la conversación para revisarla más tarde en caso de que revele algo sobre su ubicación o cualquier otro detalle pertinente.

—¿Así que no hay ninguna pista sobre dónde podrían estar?— La ansiedad se apodera de la voz del Sr. Hunter.

Grim y yo intercambiamos una mirada, preguntándonos en silencio cuánto deberíamos divulgar. Diablos, si Nix fuera mi hija, querría saberlo todo.

—Estamos trabajando en una pista,— digo. —Le di a Nix un brazalete antes de que se fuera.

—Lo vi,— dice Kimba con una sonrisa. —Era hermoso.

—Lleva un dispositivo de rastreo,— digo, negándose a mirar hacia otro lado cuando sus ojos se abren y luego se estrechan.

—¿Lo sabe ella?— El tono de Kimba se vuelve almidonado.

—No, no lo había activado. Quería discutirlo con ella antes de dar ese paso.

—Considerado por ti,— dibuja.

—Es una práctica estándar para los seres queridos, esposas y novias de hombres como Maxim usar tales dispositivos,— dice Grim distraídamente, sin mirarnos, pero comprobando la instalación de las telecomunicaciones.

—¿Novia?— El Sr. Hunter pregunta, con las cejas levantadas.

—Oh.— Grim levanta la vista y mira entre el Sr. Hunter y yo. Se encoge de hombros. —Lo siento.

*Gracias por eso, Grim.*

—Aquí vamos.— Grim presiona un botón, que enciende una luz verde, y coge el teléfono. —Hola.

—Bueno, hola,— dice quien llama. Reconozco la voz burlona. — Escuché que quieres hablar de mi pequeña india.

Casi me abalanzo sobre el teléfono. *Este hijo de puta.*

Muerdo mi frustración, dejo que estalle en mi boca como un trago amargo. Mis manos se enroscan en puños en mis bolsillos. Creo que hago un trabajo decente disfrazando mi ira hasta que miro hacia arriba y encuentro al Sr. Hunter observándome, mirando desde mi mandíbula apretada a los puños que escondo. Una respuesta de indignación destella en sus ojos, y simplemente asentimos con la cabeza en reconocimiento. Perder los estribos no ayudará a Lennix.

—Sí, estoy autorizado a negociar la libertad de Lennix Hunter,— dice Grim, con su tono enérgico y profesional.

—¿Libertad?— La risa de Abe resuena con fuerza en mi oficina. — ¿Quién dijo algo sobre libertad? Recibí este llamado para que el arrogante imbécil que cree que puede comprar mi entrada a mi gracia sepa que no puede.

—Es en su mejor interés que...

—No presumas de conocer mis intereses,— dice Abe, y cualquier rastro de falso placer deja su voz. —Puedes dejar que el hombre que se esconde detrás de tu bolso y tu boquilla sepa que no puedo ser comprado por mis convicciones.

—¿Convicciones?— Escupo, furia e indignación torpedeando la palabra de mi boca.

Grim arroja flechas hacia mí y presiona con un dedo sus labios. — Mira, debe haber algo que necesites o quieras que podríamos...

—Mi vacuna.— Un silencio cargado sigue sus palabras. —¿Puedes conseguirme eso?

—CamTech está manejando ese aspecto de las negociaciones en relación con el Doctor Murrow.

—Estás confundido. CamTech está manejando todas las negociaciones

porque son los únicos que tienen lo que yo quiero, y si no me dan la vacuna en... oh, tick tock, cuarenta y dos horas ahora, entonces le pondré una bala en la cabeza.

Me acerco a la mesa, le sacudo el teléfono a Grim, y lo estrecho con fuerza.

—Escúchame,— me agarro a la fuerza. —Di un precio. Debe haber algo que quieras.

—Oh ho ho,— Abe se ríe. —Debes ser el hombre detrás de la cortina. Supongo que eres una vieja bolsa de dinero, ¿eh? ¿Con quién tengo el placer de hablar?

—Dime tu nombre y yo te diré el mío,— digo, golpeando a Grim cuando intenta quitarme el teléfono.

—Así no es cómo funciona el juego.

—Esto no es un juego. Es la vida de alguien.

—*Es la vida de alguien*, dice.—El tono frívolo de Abe se agria. —Como si eso le importara al gobierno, a las compañías farmacéuticas, a nuestro jodido sistema de salud. Pero cuando tu tesoro se ve afectado, de repente *es la vida de alguien* y no es un juego.

—Nuestro sistema de salud está jodido,— estoy totalmente de acuerdo. —Las compañías farmacéuticas *son* sanguijuelas. El gobierno no hace lo suficiente cuando es necesario y se mete cuando no lo es. Tienes razón, pero quitarle la vida no cambiará nada de eso. ¿Cómo ayuda esto?

Su ladrido de risa es una navaja corta, afilada y cortante. —No estoy interesado en ayudar. Esa mierda está más allá de ayudar, pero al menos pagarán.

—Pagar no tiene por qué significar matar. ¿Y realmente te da lo que quieres?

—Quiero a mi madre de vuelta. ¿Puede devolverme a mi madre muerta, Sr. Bolsas de Dinero? ¿Puede su riqueza y poder revertir la forma en que este sistema arruinado la dejó por muerta?

Cierro mis ojos, escuchando la furia sombría en su voz. Estoy completamente mal equipado para hacer una maldita cosa al respecto.

—Siento su pérdida,— digo después de un momento, —pero ¿qué probará esto?

—¿Cómo ayuda? ¿Qué prueba?— se burla. —Eres un negociador patético. Se supone que debes averiguar lo que es importante para mí, y ninguna de esas cosas importa en absoluto. Ya nada importa. Ese es el punto que te falta. Así que prefiero dispararle a la cabeza de tu noviecita que mear en la jungla. Ella no importa.

Esa rabia roja reemplaza cualquier simpatía que pudiera haber sentido por este lunático.

—Nix me importa y te daré lo que quieras.

—Nix, ¿verdad?— Su voz está otra vez quejándose, burlándose. —Ella debe ocupar un lugar muy especial en tu corazón, Bolsas de dinero.

—No hay un precio demasiado alto. Sólo dilo.

—Ya te he dicho lo que quiero. Mi madre de vuelta. ¿Tienes una transferencia para eso?

—¿Así que castigas a gente inocente en nombre de tu madre? Estoy seguro de que ella estaría muy orgullosa.

La cabeza de Grim cae en sus manos y libera una exhalación frustrada.

—Eres un maldito tonto, ¿no?— Abe exige con una risa cáustica. —Tengo tu pedazo de coño aquí mismo, y te atreves a insultarme. Tengo seis hombres a los que no les importa compartir. Hay siete, pero a uno de ellos no le gustan las chicas, así que ya sabes. A cada uno lo suyo.

El miedo hace que mi corazón se hunda. La rabia respira fuego por mi cuello.

—No,— me ahogo. —No le hagan daño.

—Di que lo sientes y tal vez ganes el juego.

*Muerte. Muerte. Muerte.*

—Dilo, idiota,— Grim chasquea. —Si no la quieres muerta antes de que cuelgue, dilo.

El jadeo de Kimba, sus lágrimas. Los amplios y aterrorizados ojos del Sr. Hunter. El ceño fruncido de Jin Lei. El desdén de la mirada de Grim.

Lo estropeé, y si este psicópata daña aunque sea un pelo de la cabeza de Lennix por mi estupidez, nunca me lo perdonaré.

—Lo siento.

—Muy bien.— Su pausa grita placer y desprecio. —Ahora ruega.

—Por favor.— Es fácil porque diría cualquier cosa para salvarla.

—Lo pensaré.

La línea se apaga.

—¡Maldita sea!— Golpeo el auricular en la mesa una, dos, tres, cuatro veces, hasta que se rompe por el medio.

—King, detente,— dice Grim. —Romper el teléfono no cambiará nada. Lo arruinaste muy bien, hermano.

—Yo... Soy... una mierda.—Me paso los dedos por el pelo y me aprieto el puente de la nariz. —Lo sé. Lo siento. Dios, lo siento. Él sólo... la tiene, Grim. ¿Qué le hará?

Él sacude la cabeza y lanza una mirada furtiva al Sr. Hunter.

Mis tripas se enredan en la finalidad de esa mirada.

—*Tenemos* que encontrarla,— le digo. —*Tenemos* que ir a buscarla.

## 5. MAXIM



—La encontré,— dice Grim unas horas más tarde, entrando a zancadas en mi oficina, el triunfo y la trepidación igualan a los accionistas en su cara.

—¿La señal?— Pregunto. —¿El rastreador?

—Sí. Dondequiera que estén es remoto con seguridad, y al principio no pudimos captarlo para activarlo. Puede que estuvieran en un bosque tan denso que no pudimos captarlo. Deben haber dejado un área donde no pudimos detectarlo para ir a un lugar donde sí podamos.

—¿Cuándo nos vamos?

—¿Nos?— Grim levanta una ceja.

—No puedes pensar que te estoy dejando hacer esto sin mí. ¿Mientras yo hago qué? ¿Quedarme aquí como una mascota esperando que vuelvas? Joder. Me conoces mejor que eso. Tiene a mi chica, Grim.

—No estás entrenado para esto.

—Soy un excelente tirador.

—¿Disparar a qué? ¿Gansos? ¿Disparar por deporte en el rancho de tu padre? Un blanco humano es diferente. Disparar a una persona es... — Hace una pausa, me echa una mirada de advertencia. —Matar a una persona es diferente.

—No dudaría en dispararle a él o a cualquiera que la amenace, si eso es lo que te preocupa.

—Disparar no es lo mismo que vivir con el peso de esa muerte en tu conciencia.

—Este hijo de puta apuntó un arma a la cabeza de Nix y, por lo que parece, intentó estrangularla hasta la muerte. Si consigo un disparo, lo haré y dormiré como un bebé.

Nuestras miradas se entrelazan, y él me revisa los ojos de esa manera Grim tiene que pelar tu piel para ver de qué estás hecho. Él da un

breve asentimiento.

—Organizaré las cosas, pero si vienes, no podemos repetir lo de la llamada. Nada de tomar el control. Es mi operación y tú sigues mis reglas.

Me quedo mirándolo porque ¿cuándo fue la última vez que seguí alguna regla, excepto las que me inventé? No lo desafío ahora, pero seguramente sabe que lo haré si es necesario. Asiento con la cabeza para satisfacer la demanda de su cara.

Mi celular suena y hago una mueca cuando reviso la pantalla. —Oh, ¿qué pasa?

—¿Qué pasa?— Owen pregunta, con la irritación de su voz. — ¿Cuándo ibas a decirme que Lennix había sido tomada como rehén?

*Mierda.*

—Lo siento.— Me da un soplo de cansancio.

—Ella es mi directora de campaña, Maxim. Es mi *amiga*. Kimba me dijo lo que está pasando. Debí haberlo escuchado de ti tan pronto como lo supiste.

—Sólo he estado concentrado en encontrarla y averiguar cómo recuperarla.

—¿Y la encontraste?

—Sí. Grim está haciendo estrategias ahora.

—¿Cómo estás?— pregunta, preocupándose por superar su irritación inicial.

Algo sobre mi hermano preguntando, sobre hablar con Owen, golpea la pared que he estado construyendo alrededor de mis emociones para superar esta crisis.

—No estoy bien.— Me paso una mano temblorosa por la boca. —Oh, ¿y si...?

No puedo decirlo en voz alta.

—Max,— dice, su voz se suaviza. —Saldremos de esta. La recuperaremos.

Aun sabiendo que no puede garantizarlo, no puede prometerlo más de lo que yo puedo, oír a Owen decirlo también, me alivia la banda alrededor del pecho.

—Gracias, hombre,— digo.



—Llamé para ver si hay algo que pueda hacer. Por supuesto, sabes oficialmente que el gobierno estadounidense no negocia con terroristas ni se involucra en situaciones de secuestros y rescates domésticos.

Estoy a punto de decirle que rescataré a Lennix sin ayuda de nadie más, cuando me sorprende.

—Pero extraoficialmente,— dice, —¿qué necesitas?

## 6. LENNIX



—Rabbit ears, Britney Spears, iPhone, *Home Alone*.

Ni siquiera me doy cuenta de que estoy cantando la letra y la melodía familiar hasta que Wallace me da un codazo en el pie con su zapato.

—¿Qué estás cantando?— pregunta, apoyando su hombro en el mío contra la pared de la cueva a la que nos han traído esta mañana. Al menos parece una mañana por lo que puedo ver afuera. Es como ese primer jadeo del amanecer, con rayos de sol que atraviesan las nubes nebulosas. No tengo sentido del tiempo después de haber sido drogada y despertar Dios sabe cuántas horas después. Pero se siente como un nuevo día.

Se siente como el último día de mi vida.

Una sonrisa fuera de lugar agrieta mis labios secos, —*We Didn't Start the Fire*.

—Oh, me acuerdo de eso. ¿Elton John?

—Billy Joel.— Me retuerzo la muñeca con los puños de plástico para tocar el amuleto de la brújula que cuelga de mi pulsera. —Maxim y yo lo cantamos en Ámsterdam. Él inventó todas las palabras y nosotros...

— La pequeña sonrisa condenada muere, y las lágrimas me pican los ojos. —Vimos los tulipanes ese día y los molinos de viento. Anduvimos en bicicleta por la costa junto al agua, y fue un día perfecto.

Cierro los ojos, y el recuerdo se eleva tan rico y vívido que la oscuridad de esta cueva se desvanece, y el aire fresco se filtra en mis pulmones. El rocío del mar enfría el sudor de mi piel y rocía sal en mis labios.

Voces elevadas hablando en español más allá de la boca de la cueva me tiran hacia atrás, y la realidad convierte el rocío de mar en mis labios en la sal de mis propias lágrimas. Limpio de mis mejillas la confesión de miedo de mi cuerpo, decidida a que estos tontos no

tengan la satisfacción de ver.

—Según mis cálculos,— digo, con voz suave y resignada, —mis cuarenta y ocho horas ya casi han pasado. Pronto se me acabará el tiempo.

—No lo hará...— La voz de Wallace se desvanece y sus ojos se vuelven vidriosos. Me pregunto si, aunque me asegura que Abe no me matará, ve el cuerpo de Paco, su sangre derramada en el suelo. Porque yo lo veo. La vista me perseguirá para siempre. —Ya se nos ocurrirá algo.

—No lo sé,— susurro, presionando mi espalda contra la pared de la cueva. —No se ve bien.

Wallace me toma de la mano. —No pierdas la esperanza.

¿Cómo le digo que perdí la esperanza hace mucho tiempo? Ahora vivo entre destellos de fe y vislumbres de esperanza, incluso mientras lucho. Lo único que me ha dado esperanza, lo único que ha renovado mi fe, es otra cosa que perderé.

*Maxim.*

—Wall,— digo, apretando su mano con una nueva urgencia. —Necesito que me prometas algo.

—No.— Sacude la cabeza, sus ojos se asustan. —Nada de promesas. Saldrás de ésta.

—Tienes algo de ventaja. Tal vez no mucha, pero prométeme que intentarás hacer lo que te pido.

—¿Qué...?— Él traga y mira hacia abajo a la suciedad del suelo de la cueva. —¿Qué es?

—Mi cuerpo,— me asfixio, con un parpadeo de lágrimas en la espalda. —Haz que me envíe a casa.

—Lenny, no.—Wallace cuelga la cabeza, apretando los ojos cerrados.

—Por favor, no.

—Sí.— Levanto mis manos esposadas debajo de su barbilla, forzando su mirada a encontrarse con la mía. —Intenta hacer esto por mí. Mi padre no puede pasar por eso otra vez. Sin saber. Sin ver nunca. No estar seguro. Necesita un cierre, no importa lo malo que sea.— Me meto un sollozo en la garganta.

—Y Maxim,— digo, —también necesitará eso. Dios, nunca llegué a

decirle a Maxim que lo amo, y ahora es demasiado tarde.

Las lágrimas se filtran por debajo de los párpados cerrados de Wallace, humedeciendo sus pestañas. Sacude la cabeza. —Odio que te hayas visto arrastrada a esto. Lo siento mucho. No es justo.

—No es tu culpa. — Mis lágrimas ganan, recorriendo mis mejillas.

Me cubro la boca, capturando el doloroso sollozo antes de que se escape y revele mi vulnerabilidad a los bastardos que custodian la cueva. Las lágrimas calientes se derraman sobre mis dedos y queman un rastro por mi cuello. Cierro los ojos y respiro profundamente desde el pozo de fuerza dentro de mí que rezo es lo suficientemente profundo para lo que está por delante.

—Parece que has aceptado esto, — dice Wallace. —No es propio de ti. Eres una luchadora. No te rindes. ¿Recuerdas?

—Todavía puedes luchar con el miedo en tu corazón.—Una risita acuosa se me escapa. —A veces es el mayor motivador. El miedo a lo que vas a perder puede hacerte mucho más decidido a ganar. Mi vida está en juego, y haré lo que sea para salir de esto con vida, pero si no lo hago, tengo que pensar en los que más significan para mí.— Disciplino mi boca en una línea firme. —Estaré preparada para lo peor y lucharé por lo mejor.

Me acerco y le cojo la mano, nuestras muñecas encadenadas se superponen. —Hay dos cosas que me dan esperanza, Wall.

—¿Qué?

—¿Alguna vez te dije que sueño con mi madre?

La pregunta parece asustarlo. Sus cejas se levantan y fija toda su atención en mí. —No. ¿Qué sueñas?

Recuerdo la noche en que me acurruqué en los brazos de Maxim después de una pesadilla, y casi puedo sentir la fuerza, el confort que encontré en él.

—Es diferente, pero a veces es lo mismo. A veces una pesadilla recurrente, a veces un recuerdo.

Encuentro los ojos de Wallace en la tenue luz de la cueva. —Soñé con ella. Estábamos en mi Baile del Amanecer, este rito de paso para las jóvenes de mi tribu. Ella me miró directamente y me dijo que corriera. Sacudí mi cabeza, una ligera sonrisa curvando mis labios. —Espero

que ella me alcance de alguna manera, haciéndome saber cuándo es el momento adecuado, para estar lista. Eso me da esperanza.

—¿Y la otra cosa?— Wallace pregunta. —¿Qué es lo otro que te da esperanza?

—Maxim,— digo con suave certeza. —Si hay una forma de salir de esto, él la encontrará. Si no la hay...— Un nudo caliente de emoción y lágrimas se amontonan y me queman la garganta.

—Si no la hay,— le digo a Wallace, —sólo recuerda tu promesa. Tengo que ir a casa.

Las palabras que no digo enfrían el aire silencioso entre nosotros.

*Viva o muerta.*

## 7. MAXIM



—Tú te quedas aquí.

Las palabras de Grim cortan la espesa humedad de la selva como un machete.

—Te dije que soy un gran tirador,— digo, con mi voz casajosa y frustrada.

—Fue con poca antelación, pero entre mis contactos y los de tu hermano, he reunido un gran equipo de chicos *cualificados*,— dice puntualmente. —Puede que seas un gran tirador, pero no estás cualificado, hermano.

—Todavía puedo ayudar.

—No te quiero cerca de la acción. No deberíamos necesitar tu ayuda, pero si la acción llega a ti, lo tienes.— Asiente con la cabeza a la pistola que tengo en la cadera, y luego mira a los nueve hombres revisando sus armas y preparándose para el ataque. Son unos hijos de puta aterradores. Como un grupo de Grims yendo a la batalla.

La vista debería tranquilizarme, pero nada me tranquilizará hasta que pueda tocarla. Hasta que pueda sentir el corazón de Lennix latiendo contra el mío otra vez, confirmación de que ha salido de esto con vida.

—¿Recuerdas lo que se supone que debes hacer?— Grim encaja un cuchillo dentro de su bota.

—Sí. Espera aquí como un Cocker Spaniel castrado.

—¿La quieres de vuelta?— Grim pregunta, sin levantar la vista del reloj que ha estado revisando desde que salimos de Washington hacia Costa Rica. Muestra 3:022:02 y la cuenta atrás. Un poco más de tres horas. Todo lo que le queda a Nix, si esa bolsa de mierda se ciñe a su horario. No me parece del tipo que se echa atrás.

—Sí.— Miro al cielo nublado, preparado para las tormentas y reflejando mi propia incertidumbre, la turbulencia que zumba dentro de mí. —La quiero de vuelta.

—Entonces sigue el plan. Querías el arma, la tienes. Por una vez en tu maldita vida, retírate y sigue las órdenes. Deja esto a los tipos realmente entrenados para hacerlo. ¿Cuáles son tus órdenes?

Aprieto los dientes, sin estar acostumbrado a seguir la pista de nadie más. —Si veo a un tipo malo,— digo de manera frívola, —dispara a él. —¿Y?— Me lanza una ceja gruesa, con un aspecto muy —The Rock-ish.

—No haré que me maten.

## 8. LENNIX



—¡Levántate!

El ladrido de Abe hace que mi corazón dé un salto mortal y mi vientre se desplome.

¿Ya es hora? No tengo idea de cuánto tiempo ha pasado desde que grabó ese video y lanzó un reloj de arena sobre mi vida. He sentido las arenas caer, cada grano se apila, llevándome más cerca de un final espantoso. Ahora que me enfrento a mi propia muerte, quiero comportarme con honor, morir sin vacilar. Para que mi enemigo vea la guerra en mis ojos, incluso cuando la vida se les agota. ¿Cómo se sentían mis antepasados con un ejército delante y una muerte segura detrás? ¿Los guerreros de El Salto, que saltaron de un acantilado en lugar de rendirse? ¿Se les escapó el pánico de sus estómagos, el insidioso ladrón de coraje? ¿O fueron valientes, resueltos hasta su último aliento?

En la casi oscuridad de la cueva, espero que haya suficiente luz para que este monstruo se enfríe con mi mirada cuando me levante y lo mire.

—Usted también, Doctor Murrow.— Patea la pierna de Wallace y mueve su cabeza hacia la apertura de la cueva, balanceando su rifle automático entre nosotros. —Muévase.

Wallace se pone de pie, y compartimos una rápida mirada confusa.

—He dicho...— Le da un golpe en la cadera a Wallace con el arma. — ... muévase.

Damos unos pasos cautelosos hacia la boca de la cueva. ¿Hay una cámara ahí fuera? ¿Me disparará al descubierto? ¿Hará que Wallace mire? No tengo ni idea de lo que va a pasar. Las garras del miedo atraviesan mi piel y la ansiedad se filtra por todos los poros. Wallace estira sus manos esposadas hacia las mías y me da un apretón tranquilizador de dedos.



Afuera, entrecierro los ojos ante el repentino brillo del sol. Nixon está con los otros seis hombres que han seguido cada uno de nuestros movimientos, viajando con nosotros desde que los hermanos interceptaron nuestro Jeep en el estrecho sendero de la montaña.

—¿Dónde dijiste que viste el movimiento?— pregunta Abe, su gran cuerpo engañosamente relajado. Siento tensión enrollada en cada uno de sus músculos, apretando cada línea, aunque en la superficie, parece casi indolente, sus ojos azules plácidos detrás de la máscara.

—Ahí abajo,— responde uno de los hombres de pelo oscuro en un inglés muy acentuado, apuntando hacia el río apenas visible a través de los altos árboles y el enmarañado follaje de abajo. —Conté diez hombres.

Me guardo un suspiro de alivio. ¿Movimiento? ¿Diez hombres? ¿Alguien nos ha encontrado? ¿*Maxim* nos ha encontrado? Acaricio el amuleto de mi brújula, una piedra de toque para la hebra de fe de la que me nutro.

—¿Diez, dices?— Nixon frunce el ceño. —Tenemos que movernos entonces.

—Sí,— Abe está de acuerdo. —Y tenemos que viajar ligeros. Ya sabes lo que eso significa.

—¿Plan B?— Nixon pregunta rotundamente.

—Plan B.

—¿Estás seguro?

—Estoy seguro.— Abe dispara en rápida sucesión, disparando a cada uno de los tres hombres a su izquierda en la frente. En una coreografía cruel, Nixon ejecuta a los otros tres hombres con disparos limpios a través de sus frentes, también. Los hombres caen como fichas de dominó, algunos todavía con las expresiones de ojos abiertos y boca abierta de la muerte súbita.

—¡Mierda!— Wallace grita. Cierra los ojos y junta los labios con tanta fuerza que se forma un anillo blanco alrededor de la boca.

Me trago un sollozo, negándome a mostrar a Abe y Nixon mi horror, mi terror. Atenúo mis ojos, enfocando un punto sobre el que la cordillera besa el cielo. Incluso suprimo la esperanza que brota en mi corazón ante la posibilidad de que alguien nos haya encontrado. Ese

alguien viene por nosotros.

*¿Maxim?*

Dirijo mi mirada al monstruo de los rizos querubines, y por un momento loco, quiero instarle a que se dé prisa. Para poner tanta distancia entre nosotros y nuestro potencial salvador como sea posible. Lo he visto matar a Paco y a los seis hombres de su equipo a sangre fría y con un corazón de piedra. Podría matar a Maxim. Mi imaginación conjura la horrible visión de Maxim tirado en el suelo, con una bala en la cabeza, esa misma mirada de muerte asustada estampada en su cara.

—Vamos,— dice Abe, pasando por encima de uno de los cadáveres y metiendo el cañón del arma en mi costado. —Muévete.

Paso rápidamente en la dirección en la que me empuja, mirando por encima del hombro para ver a Nixon empujar a Wallace, que se levanta y cae al lado mío. Estamos de espaldas a ellos, y Wallace me sonrío de costado, una sonrisa llena de subrepticia excitación y esperanza. Con un conjunto de ojos malévolos quemando fuego azul en la parte de atrás de mi cabeza, ni siquiera me atrevo a devolver la sonrisa.

—Espero que no nos arrepintamos de ir al Plan B tan pronto,— dice Nixon un poco detrás de nosotros.

—Necesitamos viajar ligeros.— El disgusto colorea la voz de Abe. —No te hagas el tonto ahora.

—No me estoy burlando. Sólo pienso que si hay diez hombres persiguiéndonos, será bueno tener algunos refuerzos.

—Nuestro contacto no hizo arreglos para un grupo de ese tamaño. Ha hecho arreglos para tres.

Tres.

*No cuatro.*

Se forma un bulto de trepidación en mi garganta y parpadeo ante las lágrimas. Si se está preparando un rescate, puede que no llegue a tiempo para salvarme.

Marchamos a través de la maleza, y cuanto más distancia ponemos entre nosotros y la cueva, más conflictiva me siento. Obviamente los hombres de Abe vieron un equipo de rescate dirigiéndose hacia

nosotros. Para cuando lleguen a la cueva, ya nos habremos ido. Absorbidos en el revestimiento de la hambrienta barriga del bosque. Imposible de rastrear.

Hemos caminado a paso rápido durante unos quince minutos cuando llegamos al río. El agua corre, los rápidos son intensos y furiosos. Tan pronto como entremos, nos llevarán. Es mejor que nos disparen ahora si van a lanzarnos a esas turbulentas olas.

—Vayan,— le dice Abe a Nixon con un chasquido de su cabeza hacia un grupo de ramas destrozadas. —Ve. Apúrate.

Nixon asiente con la cabeza y corre hacia los árboles.

Abe me agarra el mentón, inclinando mi cara hacia arriba y mirándome con malicia enmascarada.

—Normalmente soy muy estricto con los plazos,— dice, con el mal brillo de sus ojos. —Y técnicamente tenemos otras dos horas antes de que se suponga que debo matarte, pero soy flexible. No tuve en cuenta un equipo de rescate. Me pregunto si es el Sr. Bolsas de Dinero. Me cuesta controlar mi respiración. —¿Quién?

—El hombre que intentó negociar por tu vida. Aparentemente, nadie le dijo que el dinero no lo compra todo. Creo que dejaré tu cadáver aquí en la orilla para enseñarle.

Debe haber sido Maxim. No puedo ni imaginar su furia, su frustración con el tipo de descarado cruel de Abe. Nunca he oído las palabras de Maxim, y él nunca las ha oído de mí, pero sé que me ama. Y espero que sepa que yo también lo amo. Pensé que tener mi cuerpo me daría algún tipo de consuelo, como el que tendría mi madre, pero ahora no creo que lo haga, y me duele el corazón por él.

Una balsa amarilla emerge de los árboles que bordean el río. Nixon la empuja al borde del agua por detrás, y luego corre para unirse a nosotros.

Abe asiente con la cabeza hacia la barca. —No hay sitio donde vamos, señora. Este es el final del camino para usted.

—¡No!— Wallace da un paso adelante, pero Abe se pone la pistola en la frente.

—Te sugiero que cooperes o que te volarán la cabeza también,— dice Abe, cada palabra como una bala. —No me hagas olvidar que te

necesito.

—¡Adelante!— Nixon grita. —Tenemos que irnos.

—Se acabó el tiempo, bella dama,— dice Abe con desgana y se vuelve hacia Nixon. —Lleva al Doctor Murrow al bote.

Wallace me agarra del brazo incluso con las manos esposadas. —No. Por favor.

Abe baja la pistola, apuntando a la pierna de Wallace. —Podría dispararle a la rodilla y aun así recibir mi vacuna.

—Wallace, vete,— digo, mi voz suave pero insistente.

—No te dejaré.—Wallace dice, sus manos apretando. —Tendrá que matarme.

—Oh, bueno,— dice Abe, cambiando el arma a la cabeza de Wallace otra vez. —Estas cosas pasan.

—¡No!— La palabra se me escapa. Estoy horrorizada y absolutamente segura de que lo haría. —Wallace, sólo vete. Por favor.

—Te quiero, Lenny.

—Yo también te quiero,— susurro, sin prestar atención a los dos hombres que escuchan o a las lágrimas que mojan mis mejillas.

—Vamos.— Nixon golpea a Wallace en la espalda con su arma automática. —Sube a ese bote.

Abe levanta su arma y la apunta a mi frente. Todo en mí quiere apretarme los ojos, refugiarse en esa oscuridad, pero yo me obligo a abrir los ojos. Me niego a esconderme del mal, cerrando mi mirada con la suya a través de las rendijas de su máscara. La última vez que me vea, no me acobardaré, no tendré miedo.

El tiro se dispara.

Espero a caer y me pregunto si flotaré sobre mi cuerpo, me veo morir en el suelo... pero estoy entera e ilesa. El arma de Abe cae. Aúlla, agarrando la mano que sostenía su arma hace unos momentos, que ahora brota sangre. Nixon mira en la dirección del disparo, pero antes de que pueda disparar, le dan. Aún con el arma en la mano, lleva esa mirada de sorpresa de los hombres a los que dispararon no hace ni una hora. La sangre borbotea por un agujero en su garganta. Suelta el arma, y ambas manos se dirigen a su cuello para detener el chorro.

—¡Jack!— Abe grita.

Mis pies están plantados en la arena. Me quedo paralizada por largos segundos mientras Abe toma la escena, la emoción en su cara se remodela, inclinando la máscara.

Wallace me mira, con los ojos abiertos y la boca abierta. Nos miramos el uno al otro por un momento, ambos sorprendidos y extrañamente inmóviles.

—¡Corre!

Al principio es la voz de mi madre, mi sueño, y creo que mi imaginación todavía me está jugando malas pasadas.

—¡Nix!— una voz grita por segunda vez desde el borde del bosque. — ¡Corre!

Tan pronto como escucho mi nombre, llamado con esa voz profunda, mi corazón late contra mis costillas.

—¿Maxim?— Miro alrededor, buscando frenéticamente la maraña de arbustos y árboles salvajes. Y entonces lo veo. Corriendo hacia nosotros, un arma extendida, apuntando.

—¡Corre!— grita de nuevo, sin mirarme, con los ojos fijos en Abe. — Murrow, sácala de aquí.

Wallace, como si saliera de un trance, me agarra el brazo torpemente con una mano esposada y se va, arrastrándome con él. Miro hacia atrás. La furia tensa cada línea del cuerpo de Abe. Mira desde el muerto en el suelo, a Maxim, y recoge el arma automática de Nixon.

—¡No!— Grito, escapando de Wallace y corriendo de vuelta. Antes de que Abe haga un solo disparo, el informe de una bala astilla el aire. Abe retrocede, una mancha de sangre escarlata brota en su hombro a través de su camiseta. Cubre la herida con su mano y se dirige hacia el bote. Suena otro disparo, pero Maxim no ha vuelto a levantar su arma. Un hombre enorme vestido de camuflaje persigue a Abe, que se detiene lo suficiente para levantar su arma a pesar de una mueca de dolor. El hombre de uniforme le dispara de nuevo, esta vez golpeando el otro hombro. Abe tropieza con el río donde el bote espera, lanzándose, con su cuerpo medio puesto, medio fuera de la embarcación. Otro disparo se dispara, este le golpea en la espalda. Cae por la borda en el agua, que lo arrastra río abajo. El hombre de uniforme sigue corriendo, vadeando a lo largo de la orilla del río en la

dirección que el agua lleva a Abe.

—¡No dejen que se escape!,— grita el hombre de uniforme.

Sólo entonces me doy cuenta del grupo de hombres que le siguen, todos vestidos de camuflaje, con la grasa negra untada en la cara. Varios de ellos saltan en el bote amarillo y siguen el cuerpo de Abe, moviéndose a lo largo y más lejos. Con los ojos entrecerrados, Maxim observa las violentas olas, la sangre fluyendo detrás de Abe en una estela escarlata.

—¡Doc!— Corro y me lanzo sobre él, sin estar segura de que esté listo para atraparme. Pero lo hace. Sus brazos me rodean tan fuerte que casi me duele y todavía no está lo suficientemente apretado. Los músculos de Maxim se flexionan con fuerza, pero con mis brazos y manos esposadas atrapadas entre nosotros, tiembla contra mí. Se siente como si yo también lo rescatara.

—Nix,— dice, su voz áspera. —Pensé...

—Estoy bien.— Me apretujo contra él, sollozos que hacen temblar todo mi cuerpo: alivio, alegría, conmoción. Demasiadas emociones para contenerlas, y se me escapan en un torrente, mojando su cuello, su camisa con mis lágrimas.

—¿Estás bien?— Se retira para registrar mi cara, para mirarme a los ojos. —¿Te ha hecho daño?

Son dos preguntas separadas con respuestas diferentes. Sí, me hizo daño, pero estoy bien. No tengo idea de cómo lo que Wallace y yo experimentamos me afectará mañana o al día siguiente, pero en este momento, en los brazos de Maxim, sé cómo me siento en este momento. —Estoy bien.

Su mirada aguda se estrecha en mi cara. —Nix...

—Estoy bien. Doc, estoy bien. Lo prometo.

Asiente con la cabeza, empujando mi maraña de pelo despeinado sin lavar hacia atrás. Estoy segura de que me veo mal, mi mejilla hinchada por el golpe del arma de Abe, mi cara manchada con Dios sabe qué. No he sido capaz de lavarme los dientes en días. Debería sentirme cohibido con él mirándome tan de cerca. Su mirada consume cada parte de mí y me siento comido viva de la mejor manera. No me importa mi apariencia cuando me mira así, como si me viera.

—Te amo, Nix.—Lo dice tan suavemente que Wallace y los pocos miembros del equipo de rescate que están cerca no pudieron oírlo, pero a mí me parece que lo ha gritado a las estrellas. Estoy abrumada por todas las posibilidades de felicidad que nunca pensé que encontraría, o incluso que me importaría, aquí mismo delante de mí. Es gloriosamente masculino y perfectamente mío.

Digo que lo único que puedo hacer con tanta emoción ardiendo y obstruyendo mi garganta.

—Lo mismo, Doc,— susurro, lágrimas saliendo de los rincones de mis ojos que no tienen nada que ver con lo que acabo de pasar, y todo que ver con lo que está delante de mí. De nosotros. —Lo mismo.

## 9. LENNIX



—¿Más té, Lenn?

La soledad de mi madrastra Bethany es tan dulce, pero estoy cansada de que me molesten. Es surrealista estar a salvo en el lujo de mi cama, las luces y sonidos de Washington, al lado de mi ventana. Después de unos días en una cueva, la mitad de los cuales los pasé con una bolsa en la cabeza, incluso la tenue luz de la lámpara de mi dormitorio parece demasiado. Siento como si las paredes me apretaran, como esa pariente lejana desmesuradamente cariñosa que te regala calcetines cada Navidad y abrazos muy largos y apretados. Debería sentirse tan bien, pero... es demasiado.

Kimba, mi padre, Wallace, Bethany, y el doctor de Maxim se ponen de pie alrededor de mi cama, todos los ojos sobre mí. Me toco la garganta de forma tímida. Me vi a mí misma antes en el espejo del baño y vi por primera vez lo mal que se veían los moretones. Lo mal que me veo. Qué diferencia hacen unos días de cautiverio.

—¿Te duele la garganta?— pregunta Wallace, con el ceño fruncido de ansiedad.

—Sólo un poco.— Obligo a una débil sonrisa para tranquilizarlo, para tranquilizar a todos. —Estoy bien, pero ¿y tú? Tú también estabas allí, Wall.

—No me colgó del cuello en la ladera de una montaña,— dice Wallace.

—No, no lo hizo,— dice Maxim desde su silla en la esquina. Apenas ha hablado desde que volvimos. Me ha estado observando todo el tiempo, y mi padre no deja de lanzar miradas curiosas hacia él.

—Necesitas descansar más que nada,— dice el doctor. —Ese sedante debería hacer efecto pronto.

Tal vez el sueño haga que se vayan, que me dejen en paz por un tiempo. Inclino los ojos deliberadamente, y bostezo en el momento



oportuno.

—Deberíamos dejarla descansar un poco,— dice Kimba. —Estamos todos en su espacio.

—No pasa nada.— Le sonrío, preocupada por su preocupación. Nunca parece preocupada y nunca la he visto así. —Estoy bien, Kimba.

No parece convencida, pero asiente con la cabeza. —Viv viene de Nueva York. Dice que necesita verlos a ambos por sí misma.

Wallace y yo nos sonreímos, otro vínculo se formó a través de la prueba que acabamos de sobrevivir.

—Tenemos un hotel,— dice Bethany, —pero tal vez deberíamos quedarnos aquí. No podemos dejarte sola.

—No lo estará,— dice Maxim desde la esquina.

Todos se giran para mirarlo. Bethany se aclara la garganta, lanzando una mirada interrogante a mi padre, como si pudiera ofrecer alguna visión del gran hombre que gruñe periódicamente desde la esquina.

—Necesitas descansar, jovencita,— dice el doctor. —Nos iremos.— Le echa un vistazo a Maxim. —Ya que parece que va a estar aquí, Sr. Cade...

—Lo estaré.— Maxim se pone de pie y se acerca a la cama, dando al doctor toda su atención.

—Bien. Tienes mi número. Llame si necesita algo.— El doctor sale y Maxim lo sigue, parándose en la puerta como si esperara que todos los demás vinieran.

—Oh,— dice Bethany, reuniendo las pastillas y la loción y otros artículos que no estoy segura de cómo planeaba usar. Incluso hay un ovillo de hilo y agujas de tejer. Me reiría si no estuviera tan cansada y lista para que me dejen en paz.

No sola.

*Con Maxim.*

Maxim sigue a todos fuera de la habitación, probablemente asegurándose de que se vayan. Mi padre se queda, recogiendo mi mano en la cama una vez que se han ido.

—¿Estás segura de que estás bien, niña?

No me ha llamado así desde hace mucho tiempo, y el cariño, el amor

que hay detrás, hace que me lloren los ojos. —Sí, papá. Estoy bien. Nos encontramos en el asfalto, apretándome tan fuerte y llorando. Esto lo traumatizó de una manera que creo que sólo él y yo podemos comprender. Lo que pasamos con mamá... Estoy tan agradecida de que no tenga que pasar por eso otra vez.

—Maxim es... — Abre los ojos y sonríe, — ... intenso.

—Él lo es. —Mi risa suena como si estuviera en una licuadora. —Pero me gusta.

—Ya lo veo. ¿Por qué no me dijiste que estabas saliendo con Maxim Cade? Él es un gran asunto.

—Él es un gran asunto para mí.

—No es quien yo hubiera esperado que eligieras,— dice papá con cuidado.

—Sí,— estoy de acuerdo con ironía. —Nos conocimos cuando fui a Ámsterdam.

—¿Lo conoces desde hace tanto tiempo?

—No nos habíamos visto en años. Nos reconectamos cuando empecé a trabajar en la campaña de su hermano. Te encantará Owen, por cierto.

—Parece que todo el mundo lo hace. No he visto tanta emoción por un candidato en mucho tiempo.

—Él es el verdadero negocio. Kimba y yo nos sentimos muy afortunadas de trabajar en su equipo.

—Él tiene suerte de tenerte.—Se detiene, echando una rápida mirada sobre su hombro y luego se vuelve hacia mí, bajando la voz. —¿Qué tan serio es lo que hay entre tú y Maxim?

—Lo mantenemos en privado. No quiero que el drama de que salgamos juntos ponga en duda por qué Kimba y yo conseguimos este trabajo, y sólo distraería de la campaña de Owen en este momento, pero lo amo.

—Y obviamente tiene sentimientos muy fuertes por ti.

—Él me ama.

Papá me empuja el pelo hacia atrás. —¿Quién no lo haría?

—Hablando como un papá.— Un verdadero bostezo, no como el que fingí para deshacerme de todos, me sorprende. —Supongo que *estoy*

cansada.

—Te quiero, niña. Duerme un poco.

Asiento, decidida a ver a Maxim antes de cerrar los ojos, pero no aguanto.

## 10. MAXIM



—Quiero ver su cadáver, Grim.

Las palabras vibran en mi pecho, sonando a través de mi caja torácica. Agarro el móvil con fuerza y me paso una mano por el pelo, manteniendo la voz baja en la sala del apartamento de Lennix.

—Lo sé.— Suenas tan cansado como me siento. —Mi equipo está haciendo todo lo posible, excepto drenar el río para encontrarlo. Tú y yo sabemos que sus probabilidades de sobrevivir en esa corriente con cuatro balas son casi nulas. Los rápidos por sí solos probablemente lo ahogarían, y si no lo hicieran, se desangraría en medio de la nada, sin asistencia médica disponible.

—No quiero probabilidades. Quiero pruebas. No me importa si está boca abajo, azul e hinchado en ese río. Hasta que no vea por mí mismo que no puede llegar a ella de nuevo, esto no ha terminado.

—King, *se* ha acabado.

—No te crees eso. Sólo quieres que deje de acosarte por eso mientras sigues buscando porque necesitas el mismo cierre que yo.

Su silencio admite que tengo razón.

—¿Qué hay de su compañero?— Pregunto. —¿Ya le has sacado algo?

—El cuerpo está de vuelta en los Estados Unidos. Estamos cruzando las huellas dactilares y el ADN con los registros del estado, el FBI, Scotland Yard, todas las bases de datos disponibles. Esperamos que haya alguna conexión biológica o documentada entre los dos, y eso también nos dará pistas sobre la identidad de Abe.

Escuchar el nombre falso del hombre enmascarado me hace apretar los dientes. Cobarde escondiéndose detrás de una máscara y amenazando a mi chica. Poniéndole una pistola en la cabeza. La furia contrae los músculos de mi vientre.

—Llamó a Nixon ‘Jack’,— digo, recordando la volátil escena junto al río. —Estaba más que angustiado. Apuesto a que están relacionados.

—Sí, lo he oído. Cogemos todo lo que podamos del cuerpo y nos iremos de allí.—Grim se detiene y luego suspira fuertemente. —Mira, sé que dijiste que estarías bien si tuvieras que matar, pero quitar una vida es una mierda pesada. Si necesitas...

—Como un bebé. Así es como te dije que dormiría si tenía que matar a uno de esos hijos de puta para recuperar a Lennix, y así es exactamente como planeo dormir esta noche.— Miro la puerta cerrada del dormitorio de Lennix donde espero que esté durmiendo en paz. — Como un bebé.

—Bien.— Una risita oscura viene del final de la línea de Grim. —Sabía que eras un despiadado hijo de puta, pero incluso yo te subestimé. Te manejaste bien y apuntaste directo. Justo en la garganta en el primer disparo. No está mal. ¿Seguro que no deberías haberte enlistado?

El pánico de esos momentos regresa rápidamente. La adrenalina corría por todas las venas y se desplegaba en cada órgano vital de mi cuerpo cuando vi a ese hombre apretando un arma en la cabeza de Lennix. Sabía que algo tenía que haber salido mal si el equipo de Grim no estaba tras ellos, pero no tuve tiempo de procesarlo.

Grim tenía una ubicación y el equipo se dirigió a la cueva donde el rastreador de Lennix los había llevado. Debieron ser detectados de alguna manera porque el equipo encontró seis locales muertos y la cueva vacía. Grim había bromeado a medias sobre la acción viniendo a mí, pero lo hizo. Yo estaba en los árboles, esperando instrucciones, una actualización, cuando Abe y Nixon aparecieron, los cañones apuntando a Wallace y Lennix y dirigiéndose a ese barco. Ni siquiera me detuve a pensar.

*Apunta. Disparar.*

Fue tan instintivo como cuando mi padre me enseñó a cazar. Sentí más por el primer ciervo que maté durante la temporada de caza que por el cretino que tenía a Lennix de rehén.

—¿King?— Grim pregunta de nuevo, todo el humor despojado de su voz y reemplazado por la preocupación. —Maxim, ¿estás ahí? ¿Seguro que estás bien?

—Sí.— Suelto una respiración prolongada. —Estoy seguro. Sólo unos largos días. Y para responder a tu pregunta, mi padre habría perdido

la cabeza si me hubiera enlistado. Owen, sí. Podría haberlo hecho, ya que los militares se ven bien en tu historial cuando te presentas a presidente. ¿Pero yo? No. Quería mantenerme cerca para que pudiera dirigir su imperio.

Irónico, ya que quererme cerca terminó por alejarme mucho.

—Hablando de tu hermano,— dice Grim, —agradécele por los refuerzos. Con esas limitaciones de tiempo, reunir un equipo así hubiera sido mucho más difícil sin que nos pidiera algunos favores de operaciones especiales.

—Sí. Entre sus chicos y los tuyos, lo conseguimos. Sé que estaba siendo un imbécil tiránico, pero...

—Tenían a tu chica. Yo hubiera sido igual si estuviera en tu lugar. Y sabes que siempre te cubriré la espalda. ¿De cuántos rasguños nos hemos librado el uno al otro?

—Muchísimos,— respondo con una risa, —pero este significaba más que todos los demás juntos.— *Nix* significa más. Grim lo sabe mejor que nadie.

—¿Cómo está ella?,— pregunta.

—Durmiendo.

—¿El doctor dijo que está bien?

La imagen de la mejilla hinchada y descolorida de Lennix y los moretones negros y azules en su cuello, donde ese bastardo la asfixió, me persigue, me tortura. Quiero volar de vuelta a Costa Rica y drenar ese maldito río yo mismo hasta que lo encuentre.

—Uh, sí,— respondo, tragándome una nueva ola de rabia. —El doctor dijo que sólo son moretones y que hay que quitarle las drogas que Abe le dio a ella y a Wallace de su sistema.

—Vieron una mierda intensa. Podría haber algo de estrés postraumático, algún trauma, pesadillas. La carga mental y emocional podría ser mayor que cualquier cosa que veamos en el exterior.

—Sí, ella tiene un terapeuta al que ve regularmente. Lo discutirán en sus sesiones.

—Y todo esto está todavía bajo el radar, ¿verdad?

—Milagrosamente, sí. O tal vez no tan milagrosamente. Lo mejor para CamTech era mantenerlo en secreto. Nunca hicieron públicas las

demandas de los secuestradores, así que no fue más allá de los amigos, la familia y unos pocos ejecutivos de alto rango de CamTech. Como estaban programados para estar fuera unos días más, el personal de Nix no se enteró.

—¿Y el equipo de servicio?

—Se informó a la familia de Paco sobre el intento de secuestro fallido, y nos estamos ocupando de ellos. El resto del equipo cree que se quedaron varados en la selva. No es demasiado inusual para Talamanca.

—Casi como si nunca hubiera sucedido.

—Excepto que sí pasó,— le recuerdo tersamente, —y seguirá pasando hasta que encontremos ese cuerpo.

—Trabajando en ello.— Aunque no estamos cara a cara, puedo imaginar el ceño fruncido de Grim y la irritación es clara en su voz. — ¿Por qué no vuelves a tu trabajo actual, tomando el control de las empresas y salvando planetas y esa mierda?

Me permito mi primera sonrisa real en días. —Créeme. Lo hago. La cabeza de Jin Lei podría explotar si no hago algo de trabajo. Me sumergiré en un desastre a la vez hasta que Nix despierte.

—Te mantendré informado de lo que encontremos.

Mi sonrisa se desvanece ante el recordatorio de que Abe puede estar todavía ahí fuera, aunque las probabilidades son escasas.

—Gracias, Grim. Por todo.

Cuelga sin reconocer mi gratitud. La cercanía entre Grim y yo es diferente, obviamente, de la que comparto con mi hermano, pero él se siente como una familia. Nos hemos unido en torno al peligro y la aventura y todas las cosas que los jóvenes persiguen cuando no tienen un sentido real de su propia mortalidad, sus límites. Pasamos juntos nuestra pasión por el viaje en docenas de ciudades de cien maneras diferentes. Lo gastamos en más mujeres de las que puedo contar, pero ninguna de ellas fue nunca Nix.

Me siento en el sofá y abro mi iPad en la mesa de café de Lennix. A pesar del cansancio que pesa sobre mis brazos y piernas, me obligo a responder a los correos electrónicos y a tratar los temas que Jin Lei tenía mientras me concentraba en recuperar a Lennix. Necesito

algunas libaciones serias para superar este montón de trabajo que me ha estado esperando. Busco en la cocina y en los armarios, en el pequeño bar de un rincón de la habitación, pero todo lo que encuentro es vino.

—Maldición, nena,— murmuro, leyendo la botella de Bordeaux. — Esperaba algo más fuerte.

Atizo el fuego y me quito los calcetines y los zapatos, y me siento de nuevo en la mesa de café. No sé cuánto tiempo trabajo, pero el fuego se apaga, y la botella de vino está casi vacía cuando se abre la puerta del dormitorio de Lennix.

La vista de ella me arresta. Es su belleza, sí, mientras se inclina en el marco de la puerta como si fuera lo único que la sostiene. Pero más que lo imposiblemente bella que es, es su *vida* la que más aprecio. La simple elevación y caída de su pecho con cada precioso aliento. Quiero sentir su corazón apretado contra el mío, latiendo tranquilamente en cada parte de mí hasta que esté seguro de que está realmente a salvo.

El pelo oscuro cae alrededor de sus hombros y hay una huella del sueño grabada en la piel lisa y sin moretones de un pómulos alto. En su pijama de seda blanca, es suave y somnolienta.

Lo que he tratado de ignorar desde que la sostuve en la selva se me queda grabado. Es primitivo y demasiado duro y demasiado pronto después de lo que ha pasado. Cada célula de mi cuerpo grita con la necesidad de reclamarla físicamente. Para estamparme en su piel y sentir la huella de ella quemada en la mía.

Pero no puedo porque no sería suave o considerado. Sería una follada dura y golpeadora e implacable. Necesito sentirla debajo de mí y saber que está a salvo en mi cama, en mis brazos. Tenerla para mí tan completamente, el miedo de que alguien me la quite algún día se calma. Necesito quitarme ese miedo, pero no le haré eso a ella. Es egoísta y vil, y ella es lo mejor de mi vida. No la corromperé con eso.

—Oye,— la saludo.

—Oye.— Su voz es ronca con fatiga. —¿Qué hora es? ¿Por qué estás aquí?

*Porque no confío en mí mismo contigo ahora mismo.*



—Trabajo,— respondo en su lugar, señalando el iPad y los papeles esparcidos sobre la mesa de café. —Jin Lei ya está chasqueando el látigo.

Ella asiente con la cabeza y camina hacia la habitación, acercándose. Trago con fuerza. Verla tan pura en pijama de seda, con sus bonitos pies descalzos asomando por debajo de los anchos fondos de seda, es más de lo que puedo soportar ahora mismo.

—No toma mucho tiempo ponerse a cubierto,— dice, sentada a mi lado en el sofá.

—No hay tiempo para nada.— Obligo a mis ojos a volver al iPad, a pesar de que las letras del documento aparecen juntas en la pantalla.

—Me ha llevado las últimas horas empezar a ponerme al día.

—Siento que hayas faltado al trabajo.

Abandono la pretensión de trabajar para alcanzar y acariciar el lado ileso de su cara. —Nena, no había duda de dónde tenía que estar. No podría haber pensado en otra cosa hasta que te tuviera de vuelta.

Apoya su mejilla en la palma de mi mano. —Dijo que alguien trató de negociar por mí. Alguien a quien llamó —Bolsas de dinero.— Supongo que fuiste tú.

—Sí.— Una risa áspera retumba en mi garganta. —Casi lo arruino todo cuando perdí los estribos. Grim estaba manejando las cosas y yo le quité el teléfono y me hice cargo. Lo jodí todo de verdad. Pensé que ese bastardo iba a hacerlo... — Ni siquiera me atrevo a decir lo que sé que le habría hecho si no la hubiéramos encontrado a tiempo.

—Iba a matarme.

Vuelvo a mirar hacia arriba, y los vestigios de miedo en esos ojos de agua son mi perdición. La alcanzo, apenas confiando en mí mismo, pero necesito que sepa que la mantendré a salvo. La llevo en mi regazo y le cepillo el pelo largo sobre sus hombros y lejos de su cara.

—Nunca dejaría que eso ocurriera.— Presiono nuestras frentes juntas.

—Habría movido el cielo y la tierra, comprado el cielo y la tierra, para recuperarte.

—Pero nunca fue sólo el dinero para él.— Ella me agarra del cuello y se acurruca más cerca. —Sabía que iba a morir, Doc, y todo lo que podía pensar era que nunca te había dicho que te amaba.

—Sí.— Hago un esfuerzo consciente para soltar mis dedos de su cintura y muslo. —Eso es todo lo que pude pensar, también.

—Y nunca te había oído decirlo.— Ella mira hacia arriba, sus ojos grises se oscurecen, brillando con lágrimas. —Pero sabía que tú también me amabas.

—Demasiado.— Sumerjo mi nariz en su cuello, absorbiendo el olor del jabón de su baño y el seductor aroma que es sólo suyo. —Me estaba matando el que no lo supieras nunca.

—Lo sabía,— susurra, y me da besos en la cara hasta que llega a mi boca. —Maxim, lo sabía.

Tirando de su barbilla entre mi pulgar e índice, abro su boca y ordeno el beso. Intento controlarla, pero al instante le cojo la lengua, lamiéndola con golpes posesivos, tan hambriento, tan desesperado. Tragando los pequeños sonidos que hace, la acerco, deseando tanto ser tierno, tomarme mi tiempo, pero el deseo y la necesidad sofocan mis buenas intenciones.

La vuelvo a meter en los cojines del sofá, apretándole el pecho a través de la parte superior del pijama de seda. Mis caderas están encajadas entre sus muslos y empujo, los movimientos son agresivos y compulsivos. Ella gime, y yo me quedo quieto.

*Maldición. ¿La estoy lastimando?*

No está preparada para esto. Ha pasado por una dura prueba. Necesito ponerle una correa a este maldito lobo.

Me echo para atrás, me siento, descanso mis codos en mis rodillas y hago un túnel con mis dedos en mi pelo.

—Nix, lo siento.— Me lamo los labios, y mi polla se endurece con el sabor de su persistencia. —Nena, vuelve a la cama. Necesitas descansar. Han sido... unos días locos.

Me acaricia la espalda y salto como si hubiera tocado un nervio expuesto. Estoy tan en sintonía con sus manos sobre mí.

—¿Estás...— Ella también se sienta, inclinada hacia adelante. Siento sus ojos quemando mi perfil. —¿No deseas...?

—Sabes que sí.— Me doy la vuelta para encontrarme con la confusión en sus ojos.

—¿Entonces por qué?— Se inclina para besarme, sus labios suaves y

gentiles, dos cosas que ya sé que olvidaré en cuanto la toque. —Estoy viva y te he echado de menos.

Me aparto del dulce contacto del beso.

—Lo deseo demasiado,— me avergüenzo de mi falta de control, pero no puedo hacer nada al respecto con esta locura que ronda dentro de mí. —Has pasado por mucho.

—¿Crees que no lo deseo?,— pregunta suavemente. Busco en sus ojos, sorprendido de que el ardor y la desesperación coincidan con los míos. —¿Es por eso que te quedaste aquí cuando deberías haber estado en la cama conmigo? Háblame. Dime, Doc.

Cierro los ojos, lo cual es un error porque su olor, su calor... todo sobre ella sube a la superficie de mis sentidos, incrementando mi deseo de reunir nuestros cuerpos, reconectar nuestras almas.

—Es como si hubiera estado tan cerca de perderte,— digo con dificultad. —Y algo en mí quiere reclamarte. No creo que sea suave. Es una mierda de cavernícola. Ya lo sé.

—Entonces debo estar en alguna mierda de cavernícola,— dice, su sonrisa se amplía, aunque sus ojos permanecen solemnes. —Porque me siento de la misma manera.

—¿Lo haces?— Apenas dejo salir las palabras en caso de que ella diga que no.

—Sí, lo hago. Estaba acostada en la cama, y el sedante funcionó al principio, pero me desperté y no estabas allí. Mirar fijamente al techo me pareció mal. Casi me muero, y quiero sentirme viva. Nada me hace sentir más viva que hacerte el amor.

No pude ponerle palabras, pero ella lo hizo. Resumió exactamente lo que me hace salir de mi piel para estar dentro de ella. Pero incluso después de escucharlo de sus labios, necesito que ella dé el primer paso. Necesito saber que está bien; que si pierdo el control, no se romperá.

Se levanta y camina de vuelta a su habitación. Apoyándose de nuevo en el marco de la puerta, con los ojos intensos y tormentosos y cerrados con los míos, se desabrocha el primer botón de su pijama. El segundo, tercero y último botón le siguen. La seda blanca se desliza por sus brazos, mostrando sus pechos, llenos, altos, con la punta de

los pezones de color marrón.

Yo trago, mi pecho se agita con el control que se necesita para permanecer en este sofá. No para cargar y follarla donde está. Es animalista, y quiero ser, si no gentil, al menos civilizado. Pero no hay nada de civilizado en cómo me siento cuando la parte inferior del pijama se desliza como el agua sobre la curva de sus caderas y por sus piernas. El pelo brillante baña sus hombros en seda negra y se desliza sobre sus pechos, sus pezones distendidos burlándose de mí a través de las largas hebras. Me da la espalda y se inclina lentamente para recoger el pijama desechado, dándome una clara visión de los labios regordetes y la abertura de su coño.

Mi boca se seca. No puedo *no* hacer esto.

Estoy de pie y en el dormitorio antes de que ella haya llegado a la cama. La tomo del brazo, teniendo cuidado con ella, y la giro para que me mire. Sólo su lámpara de cabecera está encendida, lavándonos a nosotros y a su dormitorio con luz dorada. La majestuosa estructura ósea de su cara está estropeada por un pómulo hinchado. Moretones negros y azules encadenan la delgada línea de su cuello. La rabia y la impotencia me inundan de nuevo, como si ella estuviera todavía a cientos de millas de distancia. Tamizo mechones de su cabello entre mis dedos, cepillo mi pulgar sobre la descolorida elevación de su mejilla, me doblo para hacer polvo los besos en el pozo poco profundo en la base de su garganta magullada.

—Te ha hecho daño,— digo, mi voz se estrangula.

—Estoy bien.— Me toma por el cuello y desliza sus dedos en mi cabello.

—Estoy furioso.— Me abrazo a su cintura, apretando mis manos sobre ella, sintiendo los delicados huesos a través de su cálida carne. — Probablemente esté muerto, pero quiero cazarlo. Quiero matarlo por haberle hecho daño. No sé qué hacer con todos estos sentimientos.

—Yo sí,— dice, tirando del dobladillo de mi camiseta y tirando de ella sobre mi cabeza.

—¿Estás segura?— Mis manos tiemblan con la necesidad de tocar cada centímetro de su desnuda piel marrón dorada.

—Estoy hecha un desastre ahora mismo.— Me desabrocha el cinturón,

levanta la vista de la tarea para mirarme directamente a los ojos. —No voy a fingir que lo que ha pasado no me ha marcado, no me ha cambiado. Lo ha hecho. Ni siquiera creo que sepa cómo me ha afectado todavía. Lo que sí sé es que te amo, y lo que más lamenté cuando pensé que moriría fue no habértelo dicho. Así que déjame decírtelo.— Se retira y se sienta en el borde de la cama, que está cubierta con un edredón de seda color crema y oro. Abre las piernas en una invitación flagrante. —Déjame mostrarte.

La seducción de sus movimientos, de sus ojos, doloridos y sin embargo apasionados en su rostro dibujado, me lleva hacia ella y sobre la línea de la restricción. Me pongo de rodillas entre sus piernas, abriéndola más. Me inclino y presiono mi cara contra el suave calor de ella, al principio sólo pasando ligeramente mis labios sobre su coño, luego extendiéndola y llevando su clítoris a mi boca. Me quejo del sabor, de la textura.

—Doc,— ella gime, sus dedos se enredan en mi pelo. —Sí. Por favor. Como, recordándome a mí mismo ir despacio, pero me pierdo en este delicioso universo entre sus piernas, y estoy hambriento. Mis dedos están dentro de ella. Mi lengua es firme y se lanza hacia ella, lamiendo su humedad. Hago llover besos sobre el interior de sus muslos, y muerdo la carne firme. Ella jadea, y yo reviso su cara para ver si tiene dolor. Un tipo de placer sorprendido calienta su expresión.

—Hazlo de nuevo,— me pide, sus dedos tirando de mi pelo. —Muérdeme otra vez.

Muerdo un rastro en sus muslos y entre sus piernas hasta que ella se viene, cayendo de espaldas, doblándose y empujándose y retorciéndose en la cama, sus gritos llenando la habitación. Su respuesta es tan salvaje como mi pasión por ella.

Cuando su cuerpo se calma, me desvisto y me arrastro hasta la cama para acostarme a su lado, viendo cómo su bonita cara se mueve con las secuelas de su orgasmo. Me meto un pezón en la boca, chupando fuerte, mordiendo. No tenía derecho a marcarla con violencia. La marco con mi amor, con mi ternura y cuidado. Sigo el círculo de su areola con mordiscos de amor, haciendo sonar sus pechos con pequeños chupones, mientras la follo con mis dedos y doy vueltas,

pellizcándole el clítoris hasta que vuelve a venirse.

Ella jadea, gimotea, sus ojos lánguidos y lujuriosos y mojados por las lágrimas.

No he sido rudo. La deseo ferozmente, pero nunca la lastimaría. No soy capaz de hacerlo. Sería como lastimar mi propio cuerpo. Pensé que no podía confiar en mí mismo con ella, pero no tenía nada que temer.

*Eso no quiere decir que no me la follaré con fuerza.*

Las sábanas se sienten de la misma manera que ella se sentirá debajo de mí, como una decadencia de satén. Me coloco entre sus muslos y me deslizo. Jadeamos juntos ante esta perfección. Ella está apretada y resbaladiza y caliente, y mi verga tiene mente propia, ignorando mis intentos de control. Tan pronto como estoy dentro, toda pretensión de civilización desaparece. Quiero superar todas las barreras, cualquier cosa que me aleje de lo más profundo de ella, la parte que solía guardar y proteger.

Quiero *esa* parte.

Con gruñidos y maldiciones, me lanzo sobre ella. Cualquier sentimiento que hayamos retenido se derrama con el bloqueo y el deslizamiento de nuestros cuerpos juntos. La habitación está en silencio, excepto por el ritmo de los golpes de cada empujón. Me separo, no escucho ningún sonido, no veo nada excepto la oscuridad detrás de mis párpados cerrados, pero luego lo escucho.

Ella está llorando.

Sollozos desgarradores que me hacen temblar el pecho donde ella está presionada contra mí.

Me detengo, inclinando su cabeza hacia arriba para poder mirarla a los ojos.

—¿Nix?— Pregunto, temiendo haberla herido, que al no esperar he arruinado algo que siempre debería ser puro entre nosotros.

—No te detengas,— me dice entre sollozos. —Por favor. Esto es lo que necesitaba. Oh, Dios. Por favor, no te detengas, Doc.

Me agarra el culo, me empuja de nuevo al fondo.

—Mierda,— siseo.

—No estoy herida,— dice, pero las lágrimas siguen obstruyendo sus

palabras. —Te amo tanto. Nunca nada se ha sentido así.

Dios, escucharlo de esta manera me quita cualquier defensa final que pueda haber tenido. Ayer dijo —lo mismo— cuando le dije que la amaba. Escucharla decirlo abiertamente con tal ofrenda de emoción es más de lo que puedo soportar. Mi ritmo se acelera y me sumerjo sin descanso.

—Te amo.— Ella llega hasta que encuentra mi mano para unir nuestros dedos. —No te detengas.

Su amor es una poción que me vuelve loco, que me hace llegar más fuerte que nunca en mi vida. El mundo literalmente se vuelve negro por un momento mientras me vacío en su cuerpo de la manera más elemental que un hombre puede.

Cuando lo he gastado todo, caemos en la cama, y la vuelvo a meter en mí, acariciando su pelo húmedo y besando la curva de sus hombros, acariciando la hinchazón de su cadera, enredando nuestras piernas.

—Te amo,— susurro en su pelo. Me siento tan reverente cuando lo digo. Intercambiamos esas palabras como si fueran oraciones sagradas. Con nuestros cuerpos, a través de nuestra confesión, hicimos nuestra propia religión. Ella es el templo y yo soy el sacerdote, adorando.

—Yo también te amo,— dice, su voz aún tiembla de emoción, de lágrimas.

—¿Estás bien?— Tengo miedo de su respuesta, pero estoy preparado para hacer lo que necesite si dice que no.

—Estaré bien,— dice, dándose la vuelta para mirarme después de unos momentos. —Puede que lleve algún tiempo, pero me amas y estaré bien.

## 11. LENNIX



—Entonces, ¿cómo estás realmente?

La pregunta de Mena me da las respuestas que le he dado a todos excepto a Maxim desde que volvimos de Costa Rica hace dos días. No puedo ocultarle nada. No quiero hacerlo. Kimba, Vivienne, mi padre... todos me han preguntado cómo estoy, pero no sé si están listos para escuchar cómo me ha afectado esto. O tal vez no estoy lista para admitirlo ante nadie. Pero desde el Baile del Amanecer, Mena y yo hemos compartido un vínculo único que nadie más entiende. Ella sondea cuando los demás me toman la palabra.

—Estoy llegando allí,— me conformo con decir. —Hablé con mi terapeuta por teléfono ayer y le conté algo de lo que pasó. Está preparada para adaptar algunas sesiones para asegurarse de que estoy procesando las cosas de la manera correcta. Nos reuniremos la semana que viene.

—Me alegro,— dice Mena.

Le da un mordisco a los panqueques de maíz azul que nos preparó. —Estos resultaron bastante buenos.

—Son deliciosos. Necesito la receta. Me encanta que hayas cocinado con tantos ingredientes originales.— Lavo un bocado de los panqueques con un sorbode mi té. —Necesito volver a eso. Siempre estoy tan ocupada que termino comiendo demasiado.

—Nos hemos centrado en la alimentación ancestral, en entender las elecciones de alimentos basadas en valores, antes del colonialismo y la industrialización.— Le da un pequeño mordisco a sus panqueques de maíz. —Revolucionario. El colesterol de Jim estaba un poco alto en su último anuario. El doctor quería ponerle algunos medicamentos, lo que haremos si es necesario, pero yo quería intentar seguir un estilo de vida alimenticio más ancestral primero. Sus números ya son mejores.



—Eso es impresionante.— Levanto una pierna y descanso mi barbilla en la rodilla mientras nos sentamos en la mesa del comedor. —Sé que mi terapeuta me ayudará a procesar todo, pero también creo que hay algunas cosas básicas que debo hacer para ayudarme a sanar.

—¿Cómo qué?— Mena pregunta, sorbiendo su jugo recién exprimido.

—Correr.— Arrastro mi tenedor a través del jarabe de arce en mi plato. —Soñé con mamá cuando estaba allí, tía.

—Sin embargo, sueñas con ella a menudo, ¿verdad?

—Sí, pero en este sueño ella me dijo que corriera. ¿Recuerdas cuando yo era una protectora del agua en la escuela secundaria? Las maratones que organicé y todas las carreras que hice para preservar nuestra cultura y luchar por lo que creía.

—Sigues luchando. Sólo que de una manera diferente. La política es un camino complejo para conseguir lo que nuestra gente necesita. No todo el mundo puede hacer lo que tú y Jim hacen: navegar tan bien por este mundo feroz. Están haciendo un buen trabajo.

—Gracias, tía, pero creo que correr puede ayudarme. No sólo físicamente, sino también de otras maneras. Me hizo sentir conectada a la tierra, a nuestra lucha de una manera que nada más lo hace.

—¿Todo el entrenamiento que hiciste para tu Baile del Amanecer? Correr fue probablemente una de las partes más difíciles de la ceremonia.

—Seguro.—Una triste sonrisa se posa en mis labios. —Esa noche, cuando terminó, me sentí muy aliviada, y mamá estaba muy feliz.

—Estaba orgullosa de ti. Incluso si no hubieras pasado por el rito, ella habría estado orgullosa, pero eso significaba mucho para ella. Me alegro de que te haya visto convertirte en una mujer antes de cruzar al otro mundo.

—Dios, pensé que nunca dejaría de tomar fotos,— digo, riendo a pesar de que las lágrimas están bien en mis ojos. Mis emociones están tan cerca de la superficie, que parece que cualquier cosa podría hacerme llorar, pero no lucho contra las lágrimas ahora mismo. Ceder a este recuerdo de mamá, aunque me duela el corazón, me hace sentir más cerca de ella.

La puerta de mi habitación se abre y Maxim entra en la sala de estar.

Está al teléfono, hablando lo que suena como chino o japonés. Entra en cada habitación como si fuera la suya, como si no hubiera nadie a quien no pudiera persuadir, convencer o reclutar. La fuerza de su carisma es algo tangible, un gancho que te atrae antes de que lo sientas en tu boca.

El pelo oscuro está peinado hacia atrás de su hermosa cara, pero un mechón cae sobre su frente como si se hubiera preparado apresuradamente, porque normalmente lo hace. Lleva un traje azul marino de tres piezas con una camisa gris plateada abierta y sin corbata.

*Señor, se ve delicioso.*

El chaleco moldea su amplio pecho y su abdomen plano, y los pantalones impecablemente confeccionados tiran y fluyen con cada paso, enfatizando los poderosos músculos de sus muslos. Tomo un sorbo de mi té, observando sobre el borde de mi vaso, comiéndolo con mi mirada. Nos muestra una sonrisa, sigue hablando por teléfono en un idioma que no entiendo, antes de desaparecer en la cocina.

Después de la primera vez anoche, lo desperté antes del amanecer y me lo volví a follar. Bajando la rodilla, me retuerzo en mi asiento, pulsando entre mis piernas al verlo, al recordar que nuestros cuerpos estaban encajados, moliendo.

*¿Esto es un trauma caliente? No puedo tener suficiente.*

Le preocupaba ser demasiado rudo muy pronto después de que yo regresé de tan terrible experiencia, pero yo deseaba ese reencuentro físico tanto como él. Tal vez más. Siento como si me hubieran perdonado una ejecución. Sentí el frío aliento de la muerte, vi mi sangriento final a través del cañón de un arma, pero me salvé en el último segundo. Y quiero tomar la vida por las bolas, por los cuernos, por todo lo que pueda agarrar y sacarle el máximo provecho.

Maxim es definitivamente *el máximo*.

—Consíguete una habitación si vas a mirar a tu novio de esa manera,  
— dice Mena, un giro de humor a sus labios.

La miro, con los ojos abiertos y las mejillas ardiendo. ¿Soy tan obvia?

—¿Perdón?— Pregunto, tratando de jugar.

—Oh, cariño, ni siquiera.—Mena se ríe y aparta su plato vacío. —Estás

iluminada como la tira de Las Vegas. Conozco esa mirada. Se la doy a mi propio esposo todos los días.

En eso, ambas soltamos risas guturales y nos sentamos en nuestros asientos. Disfruto de su compañía como lo hago con otras pocas. Ella y el senador Nighthorse tienen un lugar aquí en Washington, pero divide su tiempo entre la ciudad y Oklahoma, el estado que Jim representa.

Maxim entra por la puerta giratoria que separa mi cocina del comedor, con un vaso de jugo de naranja exprimido por Mena. — ¿Qué es tan gracioso, señoras?

—Sólo una charla de chicas,— dice Mena con una sonrisa. —Buenos días, Sr. Cade.

—Buenos días, Sra. Nighthorse,— regresa con una sonrisa.

Mena conoce mi historia con Maxim, y aunque muy pocas personas saben que él y yo estamos juntos ahora, ella fue una de las primeras y pocas a las que puse al corriente antes de irme a Costa Rica.

—Buenos días,— me dice, sus ojos verdes se oscurecen cuando se inclina para besarme. Se aleja después de un breve contacto, pero yo lo alcanzo y lo traigo de vuelta para un beso que perdura, explorándolo por unos segundos incluso con Mena mirando. No puedo evitarlo. Verlo vestido para irse me hace querer atarlo a mi cama para que no se escape. No sé si es aferramiento o necesidad, pero lo quiero tan cerca como sea posible.

—¿Tienes que irte?— Murmuro contra sus labios.

—Sí.— Me mira, con los ojos brillantes de amor, afecto y deseo. —A menos que quieras que me quede... Tengo una reunión en el Café du Parc, pero puedo cancelarla si lo necesitas.

—No, por supuesto que no. Desayuno poderoso, ¿eh?— Pregunto, levantando las cejas por su lugar de reunión cerca de la Casa Blanca.

—Algo así,— dice irónicamente. —Peggy Newcombe estuvo en esa expedición a la Antártida conmigo y nos hemos mantenido en contacto a lo largo de los años.

—¿Senadora Newcombe?— Pregunto, sorprendida.

—Congresista entonces. Es una aliada para el cambio climático y está patrocinando un proyecto de ley que quiero que se apruebe. Ya lo he

cancelado tres veces, y se va de viaje por un mes, así que me gustaría pillarla.—Me revisa la cara, con el ceño fruncido entre sus gruesas cejas. —Pero si necesitas que me quede...

—No, estaré bien. Creo que yo también saldré un poco más tarde.

Su ceño fruncido se profundiza. —Sólo has estado en casa dos días, Nix. Pronto volverás a tu rutina. Descansa un poco. Programa una sesión con tu terapeuta. Tómalo con calma.

—No tengo tiempo para ir despacio, Doc. Tu hermano anunciará su campaña muy pronto.

—Me importa un bledo si O está anunciando que va a ir a la luna. Kimba y tu equipo tienen todo bajo control. No te apresures.

—¿Te atreves a decirme cuándo debo volver al trabajo?— Mi tono es ligero, pero él necesita saberlo. Lo amo, pero no dirigirá mi vida.

Suspira y pone los ojos en blanco en la lámpara suspendida sobre mi mesa del comedor. —Nunca presumiría, pero ¿puedo preocuparme?

Se inclina hacia abajo para acariciar mi mejilla y cierra nuestras miradas juntas. —No quiero que te sientas presionada.

La rigidez que se acumula en mi cuello alivia el amor de sus ojos. —Gracias, pero tienes que confiar en mí para saber lo que necesito, y necesito trabajar. No me voy a quebrar.

Asiente lentamente, registrando mi cara antes de enderezarse. —Bueno, tengo que ir a ver a Peggy, pero volveré. Puedo trabajar desde aquí.

—Trabaja desde tu oficina. Está bien. Creo que voy a salir a correr y podría pasar por mi oficina sólo para recoger algunas cosas y comprobar.

Se pone rígido. —¿A qué hora? ¿Cuándo?

—Maxim, ¿en serio?— Me río y tomo un sorbo de mi jugo. —Estaré bien.

—Uno de los chicos irá contigo,— dice, una expresión que no puedo entender que se le cruce en la cara.

—¿Uno de qué chicos?— Pregunto.

—Oh, ¿te refieres al batallón apostado en la puerta? ¿En el pasillo?— Mena pregunta, con el tono seco. —¿O el del vestíbulo?

—¿Batallón?— Miro de mi tía a mi novio. —¿De qué está hablando,

Doc? ¿Y qué tipos?

—Sólo una medida de precaución,— dice. —He asignado un equipo de seguridad.

—¿Un qué?— Mi espalda se pone recta y rígida. —El secuestro fue específico de ese país, de esas circunstancias, y se trató de Wallace y la vacuna. No tenía nada que ver conmigo. No generalices el peligro. Nunca he necesitado seguridad y todavía no la necesito.

Sus labios llenos se tensan, pero no habla ni un momento. —Esta es una conversación más amplia que deberíamos tener esta noche cuando llegue a casa.

Mi corazón se contrae cuando se refiere a mi apartamento como casa. Me derrito al pensar que compartimos un hogar juntos, pero también pongo mi boca y mi voluntad.

—Puede que salga a correr un poco más tarde,— digo con los labios rígidos, —y no quiero que me sigan. ¿Está claro, Maxim?

Echa un vistazo a ese insanamente caro reloj de Richard Mille en su muñeca. —Tengo que irme. Lo discutiremos más tarde.

Su expresión apretada se afloja y le ofrece a Mena una sonrisa natural, el encanto rezuma por cada poro. —Adiós, Sra. Nighthorse.

—Por favor, llámame Mena. Creo que nos veremos bastante.

—Estoy seguro,— responde, devolviéndome la mirada.

—Te acompaño a la salida.—Me paro y lo sigo a la vuelta de la esquina al pequeño vestíbulo de mi apartamento. Se inclina contra la puerta principal y me empuja hacia él, sumergiendo su cabeza para hurgar en mi boca sin hablar. La tensión que había surgido entre nosotros se desvanece, y yo le devuelvo cada golpe de su lengua, gimiendo en el beso. Desliza sus manos por mi espalda y por mi culo, alisando la seda del pijama sobre mi piel.

—Me encanta esto en ti,— dice. —Casi tanto como me gusta quitarlos. ¿Te los pones otra vez para mí esta noche?

Asiento con la cabeza, poniendo los pies en el suelo. —¿Tienes planes para esta noche?

—Tú. Tú eres mi único plan.— Un ceño fruncido usurpa su sonrisa. —¿Cuándo vas a hablar con tu terapeuta?

—Doc, por favor, no te preocupes por mí.

—Casi te pierdo, maldita sea,— dice, apretando sus manos en mis caderas. —No me digas que no me preocupe por tu seguridad, por tu bienestar, por ti porque esa mierda no va a volar. No quiero infringir tu independencia, pero tampoco dejaré que te pase nada. ¿Estoy siendo claro en esto?

—Déjame ser clara,— le respondo, salgo de sus brazos y pongo mis manos donde las tuyas estaban en mis caderas. —Soy responsable de mi seguridad y bienestar. Gracias por rescatarme de un lunático que quería matarme, pero ya estamos en casa. Y no necesito a alguien que cuide mi vida o que controle mis idas y venidas.

Exhala un aliento exasperado, interrumpiendo su cabello cuando pasa una mano por él. —Tengo que irme y Mena te está esperando. Quiero que tengas tiempo con ella. Discutiremos esto esta noche, ¿de acuerdo?

—Sí, de acuerdo.— Ahora que se va, quiero envolverlo con mis brazos y piernas y cerrar la puerta para tenerlo conmigo un poco más. —Te amo.

Su expresión se suaviza y me mira de una manera que nunca le he visto mirar a nadie más. Y sé que es porque soy la única a la que ama de esta manera. Se inclina para darme un rápido y ardiente beso y me susurra su respuesta en los labios: —Lo mismo, nena. Lo mismo.

Me quedo allí un momento después de que se marcha, absorbiendo el olor de él que perdura en el vestíbulo, antes de reunirme con Mena en la mesa del comedor.

—Lo siento por eso.— Hago una mueca. —Acerca de todo esto. Chocamos de vez en cuando.

—Ambos tienen personalidades increíblemente fuertes. Es de esperar, pero obviamente hay mucha pasión.— Mena sonríe e inclina la cabeza, considerando. —Y amor, si no me equivoco.

—No te equivocas.— Juego con mi tenedor y sonrío. —Lo amo, sí.

—Me alegro mucho por ti, Lennix. Sabes que hace tiempo que quiero que alguien supere ese guardia alrededor de tu corazón.

—Lo superó bien. Sólo espero que no lo arruinemos. Le gusta mear en círculos a mi alrededor, y cómo puedes imaginar, eso no siempre sale bien.

—Es un hombre muy dominante. Muchos políticos lo son. Lo sé. Me casé con uno.

—Bueno, él es dominante, pero no es un político. Gracias a Dios.

—Tal vez no de oficio.—Mena nivela una mirada especulativa sobre su taza de café, sorbiendo. —Pero obviamente tiene aspiraciones.

—No, tiene convicciones. Principios. Metas para el mundo, nada menos, y entiende que tiene que haber alguna intersección con la política para lograrlas, pero no le interesa la política. Creo que en parte es por eso que trabajamos.

—Ustedes dos también trabajan porque él no se conformaría con que no trabajaran. Cuando te resististe, él siguió viniendo. Es un hombre que siempre busca la próxima montaña para escalar.

—Tengo mis propias montañas,— digo, empujando lo que queda de mis panqueques. —Él lo sabe.

Compartimos una mirada, y hay un conocimiento en los ojos de Mena sobre el que no quiero preguntar. Después del desayuno, limpiamos la mesa del comedor y nos dirigimos a la cocina. Mena se apoya en la encimera y me mira cargar el lavavajillas.

—¿Qué?— Pregunto, mirando desde una fila de platos en el estante.

—Tienes la mirada de *tengo algo en mi pecho*.

Mena sonríe y asiente con la cabeza. —Estaba pensando en lo que dijiste antes sobre la incorporación de algunas de las viejas prácticas en tu recuperación.

—¿Sí?— Cierro la puerta del lavavajillas y me inclino a su lado contra el mostrador. —¿Y?

—Creo que incorporar algunas de las antiguas prácticas en tu proceso de curación es sabio. Si correr te hace sentir conectada, hazlo. El Atado de incienso indio también puede ser increíblemente poderoso.

No puedo recordar la última vez que me dediqué a la práctica del Atado de incienso indio. Al crecer, la casa de mamá siempre olía a salvia y el humo sagrado se esparcía por todas las habitaciones.

—Traeré algunas cosas para que las uses,— dice Mena, envolviendo su brazo alrededor de mi hombro. —Te daré las herramientas, pero tú tienes que hacer el trabajo.

En cada momento, ella está ahí, entrando en muchos vacíos. Creo que

mamá nos ve y está agradecida por la forma en que Mena me ha guiado una y otra vez. —Gracias por estar siempre ahí para mí, tía,— digo con los ojos llorosos.

—Oh, cariño, siempre lo haré.



## 12. MAXIM



La risa me llega incluso antes de bajar del ascensor al apartamento de Lennix.

Demasiado para otra noche a solas con mi chica. No había planeado estar fuera todo el día, pero estamos en una etapa crítica en varios asuntos. Jin Lei me recordó, no muy gentilmente, varias cosas que necesitaban mi atención inmediata. Lennix envió un mensaje de texto para decir que sus amigos iban a venir. No me molesta que pasen tiempo con ella. Casi la pierden también, y sin duda necesitan estar seguros de que está bien de la misma manera que yo, pero maldición si no quiero tiempo a solas.

Cuando ella mencionó que Owen se anunciaría pronto me recordó que el ritmo de nuestras vidas no deja mucho tiempo para el otro. Además de mis intereses comerciales, estaré en la campaña de O. Con Nix dirigiendo la campaña, no preveo que vayamos más despacio para disfrutar el uno del otro en un futuro próximo.

Doy un largo respiro y paso al vestíbulo.

—¿Todo bien?— Le pregunto al tipo de seguridad de traje sencillo que está cerca de la puerta.

—Sí, señor.

—¿Salió hoy?— Pregunto, frunciendo el ceño.

—No, señor. La Sra. Nighthorse terminó visitándonos la mayor parte del día.—Asiente con la cabeza hacia el apartamento. —La señorita Hunter no salió de su apartamento.

—Bien. Todo el equipo sabe que si se va...

—Rastrearla, sí, señor.

La respuesta de Lennix a la sola idea de un detalle de seguridad me hizo saber que no le encantará el rastreador de su brazalete. Sabe que Grim la encontró, y probablemente asume que usó sus recursos para rastrearlos. No hemos entrado en detalles, pero pensé que podríamos

discutirlo esta noche. La risa y el sonido de los cristales tintineando me dice que puede que no haya mucho tiempo para sacar el tema. Tengo que admitir que posponer esa discusión no es una dificultad.

Cuando uso la llave que Lennix me dio para entrar en el apartamento, todos se giran para mirarme. Las botellas de vino parecen estar en cada superficie plana, y los platos cargados con algo que huele delicioso. Kimba y Vivienne se estiran en el sofá. Wallace y Lennix se sientan en el suelo con la espalda contra el sillón.

Mi sangre hierve un poco al ver a Wallace Murrow. No son celos. Estoy seguro de los sentimientos de Lennix por mí. No, ese idiota prometió que mantendría a Lennix a salvo en ese viaje de servicio y terminó casi muerta. Aunque técnicamente no fue su culpa, en algún nivel, correcto o incorrecto, lo culpo por enredar a Lennix en el drama con su vacuna experimental.

—¡Maxim!— dice Kimba, y cruza la habitación para abrazarme. —El hombre del momento.

—¿Soy yo?— Le devuelvo el apretón y la sonrisa. Se ha convertido rápidamente en una de mis personas favoritas. —¿Cómo es eso?

—Fuiste a buscar a nuestra chica,— dice, su sonrisa se tambalea un poco, las lágrimas le llegan a los ojos. —Y, por supuesto, a nuestro chico.

—No conseguirla no era una opción,— respondo, mirando a Murrow el tiempo suficiente para que sienta mi disgusto, aunque todavía no lo entienda del todo. Sus ojos se desploman después de unos segundos, y se necesita todo en mí para no exigir cómo pudo ser tan descuidado.

—Han pasado años, Maxim,— dice Vivienne, levantándose de su sitio en el sofá y viniendo a por un abrazo, también. —Siempre supe que te meterías en la vida de Lenn, y gracias a Dios que lo hiciste.

No la he visto desde Ámsterdam hace más de una década. Con ojos frescos, noto el parecido con su hermano.

—También me alegro de verte de nuevo, Vivienne. ¿Cómo te trata Manhattan?

—Muy bien. No salgo mucho de esa isla, pero tuve que venir para asegurarme de que Wall y Lenn estaban bien.— Me aprieta la mano y me mira directamente a los ojos. —De verdad, gracias por ir a

buscarlos.

No respondo, pero me conmueve su sincera gratitud. Yo sólo asiento y aprieto su mano a cambio.

Lennix se levanta y se acerca a mí con una amplia sonrisa, polainas y una sudadera con la inscripción DERROTA AL PATRIARCADO en la parte delantera.

—Hola,— me saluda calurosamente, estirándose para un beso. Me importa un bledo que sus amigos estén mirando. La tomo por la barbilla y la beso con fuerza, gimiendo cuando me devuelve el beso con el mismo entusiasmo y desprecio por los demás. Son sólo unos segundos y nada satisfactorios, pero alivia mi agitación por tener que estar lejos de ella todo el día. No la he querido perder de vista desde que volvimos de Costa Rica. Es una reacción exagerada, y ella está a salvo, pero no puedo ignorar la preocupación constante de que algo vuelva a suceder, especialmente sin confirmación sobre el cuerpo de Abe.

—Te extrañé,— le susurro al oído cuando rompemos el beso. —Estoy tratando de ser amable con tus amigos, pero te deseo para mí.

Ella se retira, y espero que al menos me regañe burlonamente, pero el calor desesperado que vi en sus ojos anoche sigue ahí. —Yo también te extrañé,— susurra.

Eso sólo me hace querer echar a todos aún más, pero en lugar de eso me dirijo a sus amigos y la llevo a mi lado. —¿Qué estamos comiendo? Me muero de hambre.

—Mena dejó algunos bisontes y coles,— dice Kimba, asintiendo con la cabeza hacia un plato de comida cargado en la mesa.

—¿Está bien así?— Lennix pregunta con un ligero ceño fruncido. —¿El bisonte, quiero decir?

—¿Eres vegetariano?— Wallace pregunta, con la carne a medio camino de su boca.

—No,— sirvo algo de carne en mi plato. —Pero limito mi consumo de carne debido a que la deforestación contribuye al calentamiento global.

Wallace asiente, pero su hermana parece desconcertada.

—¿Puedo admitir que no entiendo cómo se relacionan realmente esas

cosas? — pregunta con una sonrisa irónica.

—Eliminan los bosques para pastos, pastoreo y cultivos para alimentar al ganado,— responde Lennix antes de que yo pueda. Me encanta que se preocupe por estas cosas, que se sienta profundamente conectada a la naturaleza y a la tierra incluso más fundamentalmente que yo. Mi preocupación es en gran medida pragmática. Para ella y su tribu, es igual de espiritual.

—Cuando se cortan y queman esos árboles,— continúa Lennix, —se libera dióxido de carbono, que creo que es la principal fuente de calentamiento global. ¿Es eso cierto, Maxim?

—Correcto,— digo. —Además de ser lo que llamamos ecológicamente ineficiente, básicamente significa que nos cuesta más que los beneficios que produce.

—¿Qué es un ejemplo?— Vivienne presiona. —Porque no lo entiendo.

—Bueno, la carne de vacuno, por ejemplo, utiliza alrededor del sesenta por ciento de todas las tierras agrícolas del mundo, pero sólo produce alrededor del cinco por ciento de su proteína.

—¿Así que dejamos de comer carne?— Kimba pregunta. —No te lleves mi Jack in the Box, Maxim.

Todos se ríen, incluso yo, porque la franqueza de Kimba es tan auténtica e irresistible.

—No le digo a la gente que debería dejar de comer carne,— le digo. — Pero comer más pollo que carne es un gran comienzo, y comprar carnes libres de deforestación es una gran ayuda, también.

—Además, el metano es producido por el estiércol de vaca y los estómagos del ganado,— añade Wallace. —Es un gas que atrapa el calor, ¿verdad, Doc?

—No me llames Doc.

El agudo comentario pincha el buen humor de la sala, dejando un silencio incómodo. Todos nos llevábamos tan bien, hasta que el buen doctor tuvo que poner sus dos centavos. No sé si alguna vez me agrada como Lennix quiere que lo haga.

—Lo siento,— dice Wallace, bajando la cabeza y escarbando en su comida. —Acabo de oír a Lenny llamándote así y...

—Precisamente. Ella es la única que me llama así.

Lennix estira sus ojos hacia mí en una advertencia del WTF. Me encojo de hombros, me quito de encima su silenciosa reprimenda y apilo mi plato con más col rizada que bisonte.

Pronto la mesa de café de Lennix está llena de copas de vino y platos vacíos. Sus amigos siguen hablando, riéndose con la familiaridad de los años juntos. No soy el tipo de persona que se siente excluida, así que no me molesta que no tenga mucho que decir o que encuentre muchos lugares naturales para contribuir a la conversación. Me contento con observar esta versión más suelta de Lennix que sus amigos íntimos sacan a relucir. También tengo problemas para concentrarme en su discusión, que va desde la política, obviamente, hasta la moda y, por alguna razón, Mary Tyler Moore repite. Debo haberme perdido algo, sin embargo, porque ¿por qué?

Mi reloj capta la mayor parte de mi atención, enviando alertas de acciones cada pocos minutos. Nuestro negocio en Hong Kong se irá a pique si el mercado sigue fluctuando como ha estado todo el día.

—Qué buen reloj, Maxim,— dice Vivienne bromeando. —Es que... de ninguna manera. Nunca he visto uno en la vida real. ¿Es un Richard Mille?

Miro desde el reloj a su cara excitada y asiento.

—Wow.— Ella le da a Lennix una sonrisa de conocimiento. —Espera a que les diga a las chicas de casa que tu novio es impresionante, Lenn.

—Sabes que no puedes, ¿verdad?— La expresión de Lennix roza el horror. —No se lo diremos a la gente.

—¿Qué?— Mi cabeza da vueltas y me encuentro con sus ojos de frente. —El infierno. ¿Qué quieres decir con que no se lo diremos a la gente?

—Maxim,— dice Lennix casi con paciencia, como si me hubiera perdido un memorándum. —No pasamos mucho tiempo juntos antes de irme, pero he tenido cuidado de que no nos vean en público o cerca de gente en la que no podamos confiar para que no nos delate.

—¿No para delatarnos? No tenemos nada que ocultar. No estoy fingiendo que no estamos juntos.

—No es una buena imagen si la prensa se entera mientras Owen está postulando,— dice, con su propio ceño fruncido cada vez más fuerte.

—Supongo que no hemos hablado de ello, pero pensé que lo sabías... bueno, tengo ciertas reglas para mi equipo, y también tengo que seguirlas.

—¿Qué reglas?— Exijo.

—Tenemos una estricta política de *no follar al candidato*.— Kimba dice y bebe a sorbos su tercera copa de vino.

—Yo *no* soy el candidato. Mi hermano lo es. Problema resuelto.

—Pero eres candidato asistente,— dice Lennix,—lo que significa que eres lo suficientemente cercano como para que una relación con alguien del equipo distraiga a la prensa de cubrir los temas reales y, en consecuencia, al público de votar sobre ellos.

—No voy a ocultar mi relación.

—No eres la única *en* esta relación,— responde.

—Aparentemente ninguno de los dos lo está, si hay que creer en las apariencias,— digo con creciente irritación.

—Nos ha llevado una década hacer despegar nuestra empresa de consultoría en lo que es, como sabes, un juego de hombres. Si superan el hecho de que soy una mujer, entonces también soy una persona de raza. En algunos círculos, son dos golpes contra mí antes de que abra la boca. No puedo permitir que un chisme socave mi credibilidad insinuando que me acosté para entrar en esto.

—¿En serio? ¿Crees que una relación consensuada entre dos adultos arruinará tu carrera?

—Por supuesto que no lo entenderías,— dice, con la exasperación clara en su voz, en su cara. —No tienes que preocuparte por cosas así. Nada podría penetrar todas esas capas de privilegio para siquiera tocarte.

En el incómodo silencio que sigue, dejo mi copa de vino en la mesa de café y me pongo de pie, dirigiéndome a la cocina.

—Doc...

—¿No hay licor fuerte en todo este maldito lugar?— Corto, ignorándolos a todos y voy directo al refrigerador de acero inoxidable tan pronto como entro en la cocina.

La puerta giratoria detrás de mí se abre, pero no me doy la vuelta.

—Lo siento,— dice Lennix.

No respondo, pero sigo moviendo las cosas en la nevera en busca de algo para beber. Me conformaría con una cerveza.

—¿Me has oído, Doc?

Cierro la nevera y me giro para mirarla. Aunque está al otro lado de la habitación, parece que estamos más separados. —Me gusta el bourbon.

Parpadea y frunce el ceño. —Está bien. Voy a buscarlo.

—Pregúntale a Jin Lei.

—Preguntarle... ¿qué?

—El bourbon. Ella sabe cuál es.

—Está bien.

—Está bien.—Me apoyo en el mostrador y espero a que ella siga.

Se lame los labios y suspira. —He dicho que lo siento.

—No funcionaremos si soy una idea para ti, Nix. Si soy un concepto. Soy tu hombre, no ‘uno de ellos’.

—No creo que seas uno de ellos.—Se apoya en la pared y cruza los brazos sobre el pecho. —Pero creo que hay cosas sobre mi experiencia, lo que significa negociar mi vida en este mundo, que tú no, no puedes entender.

—Yo sé eso. Nací con cucharas de platino en la boca. Un juego completo, si soy honesto, y tienes razón. Tengo capas y capas de privilegio que no podría desprenderme si lo intentara. No quiero desprenderme de ellas. Si no tuviera esas ventajas, no podría aprovecharlas para la gente que no las tiene.

Respira profundamente y asiente con la cabeza. —Gracias por ver eso. Es lo que los aliados deberían hacer, y siempre has hecho un excelente trabajo. No quise decir que no lo hicieras. Lo siento, pero tal vez puedas entender mi vacilación sobre que la gente se entere de que estamos juntos hasta que la campaña termine.

—Lo siento. No lo entiendo ni estoy de acuerdo. Me importa una mierda lo que la gente piense.

—Incluso no importar una mierda es un privilegio que no tengo,—dice, frunciendo el ceño. —No se trata de eso. Se trata de entender cómo funciona la mente de la gente, de sus suposiciones. Pensarán que Owen me eligió porque me acuesto contigo, no porque fuera la

mejor persona para el trabajo. ¿Puedes entender lo que significa para una chica nativa americana criada en la reservación y una mujer negra, estar en la campaña para el probable próximo presidente de los Estados Unidos?

El peso de esto, el orgullo metido en las grietas de sus palabras, dismantela todas mis razones para rechazar esto. Respiro a través de un sentimiento de hundimiento en lo que tengo que hacer, para decirle.

—Sugerí que Owen te contratara y arreglé que estuvieras en Beltway con él.

Tiene los ojos en forma de platos y la boca abierta. —¿Tú qué?

—Nena, yo...

—No me llames nena ahora mismo.

—Te habría contratado de todos modos.

—¿Pero tú le ayudaste recomendándole esa cosita bonita que te follaste hace años?

—No seas reduccionista.

—¿*Estoy* siendo reduccionista?— Ella se golpea la mano contra la pared, escupiendo furia de sus ojos. —Así que si hubiera sido un hombre, no tendría este trabajo ahora porque un hombre no tiene un coño para que juegues con él.

—Maldición, Nix.

—¿Cómo te atreves a manipular algo tan importante para tus propios fines, tus propios deseos? Este es el destino de una nación, y me querías de vuelta en tu cama, así que *arreglaste* que tu hermano me contratara?

—No es tan simple. Eras la mejor para el trabajo. Él lo reconoció, o no te habría contratado.

—Oh, sé que Owen no me habría contratado si no creyera que puedo hacerlo. Estoy hablando de *ti*. ¿Te importaba que yo pudiera hacerlo? ¿O sólo querías que volviera?

—Ambos,— digo con una honestidad inquebrantable. —Creí que podías hacer el trabajo y habría hecho cualquier cosa para recuperarte. Puedes llamar a eso privilegio o arrogancia. No sé lo que es y no me importa. Me importas tú. Lo nuestro.



Cruzo la cocina a zancadas, me paro frente a ella, pongo mis brazos a cada lado de su cabeza, y la enjaulo contra la pared con mi cuerpo. Ella se mantiene firme, mirando al suelo, un anillo de tensión alrededor de las exuberantes curvas de su boca.

—Lo siento,— digo, sumergiéndome para besar la estrecha línea de su mandíbula.

—Doc, no.— Ella gira la cabeza. —Esto es algo grande, y no podemos pasarlo por alto.

—¿Crees que eres capaz de liderar la campaña de O?

Ella gira una mirada indignada hacia mí. —Por supuesto que soy capaz. Tengo un historial. Kimba y yo nos hemos dejado el culo demostrando que somos capaces.

—Y Owen lo sabe.— Le quito un mechón de pelo oscuro de su cara, por encima del hombro. —Sé que eres capaz, o no te habría sugerido. Habría encontrado otra manera de atraparte si hubieras sido mala en tu trabajo. Por suerte para mí, eres la mejor en el negocio. Eres el Kingmaker.

Ella sacude la cabeza. —Es difícil para mí creerte ahora.

Levanto su barbilla, sostengo sus ojos para que pueda ver la verdad.

—Te he visto trabajar. Sabía que serías capaz de hacerlo cuando ganaste la elección para el ayuntamiento en Nuevo México.

Ella frunce el ceño. —Esa fue una elección muy pequeña. ¿Cómo...?

—Y el comisionado del condado en Montana. El secretario de estado en Virginia.

—Doc,— dice ella, el frío que le da el descongelamiento de sus ojos. —¿Los viste?

—El alcalde de Nashville,— continúo, inclinándome para respirar sobre sus labios. —La congresista de Tallahassee.

Cierra los ojos y escucha mientras recito cada candidatura que vi a distancia, documenta cada momento que la vi ascender en su campo.

—Estaba orgulloso de ti entonces.— Me sumerjo para besarla, sólo un rápido roce de nuestros labios. —Y estoy orgulloso de ti ahora. Por supuesto que sé que puedes hacer esto.

Se inclina hacia adelante y toma mi labio inferior entre los suyos, la dulce y caliente succión de los mismos tan perfecta que gimo y deslizo

mis brazos bajo sus muslos, levantándola, su espalda presionada contra la pared.

*Mierda, estoy duro.*

Cualquier rabia que siga en el aire se desvanece con nuestra pasión por la construcción, y quiero follar más de lo que quiero luchar. Beso su cuello, lamiendo amorosamente los moretones que se desvanecen. La empujo más alto hasta que su pecho está a la altura de mi cara, y le chupo las tetas con fuerza a través del grueso material de su sudadera. Ella gime y deja caer su cabeza hacia la pared. Con un brazo en mi hombro, usa el otro para levantar la sudadera. No lleva sujetador, y me agarro a un pezón desnudo con avidez, sin importarle que chupe tan fuerte que los ruidos que hago son fuertes. La sudadera cae sobre mi cabeza, y estoy en una cueva de algodón, perdido en el limpio aroma del valle entre sus pechos, dándome un festín con las puntas gordas hasta que se vuelven apretadas y duras en mi boca.

—Jesús, Doc,— jadeos de Lennix, rodeando sus caderas en mi verga.

—Voy a venirme.

No me rindo, saboreando sus pezones y metiéndole entre las piernas, ayudándola a bajarse. A través de la sudadera, escucho su respiración más rápida, más fuerte. Gruñe con cada empujón hasta que finalmente, su gemido libera largos y duros gritos de placer reprimido que me alcanza en la oscuridad perfumada de su ropa. Continúo moviendo sus pechos, disfrutando del derecho. Ella es exactamente lo que quiero en todos los sentidos, hasta la forma en que sus pezones se hinchan en mi boca y los sonidos que hace cuando se viene. No quiero que ningún hombre la vuelva a escuchar deshaciéndose de esa manera.

Aprieto mis brazos debajo de ella, tirando de ella. Es completamente mía. Y yo, inequívocamente, pertenezco a Lennix Moon Hunter.

Tomo mi cabeza de debajo de su sudadera, dejo que sus piernas caigan al suelo. Su expresión es de aturdimiento, asombro y saciedad, sus ojos están nublados. Las marcas de dientes abollan sus labios donde ella atrapó su placer dentro.

—¿Crees que tus amigos saben lo que estamos haciendo aquí?— Pregunto.

Se pasa las manos por la cara y sonríe, señalando mi entrepierna. — Sabrán que no terminamos con ese enorme tubo entre las piernas.

—No hay nada que hacer al respecto ahora mismo.—Me ajusto tan bien como puedo. —Por cierto, esta noche me estás estrangulando la verga.

—Con gusto,— dice, abriendo la puerta.

La sonrisa pícaro de Kimba se burla de mí por el borde de su copa de vino. Vivienne evita el contacto visual, pero hay un clavel rosado lavando sus mejillas. Está avergonzada o excitada. Tal vez las dos cosas. Wallace, sentado en la ventana con la estantería de Lennix, sostiene un tomo abierto en su regazo.

Vivienne se pone de pie y se pasa la mano por la falda. —Um, tengo un polvo temprano... ejem, quiero decir un *vuelo* temprano. Tengo que tomar un *vuelo* temprano.

La risa abundante de Kimba explota. —Muy suave, Viv. Volvamos a mi casa para que pueda estar sola y trabajar todos estos *sentimientos* que Lenn y Maxim han inspirado en mí.

—Ugh.— Lennix deja caer su cabeza en sus manos. —¿Podrías no rozar esto?

—Chica, me lo *rozaré* en cuanto llegue a casa.—Kimba guiña el ojo.

—No escuchaste nada,— dice Lennix, mordiéndose la uña como si esperara que no lo hubieran hecho.

—No escuché nada,— dice Kimba. —Excepto *ahh, ahhh, eso es, Doc. Voy a venir...*

—Vale,— interrumpo, luchando contra una gran sonrisa. —Ha sido genial ponerse al día. Kimba, estoy seguro de que conectaremos sobre la campaña ahora que las cosas se han calmado.

—Sí,— dice ella, aun sonriendo. —Creo que dejaremos *The View* para después de que Owen lo anuncie.

—Me parece bien. Sólo coordina con Jin Lei para asegurarte de que estoy en el país.

—Me alegro de verte de nuevo,— dice Vivienne, alcanzándome para abrazarme. —Ustedes siguen siendo adorables juntos.

Se vuelve hacia Lennix, y las lágrimas se acumulan en sus ojos. —Oh, Lenn, estoy muy contenta de que estés en casa. Hubiera sido cómo

perder a mi hermana y a mi hermano.

Lennix asiente, parpadeando ante las lágrimas que cubren sus pestañas inferiores. —Te quiero, Viv. Pronto estaré en Nueva York con Owen y quiero ver a mi sobrina.

—A ella le encantaría ver a la tía Lin Lin. —Vivienne se vuelve hacia su hermano. —¿Vienes, Wall?

—Eh, sí. —Se pone de pie y desliza el libro de vuelta a su lugar en el estante. —En un rato. Necesito hablar con Lenny primero.

Me tenso al lado de Lennix y cruzo los brazos sobre mi pecho. Si cree que me iré de la habitación, está muy confundido.

—Bien,— dice una vez que Kimba y Vivienne se van. —Te quedas, Maxim.

Lo miro, sin pestañear, esperando lo que tiene que decir.

—¿Qué pasa, Wall?— pregunta Lennix, sus cejas tejiendo de esa manera tan tierna que parece reservarse para este amigo en particular. Sé que no es una forma romántica, pero es la cercanía. Y quiero estar más cerca de ella que nadie, así que me molesta.

—Maxim,— dice, mirándome y tragando convulsivamente como si le asustara. —Creo que empezamos con el pie izquierdo.

—¿Ah, sí?— Pregunto, levantando una ceja. —¿Cómo es eso?

—Percibo cierta... hostilidad, y sólo puedo suponer que es porque sabes que Lenny y yo salíamos juntos, y tú tenías la impresión equivocada, cuando volviste, de que ella y yo éramos...

—No es por eso que soy hostil. —Deslizo mis manos en los bolsillos, relajando deliberadamente mi postura. —Tal vez cuando creí que aún salían juntos no me agradaba, pero tienes razón. Ahora estoy enfadado contigo.

Su expresión se nubla. —¿Qué? ¿Por qué? Si nosotros...

—En casa de Owen, en la cena, te pregunté directamente si este viaje era seguro, y me dijiste que lo era. Dijiste que nunca harías nada para poner a Lennix en peligro.

—Doc, vamos,— dice Lennix. —No puedes...

—Yo puedo.— No aparto la vista de Wallace. —Nunca volveré a confiar en ti con ella.

—Obviamente me siento fatal por lo que ha pasado,— dice. —¿Pero

cómo podría haber sabido lo de los secuestradores?

—No digo que fuera culpa tuya. Pero soy muy exigente con la seguridad de ella de una manera que no sabes cómo ser.

—No puedes hablar en serio.—Lennix se ríe, pero hay más indignación que humor en ello. —¿Eres *exigente* con mi seguridad? ¿Qué significa eso?

—Te dije que hay una conversación más amplia que necesitamos tener,— le digo, manteniendo mi voz equilibrada. —Y no concierne a Wallace, excepto para que sepa que nunca más estará a cargo de tu seguridad.

—Él no estaba *a cargo* de mi seguridad en Costa Rica. Estoy a cargo de mí misma.

—¿Cómo te ha funcionado eso?— Pregunto.

—No soy una niña a la que le dices que mire a ambos lados antes de cruzar la calle, Maxim. Soy una mujer adulta.

—Mi mujer, y esa mierda de espectáculo de la semana pasada no volverá a suceder.

—Mira,— dice Wallace, —esto es entre ustedes dos, pero seremos muy cuidadosos en nuestro próximo viaje de servicio si tú...

Mi risa se interrumpe con sus estúpidas palabras. —¿Próximo viaje de servicio? ¿Qué parte de —nunca más— no entiende, Doctor Murrow?

—Dime a *mí*,— dice Lennix. —Yo soy la que decide si voy a otro viaje de servicio.

—No digo que no lo harás,— le digo encogiéndome de hombros. —Digo que me involucraré porque no confío en nadie más para mantenerte a salvo.

—Me voy a ir ahora.—Wallace camina hacia la puerta.

—Excelente idea,— le digo.

Lennix me mira por encima del hombro mientras saca a Wallace.

—¿Cuándo vuelves al trabajo?— le pregunta.

—Mañana.— Él se aprieta el puente de la nariz. —Es raro porque no tuvieron que pagar nada para que volviera y no perdieron la vacuna. Es como si nada hubiera pasado. Nada ha cambiado.

—¿Ya han informado a la FDA?— Pregunto.

—Todavía no.— Sus ojos se encuentran y luego se alejan de los míos.

—Bueno, esperemos que la rata de tu compañía no haga sonar ningún silbato o se relacione con otro psicópata e intente robar la vacuna. No tengo que decirte lo poderoso y peligroso que sería algo así en las manos equivocadas.

—De acuerdo,— dice Wallace. —Estoy presionando para que la entreguen, pero estas cosas llevan tiempo.

—No te tomes demasiado tiempo,— digo, advirtiendo con una mirada. —Ya lo sé. No puedo negarlo si sale a la luz. Haz que tu jefe haga lo correcto, o lo haré yo.

Wallace me mira fijamente un momento más antes de asentir con la cabeza. Se inclina para besar a Lennix en la mejilla, y luego se va.

Ella se vuelve hacia mí, de espaldas a la puerta, con los brazos cruzados detrás de ella. Tiene un aspecto sombrío en la cara. Me preparo para más desacuerdos, sobre todo cuando le cuente lo del rastreador, pero no quiero. No esta noche.

—No peleemos,— dice, como si estuviera leyendo mi mente.

—No quiero hacerlo.

—Parece que esta noche hemos estado muy en desacuerdo.— Se aparta de la puerta y cruza la habitación, parándose justo delante de mí. Se acerca tanto que su aroma fresco y limpio me rodea y podría ahogarme en esos ojos de agua.

—Después de vernos pelear esta noche, tus amigos se preguntarán si duraremos.— Ato mis brazos y enlazo mis manos en la base de su columna vertebral, acercándola.

—Mis amigos recuerdan cómo era yo cuando estábamos juntos hace diez años.—Ella mira fijamente al suelo y se pone el pelo largo y oscuro detrás de la oreja.

—¿Cómo eras?— Le beso la sien y meto mis pulgares en los músculos tensos de su espalda.

—Oh, eso se siente muy bien.—Gime y cierra los ojos, apoyando su cabeza en mi pecho.

—¿Cómo eras cuando estábamos juntos hace diez años?

Se encoge de hombros. —Claro. Sabía que la primera noche en Ámsterdam dormiría contigo. Esto lo dice una virgen de veintiún años.— Ella mira hacia arriba, especulando con la mirada que me da.

—¿Cómo te fue?

Echo mi mente atrás a las oscuras calles de Ámsterdam y el primer rubor de lo que teníamos. —Me sorprendió que nos encontráramos de nuevo, y estaba decidido a aprovecharlo al máximo.

—¿Te refieres a tener sexo?— pregunta ella, con una sonrisa irónica.

—No. Quiero decir, sí. Por supuesto que eso era parte de ello. Pero sobre todo, sabía que nos iríamos por separado después de una semana, y quería tanto de ti como fuera posible antes de eso.—Dudo antes de continuar. —Y estaba en conflicto porque no sabías sobre mi familia, mi apellido, quién era realmente.

—Te equivocas. Me equivoqué. Sabía exactamente quién eras. Sé que causó problemas, pero ahora me alegro de haberte conocido antes de saber que eras un Cade. No eres tú apellido. No eres tú padre. Eres alguien totalmente único. No sé si hubiera sido capaz de verlo si hubiera sabido que eras un Cade desde el principio.

Decido contarle lo del rastreador.

—Ahora sé que eres un Cade,— dice, inclinándose para besar mis labios, —y todavía te amo.

—¿Es eso un hecho?— Pregunto, sonriendo perezosamente.

Camina hacia el dormitorio, el balanceo de sus caderas es fascinante.

—¿Creo que has dicho algo sobre que yo estrangulara profundamente tu verga?— Ella levanta las cejas, toda inocente.

Estoy sobre ella en segundos, levantándola. El rastreador geográfico puede esperar hasta mañana. Esta erección ya ha esperado bastante.

## 13. LENNIX



*Corre.*

La palabra golpea mi cabeza como si fueran pasos tan pronto como me despierto. Mis brazos y piernas prácticamente se estremecen por la necesidad de moverme. Una mirada a mi reloj de cabecera me dice que sólo son las cinco de la mañana. Hay un gimnasio en mi edificio donde a menudo hago ejercicio antes de vestirme y luego desayuno en Royal, donde Maxim me emboscó y declaró sus intenciones, tal como eran.

En mi cama, me sujeta por detrás, su agarre es tan firme y posesivo en el sueño como cuando está despierto. Sólo llevamos tres días, pero tenerlo aquí me hace imaginar cómo podrían ser nuestras vidas, nuestros sueños entrelazados, nuestros objetivos cruzados.

Nuestros cuerpos entrelazados.

*Dios mío, este hombre puede follar.*

Como prometí, su verga fue lo más lejos posible de mi garganta después de que mis amigos se fueron, pero me devolvió el favor. La niña que persigue estrellas las encuentra cada vez que hacemos el amor. No sabía nada mejor cuando mintió en ese callejón y me dijo que a veces encuentras la conexión que tenemos con otros.

*No lo haces.*

Nunca lo he hecho, y no tengo ningún deseo de seguir buscando.

—Nix,— murmura dormido en la curva de mi cuello, sus brazos se tensan a mi alrededor. Una mano se acerca a mi pecho y aún medio dormido, me aprieta. Mi cuerpo responde al instante, mis pezones se disparan, y estoy mojada en segundos. Si se despierta, eso es todo. No hay que correr. Ningún comienzo temprano de un día que estoy decidida a que sea más normal de lo que han sido los últimos tres.

El doctor me advirtió que podría tener pesadillas después de los eventos traumáticos. Las pesadillas no son nada nuevo para mí. No he



tenido ninguna sobre la terrible experiencia en Costa Rica, pero algo está mal. ¿Parpadea el miedo, la inquietud? Algo que no puedo articular, pero que me convierte en una mentirosa cuando digo que estoy bien. Algo se ha retirado dentro de mí, amenazado por la muerte y el caos, pero es hora de avanzar. Kimba y yo tenemos la oportunidad de toda una vida dirigiendo la campaña de Owen. No permitiré que —Abe— descarrile eso. Y Owen merece toda mi atención. Ha sido increíble, asegurándose de que yo estuviera bien y diciéndome que me tomara mi tiempo para volver, pero tengo que reanudar mi vida normal.

Me relajo desde la comodidad de los poderosos brazos de Maxim, con cuidado de no despertarlo. Después de que hicimos el amor, él saltó en una llamada a Hong Kong, y debe haber estado despierto mucho después de que yo cayera en un sueño de amor. Me desperté brevemente cuando se deslizó en la cama y me tiró en sus brazos, pero sólo lo suficiente para besarlo y volver a dormirme. Necesita descansar. Pensé que trabajaba duro. Este hombre nunca se detiene, pero tampoco parece cansarse. Es un fenómeno. Mi fenómeno. Nunca he estado con un hombre como Maxim. No hay hombres como Maxim. No para mí.

*Corre.*

Me paro, me meto en mi armario y me pongo mi ropa de correr. En minutos, mi cabello se pone en una cola de caballo, mis zapatillas están puestas, y estoy lista para irme. Hago una pausa cuando salgo de la habitación para echar un vistazo a mi cama. La luz de antes del amanecer se burla de las fuertes líneas de su cara desde las sombras. Es hermoso, no se puede negar eso, pero más allá de su belleza física, tiene principios y es brillante y divertido.

*Y tan condenadamente intenso.*

Si me voy ahora, puede que aún haya tiempo para una mañana rápida cuando vuelva. Entro en el pasillo y salto cuando un hombre grande con una cicatriz dentada en la frente se para justo fuera de mi puerta, sus ojos tan alerta como si fuera mediodía en vez de justo después de las cinco de la mañana.

Mena se refirió al —batallón— de Maxim, pero es la primera vez que

me encuentro con él. Lo primero que tengo que hacer cuando vuelva de mi carrera es deshacerme de toda esta seguridad. Es innecesaria y poco práctica ahora que no hay una amenaza real. ¿Van a estar en la campaña conmigo? ¿Esperando que los aviones atraviesen el país mientras sigo a Owen a todos los estados que necesitamos impactar? No lo creo.

—Um, buenos días.— Le ofrezco una sonrisa provisional al gigante de cara sombría que vigila mi pasillo.

—Buenos días, Sra. Hunter.— Sus palabras se extienden duras y ásperas como trozos de grava.

Camino hacia el ascensor, y me molesta cuando entra conmigo.

—No tienes que venir,— le digo, sonriendo incluso cuando mis cejas se pellizcan en el ceño. —Estaré bien, pero gracias.

—Tenemos nuestras órdenes, señora.—Presiona el botón del vestíbulo.

Presiono el botón para mantener las puertas abiertas. —Sus órdenes no vienen de mí.

—Usted *es* mis órdenes, señorita Hunter.— Ahora empieza a fruncir el ceño y vuelve a pulsar el botón del vestíbulo.

Apuñalo el botón de abrir las puertas y mantengo mi dedo ahí. —Baja. No quiero compañía en mi carrera.

El ascensor suena, señalando que las puertas han estado abiertas demasiado tiempo.

Aparentemente sin ser molestado por el molesto ruido, cruza los brazos y se apoya en la pared del ascensor como lo ha hecho todo el día.

—Hablo en serio,— me quiebro, perdiendo la paciencia. —Si me sigues, llamaré a la policía y les diré que me estás acosando.

—Mi trabajo es protegerla.

—Entonces necesitas un nuevo trabajo. Se lo diré al Sr. Cade cuando vuelva de mi carrera, que pienso hacer sola.— Asiento con la cabeza al pasillo más allá de las puertas abiertas del ascensor. —Fuera.

Con un movimiento de cabeza y una exasperada bocanada de aliento, sale del ascensor.

—Y dile a tus amigos de abajo que se retiren también,— digo,

recordando que Mena mencionó más guardias en el vestíbulo. He vivido toda mi vida sin seguridad. Estuve cerca en Costa Rica, pero fue un incidente aislado, circunstancias atenuantes. No necesito pasar el resto de mi vida bajo guardia.

Cuando salgo del ascensor, un hombre habla a través de un auricular y sigue mi avance hasta pasar el escritorio del vestíbulo y saliendo por la puerta. Con suerte, el trol del puente de arriba le informó que soy libre de dejar mi propio edificio sin compañía.

La mordedura del frío aire de enero me vigoriza al instante, picándome las mejillas y chasqueando los pequeños trozos de piel que mis ropas térmicas dejan al descubierto. Rápidos pasos me llevan al parque no lejos de mi edificio, y esta mañana asiento y sonrío a los otros corredores que salen. Washington ha sido votada la ciudad más saludable de Estados Unidos durante varios años, en parte porque tenemos muchos caminos y opciones para correr. Estaba en un grupo de corredores que se reunía unas cuantas mañanas a la semana, pero mi horario se comió ese ritual y lo escupió cuando manejamos unas cuantas campañas duras una tras otra. Había olvidado lo bien que se siente la comunidad y su camaradería. Sin embargo, nada se compara con el profundo vínculo de parentesco que tuve con mis compañeros de estudios cuando recorrimos el país concienciando sobre las crisis del agua en las comunidades nativas y en las tierras protegidas.

En el parque, no lejos de casa, me estiro unos minutos, mi aliento forma pequeñas bocanadas en el aire frío mientras comienzo a hacer suaves esfuerzos para que mi cuerpo se adapte a las exigencias de la carrera. Comienzo a un ritmo moderado, despertando mis músculos y agitando mi sangre. Los árboles decorados con flores de cerezo en primavera están desnudos, sus ramas delgadas se extienden como dedos huesudos cuando paso corriendo.

Mi sección favorita de este sendero está más adelante, un pintoresco puente empedrado que proporciona un momento de refugio del sol en el verano. En el otoño, las hojas empapan las piedras, y en invierno a veces se besa con copos de nieve.

Hoy en día no hay hojas de otoño, no hay un manto de nieve. Sólo un arco para romper la monotonía del camino. Cruzo por debajo y grito

cuando una figura alta se levanta de un banco cercano. Automáticamente busco un mazo que dejé atrás, pero él sale al camino para que yo pueda ver su cara.

—¿Maxim?— Presiono una mano en mi corazón y me inclino para palmeear mis rodillas. —Me has dado un gran susto.

—Lo siento.

Me roba el aliento, lo hermoso que está esta mañana. El pelo oscuro y espolvoreado de ámbar se desploma en trozos sedosos sobre su frente, como si se hubiera levantado de la cama y hubiera venido directamente aquí. Una sonrisa apenas mueve sus labios, y hay una somnolencia en su expresión que me hace reflexionar.

—¿Qué estás haciendo aquí?— Pregunto. —¿Cómo me encontraste? Me observa por unos momentos y luego asiente con la cabeza al banco donde estaba sentado esperando. —Hablemos.

—¿Hablemos?— Miro a mi Fitbit. —Nena, literalmente estás rompiendo mi paso. ¿No podemos hablar cuando vuelva al apartamento?

—Bueno, eso es de lo que tenemos que hablar.—Se sienta y hace un gesto hacia el espacio vacío del banco que está a su lado. —Por favor. Dejo salir un aliento entrecortado, mi corazón sigue acelerado por la carrera y el susto, pero tomo asiento.

—¿Se trata de tu matón? Porque se equivocó si pensó que yo necesitaba que corriera detrás de mí por el parque. Y se equivoca si cree que tendré una cohorte de guardias de seguridad siguiéndome por todo el país durante la campaña. Es innecesario y poco práctico.

—Está bien. Podemos discutir... modificaciones, pero necesitas seguridad.

—Nunca la he necesitado antes.

—Antes no eras mi novia. Una vez que la gente sepa que pueden llegar a mí a través de ti, no puedes esperar que te deje vagar por ahí desprotegida.

—¿Dejarme vagar por ahí? ¿Quieres decir como una niña no acompañada en un parque de diversiones?

Sólo responde con un ceño fruncido impaciente y un apretón de labios.

—Nadie sabe aún sobre nuestra relación, Doc.

—¿Y cuánto tiempo crees que lo aceptaré?,— pregunta, con la voz baja e inquebrantable. —¿Aceptar que la gente no sepa que estamos juntos?

—¿Tal vez durante los próximos dieciocho meses mientras dirijo la campaña de tu hermano?

Aunque lo diga, sé que no estará de acuerdo. Suena agotador incluso para mí, ocultar lo que sentimos durante tanto tiempo, pero quiero proteger lo que Kimba y yo hemos construido, y no quiero restarle valor a la propuesta de Owen con un romance en la barra lateral para los tabloides.

—Podemos transigir y discutir nuestra relación con facilidad,— dice, apoyando los codos en sus rodillas y girándose para mirarme. —pero no voy a pasar toda esta campaña fingiendo no estar enamorado de ti. El latido de mi corazón tartamudea incluso al oírle decir las palabras. La intensidad de su mirada calienta mi piel en el frío aire de la mañana. Me acerco a él en el banco.

—Podemos llegar a un acuerdo,— digo, dejando caer mi cabeza sobre su hombro. —Pero no tan temprano en la campaña. Owen ni siquiera lo ha anunciado, y Kimba y yo necesitamos establecernos y probar que podemos hacerlo por mérito propio primero.

Pongo mi cara en su hombro, dibujando su olor. —Más tarde. Lo sabremos más tarde. Como ves, no hay necesidad de seguridad todavía.

No responde de inmediato, pero se acerca a mi cabeza y me levanta la barbilla, me coge y me sujeta los ojos por un momento. —Hablemos de cómo te encontramos en Costa Rica.

Su declaración me pilla desprevenido. —Bueno, sé que tu amigo Grim es dueño de una empresa de seguridad, pidió algunos favores y organizó el rescate. Así que asumí a través de sus contactos.

—No, no sus contactos.

—¿Qué quieres decir?— Trato de reírme, pero se ve tan adusto. —Estás siendo críptico.

—Usamos tu brazalete para encontrarte.

—¿Mi brazalete?— Toco la brújula que cuelga de los eslabones que él

me ha sujetado en la muñeca. —No lo entiendo. ¿Qué es lo que quieres decir?

—Hay un rastreador en tu pulsera.

El aire parece enfriarse aún más a mi alrededor. —Un rastre...

La ira atrofia las palabras en mi garganta. Me trago una serie de maldiciones y acusaciones. Esta relación, este hombre es precioso para mí, y sé que lo primero que salga de mi boca serán palabras que nunca podré retirar, palabras que podrían dañarnos irreparablemente. Me cocino en un silencio indignado durante unos segundos más antes de confiar en que no tendré una reacción nuclear.

—¿Me has estado siguiendo?

—No al principio, no.—Se sienta en el banco y estira sus largas piernas delante de él.

Me quito el guante con los dientes y mis fríos y rígidos dedos tocan el cierre del brazalete.

No puedo quitarme la maldita cosa.

—Detente.—Pone una mano sobre la mía. —No te lo quites.

—Creí que era un regalo, no un sistema de monitoreo.

—Es un regalo. Lo dije como un regalo.

—Sólo hace el doble de trabajo como un sistema de seguimiento para tu novia mascota. ¿No es así como la gente se asegura de que si sus perros se pierden, pueden encontrarlos? Supongo que esto es mucho más eficiente que poner carteles de mí en el vecindario si me *pierden*.

—¿Me escucharás y dejarás de hablar sólo para desahogar tu ira?

—*Tengo* que descargar mi ira.—Me levanto y paso por delante del banco. —Hablaré sólo cuando quieras oírme y me callaré cuando no te guste lo que tengo que decir no es comunicación.

—Lo sé, pero si te esfuerzas...

—¿Quieres decir como una rabieta?— Mi risa dura es una explosión de aire blanco e hinchado que desaparece tan rápido como llega. —Decídette, Maxim. ¿Soy una mascota o una niña malcriada?

Deja caer la cabeza al respaldo del banco y suspira. —Cuando te di el brazalete, era nuestra primera cita en diez años, y no creí que fuera el mejor momento para sacar a relucir... rastrearte.

—¿Alguna vez hay un buen momento realmente? ¿Justo después del

sexo? ¿En el café de la mañana? ¿Antes de un peligroso viaje de servicio?

—Tenía la intención,— continúa, sentándose y mirándome sin reconocer mi sarcasmo, —de decirte cuando volvieras de Costa Rica, y yo no activé el chip. No lo habría hecho sin tu permiso.

—Bueno, no tienes mi permiso.— Tanteo con el cierre de nuevo. — Toma tu maldito rastreador de vuelta.

Está frente a mí en segundos, se eleva sobre mí y me lleva las manos a su pecho. —Detente. Por favor, escúchame, y después de que hablemos, si quieres desactivar el chip, podemos, pero me gustaría que te quedaras con el brazalete porque no estaba mintiendo acerca de por qué te lo di.

Se sumerge hasta que nuestras frentes se besan. Mi piel fría contra la suya imposiblemente caliente. —Te encontré cuando tenías diecisiete años.—Me levanta la mano para besar mi muñeca. —Te encontré de nuevo en Ámsterdam.—Cepilla sus labios sobre mis nudillos, liberando mil plumas en mi vientre. —Y te encontré después de una década de esperar el momento adecuado.

—¿Es realmente encontrar cuando arreglas el encuentro, coaccionas a un presentador de televisión y reclutas a tu hermano?— Pregunto secamente.

—Detalles,— dice, su risa ronca empolvando mis dedos y ahuyentando el frío por el espacio de un respiro. —Lo que quiero decir es que este brazalete es significativo. Es un símbolo del hecho de que he estado en todo el mundo, pero tú eres mi único lugar.

Cierro los ojos, luchando por reforzar mis defensas, pero fallando con él tan cerca. —Esto no está bien, Doc.

—Lo sé. Déjeme explicarle.

Asiento, fijando mis ojos en el amuleto de la brújula que cuelga entre nosotros como si guiara esta conversación y me dijera qué hacer, cómo sentir y responder.

—Como dije, mi plan era tener esta conversación cuando volvieras de Costa Rica, y pedirte permiso para activar el chip después de que te explicara por qué creo que es necesario, pero te secuestraron.— Cierra los ojos y traga profundamente. —Y me odié a mí mismo por no

hablar contigo antes de que te fueras y activarlo. Al principio, Grim no pudo captar la señal. Estaban en la selva o el bosque o en algún lugar tan remoto, que él tuvo problemas.

—Estuvimos en cuevas parte del tiempo.— Mi pulso se acelera y el sudor estalla en mi labio y frente en el frío congelante recordando la impotencia con esa bolsa sobre mi cabeza y el olor húmedo de la cueva llenando mis fosas nasales. —¿Por qué crees que es necesario?

—Ha habido once intentos de secuestrarme.

Mis ojos se acercan a los suyos, y el miedo se arrastra sobre mí, haciendo que mis manos se humedezcan. —¿Once?

—Sí, pero ninguno tuvo éxito porque tengo una gran seguridad.

Miro a mi alrededor de forma significativa. —Parecen ser flojos en el trabajo.

—No siempre los verás, pero nunca están demasiado lejos. El seguro de S y R que CamTech iba a usar para recuperar a Wallace... Tengo una póliza de S y R, pero vale mucho más.

—Me lo imagino.

—¿Puedes? Si muero o sucede algo que me hace ligeramente vulnerable, eso podría afectar drásticamente nuestras acciones, inversiones y a cada persona empleada por cada una de mis compañías en todo el mundo. Sus cónyuges, sus hijos. Sus futuros.

Se ríe y sacude la cabeza. —Sueno como mi padre. Solía hablar de satisfacer a los inversores, mantener a los accionistas felices y cuidar de los empleados y sus familias. No lo entendí entonces, pero lo hago ahora.

—¿Podemos volver a la parte en la que casi te secuestran once veces?

Me coge la mano y nos lleva al banco. —Todos los intentos fallidos, pero no es inusual. Los directores generales son muy ricos en el juego del secuestro, así que puede ser muy caro asegurarnos para S y R. Una de las condiciones de mi póliza es que use algún tipo de rastreo por GPS. Aumenta la probabilidad de recuperación si un intento tiene éxito.

Golpea la cara del reloj que Vivienne admiró tanto anoche. —El mío está aquí. Estoy seguro de que pronto avanzaremos a los implantes, pero aún no hemos llegado a eso.



—Así que entiendo por qué necesitas uno, pero ¿por qué yo?

—Muchos seres queridos usan dispositivos de rastreo porque los miembros de la familia son a veces más fáciles de alcanzar que los propios ejecutivos, y la gente que les importa termina siendo tomada.

Miro el regalo en mi muñeca, que significó mucho para mí.

—Sé que probablemente no estaría sentada aquí contigo ahora si no fuera por este brazalete, Doc. No quiero parecer desagradecida, pero mi independencia es importante para mí. No necesito que me cuiden.

Acaricia el interior de mi muñeca donde el brazalete roza mi piel.

—Pero necesito cuidarte. Necesito saber que estás a salvo, y que puedo encontrarte. Puedo llegar a ti. Cuando Grim no pudo captar la señal, y el reloj estaba corriendo, me sentí absolutamente impotente. Ese lunático podría haberte disparado en la cabeza, o... — El músculo a lo largo de su mandíbula se tensa. —No pude llegar a ti. Tu padre no pudo llegar a ti. ¿Te imaginas cómo se sintió sabiendo que podías morir en cualquier momento y que no había nada que pudiera hacer?

—Oh, eso es bajo.— Enlazo mis manos detrás de mí cuello. Él sabe lo sensible que soy a la ansiedad de mi padre.

—No me importa jugar sucio cuando me importa mucho algo.—Se inclina para poner mi labio superior entre el suyo y luego el inferior.

—Sobre alguien. ¿Qué dices?

—Es una cosa o la otra,— le digo, metiendo el puño en mi regazo para quitarle las manos de encima lo suficiente para negociar con la cabeza despejada. —O este rastreador de mascotas o la seguridad. No ambos. Sé lo que prefiero, así que me lanzo hacia delante cuando frunce el ceño, como si no le hubiera dado ninguna opción. —La seguridad es menos importante hasta que todos sepan que estamos juntos de todos modos. Y no es práctico. Estaré en la carretera constantemente una vez que la campaña esté completamente en marcha. Estaré con Owen la mayor parte del tiempo, que tiene su propia seguridad. Estaré a salvo con él.

—¿Estás segura ahora que estamos juntos?,— dice, inclinándose para besarme detrás de la oreja, incitando a la piel de gallina que no tiene nada que ver con el frío de la mañana, —¿no quieres cambiar con Kimba? ¿Vendrás a la carretera conmigo?

Las visiones de nosotros follando en la parte de atrás de un autobús de campaña me llenan la cabeza. Me alejo, echando un vistazo al parque vacío para asegurarme de que no hay nadie alrededor. —No creo que ir a la carretera contigo sea una gran idea. Ahora, no haré este brazalete y la seguridad, así que ¿cuál será?

Se retira y nuestros ojos se encuentran durante largos segundos. Esos ojos verdes podrían persuadirme de hacer cualquier cosa que me pidiera.

—Usa el brazalete.

## 14. MAXIM



—Tengo noticias.

Las palabras de Grim me hacen hacer una pausa, mi lápiz táctil se posa sobre mi iPad.

—¿Qué pasa?— Me paro y camino hacia la ventana de la suite del hotel. Los Campos Elíseos se extienden como una mujer sensual debajo de mí, destellando destellos seductores de la Torre Eiffel en la distancia. La avenida más bella del mundo y no siento más que indiferencia por las luces brillantes y las líneas elegantes de los edificios. No sólo porque la he visto cien veces o más, sino porque lo que Grim tiene que decir es lo más importante del mundo para mí en este momento.

—Jackson Keene es el que murió,— dice Grim.

Mi remordimiento por matar al hombre no se profundiza conociendo su nombre.

—Nos llevó un tiempo,— continúa Grim, —porque se las arregló para borrarse de los registros que normalmente revisamos. Estos tipos han estado fuera del radar por un tiempo. Puede que hayan estado llevando a cabo una operación bastante rudimentaria, pero parece que ha sido intencionado. Han mantenido su huella digital casi inexistente los últimos años.

—Jackson,— murmuro, tirando de mi labio inferior y frunciendo el ceño. —Abe lo llamó Jack.

—Abe es en realidad Gregory. El hermano de Jack, Gregory Keene. Graduado en Stanford, en informática. Maestría en Harvard. Muchas becas, pero también muchas deudas de préstamos. No se ha hecho ni un solo pago desde que su madre murió.

—¿Qué demonios?— Le doy la espalda a la brillante ciudad y frunzo el ceño. —Ese cretino está mejor educado que yo.

—Eso es relativo, *Doctor Cade*,— dice Grim secamente. —Es un genio,

sin embargo, sí. En el sentido literal, no coloquial. Lo poco que he podido desenterrar de él es anterior a la larga lucha de su madre contra el cáncer. Después de que ella muriera, el rastro se seca para los hermanos también.

—¿Y ha habido suerte en la búsqueda de su cuerpo en descomposición?

—No, pero al menos ahora sabemos quién es. Tenemos un rostro y un nombre, que probablemente no necesitemos porque probablemente esté muerto y el cuerpo haya sido comido por algún animal salvaje o devorado por un tiburón.

—¿Tiburones en un río? No es probable.

—Ya sabes lo que quiero decir. No hemos tenido actividad desde entonces. Ni siquiera un ping.

—Considerando que se las arregló para *no* hacer ping durante años, eso no me tranquiliza. Si sobrevivió...

La voz torturada que grita el nombre de su hermano me persigue por un momento. He pensado más en eso que en el hombre al que disparé. Era el sonido del genuino dolor humano. Espero no ser tan insensible como para que no me afecte, incluso viniendo del hombre que odio.

—Mantendremos nuestras antenas ahí fuera,— dice Grim. —No me estoy rindiendo, sólo te digo que no hay nada todavía, y que probablemente estemos a salvo.

—‘Probablemente’ no es suficiente con Lennix recorriendo todo el maldito país en multitudes y mítines y vulnerable.

—No sería vulnerable si me dejaras poner a mis hombres de nuevo con ella, King.

—Ella no quiere eso.— Aprieto una mano en mi bolsillo. Cada día que estoy lejos de ella, me cuesta todo lo que tengo para no ordenar un detalle de seguridad sigiloso que ni siquiera detectaría.

—Al diablo con lo que ella quiere. ¿Desde cuándo le entregaste tus bolas a una chica?

—Obviamente nunca has tenido tus bolas bien manejadas.—Mi risa pícara resuena en la suite palaciega vacía. —Lennix las cuida muy bien por mí.

—Ahórrate los detalles.—Un humor raro entra en su voz ronca. —

Cómo han caído los poderosos. Pasas casi cuarenta años sin atarte, y esta mujercita te envuelve alrededor de su dedo en cuestión de meses.

—¿Meses? La conocí cuando tenía veinticuatro años, Grim. Sabes que ella empezó a enrollarme más que su dedo hace años.

—Dios, sí. Te azotaron mucho, incluso en la Antártida. Mirabas su foto en tu teléfono todo el tiempo.

No me molestó en decirle que he restablecido esa foto nuestra en el campo de los tulipanes como salvapantallas de mi teléfono. Lennix se pondría furiosa si lo supiera, por miedo a que alguien nos viera juntos. Ya he cedido bastante. Al menos tendré una foto cuando ella esté a un continente de distancia.

—No me importa que me azoten mientras ella sea la que sostenga el cinturón.

—Vuelvo enseguida. Necesito ir a llorar tu hombría.

—Irónicamente, ella me hace un hombre mejor. Ella es lo más importante en mi vida, y tengo un montón de cosas importantes en mi vida, hermano.

—Lo sé. La mantendremos a salvo, aunque esté siendo una mocosa al respecto.

—Cuidado. Nadie llama mocosa a Nix excepto yo.

—¿Cuándo fue la última vez que me dijiste qué diablos hacer?

Tiene razón. He invertido en su empresa de seguridad, pero nunca he sido el jefe de Grim. Todo lo que hace por mí es por amistad, años de ella.

—Además, ¿por qué no te enamoraste de una chica agradable que se callara cuando le dieras las joyas, te chupara la polla antes del desayuno y te siguiera por todo el mundo en vez de intentar elegir al próximo presidente?

—Uno de tres no está mal.

Le toma un segundo atraparlo, y su carcajada me hace reír.

—Afortunado hijo de puta, — murmura Grim.

—Exactamente, y tan pronto como vuelva a los Estados Unidos planeo aprovechar al máximo mi buena fortuna. Estar lejos de ella es difícil como un hijo de puta.

—Bueno, sabemos exactamente dónde está ella en todo momento. Por

lo menos no te has pasado de la raya en el rastreador.

—La amo,— le digo a Grim en voz baja, en serio. —No soy su dueño. No se retiene a alguien como Lennix porque la belleza está en cómo vuela. Quiero verla volar. Sólo quiero asegurarme de que siempre aterrice de forma segura. ¿Sabes?

Grim está en silencio en el otro extremo por un momento. —Seguiré trabajando en Keene. El tipo está muerto como un picaporte, pero si por algún milagro muestra su linda cara, lo veremos.

*¿Cara bonita?* La imagen de los rizos rubios salvajes alborotándose detrás de la máscara de Abe me recuerda.

—Preparaste un archivo sobre él, ¿verdad?— Pregunto, mordiéndome la parte interior de la mandíbula.

—Sí, por supuesto.

—Envíame todo.

## 15. LENNIX



Se siente bien estar en el camino de nuevo. Cuando Owen anunció su candidatura, la respuesta fue exactamente lo que esperaba. Pandemónium. Es el mejor candidato que he conseguido, y el más emocionante que el público estadounidense ha visto en mucho tiempo.

La esperanza genera una energía única, y eso es lo que percibo en estas multitudes, en esta gente mientras viajamos por el país y preparamos el terreno para lo que será una campaña masiva. Espero que Owen sea tan bueno como parece. Que pueda efectuar un cambio para mejorar su vida. Que haga que este *país* sea mejor. No importa cuántas campañas dirija, o escándalos que tenga que hacer, o candidatos falsos que conozca, por dentro, sigo siendo como todas las caras ansiosas que se agolpan en el frente del escenario de Owen.

*Sigo esperando que sea de verdad.*

—Hay un largo camino por delante,— dice Owen a la gente acurrucada en sus abrigo y bufandas en el frío de febrero. Se inclina hacia el micrófono, su pelo rubio despeinado por el viento cortante. — Pero eso sólo les da más tiempo para conocerme.

Con esa sonrisa infantil, estará recogiendo corazones y votos para el próximo año y medio, hasta la caseta del próximo noviembre.

—Y espero que cuando sea el momento de tirar de esa palanca,— continúa, —recuerden a Owen Cade. Por la gente.

El aplauso es atronador cuando se aleja del podio, saluda y sale del escenario. Nunca muy lejos, sus dos guardias de seguridad lo flanquean en cuanto toca el suelo y empieza a firmar autógrafos, a besar a los bebés en el aire y a posar para los regalos. A menudo hacemos estrellas de rock de nuestros políticos. Grandes multitudes, música temática, eslóganes. Owen, con su corte de pelo de trescientos dólares y su traje de cinco mil dólares, de alguna manera hace que la

gente que lucha por pagar el alquiler sienta que entiende su dolor. Sin haber pasado un solo día de su vida sufriendo alguna carencia, parece entender la difícil situación de la gente trabajadora. Me maravilla de nuevo que Warren Cade haya criado a Maxim y Owen. De un entorno tan privilegiado y con un padre tan imbécil, ambos lograron convertirse en buenos hombres, empáticos y preocupados por otros que tienen mucho menos.

—Debe ser la madre,— murmuro, sacando mi teléfono para comprobar el itinerario de lo que viene a continuación. Un texto me llama la atención de inmediato.

**Maxim: Esta mierda no es divertida. Han pasado dos semanas. Quiero verte.**

Mi corazón hace ese pequeño traspie que siempre inspira, acompañado del dolor de extrañarlo. *Han* pasado dos semanas desde que nos vimos. He estado en el camino. Se fue a París y luego a Praga por negocios. Estamos empezando, pero el ritmo es ya agitado, y al final de cada día, sola en cualquier cama desconocida que el hotel proporcione, pienso en Maxim. Hablamos todos los días, aunque sea por unos minutos con diferencias de tiempo y exigencias de horarios, pero tiene razón. Ha pasado demasiado tiempo.

**Yo: Lo sé. Yo también te extraño. Estaremos en Washington la semana que viene porque Owen tiene que volver a casa para votar. ¿Entonces?**

**Maxim: Entonces. Yo estaba programado para Alemania, pero voy a tener Jin Lei reorganizado.**

**Yo: ¿Estás seguro? No quiero interrumpir tu negocio. Sé lo loca que es tu agenda.**

**Maxim: Necesito follarte. No me he masturbado tanto desde que tenía catorce años.**

Me río y comienzo mi respuesta cuando Owen se acerca. Meto el teléfono en el bolsillo y vuelvo a sintonizarlo.

—¿Listo?— Le pregunto. —El auto está esperando.

—Sí.— Me da esa sonrisa automática que probablemente no haya visto después de un día entero de fotos y preguntas y paradas de la carrera, pero entonces veo el cambio. Sumerge su cabeza para



mirarme directamente a los ojos, su sonrisa se suaviza y se vuelve genuina. —Pareces cansada.

—Le dice la olla a la caldera.— Me pongo a su lado, los dos guardias no muy lejos de nosotros. —Ha sido un día agotador.

—Sí, pero es en Pensilvania. ¿Cuántas veces pasaremos por este estado en el próximo año y medio?

—Oh, perderás la cuenta. Pennsylvania, Ohio, Michigan, Florida. Tenemos que golpear a estos estados indecisos con fuerza y a menudo, a partir de ahora. Se pusieron rojos en las últimas elecciones, y tenemos que volverlos azules de nuevo si tenemos alguna esperanza de ganar en el general.

—No te adelantes.—Me mira desde la misma gran altura que su hermano. —Tenemos que ganar la nominación primero.

—No me preocupa la nominación. Estás muy por delante en las encuestas por una razón, Owen. No hay un candidato del partido que pueda tocarte, pero tienes razón. La asamblea electoral de Iowa es nuestro primer campo de pruebas. Tenemos un año para asegurarnos de que es un golpe de gracia. Quiero tantos delegados como sea posible. Quiero debilitar a la competencia, robarles el corazón. Hacerles sentir que es una causa perdida antes de que empiecen a luchar en las primarias.

—Pequeña cosa despiadada, ¿no eres tú?— Owen pregunta con una sonrisa mientras nos acercamos a su todoterreno negro en la acera.

—Si la política no te hace al menos un poco despiadado, y en mi caso, al menos un *poco* perra, no lo estás haciendo bien.

Se ríe y se vuelve hacia sus dos guardias cuando llegamos al auto. —Chicos, necesito hablar con Lennix. ¿Uno de ustedes toma el asiento delantero con el conductor, y el otro el camino en el auto de atrás?

Asienten con la cabeza y se separan en consecuencia. No estoy segura de por qué necesitamos privacidad. Los chicos, a los que ahora conozco por su nombre, Bob y Kevin, se funden en el fondo, y discutimos la estrategia, el horario y todo lo demás delante de ellos. Owen y yo entramos, y él sube la división de privacidad.

—Eso salió muy bien.—Me acomodo en el asiento frente a él y saco la libreta de mi bolso que uso para anotar notas cuando él habla. —Hay

una cosa que dijiste sobre el cuidado de la salud que debemos aclarar antes del mitin de Wisconsin de mañana.

—Eso es lo que me pasa por ir fuera de guion,— dice, agarrando una botella de agua del pequeño refrigerador construido en una mesa elevada entre nosotros. —Debería haberme ceñido al discurso. Pero antes de ir allí, quería asegurarme de que lo estabas haciendo bien.

Levanto la vista de mi cuaderno con el ceño fruncido. —¿Te va bien? ¿Qué quieres decir?

—Lennix, fuiste tomada como rehén hace unas semanas.—Incluso con el divisor levantado, sigue hablando en voz baja. —Volviste después de unos días. Anunciamos mi candidatura no mucho después y nos lanzamos al suelo a paso de tortuga. Por supuesto que quiero asegurarme de que estás bien.

—Owen, estoy bien. He estado hablando con mi terapeuta un poco por videoconferencia. Ella me está ayudando a procesar todo, pero necesito trabajar.

No menciono esa inquietud persistente de mi alma; la inquietud de mi mente. Los he echado al sótano y he cerrado la puerta para poder funcionar. No están golpeando para salir todavía, así que por ahora eso es suficiente para mí.

—Por favor, cuídate,— dice Owen. —Mi hermano me está volviendo loco asegurándose de que no te desgaste o te deje sola ni un segundo. Me pongo rígida. Owen y yo no hemos hablado de Maxim en absoluto. En nuestra última conversación sobre su hermano, dije que no quería tener nada que ver con él, y ahora tenemos una relación y Maxim está siendo exagerado, como yo sabía que lo haría.

—Hablaré con él,— digo, manteniendo mi voz tranquila. —No quiero que te distraiga.

—¿Estás bromeando?— La sonrisa de Owen se desliza en una inclinación. —Es impresionante. No me ha llamado tanto desde que se fue al campamento en sexto grado.

Mi mirada de sorpresa choca con la suya de broma.

—Maxim nunca ha sido el típico hermano pequeño,— dice Owen irónicamente. —Nunca entendió que se suponía que debía admirarme o depender de mí para defenderlo de los matones. Nadie se atrevió a

intimidar a ese niño. Incluso entonces, era duro como un clavo. Nuestro padre se aseguró de eso.

Sólo asiento, no quiero hablar de Warren Cade nunca.

—Sé que no te agrada mi padre,— dice Owen, —pero no es tan malo. Es típico de su generación.

—Estoy segura de que la gente que escupió a los niños que desagregaban las escuelas se consideran típicos de su generación, también.

Su sonrisa se disuelve. —Mi padre no es racista, Lennix.

—Tal vez él es lo que yo llamo *no* racista. Todo lo que sé es que se siente con derecho a robar tierras que no le pertenecen, y a menudo son de gente que se parece a mí.

—Es un capitalista. También lo es mi hermano.—Se sienta en su asiento y cruza los brazos. —Se parecen mucho. Lo sabes, ¿verdad?

—No vuelvas a decirme eso,— le digo con una fiereza que incluso me sorprende. —Toda la vida de Maxim ha oído eso, y me asusta el día en que empiece a creerlo.

—No quieres creer que podrías querer a alguien que es tan, en el fondo, como el hombre que odias. Déjame darte un consejo.

—No pedí consejo sobre mi vida personal, Senador.

—Se trata de mi hermano, así que perdóneme si me excedo, *Sra. Hunter*.—Se inclina hacia adelante, con los codos en las rodillas y me mira directamente. —Puede que estén distanciados, pero mi padre y mi hermano se quieren mucho.

—Lo sé.

—En algún momento, se reconciliarán. Se necesitarán el uno al otro. No hagas que Maxim elija entre tú y mi padre. Te elegiría a ti, pero también necesitará a papá.

Dejo caer mis ojos en el bloc de notas en mi regazo.

—Papá es tan duro con Maxim porque siempre ha visto su potencial y temía que no lo alcanzara.

—¿Y tú?

—Pensó que ser presidente de los Estados Unidos era lo mejor que podía hacer, pero sabía que Max podía dirigir el mundo. Maxim es su favorito.

Yo había llegado a la misma conclusión, y la cara enrojecida de Warren cuando me advirtió de su hijo menor en la víspera de Año Nuevo sólo lo confirmó.

—Pero no me compadezcas,— dice Owen con una amplia sonrisa. — Soy el favorito de mamá.

Nos reímos juntos por un momento y luego caemos en un silencio fácil.

—¿Amas a mi hermano?

La pregunta me asusta al toser. Alcanzo una de las botellas de agua, desenroscó la tapa y bebo a sorbos. Quería mantener mi relación con Maxim tan separada de esta campaña como fuera posible. Discutir mis sentimientos por él con el candidato no se ajusta exactamente a ese objetivo.

Cuando miro a Owen, sin embargo, está esperando pacientemente mi respuesta, sin su humor infantil en evidencia. Él está serio. Es el hermano mayor asegurándose de que su hermano pequeño no sea engañado y que no salga herido.

—Amo mucho a Maxim, Senador, y usted es mejor hermano mayor de lo que cree.

Se ríe, pero sospecho que está contento con el cumplido. —Bueno, obviamente está loco por ti. Sólo mira todo lo que ha hecho para tenerte de vuelta en su vida.

—Sobre eso.— Miro hacia arriba para mantener su mirada azul. — Voy a impresionarte más y más cada día dirigiendo esta campaña, porque soy inteligente y trabajaré hasta el hueso por ti, pero necesito saber. ¿Me contrataste porque creías eso, o porque tu hermano me quería de vuelta en su cama?

Ladra para reírse. —Bueno, dime cómo te sientes realmente, Lennix.

Se desata la corbata y la arroja al asiento de al lado. —Las he visto a ti y a Kimba sacudir el mundo de la política en los últimos años, y sabía que necesitaba el tipo de equipo innovador y con principios que tú reuniste. Y, francamente, tener una nativa americana y una afroamericana a cada lado de mí ayuda significativamente con la minoría y el voto femenino. Puedo ganar a los blancos por mi cuenta. Además de ser altamente capaz, la óptica de ti y de Kimba me

ayudará con el resto.

Fríos hechos duros y movimientos calculados.

*Mis favoritos.*

—Sólo me aseguro.— Abro el bloc y encuentro las notas que tomé durante su discurso. —Ahora hablemos del tema de la salud.

## 16. LENNIX



Apenas tengo energía para llevar la maleta a mi apartamento. Ni siquiera me molesto en encender las luces, confiando en las farolas para volver a mi dormitorio. Toco la lámpara de mi cama, tentada de caer en mi cama con la blusa de seda y los pantalones a medida que estaban crujientes en New Hampshire, arrugados por Vermont, y probablemente un poco movidos cuando el avión de Owen aterrizó en el Reagan National.

—Ugh.— Gimoteo y arrastro mi cuerpo apático a la ducha, dejando un rastro de ropa cara desechada descuidadamente a mi paso. La ducha de lluvia vierte gotas calientes y vivificantes sobre mi pelo y hombros, masajeando los músculos apretados de mi cuello. Me quedo allí unos minutos, dejando que el agua caiga en cascada a lo largo de mi desnudez, sin siquiera alcanzar el jabón para el cuerpo en la repisa de la ducha. Mis rodillas están débiles y mi corazón está como una barra en mi pecho.

El escozor de las lágrimas sorprende a mis ojos y antes de darme cuenta de lo que está pasando, un sollozo sacude mi cuerpo. Me deslizo por la pared de la ducha y aterrizo en mi trasero, tirando de mis rodillas hacia mi pecho. Racionalmente, sé lo que es esto. El agotamiento ha astillado mi armadura, dejándome vulnerable a cosas que normalmente podría soportar fácilmente. Las cosas que he encerrado en el sótano quieren salir. Incluso sabiéndolo, no puedo hacer que se detenga. No tengo defensa cuando los recuerdos de Costa Rica salpican inesperadamente el lienzo de mi mente.

Abe me obligó a punta de pistola a pisar el cuerpo sin vida de Paco en el suelo. Los seis hombres que estaban tan cerca de mí cuando les dispararon, vi la sangre y coágulos de su cerebro salpicar el aire. Tan cerca que miré fijamente a los ojos muertos en sus cráneos destrozados. La amenaza letal del cañón frío del arma clavándose tan

fuerte en mi sien que rompió la piel.

De repente, no estoy en la ducha. Estoy colgando al lado de un acantilado, una maraña de árboles y el río serpenteante a cientos de metros de profundidad. Dedos de hierro me aprietan el cuello, sintiendo que me aplastarán la tráquea, cortándome la respiración. Mi corazón golpea con puños desesperados detrás de mi pecho, *golpeando, golpeando, golpeando* dolorosamente hasta que no puedo soportarlo más. Intento jadear, pero no hay aire. Intento gritar, pero no tengo voz.

Las manchas negras salpican mi visión. Lo último que veo son esos ojos maliciosos, azul maníaco, riéndose de mí a través de las rendijas de una máscara, y luego el mundo se oscurece.

Probablemente sólo esté inconsciente unos segundos, pero me despierto de un tirón todavía desplomada en la esquina, la ducha una cascada domesticada, nada como las aguas indómitas de la selva en Costa Rica. El río allí tiene una boca abierta, sediento de ahogar cualquier cosa que caiga en él. Pongo mi mano contra la pared, usándola para pararme cuidadosamente y apagar la ducha. Me seco, me quito el agua del pelo con una toalla a medias, y el sabor del miedo sigue agriándose en mi boca.

En mi armario, busco entre mis batas y termas hasta que encuentro el pijama de seda blanca que a Maxim le encanta. Es una tontería que algo mío me haga sentir más cerca de él, pero no me importa. Disfruto de la sensación de la seda fresca contra mi piel recalentada como si fueran sus brazos los que me rodean. Estará en casa mañana. Canceló su viaje a Alemania para estar conmigo.

Ese pensamiento alivia mis emociones crudas. Sólo nos quedan unos días antes de que Owen y yo nos pongamos en camino de nuevo, pero saborearé cada momento con Maxim.

Con el horrible cuadro de eventos tan cerca de la superficie de mi imaginación, asumo que no podré dormir durante horas, pero mi cuerpo no puede resistir la atracción del tan necesitado descanso, y en minutos, me dejo llevar por la oscuridad de nuevo.

## 17. MAXIM



Estoy ansioso y caliente como el infierno.

Abro la puerta de Nix, pero me dirijo al guardia que está en el pasillo conmigo antes de abrirla.

—Nadie toca el timbre,— le digo. —Si alguien quiere entrar, llámame y yo decidiré.

—Sí, señor,— dice, su cara se proyecta en líneas de profesionalismo impasible.

—¿Te quedas el resto de la noche?

—El segundo turno es mañana a las seis de la mañana.—Duda y luego, con una mueca, continúa. —¿Y si intenta ir a correr sola?

—Déjala ir,— me obligo a responder.

—¿Estás seguro?— pregunta, con las cejas levantadas.

Aprieto los dientes, viendo la cara —bonita— de Greg Keene mirándome desde el archivo que Grim envió. —Si estoy dormido y se va sin que yo lo sepa, avísame que se ha ido.

—Sí, señor.

Abro la puerta con facilidad y meto mi enorme maleta detrás de mí. Tengo más ropa de la que necesito porque pienso dejar algunas cosas aquí. Ella no quiere que la gente sepa que estamos juntos todavía. Está bien. No significa que no vayamos a estar juntos.

La puerta de su habitación está abierta, y la luz de la lámpara revela su pequeño contorno bajo el edredón. Incluso viendo la curva de su culo y un brazo delgado me dan ganas de despertarla y saciar toda esta lujuria inmediatamente, pero su horario ha sido tan agotador como el mío. El sexo puede esperar, pero necesito abrazarla y he querido despertarme a su lado cada mañana desde que me fui. Jin Lei no me habla por haber cancelado el viaje a Alemania, pero de ninguna manera me perdí los pocos días que Lennix estuvo en Washington antes de que ella y Owen se pusieran en camino de nuevo.



Me desabroché la camisa y la tiré en el banco a los pies de su cama cuando hace un ruido que me congela las manos en el cinturón. He escuchado ese sonido antes, la noche que lloró durante sus pesadillas en Ámsterdam.

—No,— dice bruscamente, girando para que el edredón caiga hacia atrás. —Por favor, no.

Sus ojos permanecen cerrados. Sus cejas arrugadas, la angustia retorciendo las finas líneas de su cara. Las lágrimas recorren su mejilla, y se siente como si alguien estuviera apretando mi corazón hasta que sangra. Me acerco a su lado de la cama y le toco el hombro.

—¡No me toques!— grita, golpeando mi mano. —Deja a Wallace en paz.

Mi mano cae. *Wallace.*

Esto no es como los otros sueños de su madre. Esto es sobre Costa Rica.

—Nix.— Sacudo suavemente su hombro.

Me araña, rastrillando sus uñas sobre mi mano lo suficiente para arrancar la piel.

Ignoro el aguijón y las débiles gotas de sangre, reuniendo sus muñecas en una mano. —Lennix, soy yo. Maxim.

—Doc,— solloza, sus delgados hombros se vuelven flácidos y luego tiemblan. —Te amo. No me dejes.

La emoción canta el interior de mi garganta. Mis músculos se tensan con la rabia. Rabia por no poder ayudarla ahora, por no poder ayudarla entonces. No a tiempo para ahorrarle estos oscuros recuerdos.

Me siento en la cama y cuidadosamente la traigo a mí. No se resiste, sus lágrimas salpican la piel desnuda de mi pecho.

—No, cariño.— Le quito el pelo caído de la cara y rozo las lágrimas en sus suaves mejillas. —Despierta para mí.

Su cuerpo se pone rígido en mis brazos y lentamente se echa hacia atrás, parpadeando pestañas húmedas y puntiagudas.

—¿Doc?— Su voz está ronca, y me pregunto cuánto tiempo ha estado llorando, y gritando en su sueño. —Estás aquí.

—Estoy aquí.

Deja caer su cabeza en mi pecho y las lágrimas se aceleran, los sollozos sacuden su delgado cuerpo. Mis dientes rechinan al oír el sonido torturante, y me doy cuenta de que la estoy abrazando demasiado fuerte. Aflojo mi agarre, pero ella sacude su cabeza, metiéndose en mi garganta.

—Abrázame más fuerte,— susurra entre lágrimas. —Ámame tan fuerte como puedas.

—Lo hago, Nix.—Beso la parte superior de su cabeza. —Dios sabe que lo hago.

Sus respiraciones son irregulares, interrumpidas por los sorbos. Acaricio su pelo y acaricio su espalda hasta que los músculos se aflojan y ella respira uniformemente, encontrando finalmente suficiente paz para dormir.

## 18. LENNIX



Sé que no tengo resaca, así que, ¿quién dejó entrar al tipo con el martillo en mi cabeza? Me siento tentativamente, empujando el pelo enredado hacia atrás y entrecerrando los ojos incluso ante el pequeño sol de la mañana que se cuelga por un hueco entre las cortinas corridas.

—Días.

La voz a mi lado me hace hacer una doble toma. Me masajeo las sienes por la incomodidad causada por el movimiento repentino. Maxim se sienta, con la espalda apoyada en mi cabecero, el pecho desnudo y esculpido, con su iPad en el regazo y los papeles abanicados en la cama a su alrededor.

—Doc.— Sonrío a pesar de mi dolor de cabeza. —Pensé que había soñado que estabas aquí.

—No. En carne y sangre.—Empuja el iPad de su regazo y se desliza hacia abajo, mirando hacia mí y apoyando la cabeza en su puño.

—Llegas a casa temprano.— Me inclino hacia adelante y presiono mi frente contra la suya, absorbiendo el olor a él que me calma y me excita. Beso la base de su garganta, la piel bronceada, firme y caliente bajo mis labios.

—Quería despertarme contigo.—Se retira un poco y me palma un lado de la cara, con sus ojos preocupados y buscando. —¿Cómo estás esta mañana?

No estoy segura de cómo responder. Peor que el dolor de cabeza es la confusión del flashback que aún se arremolina dentro de mí. Mi terapeuta me advirtió que los efectos traumáticos del secuestro podrían aparecer cuando menos lo esperaba. El agotamiento lo exacerbó, pero aún no puedo creer que fuera tan malo y tan repentino. Me doy cuenta de que he estado demasiado tiempo callada cuando las cejas de Maxim caen en una profunda curva.

—Estoy bien,— digo apresuradamente, y me acerco para cepillarle el

grueso pelo que le gusta caer sobre su frente por la mañana.

—¿Segura que estás bien?

—¿Por qué crees que no lo estoy?— Me siento y balanceo mis piernas al lado de la cama. La habitación gira un poco.

—Porque anoche llorabas en sueños,— dice Maxim detrás de mí, todavía en la cama. —Mucho. Fue difícil despertarte y parecías muy angustiada. ¿No recuerdas haber abierto los ojos y haber hablado conmigo?

Suprimo un gemido.

*Maldito sea todo el infierno.*

Me alegro de que Maxim esté aquí, pero desearía que no se hubiera metido en ese lío tan caliente. Conociendo su naturaleza protectora, no dejará pasar esto. Miro por encima de mi hombro, pidiendo una sonrisa casual. —Sabes que a veces tengo pesadillas.

—Sobre tu madre, sí, pero no me di cuenta de que tenías pesadillas sobre Costa Rica.

Suspiro, dejando caer mi sonrisa casual. —No lo había hecho. Anoche fue... diferente. Nunca había tenido una antes.

Se levanta de la cama para mirarme, todavía con sus pantalones, pero el botón de arriba está desabrochado, y se separa para mostrar los músculos tensos de su estómago y los calzoncillos negros que lleva debajo. Eso es muy sexy, y mi libido descuidada me recuerda que este espécimen es mío para hacer lo que quiera.

—Ven aquí,— ordeno, mi voz se extiende como una orden envuelta en un ronroneo.

—No.— Cruza los brazos sobre el pecho. —Veo esa mirada en tus ojos. Yo también quiero sexo, pero tenemos que hablar de estas pesadillas. ¿Qué dice tu terapeuta?

—*Esta* pesadilla.— Camino hacia él, ya que no quiere venir a mí. —No estas. Te dije que anoche fue la primera, así que ella y yo no lo hemos discutido todavía.

—¿Qué crees que provocó esto?— Sus cejas oscuras se convierten en una tormenta en su cara. Es tan intenso en todo. Me encanta la mayoría de las veces, pero no quiero hablar de mis pesadillas cuando el hombre de mis sueños está en mi habitación con un aspecto tan

follable.

—Agotamiento.— Me paro frente a él, empequeñecida por su altura, pero no intimidada por su resistencia.

*Tengo algo para eso.*

Me quito el pijama, me pongo de rodillas y le quito la cintura de los pantalones.

—Nix, no.—Me mira desde debajo del largo e injusto rizo de sus pestañas, tratando de parecer severo incluso con su erección prácticamente pinchando mi mejilla a través de sus pantalones. —Tenemos que hablar.

—Está bien.— Le bajé la cremallera. —Hablemos.

Con admirable eficacia, le saco la verga y la meto en mi boca en cuestión de segundos.

—Mierda,— jadea. —Lennix, no me distraigas.

Digo: —No te distraigo,— pero probablemente no lo comprende porque su polla en mi boca distorsiona mi discurso. Observo como las vibraciones de mis palabras alrededor de su verga obligan a sus ojos a cerrarse de placer. Deslizo mi boca por su longitud, alternando mis movimientos entre rápidos y lentos. Presiono mi lengua en la abertura de su punta, haciéndole el amor con reverentes lametazos antes de soltarlo y bajarlo pulgada a pulgada hasta que la punta bien amada invade mi garganta.

—Jodeeeeeer.— Me agarra el pelo con el puño, bajando mi cabeza aún más hasta que me ahogo. Sé que ese sonido lo excita, así que me ahogo de nuevo, mis labios se hinchan alrededor de su verga.

—Quieres distraerme, ¿eh?— Gruñe, ahuecando mi cabeza con ambas manos. —¿No quieres hablar?

Sacudo mi cabeza y tarareo —mmmm-mmmm.— Se sacude por la vibración y empieza a follarme la boca como un loco, sus movimientos bruscos y descontrolados, sus dedos en mi pelo desesperados y tironeando. Se empuja más lejos y no puedo respirar. Aprecio la sensación de estar completamente llena de él, literalmente deseándolo más que mi próximo aliento. Aspiro aire a través de mis fosas nasales y aprieto mis mandíbulas alrededor de la barra de acero que se me mete en la boca y baja por la garganta. Deslizo mis manos en la

cintura de sus pantalones, que cuelgan sueltos alrededor de sus caderas, y presiono los pantalones y calzoncillos por sus piernas. Paso mis manos sobre sus poderosos muslos y le cojo el culo, apretando un ritmo al tiempo con sus agresivos empujes en mi boca.

—Nix.— Su cabeza cae hacia atrás, las cuerdas de su fuerte garganta se tensan, sus anchos hombros se agitan con el aliento jadeante. — Chúpame las bolas.

Inmediatamente le suelto la verga y pongo la cabeza en ángulo para meterme una gran bola en la boca. Le tomo la verga en la mano, y continúo bombeando su longitud mientras le doy a cada bola mi húmeda y ansiosa atención. Sus gruñidos y gemidos me estimulan, y aprieto mis dedos alrededor de su polla hinchada. Suelto la bola lo suficiente para meter el dedo en mi boca, mojándolo abundantemente. Me mira, observando el movimiento de entrada y salida de mi dedo. Sin soltar nunca su mirada, con mi mano libre, extendiendo la mano e insinúo mi dedo empapado entre los músculos del culo.

—Diablos, sí.— Afloja sus músculos apretados y amplía su postura, abriéndose para mí. —Hazlo.

Me meto en el estrecho agujero oculto y sus gritos se vuelven más roncós, más fuertes. Me agarra la barbilla y me mete la polla en la boca. Me empapo entre las piernas y abro las rodillas. El aire fresco besa el capullo apretado y húmedo que se encuentra entre los labios de mi coño. Con el tiempo, con mi dedo follando su culo, empiezo a acariciarme. Él baja y me pellizca el pezón.

Es abrumador, la coreografía de nuestra lujuria, de nuestro amor, dedos y labios y lenguas y polla en concierto, trabajando hacia la felicidad mutua. Mi boca se abre en un grito, y su verga se dispara. Su semen fluye sobre mi cuello, hombros y pechos. Por segundos, estoy temblando, apenas lúcida, aturdida de placer.

Me coge y me acuesta suavemente en la cama, dejando que mis piernas cuelguen sobre el borde. De pie sobre mí, lenta y deliberadamente, frota su semen en mi piel, sus ojos entrecerrados y conectados con los míos. Me masajea alrededor de los pezones y sobre mi vientre y luego desliza su mano entre mis piernas.

—Mi coño,— murmura y baja hasta las rodillas, abriendo mis piernas.

Lame la humedad que hay dentro de mis muslos, gimiendo y me alcanza para acariciar mi culo, arrastrándome más profundamente a su boca. Con cada golpe de su lengua, un nudo se afloja dentro de mí hasta que se deshace completamente, y yo estoy sollozando, mis manos arañando su cuero cabelludo, tirando de su sedoso pelo.

—Eso es, nena,— susurra entre chupadas y lamidas. —Sepárate para mí. Muéstrame.

Y lo hago, subiendo mis rodillas hasta que mis talones golpean la parte posterior de mis muslos, abriéndome bien para él. Exponiendo todo. No puedo esconderme de este hombre. Él demuestra que cada vez que lo intento. Lame la humedad fresca que se escapa de mi cuerpo, una ofrenda para él, y chupa mi clítoris en su boca con fuerza.

—Nadie más volverá a poner su boca sobre ti. ¿Me oyes, Lennix?

Ola tras ola de placer me atraviesa, y los músculos de mi espalda y piernas se tensan, temblando con otro orgasmo.

—Lennix, ¿me has oído? Nadie.

—Nadie,— murmuro, mi cabeza transformada en la almohada.

—Mi coño.

—Tu coño.— Me levanto lo suficiente para atrapar sus ojos. —Y esa verga es mía.

Sus labios están húmedos y brillantes, llenos e hinchados. Sus ojos son felices, brillantes de amor. —Oh, creo que ya lo has establecido.

## 19. MAXIM



Esto debería ser divertido.

Estoy siendo jocosos. Persuadir a Lennix para que se vaya de Washington conmigo no será nada divertido. Lucharemos, pero al final, la sacaré de esta ciudad y de la campaña para que se tome un respiro. Puede que me haya distraído con la mamada más aturdidora de toda mi vida... Vale, ella lo *hizo*. Eso definitivamente sucedió, pero no me he olvidado de su angustia de anoche.

—Tengo algunas reuniones en la oficina,— dice, parada desnuda en el baño y probando la ducha con la punta de los dedos. —Pero puedo estar en casa a primera hora de la tarde si quieres intentar hacer algo.

—De hecho, tengo algo en mente.— Me meto en el baño, tan desnudo como ella, y me meto en la ducha detrás de ella. Agarro el champú y se lo masajeo en el pelo.

—Oh, se siente increíble,— gime, inclinándose hacia atrás para que sus omóplatos me presionen el pecho. —¿Qué tienes en mente?

—Estaba pensando que no irás a trabajar hoy.

—Oh, no.—Se vuelve hacia mí, el chorro de la ducha rebotando en su espalda. —Tengo que estar allí al menos para la actualización, para asegurarme de que todos estamos en la misma página.

—Has estado en la campaña todos los días. Kimba puede hacer la actualización.—Me sumerjo para capturar un pezón húmedo y brillante en mi boca.

—Doc,— ella gime. —No te atrevas...

—¿Distraerte?— Amaso su otro pecho y el rastro besa su hombro y su cuello, chupando la piel lo suficientemente fuerte como para dejar una marca. —Ahora sabes cómo se siente.

—¡Maxim!— Se echa hacia atrás, gruesas hebras de pelo mojado se aferran a sus brazos y garganta. —No puedo aparecer en mi oficina con un chupón como una adolescente con exceso de sexo.



—Exactamente. No hay trabajo para ti hoy.—La giro suavemente, pero con firmeza por el hombro hacia la pared de la ducha, inclinando sus caderas y su trasero hacia mí, doblándola hasta que sus palmas se meten en el banco de la ducha.

—No puedo simplemente saltarme...

Lo que sea que haya planeado decir no se dice una vez que la penetro.

—Me perdí la última parte.— Me balanceo en ella, alcanzando el frente y deslizando mis dedos entre sus labios para pellizcar su clítoris. —¿Qué estabas diciendo?

—Cállate.— Ella me empuja hacia atrás. —¿Es eso todo lo que tienes? ¿Así es como te follas a tu mujer? Apenas lo siento.

Mi verga se hincha, presionando aún más contra sus resbaladizas paredes internas con las palabras burlonas.

—No me provoques,— gruño, ahuecando su cuello y presionando mi mano en la parte baja de su espalda.

—Lo necesito fuerte, Doc,— ella jadea. —Quiero al lobo.

Sus palabras son como el tirón de la luna, y ese tenue agarre que mantengo en el comportamiento civilizado se rompe.

—¿Quieres el lobo?— Le doy una palmada en el culo. —¿Tienes idea de lo duro que podría follarte?

Me suelto de la correa, chocando con ella una y otra vez, sus gritos de placer haciendo eco de un desesperado estribillo en el baño. Agarro puñados de su pelo mojado y espumoso, y la golpeo implacablemente. Ella usa el banco para equilibrarse mientras yo la conecto lo más profundamente posible. Quiero girar tanto que sienta su pulso palpitando en mi verga, para romper todas las barreras. Quiero que estemos tan cerca que nuestros cuerpos susurren secretos y nuestros latidos sean indistinguibles.

—No hay nadie como tú, Nix.

*Dios, es verdad.*

—Jesús, Doc. No hay nada como esto.— Sus palabras se rompen en un sollozo, y la elegante línea de sus hombros tiembla. —No hay nadie como tú.

Le tomo los pechos con las palmas de las manos, apretando los pezones apretados entre mis dedos. Su aliento indolente me dice que

le gusta.

—Lo que quieras,— se calza, dando vueltas en su trasero sobre mí. —Tómalo.

—Quiero hoy contigo,— le digo, cambiando ligeramente el ángulo de mi empuje, pero golpeando un nuevo punto que la hace gemir.

—No puedo.

Me obligo a detenerme abruptamente y empezar a soltarme.

—¡No!— Ella se echa atrás y me agarra el culo. —No te atrevas.

Dejo de salir, pero no me muevo. Ella se retuerce, trata de aplastar mi verga, pero yo le agarro las caderas, manteniéndola quieta.

—Hijo de puta,— gruñe. —Acaba conmigo, Doc.

—No.

—¿Crees que no siento lo dura que está esa verga? Tú también quieres esto.

—Obviamente,— fuerzo mi voz a la casualidad, como si no me importara de una forma u otra. —Pero quiero más un día contigo. Te dije que Kimba lo tiene. ¿Qué va a ser?

La empujo y le doy un empujón rápido y superficial.

—Oh, sí.— Empieza a dar vueltas en sus caderas, y me detengo de nuevo. —¡Bastardo!

—Te he dicho mis condiciones.

Mi verga me odia, maldiciéndome en silencio en cuatro idiomas diferentes por no terminar esto ahora mismo.

—Un día,— concede sin aliento. —Puedo darte un día.

Quito las riendas y me la follo hasta que los dos estamos temblando. Casi nos caemos cuando nuestros orgasmos llegan. Me relajo, me siento en el banco de la ducha y la pongo en mi regazo. Codiciosos, sedientos, nos besamos hasta que mis labios se entumecen, sus dedos se meten en mi pelo mojado, mis dedos se meten en los suyos. Rompo el beso, tomando su cara entre mis manos resbaladizas y buscando en sus ojos.

—Un día,— le recuerdo, jadeando.

Ella asiente, chupando mi labio inferior sonriendo. —Un día.

## 20. LENNIX



—¿California?

Miro a Maxim en el asiento del conductor, arrastrando mis ojos desde el panorama del agua azul vivo y el cielo en mosaico, rayas de color rosa, púrpura y naranja pintadas a través de las nubes.

—Quería alejarme de Washington,— dice, —pero sabía que no teníamos tiempo para dejar el país.

—Así que volamos a través de él.

—Te conozco. Si no me alejara lo suficiente, me engañarías.

—¿De verdad crees que soy la adicta al trabajo en esta relación?

—Oh, soy indiscutiblemente un adicto al trabajo, pero hay algunas cosas por las que lo dejaré todo. Tú eres una de ellas.

Canceló su viaje a Alemania para estar aquí esta semana, y ha demostrado más de una vez que soy su prioridad. Lo menos que puedo hacer es mostrarle que siento lo mismo, pero me cuesta mucho apagar mi cerebro. Hay tanto que hacer para la campaña, y algunas noticias perturbadoras que salieron justo antes de salir de Washington me siguen distrayendo.

—¿Estás pensando en Middleton?— Maxim pregunta.

Vuelvo los ojos sorprendidos hacia él por la extraña suposición. —Sí, un poco.

El senador de Arizona que negoció el trato de última hora con Warren Cade para vender las tierras de mi tribu anunció su candidatura, convirtiéndose en el líder republicano.

—No crees que ese idiota pueda vencer a Owen, ¿verdad?— Maxim es un escéptico.

—Este país es mucho más conservador de lo que crees si sólo ves CNN y MSNBC todo el día.

—No tengo problemas con que la gente sea conservadora. Es sólo que no me gusta cuando la gente es imbécil, y por mi experiencia, hay

imbéciles a ambos lados del pasillo.

Un maldito independiente. Yo, el verdadero azul, me enamoré de un púrpura.

—Créeme, soy consciente de que no te consideras un demócrata,— respondo. —En cuanto a las posibilidades de Middleton contra Owen, quiero decir que puede ser un idiota, pero a mucha gente no le importará eso. Sólo votarán la línea del partido, y hay muchos más conservadores en este país de lo que crees.

—Digamos que mi partido nombra a un anticuado como Middleton que no podría liderarme en un coro de 'Twinkle, Twinkle, Little Star', y mucho menos liderar este país,— dice Maxim. —¿Crees que votaría por él simplemente porque estamos registrados en el mismo partido? Tonterías.

—Tus opiniones sobre el sistema bipartidista están bien documentadas y debidamente anotadas.

—No entiendo a una nación que creció tan poderosa usando el capitalismo, que es esencialmente acerca de opciones y trabajo duro, siendo tan perezosa como para darnos sólo dos opciones, usualmente malas, en algo tan crucial como liderar el mundo libre.

—Dios, eres tan capitalista.

—Nunca lo negué, pero volviendo a mi punto original. Te digo que Middleton no es nada de lo que preocuparse. Owen es el tipo de persona por el que los votantes cruzan las líneas del partido.— Su voz suena con convicción, y si no me equivoco, una nota de orgullo.

—Me encanta ver que tú y Owen se han hecho íntimos. En Ámsterdam, parecías muy desconectado de tu familia.

—Lo estaba. Mi lucha con mi padre era fresca. Nunca imaginé que duraría tanto tiempo.

—¿Crees que tendrá un conflicto si los republicanos ponen a Middleton?— Pregunto, frunciendo el ceño. Se vería muy mal si el propio padre del candidato apoyara a su oponente.

—Oh, diablos, no. Ha querido un Cade en la Casa Blanca desde que Owen dio sus primeros pasos. Middleton fue expeditivo para el acuerdo del gasoducto. Mi padre no tiene ninguna relación en curso con él.

Juego con el amuleto de la brújula que cuelga de mi pulsera. —Rara vez hablas de tu padre.

—No es exactamente tu persona favorita.

—No, no lo es, pero no quiero que sientas que no puedes hablarme de él. Sé que lo extrañas. Lamento que la animosidad entre él y yo haga que las cosas sean aún más difíciles entre ustedes dos.

No habla, pero sus dedos cortejan los míos en el espacio que hay entre nosotros en el auto, enlazándose, acariciándose. —No es incómodo para mí que tú y mi papá no se lleven bien porque los quiero a ambos, pero siempre te elegiré a ti.

*Te elegiré a ti, pero también necesitaré a papá.*

Me muevo, inclinando mi espalda contra la ventana del auto para poder verlo mejor.

—No soy esa universitaria que no pudo soportar estar contigo porque eras un Cade.

—Lo sé.— Me echa una mirada rápida y penetrante a la cara desde la carretera.

—No me perderás porque amas a tu padre.

—Los problemas con mi padre son anteriores a ti, y son demasiado complejos para una solución fácil.— Él lanza un largo suspiro. —O no estaríamos todavía en las afueras quince años más tarde.

—Háblame de él,— le digo, manteniendo mi cara libre de asco o desdén. —Sobre las partes de él que amas.

Él asiente después de unos momentos, con la mirada fija en el camino.

—Yo era su sombra mientras crecía. Sé que suena ridículo porque era un niño, pero creía que éramos los mejores amigos. Hicimos todo juntos.

—¿Qué tipo de cosas?

—Pesca con mosca, montar a caballo. Me llevaba a la oficina con él. Me enseñó a disparar.

—Así que supongo que, de una manera indirecta, tengo que agradecerle por mi rescate,— digo irónicamente. —Me sorprendió mucho verte con un arma, mucho menos capaz de disparar a alguien desde esa distancia.

—Sí, mi padre solía bromear con que podía disparar a las alas de una

pulga. No soy anti-pistolas. Sé que eso probablemente rompe tu pequeño corazón liberal.

—No necesito que seas anti armas. Necesito que estés a favor de las leyes de armas inteligentes, y sé que lo estás.

—Definitivamente eso. No estimo mi derecho a llevar armas por encima del derecho de otra persona a vivir y no ser disparado por un idiota con armas que pertenecen al campo de batalla, no a las manos de un civil.

—¿Ves? Estamos de acuerdo, y mi corazón liberal está a salvo.

—Tu corazón liberal es mío,— dice, apretando su mano alrededor de la mía. —¿Te molesta que sea posesivo e intruso y protector?

—Digamos que me gusta más tu gruñido en la cama.

Deja caer la cabeza en el cuero flexible del asiento y se ríe. En el silencio que sigue, me pregunto si debo preguntarle algo que me ha molestado desde Costa Rica. —Doc, el hombre al que disparaste...

—Jackson Keene,— introduce, su voz se endurece, su mandíbula se aprieta.

—¿Sabes su verdadero nombre?

—Planeé discutir lo que Grim ha encontrado hoy mientras pasábamos un tiempo juntos, pero sí. Y 'Abe' es su hermano, Gregory Keene.

Un dedo helado traza mi columna cuando escucho el nombre del hombre que casi me mata más de una vez. —Pero él también está muerto, ¿verdad?— Exijo, mi voz subiendo un poco más alto. —Ambos están muertos.

—Grim piensa eso, sí.

—¿No lo crees?

—Quiero verlo. Quiero ver el cuerpo de Gregory en una morgue como he visto el de su hermano.

—¿Alguna vez has disparado a alguien, matado a alguien antes?

—Nunca. No hasta entonces.

—Y has estado... bueno, ¿estás bien? ¿Cómo lo has estado procesando? Debí haber preguntado cuando volvimos, pero mi cabeza estaba por todas partes. En cierto modo, siento que está empezando a aclararse.

—No estoy triste o conflictivo por haberle disparado a Jackson Keene.

Gregory te apuntó con un arma a la cabeza. Casi te deja caer por un acantilado. Si, por casualidad, sobrevivió a cuatro balas y no se ahogó en ese río, que Dios lo ayude si nos volvemos a encontrar, porque yo también lo mataré.

Un globo de miedo se hincha alrededor de mi corazón, estallando, filtrándose en mi vientre.

—Detente,— digo, la ansiedad repentina hace que las palabras respiren.

—¿Qué?— Me lanza una mirada confusa.

—Detente, Maxim.

Con el ceño fruncido, lleva el auto a la orilla del camino. Sus piernas son tan largas, que su asiento ya está al límite. Me desabrocho el cinturón de seguridad y maniobro hasta el asiento del conductor, a horcajadas. Coloco mis rodillas a ambos lados de sus muslos, me coloco entre su gran cuerpo y el volante. Tomando su cara entre mis manos, trazo la subida de sus pómulos con mis pulgares, capto su mirada y no la suelto.

—No quiero que lo veas. No lo quiero cerca de ti.— Mi aliento se agita al pensar en Maxim enfrentándose a ese maníaco de nuevo. —Sólo quiero que nos deje en paz. Sólo quiero que tú...— Entierro mi cara en su cuello, lo rodeo con mis brazos. —Déjalo en paz, Maxim. Si está vivo y no nos molesta, déjalo en paz.

Él se retira y enmarca mi cara entre grandes y suaves manos. —*Si* está vivo, y eso es poco probable, siempre existe la posibilidad de que nos moleste,— dice Maxim, con su voz de granito. —Y que me condenen si alguien vuelve a molestarte. Lo mataré yo mismo si aún respira.

—Por favor, deja de hablar así. No quiero que mates a nadie por mí. Sobre todo, no te quiero muerto.

—Mataría mil veces por ti.— Su voz late con la verdad. —Moriría mil veces por ti si pudiera. Me preguntaste qué es lo que amo de mi padre. Amo *eso*. Protege a los que le importan a cualquier precio, y siento decírtelo, Nix, pero soy igual que él en ese aspecto.

Un camión de transporte pasa tan cerca de la autopista, que nuestro auto tiembla. Somos muy vulnerables en este remoto tramo de la carretera. El pánico me envuelve con los dedos apretados alrededor de

la garganta. He rechazado la idea de la seguridad, pero las palabras de Maxim sobre el asesinato y la venganza me llevan de vuelta a esa selva, a ese río; de vuelta a las balas que cortan el aire, a través de la carne. Yo estaba literalmente en peligro mortal, pero Gregory Keene podría haber matado a Maxim ese día. Me alejo y lo miro fijamente.

—¿Dónde está su seguridad? ¿Por qué estamos aquí en medio de la nada solos?

—Nena, aterrizamos en San Francisco. No creo que esto sea el medio de la nada, y estamos bien.

—¿Estamos bien? ¿Qué diablos significa estamos bien? Esos tipos deberían estar siguiendo este auto ahora mismo. ¿Sabe Grim dónde estás en todo momento? Quiero decir, ¿qué pasa si tu rastreador falla?

—¿Duermes en ese reloj? — Trato de recordar si lo usó en la ducha. — ¿Es el reloj a prueba de agua?

—Bien, estás como en espiral.

—Así que cuando me preocupo por tu seguridad, voy en espiral, pero cuando te preocupas por la mía, es...

—Perfectamente justificable. Correcto. — Mantiene la cara seria, pero el humor hace brillar los ojos verdes que me han cautivado desde el primer día.

—Esto no es gracioso, — susurro. — Tenemos un trato.

—¿Un trato? ¿Qué trato crees que tenemos?

—Estaré enamorado de ti si no tomas decisiones temerarias que pongan en peligro tu vida.

Me pasa los dedos por el pelo y me tira, inclinando la cabeza hacia atrás para nivelarme con la gravedad penetrante de su mirada. —No hay trato, no hay vuelta atrás. Probablemente siempre seré más cauteloso con tu vida que con la mía, pero no tengo deseos de morir. Vivir tanto tiempo como pueda contigo es el sueño, pero por favor no pienses nunca que puedes dejar de amarme o que yo puedo dejar de amarte. Esa mierda no sucederá.

Le agarro la camisa y lo tiro tan cerca que nuestra respiración se mezcla y siento su corazón latiendo en mi pecho.

—No *quiero* que esa mierda suceda, — digo, mis ojos lagrimean. — Pero ya he perdido a la persona más importante de mi vida una vez.



No me pidas que lo haga de nuevo.

## 21. MAXIM



—Este lugar es impresionante.

Es una de las pocas cosas que Lennix ha dicho desde nuestra conversación sobre Gregory Keene.

—Sí,— respondo, dando un portazo en la puerta del auto. —Point Reyes es uno de mis lugares favoritos en el mundo.

Me acerco al lado del pasajero donde se apoya en el auto, con la mirada fija en el vívido paisaje de la costa verde y el agua azul.

Ella aparta su mirada para encontrarse con la mía. —¿Ah, sí?

—Así es.— Le presento la chaqueta abultada que había guardado en el asiento trasero para que meta los brazos. —Y también se considera el lugar más ventoso de la costa del Pacífico. Hace mucho frío aquí arriba, especialmente cuando se pone el sol.

Vemos al sol comenzar su descenso hacia la lámina de agua, llevándose más luz y calor por minuto.

—Supongo que tienes planes especiales,— dice, sonriendo por primera vez desde que se subió a mi regazo en el auto.

—Los tengo.

Un caballero mayor con un deslizador, una chaqueta de plumón y unos jeans se dirige hacia nosotros.

—¿Sr. Cade?— pregunta.

—Sí.— Le ofrezco mi mano. —Pero por favor, llámeme Maxim, ¿y usted debe ser Callum?

—Claro que sí.— Él se dirige a Lennix. —¿Y esta es la Sra. Cade?

Me congeló. Oír a Lennix llamada —Sra. Cade— ha convertido algo en mí, una revolución de la tierra alrededor del sol. Provoca un hambre profunda, un anhelo de algo que ni siquiera sabía que quería tanto hasta que lo escuché. He imaginado —un futuro— con ella, pero nunca había sentido la emoción de oír mi apellido unido a ella de forma indisoluble.

—Uh, no.— Lennix se ríe, extendiendo su mano. —Señorita Hunter. Lennix Hunter.

—Sí, bueno,— dice Callum, sonrojándose tal vez por la vergüenza, tal vez por el viento. —Probablemente deberíamos empezar. El sol se está poniendo.

—¿Qué estamos haciendo, Doc?— Lennix pregunta.

—Navegando.— Sonríe cuando se le arruga la frente.

—Navegando,— repite. —Un vuelo de cuatro horas y casi dos horas de viaje en bote. Deben ser unos barcos especiales.

Callum abre la boca, obviamente listo para defender su pequeño rincón del mundo, pero yo le llamo la atención y le doy una rápida sacudida de cabeza.

—Te dejaremos ver por ti misma,— le digo. —Callum, muéstranos el camino.

Dejamos el auto en el estacionamiento y lo seguimos por un largo muelle hasta la lancha donde unos kayaks se balancean por la superficie lisa del agua. Nos pone chalecos salvavidas.

—Esta zona es Point Reyes,— dice Callum, —y esta es la bahía de Tomales donde estarás esta noche.

—Es encantador,— comenta Lennix, su tono educado.

La conozco. Todavía está pensando en Gregory Keene. O en Middleton. O quizás estaba tan afectada como yo por oír a Callum llamarla Sra. Cade. Pero sé que sólo la mitad de su atención está en lo que Callum está diciendo.

—Parte de la bahía se forma a lo largo de la falla de San Andrés.

—Confortante,— dice Lennix secamente.

—Y estas aguas están históricamente protegidas,— continúa diciendo.

—¿Históricamente protegidas?— Eso despierta su interés. —¿Cuál es su significado histórico?

—Toda esta zona era territorio original de la Costa Miwok. Es una tribu indígena del norte de California.

—He oído hablar de ellos,— dice, con una sonrisa cada vez más cálida.

—Bueno, Sir Francis Drake aterrizó en esta región,— dice Callum con un claro toque de orgullo. —Bahía de Drake.

—¿Drake?— Pone los ojos en blanco. —Bueno, por supuesto que queremos proteger su ‘descubrimiento’. Figuras.

—Lo interesante,— continúa Callum, sin saber cómo esta historia podría provocar a mi novia, —es que tenían todas estas misiones que llegaron después, y obligaron a los Miwok a asimilarse. Los colonos mataron el idioma, las costumbres y, en algunos casos, la gente. California tiene una historia bastante brutal con los nativos americanos en muchos casos.

*Wow. Este tipo está bateando a mil.*

—Sí, bueno, California no está sola en eso,— murmura Lennix.

—Pero los arqueólogos encontraron pruebas de que seguían estando aquí y usando elementos de su cultura años después de que las misiones desaparecieran. Algunos de ellos, al menos, lograron sobrevivir y continuar sus prácticas mientras se modernizaban.

—Ejem,— interrumpo y le doy una mirada significativa. —Creo que estamos listos y puedo seguir desde aquí.

—Gracias, Callum,— dice Lennix, ofreciendo una sonrisa genuina, que devuelve antes de volver a subir al muelle.

—¿Tenías miedo de que le diera un sermón al pobre Callum sobre el imperialismo de Drake y la probable explotación de la tribu Miwok?

—Más o menos, sí.

Su rica y gutural risa, que siempre me seduce, resuena en la tranquila bahía. —Probablemente tengas razón. ¿Ahora qué pasa con la navegación? ¿No está oscureciendo demasiado para eso?

Ella tiene razón. El sol se ha puesto casi por completo y la oscuridad cubre el horizonte. Otras personas bajan en grupo por el muelle con un guía que los instruye y les pone chalecos salvavidas.

—¿No necesitamos un guía?— pregunta, mirando a la gente que sube a los kayaks y sale al agua.

—Soy nuestro guía.

—¿Estás seguro de que estaremos a salvo?,— pregunta, medio en broma.

—Siempre te protegeré.—Nuestras miradas se sostienen en la pequeña luz que proporcionan las luces de pie a lo largo del muelle, y la conversación desde el auto cuelga entre nosotros.

—Lo sé,— responde suavemente, la tensión alrededor de su boca se afloja. Le beso el pelo y le cojo la mano.

—Vámonos.— Asiento con la cabeza, no hacia un kayak, sino hacia una pequeña lancha.

—¿Por qué no un kayak?

—Están en grupos y pueden cuidarse mutuamente si alguien se cae,— le digo. —Vamos a aventurarnos un poco por nuestra cuenta. El barco a motor es un poco más seguro.

—Ahhh. Tu plan maestro para tenerme a solas se ha revelado.

—Nunca soy sutil en cuanto a conseguirte a solas,— digo, intercambiando una rápida sonrisa con ella. —Sube.

Nos instalamos y nos lanzamos al agua. Después de unos minutos, apago el motor y dejo que el barco vaya a la deriva y que hable la belleza nocturna de nuestro entorno. La tranquilidad ocupa la pequeña cuña de espacio entre nosotros, rota sólo por el bajo murmullo de los guías que asisten a los grupos a pocos metros de distancia.

—Háblame de este lugar,— dice después de unos momentos. —Sé que sabes más de lo que has compartido.

—¿Y cómo lo sabes?

—Eres un explorador.— Ella inclina una pequeña sonrisa hacia mí. —Un expedicionario. No vas a lugares completamente desprevénido.

—¿Qué quieres saber?

—Dime por qué me has traído aquí. ¿Qué querías mostrarme?

—Unas cuantas veces al mes, hay noches sin luna. Es la más oscura de esas noches.

—El cielo está muy oscuro,— dice, reclinada en el casco del barco y echando la cabeza hacia atrás para mirar el hipnótico remolino de estrellas que hay sobre ella. Es un cielo de catedral por la noche, iluminado con apliques estelares y candelabros cósmicos. —Hace que las estrellas sean más brillantes.

*Mi niña que persigue las estrellas.*

—Es porque hay menos contaminación lumínica aquí que en la mayoría de los lugares,— le digo. —Y protegen esta bahía de la mezcla con otras fuentes de agua, lo que mantiene el agua libre de

contaminación de una manera que la mayoría no lo son. La combinación de un cielo muy oscuro y un agua muy clara crea las condiciones perfectas para un fenómeno único.

Mira alrededor como si se preguntara qué es tan fenomenal acerca de un grupo de gente haciendo kayak en la oscuridad. Sonrío, disfrutando en secreto la oportunidad de mostrárselo, y tomo un remo del piso del bote para correrlo por el agua. Inmediatamente, estelas de luz se encienden bajo la superficie. Su jadeo sorprendido es seguido por una risa inusual.

Le doy un remo. —Prueba tú.

Ella sumerge el remo en el agua, y lo recorre lentamente, viéndolo brillar, iluminándolo.

—Oh, Dios mío.— Se cubre la boca, la risa se le escapa entre los dedos.

—Eso es asombroso.

A nuestro alrededor, los grupos de turistas arrastran sus remos por el agua, y pronto, hay tanta luz brillando bajo la superficie, que estamos flotando en rayos de sol, arco iris, llamaradas solares submarinas.

—Es hermoso.— Mueve la cabeza de lado a lado y mira por encima del hombro, absorbiéndolo. —¿Qué es?

—¿Quieres apreciar la belleza o conocer la parte aburrida que la hace hermosa?

—¿Es aburrido para ti?

—No, me fascina.

—Entonces tú lo harás fascinante para mí.

—Se llama bioluminiscencia, que es básicamente cuando un organismo produce luz basado en varios factores, dependiendo de la especie.

—Tiene un cerebro muy sexy, Sr. Cade.

Le guiño un ojo. —Sea una buena chica y dejaré que lo toques.

—Ew.— Ella se arruga la cara. —Tenías que ir y hacerlo raro.

—Es lo que hago. Así que los dinoflagelados están aquí en Tomales Bay, y producen luz cuando se les inquieta. Una paleta o los dedos que corren por el agua, u otros peces que pasan nadando o rozándose con ellos, o incluso sólo el barco que corta el agua, podría hacer saltar la luz.

Los otros grupos siguen moviéndose, así que ahora estamos solos en una lámina de agua brillante. Proyecta un brillo verde azulado en su cara, y no puedo mirar a ninguna otra parte. Ni siquiera el glorioso espectáculo submarino puede compararse con las cejas esculpidas y el dulce movimiento de sus pestañas. La curva de sus pómulos y el obstinado saliente de su barbilla.

—¿Cuál es el lugar más bello en el que has estado?— pregunta después de unos momentos de silencio.

—Tú.

Pestañea unas cuantas veces, sacude la cabeza, dándome una mirada llena de afecto. —*El lugar en el que has estado.*

Mi respuesta es la misma, pero sé lo que quiere decir. —No lo sé. Es difícil comparar todos estos lugares que ofrecen algo excepcionalmente bello.

Miro al cielo oscuro e impongo mentalmente una cortina de azul, esmeralda y escarlata, arremolinándose en un espectáculo de luces atmosféricas. —Me encantaría llevarte a la Antártida un día para ver las auroras australes.

—La Antártida, ¿eh?— se burla con una mirada risueña. —Suenan como unas vacaciones de verdad.

—Confía en mí. Te encantaría. La gente siempre habla de la aurora boreal, pero la aurora austral es igual de fantástica. Aurora Austral. La Antártida es espectacular.

—Ni una palabra que hubiera pensado aplicar a una tundra congelada.

—Tienes que verlo, supongo. No me malinterpretes. Es uno de los lugares más duros en los que he estado. Casi inhabitable, sobre todo en el largo invierno sin sol, pero Grim solía decir que era como otro planeta. Ves y oyes cosas que no puedes ver ni oír en la mayoría de los otros lugares de la Tierra.

—¿Como qué? Dímelo.

—Hay ilusiones,— digo, escuchando el entusiasmo entrar en mi propia voz desde el recuerdo de las maravillas que experimenté cuando pasamos el invierno. —Estos microscópicos cristales de hielo están suspendidos en el aire, y eso cambia la forma en que la luz y el

sonido viajan.

Me pregunto si ya está aburrida, pero en el brillo de las estrellas desde arriba y la bioluminiscencia desde abajo, sus ojos están fijos en mí, embelesados, así que sigo adelante.

—El frío literalmente dobla las ondas sonoras de manera diferente allí que en altitudes más bajas, doblándolas hacia la superficie en vez de hacia arriba. La nieve blanda absorbe mejor la energía sonora y la silencio, pero la nieve dura como la de la Antártida no la absorbe tan bien. El sonido rebota literalmente en la superficie de hielo más dura y lisa. — Me río, sabiendo que no creerá lo que estoy a punto de decirle.

—En las condiciones adecuadas, se pueden oír conversaciones hasta a casi dos millas de distancia.

Su bonita boca se abre y sus ojos giran, y es una mirada de incredulidad casi infantil, quiero congelar este momento de maravilla e inocencia.

—Dijiste que también ves cosas diferentes,— dice después de un momento. —¿Cómo qué?

—Bueno, el aire caliente y frío dobla los rayos de luz, y eso hace que la luz rebote en las nubes, el agua y el hielo para crear ilusiones ópticas.

Después de todos estos años, finalmente puedo compartir lo que hace que la Antártida sea especial para mí, y cómo me hizo pensar en *ella* incluso cuando estábamos separados.

—Hay una ilusión óptica llamada cielo de agua. Los marineros la han usado siempre para navegar porque la luz proyecta vías abiertas de agua sobre las nubes, y les muestra cómo evitar peligrosos témpanos de hielo. Pensé en tus ojos cada vez que vi uno.

—¿Lo hiciste?— Su sonrisa se suaviza, se hace más tierna.

—Sí, tienes ojos de agua.

—No estoy segura de cómo, pero en realidad me has hecho querer visitar la Antártida.

—Sólo tienes que estar preparado para tomar la belleza con lo malo.— Avanzo y agarro sus manos entre las mías. —Pasas meses sin sol, pero luego pasas meses donde el sol nunca se pone.

—Es una gran manera de describir la eternidad.—Ella rastrea mi palma, la piel más fina de mi muñeca, excitando una respuesta a



través de mi cuerpo desde cada punto que toca.

No respondo porque sé que lo arruinaré... diré algo equivocado. El — todavía no.— Lo de —demasiado pronto—... que quiero un día interminable con ella donde el sol nunca se ponga sobre nosotros. Así que no digo nada de eso, sino que dejo que ella guíe la conversación, como el remo en el agua, iluminando nuestro camino con cada golpe.

—Fue una época loca en nuestras vidas,— dice finalmente.

—¿Qué época?

—Cuando fuiste a la Antártida y yo me gradué en la universidad y empecé a trabajar en política.—Ella me mira. —Me pregunto qué tan diferentes hubieran sido las cosas si te hubiera escuchado, te diera una oportunidad cuando viniste a verme al cuartel general de la campaña de Jim.

—Muy diferentes. Probablemente tendría mucho menos dinero.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Ves cómo cancelé Alemania porque tenías una semana libre en Washington?

—Sí.

—Habría sido así todo el tiempo. Habría dejado todo, todo el tiempo, te habría seguido a cualquier parte, creo.

Ella me mira fijamente, la confusión o la incredulidad se acumulan en sus ojos.

—Lo fuiste para mí antes de que supiera lo que era, Nix,— digo con toda honestidad. —Lo que he hecho en los últimos diez años, la mayoría de la gente no lo hace en toda su vida. No lo digo para presumir, sino para decir que requería todo, toda mi atención, toda mi vida para construir lo que tengo ahora. Está en mi ADN hacer eso. Mi padre, el suyo antes que él, el suyo antes que él, fueron pioneros, hombres de negocios, empresarios que, cuando otros vieron llanuras planas, vieron campos de petróleo. Cuando otros vieron el desastre, vieron la oportunidad. Eso es lo que somos, pero yo no habría sido así contigo. Ya estoy cambiando.

—¿Lo haces?

—Es imposible ser tan resuelto cuando tu mente está siempre en otro lugar, y creo que mi mente siempre habría estado en ti.

Siempre está en ti ahora.

—Cuando nos tomaron como rehenes,— dice, su voz se atenuó y sus ojos bajaron. —No dejaba de pensar que perdimos mucho tiempo al no estar juntos, pero tal vez necesitábamos ese tiempo. Éramos muy jóvenes.— Sus palabras, la mirada en su rostro, es melancólica. —Queríamos cambiar el mundo.

—Aún lo hacemos. Todavía podemos.

Asiente con la cabeza, levanta la boca ligeramente en las esquinas, y se arrastra con cuidado hacia mi lado del barco, girando para que su espalda descansa contra mi pecho. Cruzo mis brazos por su cintura y tiro de su cuerpo cálido y flexible hacia mí. Nunca dejaré ir a esta mujer, y espero con todo lo que tengo que ella siempre se aferre a mí.

—Cuando eres joven, tienes ideales,— dice, con su voz como una brizna en el aire frío. —Das por sentada esa simplicidad, esa pureza. No sabes cuánto más difícil será después.

—¿Qué es más difícil?

—Todo. Solía correr para cambiar el mundo y protestar para que se escuchara mi voz. Ahora hago campañas y doy entrevistas en la televisión y analizo los mapas electorales.

—Bien. Y estoy testificando ante el Congreso.—Me río con el limpio aroma de su cuello. —Por cierto, prefiero sacarme los ojos con una cuchara que volver a hacerlo, pero tienes razón. Sabía lo que quería hacer, pero no creo que supiera lo complicada que sería mi vida.

—Son todos los compromisos que tienes que hacer, los ideales que tienes que dejar de lado, los planes que tienes que revisar. Te cambia. El dulce sonido de su voz y sus delgados dedos entrelazados con los míos me hacen querer ir a la deriva en esta agua indefinidamente. Hacerla reír toda la noche mientras me toma de la mano.

—Pero bajo todas las cosas que hemos hecho y en las que nos hemos convertido,— digo después de unos segundos contemplativos. —Creo que somos básicamente lo mismo.

Ella inclina su cabeza hacia atrás para atrapar mis ojos, sonriendo. —¿Lo crees?

Y en este momento, es como un déjà vu, y hemos estado aquí antes, hemos dicho estas cosas antes. Yo soy el chico y ella la chica, su

inocencia reencarnada, mis ideales resucitados, y no importa si estamos en un campo de tulipanes, o bajo un dosel de estrellas. Creemos de nuevo.

—Tuvimos que aprender a jugar el juego,— digo, —y las reglas pueden haber cambiado, pero nuestros objetivos no. Nuestro final sigue siendo el mismo. Hacer de este mundo de mierda un lugar mejor.

—Supongo que tienes razón.

Se lleva mi mano a los labios y me besa los dedos uno a uno, y con ese simple acto de afecto, una rara e insondable satisfacción satura el aire. Un meridiano de segundos en el que estoy completamente satisfecho, y al menos por este puñado de momentos, no hay nada que hacer, nada que ganar, y esto es suficiente. Esta, es la primera vez que he probado lo suficiente, y lo saboreo en mi lengua, lo acaparo. Lo doblo en mis manos para memorizar la sensación de completa satisfacción. Un reino entero cabe en este barco. Todo mi mundo descansa contra mi corazón.

Lennix se inclina y toma mi boca en un beso tan suave, tan cariñoso, que creo que ella también está completamente satisfecha. Al menos esta noche, no hay nada que hacer, nada que conquistar o perseguir. Todo el poder del universo se reúne aquí, palpitando y tarareando entre nuestros cuerpos.

Y es más que suficiente.

## 22. LENNIX



No sólo Maxim y yo navegamos por la bahía brillante, viendo a los dinoflagelados realizar su fantástico circo submarino, pero acampamos para pasar la noche.

En una carpa. Con un saco de dormir.

Teniendo en cuenta la riqueza de Maxim, esperaba que al menos fuera glamurosa, una tienda-mansión arreglada lo suficientemente grande como para que la atravesara un camión Mack, pero no. Era sólo una tienda de campaña y el equipo de camping más rudimentario. Nos cerramos la cremallera de nuestros sacos de dormir y compartimos el calor de cada uno, recordamos el pasado y compartimos nuestros sueños de futuro entre nosotros.

Dejé a Maxim allí esta mañana, todavía con la cremallera cerrada, su pelo cayendo juvenilmente en su cara, y salí a correr a lo largo de la costa. En los meses en que me preparé para mi baile del amanecer, me entrené rigurosamente para soportar las exigencias físicas de la ceremonia. Personificar a la Mujer Cambiante, la primera mujer, se suponía que me ayudaría a controlar mis debilidades e incluso a activar mi habilidad para sanar.

Necesito todas esas cosas ahora más que entonces, pero esta mujer tiene mucho más bagaje que una niña de trece años. Encuentro esa paz más esquiva. Dicen que la Mujer Cambiante corre hacia el este para poder encontrarse con su yo más joven. ¿Qué le diría a esa chica más joven?

Una vez terminada mi carrera, saco silenciosamente mi bolso de la tienda donde Maxim aún duerme, y hurgo hasta que encuentro los artículos que Mena me dio. Me dirijo a una roca saliente con vista a la bahía de Tomales. Con las piernas dobladas debajo de mí, extendiendo los elementos simples para humear. Un tazón, salvia, fósforos de madera y una pluma. Enciendo la salvia y observo cómo el humo sale del

cuenco antes de coger la pluma y usarla para hacer que el humo se extienda por mi cara, mi cabeza, mis ojos, mis oídos y mi corazón.

Las tradiciones son los recuerdos de aquellos que nos precedieron, respirados con vida cuando las llevamos adelante. Mis manos se extienden hacia atrás, esforzándose a través del tiempo por la paz que mis antepasados encontraron incluso en medio de una pérdida e injusticia inimaginables.

No me he humeado durante tanto tiempo que, al principio, me siento como una farsante. Como si estuviera pasando por los movimientos de algo que podría ser una pérdida de tiempo, pero cuando cierro los ojos, veo a mamá por las mañanas. A ella le gustaba humear el exterior. Decía que cuando llamas a las cuatro direcciones, empiezas por el este, y nunca podía recordar dónde estaba. Ver el sol le mostraba por dónde empezar. Nos reíamos, pero a ella le encantaba estar afuera, respirar aire fresco.

La idea es que el humo se adhiere a las cosas negativas de nuestras vidas, en nuestros cuerpos, en nosotros mismos, y las saca. Se alejan flotando con el humo. Había días en que mamá sólo estaba afuera por un minuto más o menos. Pero hubo otros días en los que, a través de una nube de humo, veía lágrimas lavándole las mejillas. Sólo ahora que llevo mi propio dolor, que tengo que curarme, me pregunto de qué se estaba curando. No creo que el humo sea mágico. Para mí, es una de esas prácticas que me conecta con los antepasados y me recuerda su fuerza frente a la agitación, la violencia y la privación de derechos.

Mena dijo que empezara con la intención o una afirmación. ¿Qué es lo que digo? ¿Lo digo en voz alta?

—Viviré este día en gratitud,— susurro, las palabras se mezclan con el humo que me echo en la cara. —Agradecida por estar viva y respirando y por ser capaz de dar y recibir amor. Enfrentaré cada obstáculo con la audacia de los que me siguen y con el coraje de los que me precedieron.

Detrás de las cubiertas cerradas, soy transportada de nuevo a esa cueva húmeda, ciega dentro de la bolsa negra. Es tan desorientador que mi cabeza nada. Justo cuando siento esos dedos de hierro

agarrando mi garganta y el suelo cayendo debajo de mí, respiro la salvia. El miedo, el pánico y la ira retroceden lentamente, y me pregunto si es tan fácil como inspirar y espirar; cómo sobrevivir una respiración a la siguiente, un día a la vez, sanando a mi manera.

He recuperado mi terreno, y respiro profundamente, honrando las cuatro direcciones, empezando por el este, el amanecer de un nuevo día - nuevos comienzos. Poniendo lo viejo detrás de mí y abrazando lo que está delante.

Después de unos minutos más, me paro y observo la bahía que solía pertenecer a la tribu Miwok. Habían estado aquí miles de años cuando los primeros colonos llegaron a la costa.

Salva al hombre, mata al indio.

Para eso eran esas misiones, para erradicar todo lo que *nos* hizo ser nosotros, con la esperanza de que nos convirtiéramos en lo que ellos querían que fuéramos. La aculturación de un pueblo que estaba bien antes de que llegaran los barcos. Después de que las misiones desaparecieran, algunos de los Miwok seguían aquí.

Esa soy yo. No tengo ni idea de lo que está por venir, y todavía me estoy curando del pasado, pero tengo que creer que, como los Miwok, me quedaré, plantada, arraigada y todavía en pie.

## 23. LENNIX



—Owen, Lennix,— Millicent Cade llama desde el pasillo, la emoción ilumina su voz. —¡Está en marcha!

Owen levanta la vista de los papeles con rayas rojas que están sobre su escritorio. Durante la última hora en su oficina de Georgetown, hemos estado revisando el discurso de recaudación de fondos de mañana con Glenn Hill, el escritor de discursos de la campaña, y estamos listos para un descanso.

Owen se pasa una mano cansada por la cara y se pone de pie. Parece más joven, desaliñado, las mangas de su sudadera de Harvard subidas hasta los codos, las costosas botas italianas que prefiere reemplazar por deportivas blancas. No hay nada como el candidato brillante, presionado y unido con el que he estado cruzando el país.

—¿Vienen a ver a Maxim en esa cosa de la noche?,— llama por encima del hombro al salir del estudio.

Escuchar el nombre de Maxim hace que se disparen pequeñas y necesitadas bombas en mis pantalones. Lo extraño. Tomales Bay fue hace dos semanas, un breve aplazamiento antes de que tuviéramos que reanudar el ritmo implacable de nuestros horarios.

—Santo cielo,— dice Glenn, destacando un punto del discurso que acordamos que debía ser aclarado. —¿Cuántos más de estos tenemos que aguantar?

Me río, mezclando mi copia en una pila de papeles. —¿Qué tienes en contra del hermano del senador?

—Parece que desde que salió en The View,— dice Glenn, —Estados Unidos está obsesionado con Maxim en vez de con los temas que Owen quiere que la gente piense.

—Sé a lo que te refieres, pero es según el plan.

—¿En serio?— Le da vueltas a la cabeza, duda de todo en la palabra.

—Owen acaba de anunciarse el mes pasado. Esta campaña es un

maratón, no un sprint. Si es demasiado torpe y bla, bla, bla política ahora, cuando la mayoría de los estadounidenses ni siquiera están prestando atención, no estamos aprovechando lo que van a prestar atención.

—¿Qué es qué?— pregunta Glenn. —¿Uno de los solteros más elegibles de Estados Unidos? Pensé que las mujeres del público en el programa de anoche iban a empezar a tirar pantis. Si la baba se traduce en votos, Owen tiene esto en la bolsa, gracias a su hermano.

Los músculos de mi cuello y mi espalda se tensan cuando Glenn se refiere a los pantis. Sé que Maxim es fiel. Ni siquiera lo pienso dos veces, pero aun así, saber que tu muy atractivo novio está en el mundo inspirando lujuria y recibiendo ofertas de cada Tom, Jane y Harriet no se siente muy bien. Especialmente cuando sólo lo ves unas pocas veces al mes.

Debería estar feliz por eso, porque es más fácil mantener nuestra relación en secreto, pero no estoy feliz por eso. Hablar con él todos los días no es suficiente. El sexo por teléfono y en persona no es suficiente. Nada es suficiente hasta que vuelva a casa y a mi cama.

—Será mejor que salgamos,— digo, asintiendo con la cabeza hacia el pasillo. —O nos perderemos los pantis.

Glenn se ríe entre dientes y me sigue. Esta es nuestra cuarta campaña juntos, y él es uno de los mejores redactores de discursos del juego. Nos hemos hecho amigos, pero cuando me toca la espalda, me alejo porque... No lo sé. Se siente íntimo, y si Maxim estuviera en la habitación, yo me retorcería y él estaría encandilado.

Dios, lo que no haría por una de sus miradas ahora mismo. O una buena pelea, donde no estamos de acuerdo con vehemencia sobre todo y luego follamos hasta sollozar porque es muy perfecto. Nunca me ha dolido físicamente un hombre, pero lo hago por Maxim.

—Me preguntaba dónde estaban ustedes dos,— dice Owen cuando entramos en la sala donde está sentado en el sofá junto a su esposa. Él deja caer un beso en el pelo rubio de Millie, y ella inclina su cabeza para capturar sus labios en un rápido beso.

Muchos matrimonios de poder en Washington son alianzas estratégicas, negociadas con beneficios para ambas partes. Millie está



definitivamente involucrada en el éxito de Owen, pero está más involucrada en *él*. *Ella* lo ama. Hay un calor inesperado en ella, y veo por qué Owen está enamorado. Trabajando tan estrechamente con Owen, veo por qué está tan enamorada de él. He llegado a admirarlos a ambos en los últimos meses, no sólo por lo fabulosos que son frente a una multitud, sino por lo que son cuando no hay una.

Se casó con Owen y eso fue todo. Millie es licenciada en derecho de Cornell, pero sus propias aspiraciones profesionales parecen haber sido absorbidas como un derrame empapado por una esponja. Desde el principio, Maxim ha considerado mis sueños tan importantes como los suyos. Cada pareja es diferente, pero me alegro de que no espere que deje de lado mi ambición. No juzgo el camino de Millie. El verdadero empoderamiento se trata de elegir; averiguar lo que queremos e ir tras ello. Ella quiere *esto*. Yo sólo quiero algo completamente diferente.

Apenas es marzo, y el invierno no se va sin luchar. La chimenea de la sala de estar de Cades, junto con el chocolate caliente que Millie preparó, llenan de calor la habitación decorada con gusto.

Sorbo mi chocolate caliente y mastico uno de los malvaviscos que se balancean en su superficie mientras el logo del show nocturno aparece en pantalla cuando el show regresa de un corte comercial.

—Y estamos de vuelta,— dice el presentador. —Tenemos un regalo esta noche. Este tipo fue votado recientemente como uno de los solteros más elegibles de Estados Unidos, y su hermano podría ser su próximo presidente. Por favor, denle la bienvenida a Maxim Cade.

Maxim sale a zancadas de entre bastidores, llevando pantalones grises expertamente confeccionados y un suéter negro moldeado a sus brazos y amplio pecho. Incluso con ropa discreta, parece que tiene dinero y orgasmos. Los chillidos agudos de las mujeres del público me ponen de los nervios.

*Desvergonzadas.*

—Bueno, hola,— dice el anfitrión, pidiendo a Maxim que se siente al lado de su escritorio. —Gracias por venir, Sr. Cade.

—Gracias por recibirme, Connor,— responde Maxim, con su sonrisa educada y sus ojos vigilantes. No estoy acostumbrada a esta versión

cerrada de él, pero sé que esto es lo que tiene que ser en el mundo.

—Has sido votado como uno de los solteros más elegibles de Estados Unidos durante unos años,— se sumerge Connor, —pero esta es la primera vez que aceptas una entrevista o un programa de entrevistas. ¿Es una coincidencia que tu hermano se presente a la presidencia?

La amplia sonrisa de Maxim es más natural. Le gustan las cosas sencillas, las cartas sobre la mesa, así que ese enfoque le atraería.

*Punto para ti, Connor.*

—Definitivamente no es una coincidencia,— dice Maxim. —No me importa responder algunas preguntas sobre mi vida personal si eso significa que puedo hablar del increíble presidente que será mi hermano.

—Así es,— dice Millie con una bomba de puño.

Owen pone los ojos en blanco, pero su boca se riza en las esquinas y puedo leer fácilmente el orgullo y el afecto que siente por su hermano.

—Sin embargo, tú y él no siempre están de acuerdo en los asuntos, ¿verdad?— Connor pregunta.

Maxim se encoge de hombros. —Al crecer, O pensaba que Batman era el personaje de cómic más genial de DC y lo llamaba Superman, porque... obviamente. ¿Te refieres a cosas así?

El público se ríe, y Connor ofrece una sonrisa bondadosa, pero no se rinde.

—Me refiero a cosas como el cambio climático y el control de armas,— dice Connor. —Él tiene una postura mucho más progresista sobre las armas, y tienes lo que algunos llamarían una posición radical sobre el cambio climático.

—Wow, ¿no se supone que tienes que hacer un softball, preguntando por ese alguien especial en mi vida, o si tengo algún tatuaje? —

—¿Tienes algún tatuaje?— Connor se ríe.

—Sí, los tengo. Uno.

—Apuesto a que las señoras de ahí fuera quieren saber dónde está.

—No dejes a los chicos fuera.

—¿Qué es el tatuaje? Si no te importa que pregunte.

—No, eso es mejor que tu primera pregunta.

La diversión se extiende por el público otra vez, y Maxim los mira,

guiñando el ojo como si estuvieran en la broma o compartiendo un secreto.

—Un tatuaje,— dice. —La palabra resistencia, en honor al barco de mi expedicionario favorito.

—¿Tienes un expedicionario favorito?

—No es tan genial como pensabas, ¿eh?

Connor espera a que las risas del público se apaguen, mira la pequeña tarjeta en su mano, y se sumerge de nuevo. —No creas que te voy a dejar libre con mi primera pregunta, pero, *¿hay* alguna mujer especial en tu vida?

Me tenso en mi asiento, agarrando mi pequeña taza a una pulgada de su vida de porcelana.

Maxim se mete el labio inferior entre los dientes por un segundo y luego sonrío. —Cuando la haya, serás el primero en saberlo, Connor.

Mi aliento se agita, más fuerte de lo que pensaba, aparentemente porque Glenn me mira a la cara desde la pantalla. —¿Estás bien?

—¿Yo?— Frunzo el ceño, como *¿Porque me preguntas esto?* —Por supuesto. Este chocolate caliente está... caliente.

*De ahí el nombre de chocolate caliente.*

—Bueno, ahora que hemos abordado eso,— Connor continúa, —volvemos a mi pregunta original.

—Persistente, ¿no?— Maxim se desliza hacia abajo en su silla una pulgada más o menos y dobla los brazos bien definidos a través de su pecho, abriendo sus piernas lo más mínimo. Es un movimiento de sutil poder masculino, haciendo alarde de su facilidad y comodidad. No se siente amenazado.

—¿Cómo reconcilias las diferencias de opinión que tienes con tu hermano?

—Creo que la mejor pregunta es ¿por qué quieres que lo haga?— Maxim devuelve el fuego, todavía sonriendo. —Soy como cualquier otro votante estadounidense. Miro las elecciones que me dan y decido en quién confío para mejorar el mundo. Inevitablemente habrá algunos temas sobre los que desearía que mi candidato quisiera hacer más, y algunas políticas en las que no estamos exactamente de acuerdo, pero creo que él es el mejor hombre para el trabajo. Si no

creyera eso, no votaría por él, y esa es la verdad. Haría que las cenas familiares fueran incómodas, pero oye...

—Hablando de familia,— Connor continúa. —Tu padre también hizo una entrevista recientemente.

Siento tensión en Maxim, el más mínimo estrechamiento en las esquinas de sus ojos y el apretón de su boca. El observador casual no se daría cuenta, pero soy todo menos casual cuando se trata de este hombre. Nunca lo he sido. Owen probablemente lo reconoce también, su sonrisa se desvanece mientras espera lo que sigue.

—Le preguntaron a quién veía como la mente de negocios más influyente de la última década,— dice Connor. —¿Sabes quién dijo?

—Podría adivinarlo,— dice Maxim, —o podrías decírmelo tú.

—A ti.

Maxim levanta las cejas y asiente con la cabeza. —Wow. Eso es un gran cumplido.

Suena completamente inafectado, pero hay un destello de respuesta, una alerta a sus ojos verdes que se contradice con su postura indolente.

—Tú y tu padre han estado en desacuerdo por un tiempo,— continúa Connor. —¿Cómo caracterizarías la relación?

—Como cualquier otra familia,— dice Maxim. —No siempre estamos de acuerdo, y dejamos que las diferencias se interpongan a veces, pero al final del día seguimos siendo una familia. Como la tuya o la de cualquier otro, pero nuestros desacuerdos a veces se manifiestan para que todos los vean.

—¿Estará en la campaña contigo y con Owen?

—Es un hombre muy ocupado, pero sabe que O tiene la fuerza de carácter para dirigir este país. Sabrá cómo apoyarlo mejor.

—Buena respuesta,— murmura Owen, mirándome. —No comprometió a papá con el rastro, pero no hizo que pareciera que hay un problema.

—Gran respuesta,— estoy de acuerdo.

—Ahora también hay una dinámica interesante con tu padre y la directora de campaña de tu hermano,— dice Connor, sonriendo.

Aguanto la respiración, y Owen estrecha su mirada en la pantalla del

televisor, sin mirarme.

—¿Qué dinámica es esa?— Maxim pregunta fácilmente.

—Se odian el uno al otro.

—Dios, Connor, nos haces sonar como una mala telenovela.

—No, una buena. Como Dallas o Dinastía.

El público se ríe y Maxim también, aunque con esa mirada vigilante en su cara.

—Bueno, bueno, basta de cosas duras,— dice Connor. —Déjenme preguntar las cosas que todos quieren saber.

Con sus preguntas más impactantes fuera del camino, Connor cambia a temas más ligeros, y al final, Maxim hace que la audiencia piense y se ría y se desmaye.

—Es tan natural,— dice Owen cuando el segmento termina. —Tal vez algún día, pueda convencerlo de que se presente a las elecciones.

Casi me ahogo con mi malvavisco. —Es la peor idea que he escuchado.

—De acuerdo,— dice Glenn. —Los candidatos tienen que ser increíblemente disciplinados.

—Te equivocas si crees que Max no fue intencional en todo lo que reveló esta noche,— dice Owen, sonriendo. —Lennix, me sorprende que no pienses que debería meterse en política.

—Creo que se ha posicionado lo suficiente como para que la gente común confíe en él, pero como alguien tan indudablemente influyente que los políticos quieran utilizarlo. Lo mejor de ambos mundos. Creo que confían en él porque no es un político.

—Caramba, gracias,— murmura irónicamente Owen.

—Ya sabes lo que quiero decir,— me río. —Es mejor que se quede fuera.

No añado, por supuesto, que Maxim en la política suena como una pesadilla para nuestra vida personal.

Después del show, Millie se va a la cama, pero Glenn, Owen y yo nos tomamos una hora más para preparar el discurso. Para cuando nos separamos, estoy exhausta y apenas puedo ver directamente en el camino a casa. Me dejo entrar en el apartamento cuando Maxim llama.

—Hola,— dice, su voz baja y líquida.

—Hola a ti mismo, Sr. Noche Tardía.

—Hice prometer a Kimba que ésta era la última. Tengo mejores cosas que hacer con mi tiempo que responder preguntas estúpidas para anfitriones nocturnos.

—No es una pérdida de tiempo. La relación que estás construyendo con Estados Unidos será útil más tarde cuando Owen necesite que hables en su nombre.

—Si tú lo dices. Te extraño.

Su abrupto cambio de la campaña a lo personal me desconcierta por un segundo. —Uh, sí. Lo mismo.

—Fue lindo al principio,— dice Maxim secamente, —pero no creo que lo mismo transmita adecuadamente cuánto deberías extrañarme ahora.

—¿Cómo debo transmitirlo apropiadamente?— Pregunto en broma, dejando caer mi bolsa al suelo y estirándome en el sofá.

—Una foto de tus tetas desnudas sería un buen comienzo.

—¿No aprendimos nada de Anthony Weiner? Una foto de una polla es para siempre, así que imagina la media vida en una foto de una teta.

—Buen punto,— dice sobriamente. —Entonces... ¿video?

—Doc.— Me río, me quito los zapatos a patadas y muevo los dedos doloridos. —Son sólo pechos. Nada especial.

—¡Shhhh! Te oirán.

—Dios, no me hagas reír. La cocinera de Owen hizo asado de olla esta noche, y yo comí mi peso en carne. Y antes de que preguntes, no, no comprobé si era no forestal.

—Bueno, eso es decepcionante. ¿Por qué estabas comiendo en casa de O?

—Estábamos trabajando en el discurso para la recaudación de fondos de mañana en Baltimore. Vi tu segmento en la casa con él, Millie y Glenn.

—Ahhh. El bueno de Glenn. No creo que sea un fanático de mí.

—No, lo es totalmente,— digo yo. Yo tampoco estoy segura, pero no podemos tener tensión entre dos figuras clave de mi campaña.

—¿Oíste lo que Connor dijo sobre mi padre?

—¿Algo sobre que eres la mejor mente de negocios?— Pregunto, manteniendo mi voz neutral.

—No sé por qué lo dijo.

—Él lo cree, por supuesto. Tiene razón. Lo eres.

Maxim sólo gruñe a mis elogios. —Papá sabía que me afectaría, así que me está señalando algo, pero aún no estoy seguro de qué.

—Tal vez esté listo para reparar las cosas entre ustedes dos.— Intento mantener mi voz equilibrada, pero la idea de ver a Warren Cade regularmente si él y Maxim se reconcilian, puede hacer que la carne asada vuelva a subir.

—¿Después de todos estos años?— Maxim pregunta. —Tal vez. A veces es difícil recordar lo que nos separó.

¿Él siendo un imbécil?

—Más que nada,— digo, suprimiendo mi grito interno. —Me encantaría quedarme al teléfono hablando de tu padre, pero por desgracia... Tengo una vida.

Me siento, agarro mis tirantes por las correas y me dirijo al dormitorio

—Muy graciosa.— Se ríe entre dientes, pero luego se pone sobrio y dice en serio: —No puedo esperar a verte la semana que viene.

*La semana que viene.*

Lo quiero en casa ahora. Quiero patear y gritar en el suelo, pero no puedo. Canceló Alemania por mí, y en Tomales Bay, dio a entender que estaba dispuesto a seguirme todo el tiempo. No puedo permitir eso. Tiene demasiado que hacer.

Así que, con una sonrisa, digo algo que lo mantendrá donde tiene que estar. —Lo mismo.

## 24. LENNIX



—Tal vez deberíamos haber dejado de lado la parte de los trabajos,— digo, y tratando de sorber sin ruido la sopa de cebolla francesa de mi cuchara. —Los números de empleo salieron hoy, y los trabajos han subido. Anota uno para el otro lado.

—No han subido,— me susurra Millicent. —Todo el mundo sabe que el empleo ha estado disminuyendo. El informe de hoy fue un atípico, así que creo que está bien.—Frunce el ceño ante su propia sopa. —¿Cebolla francesa? ¿En serio? El menú en esta recaudación de fondos es simplemente triste.— Toca su panecillo con un dedo despectivo. —Duro como una roca.

—Sí,— respondo distraídamente.

—Y esta lechuga está marchita. Quiero decir, ¿un témpano? Col rizada, al menos.

—Millie, uh, tratando de escuchar a Owen aquí.

—Lo siento.— Su sonrisa es casi de niña. —He escuchado este discurso una docena de veces, así que me lo sé de memoria. Lo ha estado ensayando desde que se despertó.

—Si sale bien, sabe que lo reutilizaremos unas cien veces de alguna forma o manera entre ahora y noviembre.

—Sé que es tentador pensar en el pasado,— dice Owen desde el escenario, luciendo atractivo en su esmoquin, ese rebelde mechón de pelo rubio que se separa del resto, como el de su hermano.

—Pero aún tenemos el futuro,— susurra Millie junto a él para terminar la línea, guiñándome un ojo. —Y todavía nos tenemos el uno al otro.

Le sonrío y discretamente saco mi teléfono del bolso de noche para anotar las cosas que debo tratar con Owen más tarde en el camino a casa. Una notificación de mensaje me llama la atención antes de que pueda empezar la nota.



**KING: Te ves hermosa esta noche.**

Cambié su nombre de contacto a King sólo para estar segura. Muevo el teléfono bajo el mantel para mantener mi respuesta discreta.

**Yo: No tienes ni idea de cómo me veo.**

**KING: ¿Ah, sí?**

Envía una foto mía con Owen en el bar hablando con un hombre de negocios de Baltimore que apoya la campaña. Mi pelo está en un moño y mi vestido de noche rojo parece que me lo han aplicado. El pintalabios rojo mate se extiende con mi sonrisa.

**Yo: ¿Cómo la conseguiste? ¿Espías? Acordamos que no habría seguridad. Ya es bastante malo que me dieras joyas para transmitir cada uno de mis movimientos.**

**KING: No seguridad. Mi cuñada.**

Me giro para regañar a Millie, pero ahora está sintonizada con el discurso, y mira a su marido, la mirada en sus ojos titubeante de respeto y adoración. La molestaré con la foto más tarde.

**KING: Terminé aquí en Palo Alto antes de lo esperado. Ya estoy en el vuelo y de camino a casa contigo.**

Mi corazón empieza a triplicar el ritmo de una melodía estridente. Estaremos en casa en una hora y podré dormir en los brazos de Maxim esta noche.

**Yo: ¡Oh! Asegúrate de usar la entrada trasera.**

He tomado medidas enérgicas sobre la discreción. Que nos vean en la misma zona podría explicarse fácilmente, pero que un fisgón le tome fotos entrando y saliendo regularmente de mi edificio sería un problema, sobre todo después de que este tour de medios de comunicación de buena voluntad aumentara su perfil aún más. No estaba contento con la nueva política de —entrada por detrás,— pero al menos ha llevado a algunos buenos chistes anales.

**KING: Mientras tenga ese acceso —por la puerta trasera— del que hablamos en algún momento.**

**Yo: Um... es para negociación. ¿Y qué ha cambiado? Creí que estarías allí hasta la semana que viene.**

**KING: Le pedí a Jin Lei que agilizara las reuniones para poder aprovechar que estés en Washington unos días.**

**Yo: ¡Señor! Probablemente piensa que voy a arruinar tu negocio.**

**KING: Probablemente piensa que tu coño está forrado de oro.**

**Yo: ¡Dios mío! No puedo creer que hayas dicho eso.**

**KING: Ella no se equivoca...**

Todavía no estoy segura de sí quiero darle una bofetada o follarlo después de ese último comentario, pero no hay tiempo para responder porque todo el mundo se pone de pie y aplaude cuando Owen sale del escenario.

—Salgamos de aquí lo antes posible,— dice Millie por la comisura de su boca. —O tiene su auto, así que no tenemos que esperar.

Owen es notoriamente accesible, siempre tomando —una última— selfie o respondiendo una pregunta más. Millicent y yo vinimos juntas desde que Owen vino directamente de una reunión del comité y se reunió con nosotras aquí.

—Se suponía que iba a repasar algunas cosas con él en el camino a casa,— digo. —pero parece tan cansado como yo. Tal vez pueda esperar hasta la mañana.

—La niñera ha estado con Darcy y Elijah todo el día.—Millicent mira su reloj. —Me gustaría enviarla a casa.

—Estoy a favor de una salida rápida.—Miro mi teléfono, el último mensaje de Maxim, antes de meterlo en mi bolso de noche. —Cuanto más rápido, mejor.

Owen escucha atentamente a una mujer mayor preguntando sobre el futuro de la seguridad social cuando Millie se acerca.

—Siento interrumpir,— dice, sonriendo amablemente a la mujer. —Pero voy a volver a casa, O, por los niños.

—Por supuesto,— dice Owen. —¿Todavía necesitas charlar, Lennix?

—No lo creo,— digo. —Mi auto está en tu casa, así que iré con Millie y me iré a casa. Podemos llegar a la base mañana.

—Bien. Descansa un poco,— dice, mirando a Millie. —Llévate a Kevin y yo me quedaré con Bob. Estoy justo detrás de ti.

Ella le da un beso en la mejilla, le sonríe a la mujer y nos dirigimos a su auto.

—Ahora podemos hablar de tu relación secreta con mi cuñado,— dice. Miro a mi alrededor para ver quién está al alcance de la mano. —Sí, y

tal vez podamos discutir los detalles de lo que significa ser secreto mientras estamos en ello.

Ella sonríe, pasa su brazo por el mío y empieza a ir hacia la entrada trasera privada del club de campo donde se celebra la recaudación de fondos. Un grupo de valets con chaqueta roja se apresuran a hacer que los autos se detengan. Bob coge las llaves del más alto de los jóvenes y abre la puerta del todoterreno de Millie.

—Gracias, Bob,— dice Millie y entra.

Me instalo en el asiento trasero, de cara a ella. —¿Y desde cuándo eres la espía de Maxim?

—¿Te refieres a la foto que le envié?— Ella sonríe y se mete en la nevera que hay entre nosotras, sacando un Peroni y ofreciéndome uno. —Ese vino de esta noche bien podría haber sido agua de fregar. ¿Quién organizó ese menú? Por suerte para nosotras, Owen los guarda para mí.

Nunca hubiera pensado que Millie era una chica de cerveza, pero ahí es donde solemos meter la pata, pensando que tenemos a la gente en el punto de mira. Sacudo la cabeza para negarme mientras el auto se aleja de la acera.

—Sólo fue un poco de diversión,— dice con malicia. —Ustedes dos se han calentado mucho, ¿eh?

—Miren, sé que son muy unidos, pero necesito mantener esto discreto y separado de la campaña. No quiero que la gente piense que conseguí este trabajo porque me acuesto con el hermano pequeño del candidato.

—Creo que la única vez que alguien piensa en Maxim como el ‘hermano pequeño’ es cuando Owen se lo recuerda.—Se ríe y toma un trago de su cerveza.

—Maxim no es el —pequeño— de nadie.

—Hung, ¿verdad?— Millie pregunta con maldad.

—No voy a ir allí con usted, Sra. Cade.—Me tiro de una cremallera imaginaria sobre unos labios temblorosos.

—Sólo diré,— insiste Millie, guiñándome el ojo, —es cosa de familia.

Nuestra risa es tan fuerte que compruebo que el compartimento de la privacidad está arriba.

—Mira allí,— dice Millie, mirando a través de la ventana trasera del todoterreno. —El senador Cade se las arregló para salir de una conversación en tiempo récord. Debería haber esperado un poco más. Realmente quería que volviéramos juntas a casa.

Yo también miro, y veo que el todoterreno de Owen ya está detrás de nosotras.

—Con la próxima luz,— digo, sintiéndome alegre y feliz por lo genuinamente que se aman, —podrías saltar e ir a montar con él. Estaré bien aquí sola.

—¿Estás segura?

—Por supuesto.

Ya estoy pensando en llamar a Maxim tan pronto como Millie llegue a la acera. Ambos miramos de nuevo por la ventana trasera. Los atraparon en un semáforo y están un poco más atrás, pero aún están a una distancia de esprint fácil si Millie quiere hacerlo.

Ella me da una mirada conspirativa cuando nos detenemos en el siguiente semáforo. —Creo que voy a ir por ello.

—Probablemente deberíamos avisar a Bob primero.

Bajo el compartimento de privacidad para contarle el plan de Millie, que probablemente desapruuebe. —Hola, Bob. Millie va a...

Pero las palabras, el sonido de mi voz, y cada pensamiento es absorbido por un estruendo que sacude el auto. Una pesadilla sónica de sonido hace sonar un gong en mi cabeza y llena mis oídos, bloquea todo otro ruido hasta que el grito torturado de Millie atraviesa la pared manteniendo el sonido a raya. Levanto la cabeza aturdidamente y a través de la ventana trasera veo llamas brillantes y furiosas que devoran el auto que está detrás de nosotras.

—¡O!— Millie corre por el asiento, lanzándose hacia la puerta. —¡No! ¡Oh, Dios mío, Owen!

—¡Millie!— Alcanzo su brazo, pero ella evade mi alcance y abre la puerta de un tirón. Sale del auto y sale corriendo hacia el vehículo en llamas. Corro tras ella, sólo la alcanzo cuando su estilete se voltea y tropieza. La agarro por detrás, envolviendo mis brazos alrededor de su cintura.

—Millie, no puedes,— digo, lágrimas que queman huellas húmedas

en mi cara.

Ella se libera de nuevo y cojea hacia el vehículo en llamas, pero Bob pasa a mi lado y la vuelve a agarrar. Sus brazos son como un molino de viento, luchando con un enemigo invisible. Incluso con sus fuertes brazos alrededor de su cintura, ella sigue esforzándose hacia la destrucción, hacia su marido, sus manos extendidas y temblorosas.

—O,— gime, su voz se quema y se desmorona. —No. Oh, Dios, no. Owen.

La vibrante y hermosa mujer que se reía conmigo hace unos minutos ya se ha ido. Es una cáscara rota y sollozante, y me duele el corazón al saber que otra mujer se está consumiendo en esas llamas. Owen se ha ido, y ella también. Estamos en uno de los momentos más horribles de la vida donde tu aliento es una coma, marcando el espacio antes y después de la tragedia, puntualizando que nada volverá a ser igual.

## 25. MAXIM



Mi padre y yo no hemos hablado desde Navidad cuando le advertí que dejara a Lennix en paz, así que me sorprende cuando su nombre aparece en mi teléfono. Enseguida pienso en el cumplido que —plantó — en los medios, y me pregunto de qué se trata. Estoy recostado, descansando en el vuelo de regreso a casa, pero me siento a tomar su llamada.

—Papá.— No estoy haciendo una pregunta ni ofreciendo un gran saludo. Sólo le hago saber literalmente que he respondido.

—Maxim.— Por un momento, es sólo mi nombre, pero hablado con una voz que nunca he oído de mi padre. Destrozado. Desgarrado. Perdido.

—¿Qué pasa? ¿Es mamá?

—No, tu madre... está aquí conmigo.

—¿Dónde está aquí? ¿Qué está pasando?

—Estamos volando a Baltimore. Ha habido un accidente en la recaudación de fondos.

—¿Nix?— Su nombre sale antes de que se me ocurra algo o alguien más.

—Ella está bien, por lo que he averiguado. Es... es Owen.

Me muerdo la lengua, sin querer hacer la pregunta quemando la punta de la misma... la pregunta que el tono sobrio de mi padre me pide. Y, desde el silencio de mi padre, no quiere responder.

—¿Qué pasa con O?

—Se ha ido.

Hay un lamento en el fondo, un animal herido con la voz de mi madre. El momento se retrasa, se ralentiza, estirado por su dolor, como una nota prolongada en la octava de la angustia. No cae sobre mí de golpe, el impacto de lo que dijo mi padre. No como un ladrillo, o una roca, algo pesado y aplastante de un solo golpe. Es un diluvio

de guijarros, incrustados en mi carne uno por uno, segundo por segundo agonizando, hasta que me cubre. No puedo moverme. No puedo hablar. El dolor es mi única facultad.

—¿Maxim?,— pregunta mi padre, con una insinuación de su típica orden. —¿Me has oído?

—Se ha ido,— digo aturdido. —Dijiste que Owen se ha ido... Jesús.

En mi asiento, me agacho por la cintura y me quito el teléfono de la oreja, dejándolo caer al suelo. No puedo orientarme en un mundo en el que mi hermano no existe. Nunca he estado aquí antes. El dolor es tornasolado, acelerando, tirando todo lo que sabía sobre cómo algo podría doler. No hay un punto de referencia para esto. La realidad de que Owen se haya ido viaja a través de mí, millas por segundo, y nada queda sin tocar.

—Maxim,— escucho a mi padre otra vez, un eco distante. —Hijo, háblame.

Sin abrir los ojos, me siento en el suelo hasta que encuentro el teléfono y lo levanto al oído. —Estoy aquí.— Esa no es mi voz, rallada con sollozos, pero viene de mi cuerpo. —Estoy... Estoy tratando de... mierda.

Las palabras me abandonan y me siento en silencio un momento con mi padre, y cuando habla, su voz está ronca y la emoción la quiebra, y dice las palabras que a menudo he querido oír, pero no así. Nunca así.

—Hijo, sólo ven a casa.

## 26. LENNIX



No hay lugar más frío que una sala de espera cuando la espera ha terminado.

Cuando la esperanza apaga las luces. La respiración contenida se libera en lágrimas. El fin de la fe. Todo se reúne en una sala de espera cuando la muerte ha llegado y se ha ido.

Millie se sienta en el sofá aburrido e impersonal del hospital, con los ojos secos y perdida en su propio apocalipsis. Este es el fin del mundo tal como ella lo conoce. Estoy a centímetros de distancia en la onda expansiva de su dolor, sintiendo la conmoción de éste y aun viendo el vehículo en llamas que se llevó a su marido. Mi amigo. El hermano de Maxim.

*Oh, Dios, Maxim.*

La policía nos llevó a Bob y a mí para interrogarnos de inmediato, para reconstruir la línea de tiempo lo mejor que pudimos. En toda la conmoción, dejé mi bolso de noche y mi teléfono en el todoterreno. No he sido capaz de llamar a Maxim, y necesito escuchar su voz. Quiero estar ahí para él, pero también... *Lo necesito*. No hay nada que me calme más que estar en sus brazos, y estoy haciendo un cortocircuito con lo cerca que estuve de la muerte... de nuevo.

*Se suponía que debía estar en ese auto con Owen.*

Si no me hubiera llevado con Millie, lo *habría* hecho.

*¿La muerte me persigue?*

No he tenido tiempo de procesar las implicaciones de lo que podría haberme pasado porque estoy demasiado desentrañada por lo que le pasó a Owen; su familia, sufriendo esta insondable pérdida. Luego pienso en el país, y en la esperanza y el entusiasmo que Owen había inspirado. Jóvenes que querían votar por primera vez, votantes mayores que habían perdido la fe en el proceso, ansiosos y preguntándose si tal vez esta vez...



Es tan difícil compartimentar ahora mismo, pero tengo que recordar que soy una amiga, pero también estoy dirigiendo la campaña política más seguida del país. Kimba y nuestro equipo están volando a ciegas en este momento. Necesito llamarla, pero primero tengo que llamar a Maxim.

Miro a la mujer sentada frente a mí, con un brazo delgado alrededor del hombro de Millie. Salina Pérez, su mejor amiga, vive en los suburbios de Virginia en las afueras de Washington, y fue la primera llamada de Millie. Llegó hace media hora en un susurro de cachemira y perfume de Dior, introduciendo cierto grado de calma y comodidad en la sala de espera.

—¿Podrías prestarme su teléfono?— Pregunto en voz baja, asintiendo con la cabeza hacia el teléfono en su regazo. —Creo que me dejé el mío en...— Se siente mal incluso referirse a esa escena, a ese momento que Millie y yo presenciamos.

—Por supuesto.— Sus ojos oscuros y amables están ligeramente hinchados y enrojecidos, pero eso no le quita belleza a la oscuridad. Ella me da el teléfono. —Estoy segura de que tienes muchas cosas de las que ocuparte. Tengo a Mill hasta que llegue la familia.

Tomo el teléfono, me pongo de pie, pero luego dudo. —Vuelvo enseguida, Millie.

La mirada vacía de Millie se dirige hacia mí, y una sonrisa extraña hace que sus labios se vean marcados. —Sigo reproduciendo ese maldito discurso una y otra vez en mi cabeza,— dice, como si no hubiera hablado. —Todavía tenemos el futuro y todavía nos tenemos el uno al otro.

Asiente con la cabeza y una lágrima solitaria se desliza por su mejilla, serpenteando en la comisura de su boca. —Es una buena línea. Buen discurso.

Me quedo ahí parada sin poder hacer nada. La conmoción y la pena y este vestido ajustado hacen que sea difícil respirar y moverse. No sé qué decir, cómo funcionar en este universo alternativo. Anoche, Millie se acurrucó con Owen en su sofá, besándose a escondidas y compartiendo una taza de chocolate caliente con malvaviscos. Ahora partes de él han sido voladas, incineradas. Una muerte tan sangrienta

que ni siquiera puedo contemplarla y seguir adelante.

Después de unos segundos de silencio y unas cuantas lágrimas más, Salina aprieta su brazo y yo asiento. —Vuelvo enseguida.

Me agacho a la vuelta de la esquina y me apoyo contra la pared, permitiéndome un momento para sentir la pérdida de Owen por mí misma. Sentir que mi amigo se ha ido. Sentir mi propia esperanza perdida por lo que podría haber significado para este país... las posibilidades que representaba para mí y para tantos. Me ahogo en un sonido gutural, y con el teléfono como un trozo de mármol en la mano, me limpio las lágrimas, me aclaro la garganta y marco a Maxim.

Quiero golpear el teléfono contra la pared cuando suena. No hay ningún mensaje, sólo un pitido. Cuelgo, sin estar preparada para hablar en el vacío de una línea vacía. Necesito su *voz*. Lo necesito a *él*. Resolviendo intentarlo de nuevo más tarde, llamo a Kimba a continuación.

—¿Hola?— Hay un inusual borde de pánico en la voz de Kimba. Esta mujer permanecería tranquila frente a un ejército de zombis con un cepillo de dientes, pero parece que se está desmoronando. Reconozco ese sonido.

—Kimba.

—Gracias a Dios,— dice, su voz se quiebra. —Contesta tu maldito teléfono, Lenn. Pensé... que no sabíamos... ¿dónde diablos estás? Estaba preocupada por ti y la prensa está encima mío.

—Lo siento.

—¿Qué está pasando? Ha habido informes de una explosión después de la recaudación de fondos, pero la escena está cerrada. No se permite la prensa, pero ha habido rumores de que... ¿estás bien? ¿Owen? ¿Millicent?

—Sí. No.—Cierro los ojos, doy un doloroso suspiro. —Millie y yo estamos bien. Es Owen.

—Oh, Dios.

—Un carro bomba. Hubo una explosión. Millie y yo íbamos juntas en su auto, y Owen...

—¿Qué pasa con Owen?— La pregunta se inclina hacia arriba al final,

colgando, esperando.

—Kimba, no lo logró.

Su silencio en el otro extremo es una época, marcando nuestra nueva realidad y llorando lo que hemos perdido.

—No, oh Dios mío, Lennix.

Me deslizo por la pared, me siento en el suelo y levanto las rodillas mientras lloramos juntas, una conmiseración de mocos, hipo y lágrimas.

—Mierda.— Se suena la nariz, y ya oigo el cambio necesario en su voz, lo siento en su famosa voluntad de hierro. —Bien. ¿Qué le decimos a la prensa? ¿Cuál es el plan?

—No creo que podamos hacer un plan sin consultar a la familia. Maxim y sus padres están en camino.

—Maxim. ¿Cómo está?

—Ni siquiera he podido hablar con...

Una sombra cae sobre mí en el estrecho pasillo, y miro hacia arriba para encontrar a Maxim allí de pie, el verde de sus ojos tragados por un dolor tan oscuro que los hace parecer casi negros.

—Oye, te llamo luego,— digo, sin dejar nunca que mis ojos dejen los suyos, aunque me duele verlo ahogarse en la agonía de esta manera.

—Maxim está aquí.

## 27. MAXIM



No sabía cuánto necesitaba ver a Lennix hasta que doblé la esquina y la encontré allí, vistiendo toda la misma noche como una pesada capa que le desploma los hombros y le marca líneas de tensión alrededor de la boca. Sus ojos me atrapan, y respiro, sin darme cuenta de lo anaeróbico que he sido desde que mi padre me llamó. Ella es mi aire, y ni siquiera espero a que se ponga de pie, sino que la alcanzo, tomándola en mis brazos. Doblo mis codos bajo su trasero, saboreando su calor, el toque de su aliento en la base de mi cuello.

Apoyado contra la pared con ella agarrada a mí de esa manera, no me importa quién pase o lo que piense nadie. Sin esto, sin *ella*, no daré un paso más. Cada momento que la sostengo, es resucitante.

Al principio no me doy cuenta de dónde viene ese sonido. Ese desgarrador y balbuceante sollozo. Es el consuelo de los dedos de Lennix que se deslizan por mi cuello y se me clavan en el pelo. Es el sibilante y relajante —*shhhhh*— que deja en mi oído que me hace saber que *estoy* haciendo esos sonidos. Soy yo temblando en sus brazos aunque ahora mismo, levantada contra mí, sus pies ni siquiera tocan el suelo.

—Lo siento mucho,— susurra, su propia pena y dolor amortiguando el cuello de mi camisa donde se acurruca en mí. —Te amo tanto.

Absorbo sus palabras en mis pulmones como una respiración profunda, y me deslizo por la pared hasta el mismo lugar del suelo donde la encontré. Se instala en mi regazo y me empuja el pelo hacia atrás. Mirando mi cara, sus ojos llorosos son brillantes y tormentosos y llueven lágrimas.

La llevo a mi pecho otra vez, necesitando compulsivamente sentir su corazón golpeando el mío. Aunque papá me dijo que estaba bien. A pesar de que ya he visto a Millie, segura, devastada y desolada, en la sala de espera, tenía que ver a Lennix con mis propios ojos. Y ahora no

puedo dejarla ir. Es delgada y pequeña y es sauce a lo ancho de mi pecho, pero es mi árbol en esta tormenta.

Ella se retira.

—No,— murmuro con un rápido movimiento de mi dolorida cabeza, apretando mis brazos alrededor de ella. —No te sueltes.

Ella asiente con la cabeza, los fríos mechones de su pelo rozando mi cuello.

—Cuando papá dijo que había habido un accidente en la recaudación de fondos, fuiste la primera persona en la que pensé. Podría haberlos perdido a ambos esta noche.

—No lo hiciste.

—Pero Owen... — Mi voz se quiebra. Algo dentro de mí se rompe, y mis emociones se desgobiernan, una anarquía de alivio para Lennix, pena para Owen, rabia contra quienquiera que haya puesto en marcha esta tragedia. Si los hubiera perdido a ambos, estaría viviendo en la oscuridad. Lennix se siente como mi pequeño punto de luz, y aun así no puedo ver.

—Maxim.

Mi padre está de pie sobre nosotros, sorprendiéndome. Su sombría mirada se mueve entre Lennix y yo con una especie de aburrida aceptación.

—Papá,— digo, mi voz tan fuerte como se puede esperar a través de una garganta rallada por la vida de dolor que he acumulado en las últimas dos horas.

—El médico forense está listo para hablar con la familia.— Mira a Lennix y luego se aleja, con la boca llena de tristeza.

—Ve,— dice suavemente, levantando las pestañas húmedas y puntiagudas para atrapar mis ojos. —Tengo que llamar a Kimba. ¿Podrías decirme qué deberíamos... decir a la prensa? La escena ha sido cerrada, pero ya hay rumores circulando. No quiero que digamos nada que tu familia no quiera que digamos.

La realidad de seguir adelante con la logística me aplasta. La prensa hará teatro del verdadero dolor de mi familia. Owen será —el senador,— —el candidato— en las noticias de la mañana y en todos los periódicos, pero para mi madre, con tanto dolor que ha tenido que

ser sedada, él es —el hijo.— Para Millicent, con los ojos apagados y devastados, él era —el esposo,— el amor de su vida. Y para los gemelos, él era —el padre.

Para mí, es el hermano mayor al que nunca le dije —*te quiero*— lo suficiente. No dije cuánto lo admiraba, ni por las leyes que aprobó ni por las cosas que los periodistas conmemorarán. Lo admiraba por la forma en que amaba a su esposa e hijos. Por lograr ser un buen hombre que se preocupaba genuinamente por los demás cuando podría haber sido, por todos los conceptos, un imbécil con derecho que sólo se preocupaba por sí mismo.

Finalmente asiento, y sumerjo mi cabeza para besar la sien de Lennix. —Te lo haré saber.

—Gracias.— Ella se escabulle de mi regazo, y con el vestido de noche ajustado, será difícil levantarse con dignidad. Sé que sabe que mi padre está aquí, así que me paro y la levanto. Me lanza una mirada agradecida y luego dirige su mirada a mi padre.

—Lo siento mucho, Sr. Cade,— dice suavemente, un poco rígida. —Owen fue uno de los mejores hombres que he conocido.—Sus ojos se ablandan y sus hombros pierden algo de su tensión. —Lo digo en serio.

—Gracias,— responde él, su tono es abrupto, pero no grosero ni cruel. Inclina la cabeza hacia la sala de espera. —El médico forense está esperando, hijo.

Lleva el teléfono al pecho, y sé que su mente rápida ya tiene que cambiar a su equipo y a la prensa y la mierda que no me importa en absoluto ahora, pero sé que debe hacerse. Dejándola con eso, sigo a mi padre en la nueva y espantosa realidad que ninguno de nosotros puede ignorar.

## 28. LENNIX



Siempre he evitado los funerales. Imaginé que me sentaría en el público todo el tiempo pensando que la familia al menos tendría — suerte— de tener una despedida formal. Para saber lo que el final se llevó a cabo y tener un cierre, a diferencia de mi familia.

Esto no es suerte.

Millie sentada entre sus gemelos en la primera fila ante un ataúd que ni siquiera puede abrirse porque su marido está muy desfigurado y muy quemado por dentro, eso no es suerte.

Salina se sienta al lado de Darcy, cepillándose el pelo con una mano y presionando la cabeza de la niña contra su hombro. —Tía Sal,— la llaman. Estoy segura de que si la campaña hubiera avanzado más, habríamos tenido más contacto. Parece estar profundamente arraigada en la vida de la familia. Aparentemente, fue asesora legal de una de las compañías de Warren antes de abrir su propio bufete especializado en leyes de inmigración. Sentada entre Darcy y Maxim, encaja perfectamente, y no puedo evitar pensar que es exactamente el tipo de mujer que Warren elegiría para su hijo.

—¿Segura que no quieres sentarte con Maxim?— Kimba susurra mientras tomamos nuestros asientos unos cuantos bancos más atrás.

—No quería que fuera incómodo. Su padre debería poder llorar con su familia sin la tensión añadida de nuestra... historia.

—Y como nadie sabe lo tuyo con Maxim, la prensa podría aprovecharse de eso y hacer más drama.

—Exactamente. Drama que no necesitan. Tampoco nosotros.

La prensa ha alimentado constantemente el apetito voraz del público por cada detalle disponible del asesinato de Owen, como se ha llamado. Cada vez que oigo la palabra, quiero vomitar. Apenas he tenido tiempo de procesar lo que ha pasado porque hemos estado respondiendo a las preguntas y averiguando qué hacer por nuestro

equipo. Ha pasado una semana, y el shock de la muerte de Owen ha reverberado por todo el país, el mundo, en realidad. No puedes encender la televisión o la radio, o pasar por delante de un quiosco sin verlo. La promesa de la campaña de Owen ha atraído mucha atención y cobertura internacional, incluso en esta etapa temprana. No todos los días el hijo de uno de los hombres más poderosos del mundo se postula para el trabajo más poderoso del mundo.

*Owen se ha ido.*

No hay nada que pueda hacer para mejorar esto. No hay palanca que pueda tirar. No hay nadie a quien pueda persuadir o situación que pueda girar para arreglar las cosas.

No lo entiendo. No podría haberlo previsto. Nunca he perdido a un candidato. No a cualquier candidato, sino a un amigo. No hace tanto tiempo que vino a pedirnos ayuda, y supuse que era otro blanco privilegiado que esperaba que le dieran lo mejor de todo en bandeja de plata.

Pero no lo era. Era mucho más, tan diferente, y mi corazón se abrió a él en formas que nunca había anticipado. Habría cambiado el mundo, ese concepto esquivo mantenido unido por los últimos jirones de idealismo y esperanza. Lo habría logrado. Y no tengo ni idea de por qué ahora nunca tendrá la oportunidad. Con toda la tecnología a nuestra disposición, con todas las cámaras de seguridad, guardaespaldas, precauciones y protocolos, no tenemos ninguna pista sobre quién asesinó a Owen. ¿Cómo es eso posible?

Con Owen fuera, nuestro equipo está sin trabajo. Técnicamente, Kimba y yo no lo estamos, pero la mayoría de ellos contratan con campañas. Tienen familias e hipotecas y vidas que mantener. Normalmente tenemos unas cuantas elecciones a la vez, especialmente a mitad de trimestre, como la de Susan en Denver, pero nunca habíamos hecho una campaña presidencial. Requería todos nuestros recursos dedicados. Podemos sacar a flote la mayoría de ellos por un tiempo, pero la gente ya ha empezado a aceptar otras ofertas desde que estamos tan al principio del ciclo de campaña, todavía a casi un año de la asamblea electoral de Iowa. Mucho tiempo para aterrizar en otro lugar.



Mi mente ha estado dividida durante días, sintonizada con la cruda realidad de la muerte de Owen, pero también manejando las muy reales implicaciones de la misma. Maxim y yo casi no hemos tenido tiempo para estar juntos. Ha sido una roca para Millie y los gemelos, y para su madre.

*Soy el favorito de mamá.*

Owen lo dijo, pero ambos padres parecen devastados.

La Sra. Cade se sienta en la primera fila, entre paréntesis por la intimidante amplitud de su hijo a un lado y su esposo al otro. Conozco a Warren Cade desde que conozco a Maxim, desde que tenía diecisiete años. Por primera vez, mi corazón se ablanda hacia él.

Estoy sentada en el lado opuesto de la iglesia para poder ver su perfil. El dolor ha tallado nuevas líneas a lo largo de su boca y su nariz osada, como la de Maxim. Normalmente trato de ignorar sus similitudes, por encima y por debajo de la superficie, pero hoy en día es imposible. La misma pena se cierne sobre ellos. Ambos se inclinan solícitos hacia la pequeña mujer sentada entre ellos, cuyo dolor hace caer sus leves hombros.

El sacerdote cierra su libro de oraciones, después de haber compartido algunos versos de consuelo, y explora la multitud. La iglesia de Dallas está llena hasta el límite de su capacidad. Los dolientes se alinean en las calles de afuera. Millie ha permitido que el servicio sea transmitido, así que se han instalado grandes pantallas en los parques cercanos y en todo el país. La gente se amontona alrededor de sus televisores en casa o alrededor de sus portátiles. Algunos están mirando en sus teléfonos. La respuesta en todo el país sólo ha puesto de relieve lo querido que era Owen por sus diez años de servicio en el Senado y la impresión que había causado en los pocos meses que llevaba en la campaña electoral.

—Este es un día difícil para muchos,— dice el sacerdote. —Muy difícil para la familia de Owen. Su hermano, Maxim, compartirá ahora unas palabras.

La ansiedad esparce espinas en mi vientre. No sabía que tendría que hacer esto.

Maxim sube al escenario, tan atractivo y orgulloso, con un aspecto tan

impecable como siempre, pero yo sé que no es así. Siento las grietas, los lapsos en sus defensas. La única vez que lo vi tan vulnerable emocionalmente fue junto a ese río en Costa Rica, y no porque hubiera matado a un hombre, sino porque casi me pierde. Quiero cubrirlo, para protegerlo de las miradas indiscretas. No se han ganado la intimidad del dolor de Maxim, pero está ahí para cualquiera que mire de cerca para verlo.

—Fui un hermano pequeño muy malo,— dice Maxim, logrando transformar la línea de su boca en algo que se aproxima a una sonrisa.

—Los hermanos mayores protegen a sus hermanos menores cuando se meten con ellos, pero yo era una especie de niño grande, y no muy agradable, si soy honesto.

Un pequeño murmullo de diversión moderada se extiende por la multitud.

—Así que nadie se metió conmigo,— continúa. —Y se supone que debes admirar a tu hermano mayor, pero cuando era niño, no admiraba a nadie excepto a mi padre.

Miro a Warren Cade, pero los planos inescrutables de su cara no registran ninguna respuesta o emoción.

—A medida que crecíamos, en muchos sentidos, nos distanciamos.— Maxim mira hacia abajo y se aclara la garganta. —No estuve cerca de mi familia durante mucho tiempo, pero Owen nunca dejó de tenderme la mano.

Dirige una breve sonrisa hacia Millicent, sentada en primera fila. —Me llamó la noche que te conocí en la fiesta, Millie, y dijo que había encontrado a la indicada. Me reí de él porque ¿cómo lo sabes después de una noche, verdad?

Escudriña a la multitud por un segundo hasta que me encuentra, sus ojos conectando con los míos casi imperceptiblemente, pero envía una sacudida de reconocimiento por el centro de mi cuerpo y flechas a través de mi corazón.

—No lo había visto en meses, pero me quería como padrino en su boda. Estuve allí cuando nacieron los gemelos.—Mira fijamente el ataúd cerrado, sus ojos desenfocados como si estuviera viendo un caleidoscopio de recuerdos. —Nunca se dio por vencido conmigo, no

sólo como su hermano, sino como amigos.

Una respiración profunda le hincha el pecho y sigue adelante. — Owen modeló lo que parecía ser un marido fiel, para guardar su amor por una mujer y luego mostrarle cada día que valía la pena esperar. Me mostró cómo se veía creer en tus hijos y querer lo mejor para ellos, sin presionarlos o hacerles sentir que tenían que vivir a la altura de los estándares de otro. Me mostró cómo servir realmente a este país, no con carisma o encanto, o con palabrería, sino con su corazón. Con un duro trabajo en nombre de la gente que necesitaba ayuda más de lo que él y yo nunca hicimos.

Un trago profundo mueve los músculos de su garganta. —Fuiste un gran hermano mayor, Owen. Eras un buen hombre, y no te lo dije lo suficiente, pero te quiero y te admiro.

Cuando dirige su mirada al público, también cambia su comportamiento. El acero entra en sus ojos. Sus anchos hombros parecen estirarse. —Alguien mató a mi hermano, y creen que acabaron con la vida de Owen, pero no es así. En realidad no. Su legado de servicio continúa en cada persona que se beneficia de las leyes que él votó para existir. Vive en su bella esposa, Millie, y en mi sobrino y sobrina, Darcy y Elijah, que conocieron su amor y su devoción y lo llevarán con ellos para siempre.

—Alguien, la persona que mató a mi hermano, cree que debemos tener miedo.—Su boca se aprieta y sus ojos se estrechan. —No tengo miedo. Tampoco tengan miedo. ¿Saben lo que me asusta? El cinismo. La apatía. Cualquier cosa que convenza a la gente para que se conforme, para que renuncie. La idea de que la gente renuncie a cambiar este mundo por la cruel cobardía de una persona hace que se me hiele la sangre. Me habría dado por vencido con el sistema, la forma en que funcionan las cosas hace mucho tiempo, si no fuera por Owen. Él renovó mi fe en el proceso por el cual cambiamos las cosas en este país.

Se agarra al podio con tanta fuerza, que sus nudillos se blanquean. *'Robert Kennedy dijo, 'Hay gente en cada tiempo y en cada tierra que quiere detener la historia en su camino. Temen el futuro, desconfían del presente e invocan la seguridad de un pasado confortable que, de hecho, nunca existió.'*

—Digo que el confort, incluso la paz, es una ilusión. Siempre hay una causa, pero muy pocos creen lo suficiente para luchar.

—Owen era un creyente, y sí estuvieron cerca de él el tiempo suficiente, hizo de ustedes un creyente. Tenía una sigilosa voluntad de hierro. Debajo de ese encanto fácil y esa sonrisa infantil había un defensor duro como un clavo. Un luchador por las cosas y la gente que le importaban, y se preocupaba por mucha gente. Eran su misión. Ustedes eran su misión. Estaba decidido a no fallarles. Si Owen los inspiró aunque sea una vez, no le fallen.

Su mirada cae sobre el ataúd, y por un momento, parece agitado. Esa indefensa pena pasa por su rostro casi demasiado rápido para detectarla antes de que afirme su boca y mire a la multitud.

—El pasado está detrás de nosotros. El futuro es nuestro. Averigüen cómo pueden cambiar el mundo ahora mismo, y no le teman. Háganlo.

## 29. MAXIM



Mis respuestas educadas a las condolencias se detuvieron hace horas. El consuelo de los extraños se siente como un suéter que pica. Quiero *quitármelo*. Quien decidiera que la mejor manera de pasar la tarde después de un funeral era con comida y los dolientes bienintencionados deberían ser golpeados en la cara. Esta recepción es absolutamente lo último que quiero hacer.

No he estado en la casa de mis padres en años, y no es así como me vi a mí mismo regresando. Cuando *he* venido a visitar a mi madre en la última década, me he quedado en un hotel. Tengo casas en todo el mundo, pero no aquí. Ni siquiera Texas es lo suficientemente grande para mi padre y para mí.

Volé a Dallas ayer para ayudar a preparar el servicio, y para apoyar a Millie y a mamá. Esto les ha pasado factura.

—¿Cómo estás?

Miro a David, considerando su pregunta.

—Irritable,— respondo. —Y listo para echar a todo el mundo.

—Me lo imagino. En realidad, nunca he perdido a nadie tan cercano, así que no puedo imaginarlo. Lo siento ni siquiera comienza a cortarlo, hermano, pero lo siento.

Asiento con la cabeza, agradecido por la sinceridad de su impotencia. Hemos sido amigos lo suficiente para no decir estupideces inútiles cuando estamos sufriendo, aunque nunca nada ha dolido tanto.

—Gracias, hombre,— digo.

—¿Hablaste con Grim?— David mira alrededor de la habitación. —Pensé que podría romper su regla de no funerales esta vez.

—Está donde necesito que esté, trabajando con las autoridades para averiguar quién hizo esto. Sabe que eso significa mucho más para mí que el hecho de que aparezca con traje y corbata.

—Te escucho.

Mamá, de pie al otro lado de la habitación, toma una copa de su Pinot favorito. La congresista que le habla no parece notar el brillo de los ojos de mamá o su sonrisa de plástico que se rompe en los bordes, pero yo sí. ¿Por qué se espera que la familia se entretenga? No estamos de humor para sándwiches y conversaciones banales en la sala de espera. El dedo medio al tipo *creó que sé lo que haremos ahora que nuestro ser querido ha muerto. Haremos una fiesta.*

—Volveré,— le digo a David. —Tengo que ir a ver a mi madre.

Me dirijo hacia ella cuando un nuevo grupo entra en el comedor. Reconozco a varios de ellos de la campaña de Owen y redirijo mis pasos, caminando hacia el nudo afilado de la gente.

—Maxim.

Giro mi cabeza hacia la voz familiar.

—Kimba,— digo. —Gracias por venir.

Ella da un paso adelante y me rodea con sus brazos y yo le aprieto la espalda.

—Lo siento mucho,— dice, con la voz llorosa. —Todos lo queríamos.

Y todos lo hicieron. Desde la primera noche en que nos conocimos en casa de Owen, se empezó a crear un vínculo entre Owen y el equipo que lideraban Kimba y Lennix. Millie les había pedido sus cumpleaños y aniversarios para que su secretaria social les consiguiera algo. Ella habría sido una buena primera dama. No sé qué le depara el futuro, pero me aseguraré de que sea lo que ella quiera.

Me alejo y escaneo el grupo con Kimba. —¿Dónde está Lennix?

—Ya viene. Había algo de prensa fuera de la iglesia, y se abalanzaron en cuanto la vieron.

Me reprimo de mi frustración. La quiero conmigo. No la he presionado mucho. Entiendo su vacilación. Nuestra relación no ha sido pública y el funeral de mi hermano no es el mejor lugar para debutar como pareja. Sobre todo, Lennix ha querido que mi padre pueda llorar con la familia sin su presencia, considerando la enemistad entre ellos.recio su sensibilidad, pero la necesito en formas que no puedo ni articular. Mi cuerpo y mi corazón me dicen cada segundo de cada día que ella debería estar conmigo.

—Doc.

Es como si mi necesidad de Lennix la atrajera hacia mí. Su pelo es liso y largo, una cortina oscura y brillante que cubre el abrigo rojo que lleva, y un vestido negro muy cortado. Su boca es roja y llena. Mis brazos se flexionan con el esfuerzo que hace falta para no agarrarla.

—Nix.— Mantengo mi voz tranquila, pero tomo su mano y empiezo a caminar. —Kimba, discúlpanos.

Sé que fui brusco, pero necesito estar a solas con ella. Unos minutos en los que estemos solos y nadie espere que esté —bien,— —aguantando — o —soportándolo.— A pasos agigantados pero rápidos, la saco del comedor y la llevo por el pasillo a la puerta cerrada más cercana, la oficina de mi padre. Tan pronto como la puerta se cierra detrás de nosotros, la tomo en mis brazos. Ella es el sol de invierno, brillante y cálido en el día más frío de mi vida. Me acurruco en su calor y suavidad. Frustrado por la capa de lana que no me deja ver su forma, le empujo el abrigo sobre los hombros y en los brazos, dejando que se acumule en el suelo alrededor de sus pies con tacones altos, y la giro para que esté contra la pared. La presiono, enterrando mi cara en la curva sedosa de su cuello. Ella desliza sus brazos alrededor de mí bajo mi chaqueta de traje, y sus dedos buscan y encuentran la tensión en mi espalda, amasando los músculos a través de mi camisa.

—Te he extrañado.— Beso su frente y empujo la corriente de pelo sobre su hombro, exponiendo la línea y la curva de su mandíbula y cuello.

—Yo también te extrañé.— Me pone una mano en un lado de la cara y me revisa los ojos. —¿Cómo estás?

—Respirando. Eso es todo.

—Es suficiente.—Se inclina para besarme la mejilla, y yo giro la cabeza, rozando nuestros labios juntos, brevemente, pero lo suficiente como para arder. Ambos nos detenemos, nuestras miradas se aferran, y nuestras bocas se separan, revoloteando en una respiración compartida. El estallido de la pasión nos sorprende en medio del dolor, pero es innegablemente el mismo deseo ardiente que nunca está lejos cuando nos tocamos. La agarro por las caderas y la acerco tanto que mi cuerpo es una pregunta difícil. La suya es una respuesta suave. Un —sí— envuelto en terciopelo, forrado de satén.

La puerta se abre, y Lennix aspira con un aliento de sorpresa. Me preparo para enfrentar a mi padre, pero no es él.

—Mamá.

Ella nos mira fijamente, Lennix presionada entre la dura pared y mi duro cuerpo. —Preséntanos, Maxim.

La voz de mamá es tranquila, no hay señales de los sollozos desgarradores que oí anoche a través de las paredes. Doy un paso atrás y Lennix levanta su abrigo del suelo. La tomo de la mano y la llevo hacia mi madre.

—Mamá, ella es Lennix Hunter. Nix, mi madre, Tessa Cade.

—Encantada de conocerla, Sra. Cade,— dice Lennix. —Lo siento. Todos lo queríamos mucho.

Mamá no responde ni un segundo, inclina la cabeza para estudiar la cara de Lennix. —Pensé que tendrías cuernos y escamas,— dice finalmente, una pequeña sonrisa que se abre paso cuidadosamente hasta sus labios incoloros.

—¿Perdón?— Lennix me mira desde mi madre.

—La forma en que Warren habla de ti,— mamá continúa, —Pensé que podrías ser un dragón, pero Owen me aseguró que no lo eras.

Me mira con la sombra de su habitual naturaleza soleada. —Y a Maxim siempre le han gustado las chicas bonitas y ha sido un excelente juez de carácter, así que pensé que mi marido era parcial.

No le he contado a mi madre sobre nuestra relación, así que asumo que Owen lo hizo. Él y mamá siempre hablaban de todo.

Ella da un paso adelante y extiende su mano a Lennix, quien acepta, una cautelosa bienvenida en su cara. —Me alegro de conocerte por fin, — dice mamá. —Te vi a distancia en Año Nuevo, pero estabas muy ocupada y no pudimos hablar.

Hace sólo tres meses que Owen presentó su candidatura presidencial en la fiesta de Año Nuevo en su casa. La noche que Lennix volvió a mí. Hicimos el amor en el jardín, una noche oscura bajo una luna salvaje, el aire cargado de esperanza y nuevos comienzos. Esa noche se siente como si fuera un siglo atrás.

Mi madre desliza su mirada de mi cara a la de Nix y luego cae en nuestras manos entre nosotros. Sus cejas se levantan y un lado de su



boca se inclina hacia arriba. —Owen me lo dijo, pero no le creí del todo.

—¿Creer qué? — Pregunto, frunciendo el ceño.

—Que estabas enamorado, — dice ella.

—Él tenía razón en la mayoría de las cosas la mayor parte del tiempo, — respondo en voz baja.

—O al menos te hacía creer que lo hacía, — dice mamá, su sonrisa se tambalea y luego se disuelve por completo. —Creo que iré arriba y me acostaré ahora. Los invitados...

—Estarán bien. — Suelto la mano de Lennix y deslizo un brazo sobre los hombros de mamá, guiándola hacia la puerta.

—Acompáñala, Maxim, — dice Lennix, arrastrándonos hacia afuera.

—O la detendrán una docena de veces en el camino. Voy a irme de todos modos.

—¿Qué? — Me detengo y me giro. —¿Por qué?

—Quería presentar mis respetos, — dice ella, apenas lo suficientemente fuerte para que yo lo oiga, y se pone el abrigo. — Podemos hablar más tarde.

—¿Cuándo vuelves a Washington?

—La mayoría del equipo se va mañana. —Se lame los labios y se mira los zapatos. —Pero yo soy... um, flexible. Puedo quedarme un tiempo sí...

—Quédate. —No puedo pasar otra noche solo en mi cama arriba, pensando en Owen durmiendo al otro lado del pasillo cuando éramos niños. —Llamaré.

Asiente con la cabeza y salimos de la biblioteca, casi chocando con mi padre en el pasillo. Durante unos segundos congelados, los cuatro nos quedamos de pie en silencio estirados sobre el alambre de púas.

—Debería, bueno... irme, — dice Lennix, mirando a mi madre. —Ha sido un placer conocerla, Sra. Cade.

—Encantada de conocerte a ti también, Lennix, — responde mamá, cogiendo su mano y dándole una palmadita. —La próxima vez en mejores circunstancias, espero.

—Sí. — Lennix mira a mi padre. —Sr. Cade.

—Sra. Hunter, — responde papá con neutralidad.

—Te acompaño a la salida,— le digo, poniendo mi mano en la base de su columna vertebral.

—No, está bien.—Se vuelve hacia mí e inclina la cabeza hacia el comedor. —Todavía tienes invitados.

—Te llamaré.—Me inclino para darle un beso rápido y fuerte en los labios, sin importarle lo que mis padres piensen de ello, y la dejo ir de mala gana.

## 30. LENNIX



Maxim llamó hace una hora para decir que venía, y mi corazón ha estado en modo de alas de colibrí desde entonces. No es entusiasmo. Quiero decir, estoy deseando verlo, pero —ansiosa— es demasiado brillante para esta densa oscuridad que estamos viviendo. Hay una sobriedad a cada segundo, no hay escapatoria de la nueva y sorprendente realidad de que Owen se ha ido. No es tanto el afán como la necesidad, una mano apretada alrededor de mi corazón.

Estoy en la habitación cuando escucho tres rápidos golpes en la puerta de la suite del hotel. Mi sudadera y mis pantalones de yoga no gritan exactamente *ven aquí*, pero estaba agotada después de tratar con la prensa, y las etapas iniciales de desmantelamiento de la campaña me han agotado. Mi apariencia es lo último que le importará a Maxim.

Voy a toda velocidad a la puerta, pero me detengo con la mano en el pomo, dándome un latido para calmarme. La anticipación canta a lo largo de mis terminaciones nerviosas. Un rápido *thump thump* de mis latidos llena mis oídos y mis palmas están realmente sudando.

Cuando abro la puerta, mi corazón se derrumba al verlo. La hermosa cara de Maxim está casi demacrada. Sus ojos, torturados. Me maravilló su compostura durante el servicio fúnebre, pronunciando el panegírico de Owen sin quebrarse. Y en la recepción, se puso de pie con su fuerza habitual, aunque obviamente emocionado y afligido, pero el hombre delante de mí se mantiene unido con cuerdas a punto de romperse.

—Maxim, oye.— Abro la puerta más de par en par para que entre. El tipo de seguridad que quería seguirme en mi carrera se para en el pasillo. —Oh, hola.

—Sra. Hunter.— Asiente con la cabeza, su expresión no dice nada. Maxim se adelanta a mi paso.

—¿Él está, um...?— Mantengo la voz baja e inclino la cabeza hacia el

pasillo. —¿... se está quedando ahí fuera?

—Sí. ¿Está bien?

—Por supuesto.— Me acerco y cojo una silla del pequeño rincón del hotel y la arrastro hasta la puerta.

—Para que no tengas que estar de pie,— digo, empujando la silla hacia él.

La sorpresa le pasa por la cara antes de que la esconda cuidadosamente detrás de la línea recta de las cejas y la boca sin sonreír. —Gracias.

—¿Cómo te llamas?

—Rick, señora.— Desliza la silla hacia el pasillo y cierra la puerta.

Dirijo mi atención a Maxim. Por fuera, está tan arreglado como siempre, el suéter azul marino se aferra amorosamente a los músculos esculpidos de sus brazos, espalda y pecho. Los pantalones están bien confeccionados y son impecables. No hay ninguna depresión en sus anchos hombros. Se mantiene tan recto y poderoso como siempre, pero nunca he visto a Maxim inseguro. Siempre sabe lo que quiere, lo que viene a continuación y hacia dónde se dirige. Es la primera vez que veo su brújula girando.

Cruzo la habitación y lo rodeo con mis brazos, apoyando mi cabeza en su hombro. —¿Cómo estás, Doc?

Su pecho se eleva y cae contra mí con una respiración profunda. —No muy bien.

—Ya lo sé.— Aprieto mis brazos alrededor de él y parpadeo ante las lágrimas que me pican los ojos. —Lo siento mucho.

Me besa el pelo y me frota la espalda. La presión de sus manos sobre mí se siente tan bien, que me acurruco más cerca, necesítándolo también. Se zambulle para esparcir los besos por mi mejilla y mi mandíbula. Me acaricia la nuca y arrastra sus labios hasta mi oreja.

—Nix, yo...— él raspa. —Necesito follarte.

Mi aliento se recupera y empiezo a temblar, la anticipación que sentí antes de que él viniera construyendo y corriendo en riachuelos por mis brazos y piernas.

—Está bien.— Asiento con la cabeza. —Sí.

—No puedo explicarlo,— dice roncamente. —Sólo necesito sentirte,

para saber qué...

Aprieto mi dedo contra sus labios y pongo su mano entre mis pechos.

—Maxim, no tienes que explicar. Soy tuya.

—Gracias.— Presiona su frente contra la mía, me agarra del cuello y me besa tan profundamente, su lengua tan profunda y buscadora, que mi cabeza da vueltas. Yo agarro su camisa para mantenerme en pie.

—¿Demasiado?— pregunta, su aliento se acelera. —¿Estás bien?

—Estoy bien.— Me lame los labios, jadeando por aire. —¿Pero podríamos ir a la cama?

Él asiente con la cabeza, y yo lo llevo de la mano a la parte de atrás de la suite donde está el dormitorio.

—Siéntate.— Le doy un suave codazo en el hombro y se sienta en el borde de la cama. —¿Puedo desnudarte?

Levanta la vista, con los ojos abiertos, y asiente con la cabeza. Me paro entre sus muslos abiertos, sólo un poco más alta, incluso cuando está sentado. Tomo su suéter por el dobladillo sobre su cabeza. En su último viaje de negocios, han pasado dos semanas desde que hicimos el amor, y al ver sus pectorales con los pezones bronceados y la piel tensa y bronceada que se extiende sobre una escalera de músculos en su abdomen, se me hace la boca agua. Me pongo de rodillas y trazo la palabra *resistencia* en su piel. Él perdurará. Esta es su mayor prueba hasta ahora, y aunque es inimaginablemente difícil, lo superará.

*Lo haremos juntos.*

Sin decir nada, le beso los hombros y la garganta, bajando a su pecho y dejando el tatuaje durante largos segundos antes de meter su pezón en mi boca, girando mi lengua alrededor de la punta que se está endureciendo.

—Lennix,— respira. —Te necesito tanto.

Tomo el otro pezón, estableciendo un agresivo ritmo de succión hasta que gime y maldice. Le paso la mano por la polla, dura en los pantalones. Con dedos temblorosos, le quito el cinturón, libero el botón de sus pantalones y bajo la cremallera, metiendo la mano en sus calzoncillos y tomándola en mi mano.

Él jadea, se levanta para liberarse de los calzoncillos y los pantalones.

—Ya sabes lo que deseo,— dice.

Asiento, bajando mi cabeza y tomando su longitud en mi boca y en mi garganta.

—Mierda.— Empuja mi cabeza más hasta que me atraganto un poco, y se mete aún más en la boca. Mientras lo chupo, froto mis manos sobre los músculos de granito de sus muslos. Suelto su polla de mi boca, y beso sus piernas, sus rodillas, me doblo para trazar sus pantorrillas, acaricio sus pies.

—Lennix, infierno. No tienes que...

—Déjame hacerte el amor,— susurro.

Me observa atentamente, pero asiente con la cabeza. Exploro el áspero cepillado del pelo de sus piernas contra mi mejilla, la pequeña marca de nacimiento en su cadera, la cicatriz en su antebrazo -la mordedura de perro del primer día que nos conocimos- todas las partes hermosas y descuidadas de él.

De pie, levanto mi sudadera sobre mi cabeza. Él me toma por la espalda y me lleva hacia adelante para tomar mi pezón en su boca, muy caliente y húmedo a través de mi sostén. Arrastro las copas de encaje hacia abajo, intolerante a todo lo que se interponga entre mi carne dolorida y sus labios. Él chupa y muerde tan fuerte, que sé que mañana llevaré sus marcas, íntimas insignias de honor. Él empuja la cintura de mis pantalones de yoga, deslizándolos y mis pantis hacia abajo hasta que ambos estamos desnudos.

—Recuéstate,— le doy la suave orden. Se arrastra hasta la cama hasta que su cabeza descansa en la almohada. Me arrastro, extendiendo mis muslos sobre los suyos, abriéndome sobre él.

—Muéstrame lo que haces cuando estamos separados,— dice.

Nuestros ojos se aferran a mi clítoris, encontrando el capullo caliente y apretado entre mis labios. Al principio me froto en círculos suaves, pero voy acelerando el ritmo, aumentando la presión a medida que la sensación se extiende por todo el cuerpo. Mi cabeza cae hacia atrás y mi aliento se convierte en jadeos pesados. Él me pellizca el pezón y yo grito, deteniéndome un momento para saborear su tacto.

—Sigue,— me pide. —Muéstrame.

Mis dedos reanudan el movimiento y el pellizco y el acariciar entre mis piernas. Me muerdo el labio, ahogando los gemidos hacia atrás.

—Déjame oírte. Necesito esto, Nix.

Asiento con la cabeza, un fuego de pinceles lamiendo toda mi piel mientras dejo que el gemido continúe.

—No es suficiente, — jadeo.

—¿Qué es lo que no es suficiente?

—Te necesito a ti.

—¿Dónde?, — pregunta, con su voz suave. —¿Dónde me necesitas?

—En el interior. — Las lágrimas se acumulan en mis ojos y corren por mis mejillas, y no sé si es pena o lujuria, pero sé que sólo él puede hacer que este dolor desaparezca. El dolor de mi cuerpo y de mi alma.

—Por favor, Doc.

Él asiente con la cabeza y yo me coloco entre nosotros, relajándome, viendo su gran verga desaparecer dentro de mí, mi cuerpo tragándose toda su longitud. Nuestro aliento se recupera con el mismo suspiro, y me balanceo sobre él, lo aprieto entre mis muslos y cabalgo.

—Dios, eres hermosa, — dice roncamente. —Bájate el pelo para mí.

Levanto la mano y deshago el nudo, dejando que el pelo caiga alrededor de mis hombros y por mi espalda. Él me mete una mano en los mechones de mi cuello y agarra mi cadera con la otra, controlando el ritmo de nuestros cuerpos juntos.

Nuestras miradas se cierran, y lo que veo detrás de sus hermosos ojos verdes me rompe el corazón. La desolación. El dolor. La necesidad. Todo distinto y proveniente del mismo lugar.

—Oh, Maxim. Lo siento mucho.

Se sienta y me coloca en posición para que yo me extienda sobre sus caderas, con los muslos apoyados en las pantorrillas. Me quedo quieta, sintiéndolo hinchado y duro dentro de mí, para acariciar su cara entre mis manos.

—Te amo. — Beso sus párpados, mojados con lágrimas que nunca he visto en sus duras mejillas. —Te amo. — Froto nuestras narices. —Te amo. — Toco sus labios con los míos, lamiendo la seda caliente de su boca, probando su desesperación. Se levanta con fuerza y va más profundo, robándome el aliento y enterrando su cabeza en la curva de mi cuello y hombro.

—No me dejes, Nix. —Sus palabras se quiebran, él se rompe, y sus

lágrimas caen sobre mi piel desnuda. —Si te pierdo...

—No lo harás.— Deslizo mis dedos por su cabello, besándolo hasta que gime y nos perdemos en la tempestad de la pena y el tormento, la pasión y el llanto, nuestros cuerpos se mueven con una urgencia ardiente. Gimiendo, él se viene, gritando mi nombre. Se mete entre nosotros, acariciando mi clítoris hasta que yo también me vengo.

Permanecemos encerrados juntos, sudorosos y satisfechos, las cenizas de nuestro deseo se enfrían entre nosotros en el silencio roto sólo por la dureza de nuestras respiraciones.

Momentos después, cae de nuevo en el colchón, llevándome con él, tirando de las mantas sobre nosotros. Girando a mi lado, presiona su pecho contra mi espalda, me rodea con su brazo en la cintura y cae en un sueño exhausto.



## 31. MAXIM



Mi teléfono vibrando en la mesita de noche me despierta de golpe. Me siento y miro alrededor de la extraña habitación. Lo único que me resulta familiar es la mujer que está a mi lado. Hebras de tinta del pelo de Lennix se derraman contra las sábanas blancas del hotel. Su rostro transmite una paz en el sueño que ninguno de nosotros ha sentido en la última semana.

Agarro mi teléfono y voy al baño, cerrando la puerta detrás de mí.

—Grim, ¿qué pasa?

—Estoy en el pasillo,— dice, su tono como el de un congelador de carnicero. —No contestaste el maldito teléfono, King, así que tuve que venir.

—Lo siento. Lo tenía en silencio.

—Apuesto a que lo hiciste,— dice, la dureza aliviando un poco. —Tenemos que hablar. Ahora mismo.

—Está bien.— Me paso una mano por la cara. —Estaré fuera.

Cuelgo, me salpico la cara con agua fría y camino tan silenciosamente cómo puedo de vuelta al dormitorio. Me pongo los calzoncillos y los pantalones, sin molestarme con el suéter.

Cuando miro a la cama, Lennix se ha movido, un pecho con punta de baya visible sobre la sábana. Mi polla se pone dura de nuevo. He oído hablar del sexo por pena, pero maldición. Esto es ridículo. Podría hacerle el amor otra vez y probablemente otra vez antes de que salga el sol. La necesidad de estar dentro de ella es tan elemental, que no puedo distinguirla de la necesidad de respirar o parpadear. Ha estado tan cerca de la muerte dos veces, que necesito saber que está viva. Es la única forma en que puedo articularlo.

Cierro la puerta del dormitorio y entro en la sala de estar. Cuando abro la puerta, Grim se queda en el pasillo, charlando con Rick. Ambos me miran desde el pecho desnudo hasta el pelo arrugado en

todas direcciones por los dedos de Nix, y no hace falta mucho para adivinar lo que he estado haciendo las últimas horas. Diablos, Rick probablemente nos oyó follar. No me importa. La necesito a ella y lo necesito a él haciendo guardia, ambos ahora más que nunca.

Inclino mi cabeza hacia la suite. —Entra.

Él mira a mi lado, con la ceja fruncida. —¿Estás seguro? No quiero interrumpir.

Le doy una mirada irónica y me doy la vuelta para entrar. La puerta se cierra detrás de él y caigo en el sofá, uniendo mis manos detrás de mi cabeza. —¿Qué tenemos?— Le pregunto.

—Está vivo,— dice Grim, con la mandíbula apretada. —Gregory está vivo.

No me sorprende. Incluso cuando todos los signos indicaban que estaba muerto, algún instinto de auto conservación me advirtió que no lo estaba. Mi mayor sospecha también ha sido mi mayor temor, que él estuvo detrás del asesinato de Owen.

Por un momento, la culpa hace un torniquete en mi garganta y no puedo respirar. Si Gregory hizo esto, yo también pude haber plantado esa bomba, también pude haber asesinado a Owen yo mismo. Estaría vivo si no fuera por esta venganza contra mí.

—¿Cómo lo sabes?— Pregunto.

—Dejó un mensaje para ti.

Mis ojos se cruzan en el pequeño espacio que nos separa, el ancho de la mesa de café. —¿Un mensaje? ¿Qué demonios quieres decir?

Grim sacude la cabeza y ladra una breve risa sin humor. —Dejó un mensaje en tu oficina para llamarlo.

—¿Para llamar... a la mierda?

—Llamó a la sede de CadeCo en Nueva York y dejó un mensaje urgente de que tu amigo Abe estaba tratando de contactarte. Le pasaron su número a Jin Lei, probablemente pensando que era un bromista, pero quería que lo tuviera por si acaso. Reconoció el nombre... bueno, el nombre falso, y me llamó.

Lo odio. Detesto su ligereza y su total desprecio por la vida humana.

—Jin Lei estaba en el funeral,— digo, dándome cuenta de que ella y yo apenas pudimos hablar. —Ella no lo mencionó.

—Ella no habría dicho nada allí, pero me lo pasó a mí porque sabía que tendríamos que abordarlo. Esto es lo último con lo que deberías tratar el día que tuviste que enterrar a tu hermano, pero me temo que no podemos permitirnos esperar.

—Él hizo esto, Grim,— digo a través de los dientes enjaulados y los labios apretados. —Él mató a Owen. Lo sé.

—Si lo hizo, significa que es mucho más activo y está más cerca de lo que esperábamos.

—Y definitivamente no está muerto. Sabía que no lo estaba.

—Todas las señales apuntaban a...

—No me importan las señales, Grim.—Me paro y camino, arrastrando mis dedos por mi cabello. —Lo sabía en mis entrañas.

—Bueno, no había nada que pudiéramos hacer al respecto. Nuestras antenas han estado levantadas y hemos estado cazando, pero no había señales de él hasta ahora.

—Ahora, después de haber matado a mi hermano y dejado un maldito mensaje en mi oficina para presumir de ello.—Golpeo mi puño contra la pared más cercana, haciéndole una abolladura y enviando dolor a través de mi mano. —Hijo de puta.

La puerta del dormitorio se abre y los pasos se precipitan por el corto pasillo. Aparece Lennix, con una túnica de seda que apenas la cubre. La curva de su pecho me atormenta, y su túnica se abre un poco, revelando la sexy astilla de su clavícula. Sus labios están hinchados por el beso. Diminutas marcas rojas salpican su delgada garganta, que se elevan desde el escote. Su cabello es sedoso y despeinado. Se ve completamente follada. No quiero que nadie más, ni siquiera Grim, a quien confío mi vida, con la suya, vea a Lennix así.

—¿Qué pasa?— Sus ojos se abren de par en par y se precipita, me coge la mano y me hace fruncir el ceño. —Te has hecho daño. Déjame buscar un poco de hielo para...

—Ve a vestirte,— digo en voz baja, con mi mano a la espalda dándole la espalda al dormitorio.

—¿Qué? Yo...— Ella mira a Grim y recoge el cuello de su túnica en una mano. —Grim, hola.

—Lennix.— Grim asiente con la cabeza, pero sabiamente mantiene los

ojos fijos en su cara.

—Volveré... — Ella asiente con la mano. —Tenemos que ponerle hielo a eso, sin embargo. Ya se está hinchando.

—Está bien.— La acompaño hacia el pasillo. —Cuando salgas.

Vuelvo a la sala de estar, me acerco a Grim y bajo mi voz, mirando por encima del hombro. —Terminemos con esto.

—No serás capaz de ocultarle esto a ella. Lo sabes, ¿verdad?

—Si le hizo esto a Owen, él... — El horror, la rabia y el miedo atrofian mis palabras. —Se suponía que ella debía estar en ese auto, Grim. Si algo le pasa a Nix...

—La protegeremos.

—¿Como yo protegí a mi hermano?— Me ahogo en la auto condena, apenas sacando las palabras.

—Owen tenía seguridad las veinticuatro horas del día, y si Keene llegaba a él, no había nada más que nosotros, *tú*, podríamos haber hecho con la información que teníamos.

—Por supuesto que fue él. ¿Quién más?

—Tenemos que hablar con él. Si es tan audaz y tonto, se equivocará y dejará pistas para que las sigamos.

—Sabes que ese número es un teléfono desechable.

—Aun así, teniendo el número de antemano de esta manera, podemos rastrear la ubicación general y saber dónde está ahora. Es algo.

—No es suficiente.

—Es un comienzo.

Respiro por la nariz y fuerzo el aire por la boca, tratando de calmarme. A este hijo de puta le encanta hacer que me levante. Lo demostró en nuestra primera conversación. Cualquier cosa que diga me devastará, me enfurecerá y no podré hacer nada al respecto. Eso ya lo sé.

—Maxim, haz la maldita llamada antes de que cambie de opinión.

—¿Antes de que quién cambie de opinión?— Lennix pregunta. Ha vuelto a ponerse sus pantalones y sudadera de yoga, con el pelo recogido en un nudo en la parte superior de su cabeza. Ni siquiera la quiero en la habitación cuando llame a este lunático.

—Cariño, ¿podrías darnos unos minutos más?

—No.— Se sienta a mi lado en el pequeño sofá. —Dime qué está pasando.

Aprieto el puente de mi nariz y cierro los ojos. Si ella fuera sólo obediente de vez en cuando, mi vida sería mucho más simple.

—King, ella tendrá que saber eventualmente.

Mi cabeza se levanta y miro fijamente a Grim. ¿De qué lado está este hijo de puta?

*De mi lado.* Lo sé, y tiene razón.

—Keene llamó.

Lennix se pone rígida a mi lado, sus ojos se extienden hasta el límite.

—¿Qué? Está muerto. ¿Estás seguro de que era él? ¿Te llamó aquí? ¿Tu celular? ¿Qué...? ¿Cómo...?

—Me dejó un mensaje en la sede de CadeCo en Nueva York.

—Eso no tiene sentido.— Frunce el ceño y se frota la frente. —¿Por qué se expondría de esta manera?

—Creo que es demasiado narcisista y retorcido para no reclamar su muerte,— dice Grim.

La verdad se amontona entre nosotros: carnicería y peligro y venganza.

—¿Su muerte?— Lennix divide la pregunta entre Grim y yo.

—Owen,— digo yo. —Creemos que Keene estuvo detrás del asesinato.

Todo el peso y las horribles implicaciones de mi declaración se reflejan en su expresiva cara.

—No. Oh, Dios.—Se tapa la boca. —Esto es... culpa mía. Si no hubieras venido por mí...

—No, no.—La tiro para que se siente de lado en mi regazo, frotando su espalda. —Ni siquiera pienses eso. Yo lo provoqué. Le disparé a su hermano. Es *mi* culpa.

—Ambos están equivocados,— dice Grim. —Es *su* culpa. Es un psicópata. Mató a gente inocente, y habría matado literalmente a millones más si no le hubiéramos impedido vender esa vacuna en el mercado negro.

Nix parece tan poco convencida como yo, llevando la culpa como una chaqueta mal hecha. No le pertenece.

—Mira, he estado haciendo esta mierda toda mi vida,— dice Grim. — En el proceso de llevar a los malos a la justicia, a veces los malos son asesinados. El hermano de Gregory era un tipo malo que recibía lo que se merecía, igual que este hijo de puta. No se culpen a sí mismos por el mal. Lo combates, pero el mal se defiende. Esa es la naturaleza de esta cosa desde el principio de los tiempos.

Lennix finalmente asiente con la cabeza al destello filosófico de Grim, ofreciéndole una pequeña y agradecida sonrisa, pero no puedo aceptar su razonamiento tan rápidamente. Mi hermano está muerto. Mi cuñada es viuda. Sus hijos están huérfanos de padre, y mi madre apenas se sostiene porque perdió a su hijo.

—Dame unos minutos para preparar el rastreo,— dice Grim, —y luego tienes que llamarlo.

—¿No sospechará que estás rastreando la llamada?— Lennix pregunta.

—Oh, sí. Estoy seguro de que es un quemador,— dice Grim, desempacando artículos de su bolso y colocando algunas piezas de equipo electrónico. —Y lo tirará en cuanto termine, pero sabremos dónde está en ese momento. Es un comienzo, una migaja que recogeremos hasta que encontremos otra, y seguiremos hasta que encontremos esta caja de cabeza. Sabe que obtendremos esta información, así que ya lo está planeando. Pero se equivocará y nos dará algo que no quiere. Cuando eso suceda, lo atraparemos.

—Esto no me gusta,— dice Nix en voz baja, inclinándose hacia atrás para mirarme a los ojos. —No quiero que le hables. ¿No podemos ignorarlo?

—¿Y qué?— Pregunto. —¿Esperar a que vuelva a atacar sin tener idea de lo que quiere, de sus planes o de dónde estuvo la última vez? No, no podemos hacer eso.

—Es peligroso.

—Todo esto es peligroso, y se da por hecho que ahora tendrás seguridad,— le digo, con un tono que no admite discusión. —Eso no es negociable.

—No es peligroso para mí.—Me mete el dedo en el pecho. —Estoy preocupada por ti.

—Yo también tengo seguridad, y no le tengo miedo.

—Oh, ¿y tú seguridad es mucho mejor que la de Owen?

—Francamente, sí,— dice Grim, frunciendo el ceño y tirando de un pequeño cable. —Porque yo la manejo.

Me reiría de la arrogancia de Grim si hubiera algo remotamente gracioso en esta situación, que es de vida o muerte.

—No confiaría al gobierno mi pez dorado,— dice Grim.

—¿Tienes un pez dorado?— Lennix pregunta.

—Teóricamente,— dice Grim, mirándola.

—Es una pena,— dice Lennix. —Intentaba imaginarte yendo a casa para alimentar con amor a unos cuantos peces betta.

—¿No son esos los que se comen unos a otros?— pregunta.

—Exactamente,— regresa Lennix.

Pone los ojos en blanco, pero una esquina de esa boca dura se inclina hacia arriba. Es taimado con sonrisas enteras. La mitad suele ser lo máximo que se puede conseguir.

—Creo que le agradas,— le susurro al oído.

—¿Cómo lo sabes?,— me susurra.

—Todavía no te ha disparado.

Me río de su mirada irónica, el sonido oxidado y sin usar en mi garganta. Sentir otra cosa que no sea una inmensa pena parecía imposible cuando me desperté esta mañana, ensayando el panegírico de mi hermano. Y no estoy ni cerca de estar bien, pero tener a Nix conmigo hace que todo se sienta un poco mejor. Sabía que lo haría.

Me siento en el sofá solo cuando llamo, Lennix y Grim sentados frente a mí. Grim tiene puestos unos auriculares y un equipo de aspecto sofisticado para rastrear la llamada lo mejor posible.

—¿Qué dice la policía sobre todo esto?— Lennix pregunta, justo antes de que empiece a marcar.

—No se lo hemos dicho todavía,— dice Grim. —Pero lo haremos después de esto, bajo ciertas condiciones. Principalmente que no telegrafíen cada uno de nuestros movimientos y que generalmente lo arruinen todo.

—Pero queremos todos los recursos involucrados, ¿verdad?— Lennix pregunta.

—Queremos que los recursos que queremos estén involucrados,— digo yo. —Y los que no necesitamos para mantenernos alejados de nuestro camino.

Lennix aún no parece convencida, pero tendremos que discutirlo más tarde.

Marco el número. En el cuarto timbre, él contesta.

—¿Maxim?— Una voz familiar se transmite en la habitación. —¿Eres tú, hombre? Supongo que sí, ya que nadie más tiene este número.

—Soy yo.— Trato de mantener mi tono lejos del odio y el resentimiento que corroe mis entrañas.

—Lo siento. Estaba en la ducha. No querría estar menos que presentable cuando la policía llegue después de que rastrees esta llamada.

—¿Qué es lo que quieres?— Pregunto, ignorando su cebo.

—No pareces sorprendido de saber de mí, lo que me sorprende, ya que tú y tu Robocop me dispararon cuatro veces y dejaron que me ahogara.

—Oh, fuimos a por ti. Pensamos que estabas muerto.

—Yo también, Cade,— dice, con afectada sorpresa. —Yo también, pero estos simpáticos nativos me ayudaron cuando llegué a la orilla. Ya sabes, encuentro que los indígenas son muy amables. Es realmente una pena cómo los hemos tratado. Hablando de eso, ¿cómo está mi india?

No confío en mí mismo para responder. Ni siquiera miro a Lennix, aunque siento su mirada clavada en mi cara. Me arriesgo a echar un vistazo a Grim que dice: —*Tranquilízate. Mantenlo hablando.*

—¿Qué quieres, Gregory?

—Ahhhh. Mírate, haciendo tus deberes. Supongo que usaste el ADN de mi hermano muerto para averiguar mi nombre, ¿eh?

—Sí. Así es como lo hicimos.

—No fue suficiente que mi madre muriera por los sistemas de mierda que Estados Unidos llama democracia y capitalismo. Tenías que ir y tomar la única cosa que me quedaba que valía la pena en este mundo. Mi hermano pequeño.

—Le puso una pistola a ella en la cabeza. No tuve otra opción.



—Y eres tan ferozmente protector de los que amas, ¿no es así, Cade? Te debe haber destrozado por dentro cuando alguien llegó a tu hermano biempensante.

Me trago un gruñido, cierro los ojos y pido paciencia.

—El funeral fue hoy, ¿verdad? Vi tu discurso en la televisión. No hay nada que temer. ¿Quién eres tú? ¿El maldito Franklin D. Roosevelt? Por supuesto que hay mierda que debemos temer. Cosas que deberías temer. Deberías temerme a mí.

—No te tengo miedo, pedazo de mierda demente.

—Oh, pero deberías tenerlo. Mira lo que le pasó al pobre Owen. Tenía todo este discurso planeado,— dice, arrepentimiento en su voz. — ¿Has visto alguna vez a la *Princesa Novia*? ¿Qué estoy diciendo? Todo el mundo ha visto esa película, ¿tengo razón?

No respondo, pero dejo que mi rabia hierva a fuego lento.

—Así que iba a hacer lo dramático de Inigo Montoya,— dice, afectando un mal acento español. —Mataste a mi hermano. Prepárate para morir.

Se ríe, pero sólo dura unos momentos antes de que se deslice en un silencio demoníaco. La tensión es un cable en mi garganta. —Maté a tu hermano, Cade, y te mataré a ti también.

Lennix respira con fuerza, pero yo no la miro. Aunque lo sospechaba, al oír la descuidada confesión de Gregory me desgarran las tripas. El asesino de Owen está en la otra línea, y si pudiera estrangularlo a través de este teléfono ahora mismo, lo haría.

Me reprimo la culpa y la rabia para permanecer centrada en cada palabra que dice.

—¿Sabías que nuestra chica debía estar en el auto con tu hermano esa noche?— pregunta, su voz suave y malévola como la mantequilla envenenada. —Dios, estuve así de cerca de diezmarlo completamente. Sé lo que sientes por ese pedazo de culo. Estaba por toda tu cara cuando le *disparaste a mi hermano*.

Respira hondo antes de continuar. —Cuando termine contigo, sabrás cómo se siente esto. Mamá se ha ido. Jackson se ha ido. ¿Qué me queda por perder? Pensaste que esto no era un juego, pero lo es totalmente. Y voy a ganar. Por cierto, obtengo puntos extra por la

chica.

Y se desconecta.

Controlando mis movimientos, dejo el teléfono sobre la mesa y apoyo los codos en las rodillas. Por el bien de Nix, trato de mantener mi mierda junta cuando todo lo que quiero hacer es voltear los muebles y quemar el hotel hasta el suelo.

—Lo hiciste bien,— dice Grim, estrechando sus ojos en una pequeña pantalla. —Lo atrapamos, pero él sabía que lo haríamos. Está en el JFK. Probablemente ya haya tirado ese teléfono y subido a un avión. Al menos podemos empezar a juntar algunas posibilidades.

—Uh-huh.— Empiezo a apretar los dedos y a apretar los dientes.

—¿Qué vas a hacer con el hecho de que quiera matar a Maxim?— Lennix pregunta. La miro por primera vez, y toda la rabia y la emoción que retengo, arde en su mirada. —Ese hijo de puta. ¿Lo escuchaste? Quiere matar a Maxim, ¿y tú qué?— Ella hace un gesto hacia la mesa donde está el equipo. —¿Jugueteando con tus pequeños juguetes? Está en el JFK. Ve a buscarlo. Sácalo. Tenemos que matarlo primero.

Grim y yo la miramos en silencio. No estoy seguro de cómo responder. La dura boca de Grim se levanta en ese lado. —Me agrada ésta. Para tu información, Rambo, tengo operativos en varios lugares de alto riesgo, uno de los cuales es Nueva York. Estaban escuchando y ya han enviado al JFK, aunque sabemos que probablemente sea demasiado tarde. Un tipo como este no te conviene. Ya está tres pasos por delante. Sólo tienes que tomar lo que te da y seguir buscando por tu cuenta hasta que se tropiece y lo consigas. Maxim está a salvo.

Me mira mientras guarda el resto de su equipo. —Supongo que está más preocupado por ti.

—Puedes ponerme seguridad,— dice, mirándome al otro lado de la mesa. —Llevaré el rastreador. Estaré bien.

Owen debería haber estado bien. Cada aspecto de su evento fue fuertemente investigado, y los detalles planeados con semanas de antelación. Todo el personal de las instalaciones había sido autorizado. Todavía estamos averiguando cómo Gregory penetró en la seguridad para colocar esa bomba. Había un tipo, un valet, que

había llamado enfermo en el último minuto. Estamos investigando eso y esperamos tener una respuesta pronto.

La policía y el FBI están trabajando en el caso de Owen, y tendremos que compartir algo de esto con ellos. Confío en muy poca gente ahora mismo, así que no quiero ampliar el círculo más allá de aquellos en los que sabemos que se puede confiar.

—Tengo una idea,— dice Grim. —Pero no estoy seguro de que ninguno de los dos vaya por ella.

Lennix cruza y se sienta a mi lado, tomando mi mano.

—¿Cuál es la idea?— Pregunto.

—Wyoming,— dice Grim simplemente. —Piénsalo.

Tengo un lugar en Wyoming. Completamente aislado, bien vigilado.

Lennix estaría a salvo, pero no estoy completamente vendido.

—No le tengo miedo a ese bastardo,— digo con dureza. —No estoy huyendo de él.

—No es sólo la seguridad,— argumenta Grim. —Ambos han pasado por mucho estos últimos meses. Costa Rica, y todo lo que presenciaste allí, Lennix. Ahora, Owen y el peaje emocional que está tomando. King, puedes trabajar desde cualquier lugar, y no te hará daño ir más despacio por unas semanas. También nos dará algo de tiempo para rastrear a este hijo de puta.

—Estoy entre campañas,— dice Lennix, mordiéndose el labio inferior y secándose una lágrima en el rabillo del ojo. —Ahora que Owen...— Respira con dificultad. —Supongo que digo que no me importaría estar unas semanas fuera.

Eso no es jugar limpio porque sabe que haré cualquier cosa para que se sienta mejor, para que se sienta segura. Grim también lo sabe, a juzgar por la mirada petulante de su estúpida cara.

Pienso en las cosas que necesitaré para funcionar fuera de Wyoming por unas semanas. Si tengo Jin Lei, Wi-Fi y un buen bourbon, creo que puedo hacer que funcione.

Y Lennix. Ella es mi equipo de supervivencia. La niña que persigue estrellas tiene guerra en sus ojos, y la necesitará. La lucha más dura de nuestras vidas está por delante. La lucha para *sanar*.

—Bien,— digo, apretando su mano. —Parece que nos estamos

saliendo del mapa.

## PARTE II

-Cuando sepas quién eres;  
cuando tu misión esté clara y ardas con el fuego interior de una  
voluntad inquebrantable;  
ningún frío puede tocar tu corazón; ningún diluvio puede apagar tu  
propósito.  
Sabes que estás vivo.-

**- Jefe Seattle, Suquamish  
y el jefe Duwamish**

**Epónimo, Ciudad de Seattle**

## 32. LENNIX



—Pusilánime.— Miro fijamente el crucigrama y me pongo un bolígrafo de tinta entre los dientes. —Significa falta de coraje. Una astuta excavación de maricas, como si fuéramos los que no tenemos valor en este mundo. Sabes que algún hombre se inventó esa palabra.

—Wow,— dice Maxim, caminando una bandeja y poniéndola en la mesita de noche. —Me alegro de que no haya hombres alrededor, porque necesitarían cubrir sus partes privadas.

—¿Estás diciendo que no pienso en ti como un hombre?— Dejo caer el crucigrama y el bolígrafo para sonreírle desde mi nido de almohadas y lujosa ropa de cama. —¿Cómo llamas a lo de anoche si no es una copulación sublime entre un hombre y una mujer?

—Sigue usando estas palabras de cinco dólares, y me llevo tus crucigramas, y sí. Anoche fue una copulación sublime.

Mete una rodilla en el colchón, inclinándose para besarme. —Buenos días, a ti.

—Buenos días, a ti. ¿Qué tenemos aquí?

—Para la señora.—Desliza la bandeja sobre mis piernas. —Desayuno en la cama.

—¿Otra vez?— Sonrío y recojo mi té, soplando un poco de vapor antes de tomar un sorbo. —Y tienes mi té exactamente correcto. Me está malcriando, Sr. Cade.

—Me costó un poco de práctica, pero no soy nada si no estoy decidido, y es demasiado pronto para empezar con el patriarcado. Creí que habíamos acordado no hablar de volar el patriarcado antes del mediodía.

—Dijimos que negociaríamos. No estuve de acuerdo con eso porque a veces el patriarcado necesita ser llamado.

Se instala a mi lado y saca un cuadrado de mango de un plato. —Bueno, sí marica... ¿cuál era la palabra?

—Pusilánime.— Lo digo más despacio y con más resentimiento. —Sé que tienes palabras que no te gustan.

—Sí, pero mis palabras de odio son cosas como imposible y no y nunca.—Abre la boca para agradecer mi tortilla. —¿Recuerdas la última vez que me dijiste nunca?

El recuerdo de nosotros golpeando en la sala de conferencias se abre paso desde mi cerebro hasta mis partes bajas. —¿No son palabras como —húmeda— o —pantis—?

Levanta una ceja y habla de un bocado. —¿Cuándo me he opuesto a las pantis húmedas?

Casi escupo mi té y nos reímos como niños de secundaria, compartiendo el desayuno de la bandeja. Él bebe su café sin leche y yo bebo mi té. Es uno de los rituales que hemos desarrollado en nuestras tres semanas aquí en su rancho de Wyoming.

Nunca había estado en Wyoming antes de este viaje. No es exactamente un estado de cambio muy disputado o un cúmulo de votos electorales, así que en todos mis viajes, nunca ha sido una parada de la campaña. Me alegro. Lo he experimentado como debe ser - una llanura infinita, perturbada sólo por la subida de las mesetas, las cimas de las montañas ascendentes, y la artemisa que brota del terreno. Extensiones de desierto, intactas y habitadas sólo por bisontes perezosos y antílopes. Cada milla revela una vista más impresionante que la siguiente, con cielos azul marino y nubes de aliento de ángel que se enredan en los picos de las montañas.

Cuando llegamos, Rick y un equipo de seguridad nos siguieron por un largo camino sin pavimentar amurallado por altos pinos. No llevó mucho tiempo pasar de lo privado a lo remoto. Me preocupaba que no tuviéramos tiempo para estar solos, pero cuando llegamos a la puerta blasonada con una pesada C de latón, Maxim y yo nos separamos.

Estábamos sólo nosotros dos conduciendo por el sinuoso camino hacia su casa, una extensa finca con un porche que abarcaba toda la casa. Las amplias ventanas invitan a la luz del sol. Los oscuros suelos brillan, salpicados de vibrantes alfombras anudadas.

El solarío con vistas a un arroyo se ha convertido en mi parte favorita

de esta propiedad que tanto amo. Corro por los caminos la mayoría de las mañanas libremente ya que no hay más acceso que a través de la puerta, y muy poca gente sabe que esta casa existe. Algunas mañanas Maxim se une a mí en mis carreras, pero por lo general me deja en ellas.

También he empezado a humear cada mañana en el porche del sol. Mena tenía razón. Mis antepasados comprendieron intuitivamente la conexión sagrada con la tierra, que podía curarnos, y durante este tiempo aquí en medio de la nada, con el sol y el cielo como compañía, y las montañas como refugio, me estoy recuperando. Eso, junto con las video llamadas regulares a mi terapeuta, ha ayudado con los flashbacks y el trauma residual de Costa Rica.

Estoy mejorando.

Y he humeado cada rincón de esta enorme casa. Maxim se apoyó contra la pared, con los brazos cruzados, la curiosidad y el amor en su mirada que me siguió caminando de habitación en habitación agitando la energía negativa con mi salvia ahumada.

—¿En qué piensas?— preguntaba, levantando las cejas y perforando el último trozo de salchicha de pavo antes de ofrecérmelo. Sacudo la cabeza para decir que no la quiero, y él la muerde.

—Este lugar. Cuánto me gusta este lugar.— Vacilo y luego confieso.

—Me pregunto cuánto tiempo más podremos escondernos.

—¿Escondernos?— Se acomoda contra las almohadas y ensarta nuestros dedos en la bandeja del desayuno. —¿Es eso lo que crees que estamos haciendo?

—Me estás escondiendo.— Aprieto sus dedos hasta que se encuentra con mis ojos. —Y por mucho que me haya gustado, que lo haya necesitado, me pregunto cuánto tiempo más puede durar.

—No dejes que Jin Lei te escuche decir eso. A ella le encanta estar aquí.

Jin Lei se queda en una casa de huéspedes a una milla de distancia. La vemos cuando viene una o dos veces a la semana a reunirse con Maxim, dándole papeles para firmar, poniéndolo al día en las cosas que puede hacer desde aquí. Nunca he sabido que se quede tanto tiempo.



—También me encanta este lugar, pero Kimba llamó ayer.— Le paso los dedos por el pelo, lo más largo que he visto en mucho tiempo. — Ha recibido varias llamadas de candidatos pidiéndonos que llevemos a cabo sus campañas.

—¿No es un poco tarde para seguir reuniendo un equipo?

—Es sólo abril. Todavía faltan diez meses para Iowa. Mucho tiempo si tienes una base.

Se pone rígido y me echa una mirada estrecha. —Lo estás considerando.

Suena como una acusación y suspiro, preparándome para nuestra primera discusión en tres semanas. —¿Cómo no voy a hacerlo? Es mi trabajo, Doc. No soy sólo yo. Kimba es mi socia de negocios. No puedo pedirle que se quede de brazos cruzados mientras hago lo que estamos haciendo.

—Lo que sea que estamos haciendo.— Se ríe a carcajadas, tira el edredón hacia atrás y se levanta de la cama. —Siento que te aburras de ‘lo que sea que estamos haciendo’.

—Sabes que no me aburro, pero algunos de los candidatos que Kimba mencionó podrían tener una oportunidad si les ayudamos, y la posición del senador Middleton se hace más fuerte cada día. Es el favorito de los republicanos. Si hay algo que pueda hacer para mantener a ese ladrón mestizo fuera de la oval, tengo que intentarlo.

Asiente con la cabeza, pero me da la espalda. Los pantalones de dormir se aferran a la curva musculosa de su culo y sus largas piernas. Enlaza sus dedos detrás de su cabeza, enterrándolos en los mechones oscuros de su pelo. La amplia superficie de su espalda se tensa con el movimiento, pero también con la nueva tensión.

Sale a zancadas al balcón de la habitación. Las cortinas diáfanas se abren y cierran con la brisa. Me pongo una pesada bata de seda sobre mi camisón y agarro su sudadera de Berkeley del banco a los pies de nuestra cama.

*Nuestra cama. Nuestro lugar. Nuestra vida aquí.*

Es la primera vez que hemos estado en el mismo lugar tanto tiempo, y se siente como si realmente compartiéramos una vida. No quiero que termine, pero no podemos quedarnos aquí para siempre por si

Gregory Keene decide que quiere intentar algo.

—Oye.— Me acerco a él en el balcón y le ofrezco la sudadera. —Está frío aquí afuera.

Gruñe, pero acepta la sudadera y la desliza sobre su cabeza. Le arruga el pelo aún más, y usando la sudadera de Berkeley, se ve tan diferente al hombre de negocios que el mundo conoce. Se parece más al día en que nos conocimos cuando aún era un estudiante de maestría.

—¿Estás molesto?— Pregunto después de unos momentos de silencio. La exasperación le hace suspirar. —¿Qué dijo Kimba?— Sus ojos se estrechan en mis labios temblorosos. —Oh, Dios. ¿Quiero saberlo?

Mi mejor amiga tiene una forma de hacer que incluso los momentos más oscuros sean un poco más brillantes. —Dice que sabe que estamos de luto y que tenemos mucho sexo de duelo.

—Wow. Eso es apropiado.

—Pero me pregunta cuándo saldré de lo que ella llama la etapa de —joroba de llanto— de la pena.

—¿Joroba de llanto?— Se ahoga un poco con su risa. —Como...

—Como joroba seca, sí, pero con lágrimas, según su definición.— Hago una pausa. —¿Cuándo fue la última vez que hablaste con Millie?

Suspira pesadamente, sus hombros caen un poco como si llevaran el dolor de Millie. Sé que de alguna manera lo están, y él lo hace.

—Hace unos días, brevemente. Me di cuenta de que ella no quería hablar. Ella y los gemelos se están quedando con sus padres en Connecticut. Le dije que iría a verlos pronto.

Apoya los codos en la barandilla y explora el horizonte, desplegado como un vibrante mural salpicado de verdes azules, verdes bosque y turquesas, el sueño de un pintor. Nos hemos aprendido el uno al otro de forma diferente, más profundamente aquí, y entiendo su reticencia a dejarlo. Más allá de este rancho, hay peligro y cinismo y las demandas de un mundo en ruinas. Aquí, él es mi único objetivo, y yo el suyo.

*Sólo estamos nosotros.*

El mundo nos pertenece y tenemos el cielo para nosotros, pero sé que no podemos quedarnos aquí para siempre.

—Siento mi respuesta inicial,— dice. —Por supuesto que sé que tenemos que volver en algún momento. En realidad he estado haciendo un montón de búsqueda del alma estas últimas tres semanas sobre lo que quiero hacer cuando volvamos.

—¿Qué significa?

—Seguiré llevando mi negocio, por supuesto,— dice. —Pero me he estado preguntando sobre el legado de Owen, tratando de averiguar cómo lo mantengo vivo, lo extendiendo.

—¿Qué estás considerando? ¿Como un fondo de becas? ¿Algo que apoye una de sus causas?

—Ya sabes... — Se ríe, sacude la cabeza. —Por primera vez en mucho tiempo, no sé qué hacer ahora, pero dijiste algo cuando estábamos en Ámsterdam.

—Hablar de un retroceso. ¿A cuál de las muchas cosas brillantes que dije te refieres?

Pone los ojos en blanco, pero acaricia la piel de mi muñeca. —Dijiste que te sentías como un misil listo para disparar sin códigos de lanzamiento.

Escuchando mis propias palabras en mis oídos de nuevo, recuerdo cómo se sintió. Esa chica era tan seria e ingenua y joven y con principios de una manera que no estoy segura de poder volver a ser. No de esa manera. Esas palabras surgieron de convicciones no probadas. La pureza del idealismo no se veía afectada por el compromiso. Aún sé lo que creo, pero he aprendido lo que se necesita no sólo para luchar mis batallas, sino para ganar tantas como sea posible.

*Y he aprendido que no vale la pena luchar en cada batalla.*

El teléfono de Maxim suena en el bolsillo de sus pantalones de dormir, y él responde. Después de escuchar por unos segundos y emitir respuestas monosilábicas, desconecta la llamada. Respirando largamente, vuelve a meter el teléfono en su bolsillo, frunciendo el ceño y mostrando sus bonitos rasgos.

—¿Qué pasa?— Pregunto, mis hombros y mi espalda ejercitando la memoria muscular, apretando con preocupación como si no lo hubieran hecho las últimas tres semanas.

—No qué. Quién.

—¿Entonces quién?

Me mira como si se hubiera resignado a que este mundo se nos escapara. —Es mi padre.

### 33. MAXIM



No debería sorprenderme ahora, pero lo estoy. Owen siempre solía decir que nuestro padre sabía dónde estábamos en todo momento.

*Tú lo dijiste, O.*

Parece que hablo con Owen más ahora que cuando estaba vivo, conversaciones enteras que probablemente nunca habría iniciado. Ahora, después de Lennix, es la primera persona con la que quiero compartir cosas.

—Volveré,— le digo a Lennix, dejando el balcón y dirigiéndome a nuestro dormitorio.

—¿Esa es tu forma de decirme que no baje?,— pregunta suavemente, siguiéndome.

—No, esa es mi manera de tratar de ahorrarnos a todos una batalla real. Si tanto quieres ver a mi padre, puedes hacerlo, por supuesto.

—No es eso.

Me acerco a ella a zancadas, inclino su barbilla hacia arriba. —Siempre me parece bien que alguien sepa que estás conmigo. Eres lo que más me enorgullece, Nix.

Lo digo en serio. Probablemente no me crea, pero ganarme el amor de esta mujer es lo más grande que he hecho, y quiero seguir haciéndolo el resto de mi vida.

Le doy un beso rápido en el pelo. —Será mejor que baje a ver qué quiere mi padre.

Bajo las escaleras, automáticamente pongo mi armadura en su lugar. Mi padre y yo no hemos estado en desacuerdo desde que discutimos sobre Lennix en Navidad, pero no hemos estado juntos. La semana del funeral, por un acuerdo tácito llamamos a un alto el fuego, ambos queriendo apoyar a mamá y a Millie, y necesitando honestamente el apoyo del otro. Owen sólo se ha ido hace un mes, y aunque he hablado con mi madre regularmente, revisándola al menos unas

cuantas veces a la semana, este será mi primer contacto con mi padre. Y es un ataque furtivo de él.

Cuando llego al final de las escaleras, está de pie en medio de la sala, frunciendo el ceño a Rick.

—No pedí ni necesité escolta,— dice, su voz profunda como un mazo aplastando las palabras sobre la cabeza de Rick. —Es mi hijo.

Incluso cuando hemos estado distanciados durante una década y media, siempre hay una cierta posesividad en la voz de mi padre, siempre lo ha habido cuando hablaba de Owen y de mí.

—Rick simplemente está haciendo su trabajo, papá.— Me acerco y le sonrío a Rick.

—Tampoco necesitaré un acompañante para volver,— dice papá.

—Es una gran propiedad,— digo, tratando de no ser molestado. —Rick sólo está ayudando.

—Bueno, puedes irte,— le dice a Rick.

Excepto que Rick trabaja para mí. Me mira, con las cejas levantadas, pidiendo silenciosamente que lo liberen. Asiento con la cabeza y espero a que se vaya. Me siento, haciendo un gesto a la colección de sofás y sillones reclinables en el medio de la habitación.

—Toma asiento. ¿Está todo bien? ¿Mamá está bien?

—Ella está tan bien como se puede esperar.—Se sienta, pareciendo dudar antes de continuar. —Gracias por llamar tan a menudo. La ha estado ayudando.

—Ojalá pudiera decir que he hablado con Millie tanto, pero rara vez contesta el teléfono.

—Ha perdido al hombre que ama,— dice mi padre, su voz extrañamente pensativa. —Si perdiera a tu madre, tampoco querría hablar mucho con nadie durante mucho tiempo.

Sé que ama a mamá, pero no lo ha dicho a menudo. Lo miro fijamente, buscando cualquier otra diferencia discernible entre este hombre más sumiso y el despiadado tirano que he conocido toda mi vida.

—¿Alguna otra pista sobre Keene?— Papá pregunta, su tono suave pero peligroso.

Tuve que compartir lo que sabíamos con mis padres y Millie para que estuvieran en alerta máxima, en caso de que Gregory tratara de llegar

a mí a través de alguno de mis otros familiares. Millie se quedó callada cuando se lo dije. No gritó ni lloró. No hubo acusaciones, lo que hubiera acogido como un azote en mi espalda. Sólo ese silencio, el adiós y el clic cuando colgó. Debe odiarme. Hay muchas mañanas en las que me despierto y lo primero que pienso es que mi hermano está muerto por mi culpa, y yo también me odio.

—No,— respondo a la pregunta de mi padre. —Se está escondiendo, pero aparecerá cuando menos lo esperemos.

—Quiero que a ese bastardo le den la pena de muerte.

—Oh, él tendrá lo que se merece.—No menciono que no tengo intención de entregar el privilegio de castigarlo a nadie más. Lo encontrarán criminalmente loco, lo cual es probablemente cierto, y vivirá una vida agradable y cómoda en algún manicomio, o lo harán de otra manera. No tengo tiempo ni tolerancia para todas las formas en que nuestro sistema jode la justicia.

Papá me revisa la cara, sus ojos entrecerrados y su boca apretada antes de asentir.

—¿Qué está pasando?— Pregunto, cambiando de tema a Gregory, mi nueva palabra y tema menos favorito. —Ni siquiera creí que supieras de este lugar. ¿Qué te hizo volar hasta aquí?

Su mirada es un láser. —Varias personas bien situadas se han acercado a mí durante el último mes acerca de tu postulación.

—¿Postulación a dónde?

—No a dónde, hijo. Para qué. Para ser candidato a presidente.

Me río de inmediato y me inclino hacia adelante. —¿Y volaste hasta aquí para qué? ¿Para reírte?

—¿No crees que podrías hacer el trabajo?

Mi humor se seca. Odio que sepa cómo respondo a los desafíos, y que sepa qué botones pulsar. Cuando alguien me intimida que no puedo hacer algo, inmediatamente quiero demostrarle que se equivoca. Así fue como me rompí el brazo en tercer grado. Owen dijo que no podía volar.

*Correcto de nuevo, O.*

Pero ese tiempo de espera de dos segundos antes de estrellarme fue glorioso.

—No me interesa,— digo en lugar de lo que él quería oír.

—¿Me estás diciendo que el trabajo para la oficina más poderosa del mundo está abierto, y ni siquiera quieres solicitarlo?

—Ya no estoy convencido de que sea la oficina más poderosa del mundo.

—Mira, quieres hacer el bien, quieres cambiar el mundo o lo que sea, así es como lo haces. ¿No lo ves?

—Owen era un político poco común, papá. La mayoría de ellos están muy atados por las reglas del partido, y mantener a los que le rasan la espalda felices, no pueden hacer las cosas para las que la gente los eligió.

—Entonces sé diferente. Cambia las cosas. Los hombres que quieren que te presentes son lo suficientemente poderosos para entregar la nominación.

—Si me presentara, no necesitaría que nadie me *entregara* nada. Lo haría por mi cuenta.

Algo brilla en los ojos de mi padre. Lo he visto cuando hablaba de Owen, pero hace mucho tiempo que no lo veo en sus ojos para mí. *Orgullo.*

—Y asumo que estás hablando de tipos como Chuck Garrett,— digo.

—Garrett fue uno de los primeros en acercarse a mí, sí.

—¿Por qué querría el jefe del Comité Nacional Demócrata que me presentara cuando le he dicho a todos los que me escuchan que soy independiente, no demócrata?

—Tal vez espera que cambies de opinión.

—¿Sobre el sistema bipartidista? ¿En una conversación? Wow, mira las bolas de Chuck.

—Si decides presentarte, alinearte con los Demócratas puede ser tu mejor apuesta, y Chuck es el camino al partido. Hay una verdadera oportunidad aquí, Maxim. Nunca querría negociar con la muerte de Owen, pero estás en una situación única.

—Creo que voy a vomitar si dices otra palabra, papá,— le digo, mi mandíbula tan apretada que me duele.

—Escúchame, y no con ese corazón blando que tienes de tu mamá. Escúchame con todas las partes que tienes de mí. Hay una ventana, y



si no atacamos ahora, se cerrará. Iowa es en diez meses. No es un momento del ciclo electoral. Los candidatos se preparan para la temporada de debates, presentándose al pueblo estadounidense, pero no necesitas una presentación. La gente ya te conoce, y ese discurso que diste en el funeral de Owen se ha vuelto viral.

—Los gatos bailarines se vuelven virales. Perdóname por no confiar en un millón de visitas en YouTube para dictar mi futuro.

—*Millones*,— papá corrige. —Mientras has estado lamiendo tus heridas y escondiéndote en estas colinas...

—No me estoy escondiendo.

—Lo que sea. No estás ahí fuera. La gente creía en Owen. No ven a ningún otro candidato que les haga sentir así, que les haga *creer* de esa manera. Han empezado a hacer peticiones para que tu nombre aparezca en la votación.

—¿Qué?

—Hay un grupo de independientes que han organizado algo llamado el Comité de Acceso a la Votación de Cade.

—¿Qué?— Parece que no puedo encontrar otra palabra que decir.

—Es un proceso complicado, entrar en la votación, especialmente cuando no estás afiliado a un partido. Tienes que ir estado por estado para entrar, y cada estado tiene sus propias reglas. Algunas de ellas requieren un montón de firmas. Este grupo tiene equipos en cada estado recogiendo firmas para que estén listos cuando decidas postularte.

—¿Y esto es independiente de Chuck?

—Sí. Chuck quiere que te presentes por los demócratas. ¿Es eso demasiado? Serás un sustituto de Owen.

—Ese es el punto. La persona en la que creí resultó ser un demócrata. Los partidos prescriben demasiado, tratan de despojarte de lo que crees para hacer que otros crean en ti. Ese no soy yo.

—La llamada para que te postules, la especulación de que podrías hacerlo, está ahí fuera. Aún podrías movilizarte y tener suficiente organización para estar listo para Iowa.

Este es un eco de mi conversación con Lennix antes de que llegara mi padre, pero estábamos hablando de que se sumergiera para dirigir la

campaña de otro.

*¿Podría dirigir la mía?*

¿Es esto siquiera una posibilidad? ¿Quiero que lo sea?

Algo se mueve en mí. No sé si es mi propia ambición despiadada, o si es el optimismo que Owen trajo a mi vida, la inquietud que he sido incapaz de colocar o articular. Lo que dije en el panegírico fue en serio. Owen *me hizo* creer de nuevo. Me hizo querer ser parte de alguna solución para un mundo que está roto y fracturado de manera que duele a los más débiles, a los más pobres, a la mayoría.

*¿De verdad crees que puedes convencer a una nación de que cambie sus costumbres? Y la respuesta siempre es sí.*

Mi propia voz de otra vida, de esa primera noche con Lennix, me persigue.

*¿La respuesta sigue siendo sí?*

Incluso mientras me hago la pregunta, el dolor de esa llamada cuando me enteré de lo de Owen me golpea en el pecho con un nuevo impacto. Me he estado escondiendo, pero no me he escondido. Escondiendo a Lennix. ¿No viviría perdiéndola y arriesgándola en la campaña mientras ese psicópata sigue suelto? No podría. No puedo.

*Aquí está mi respuesta.*

—Vine para que al menos lo consideres,— dice papá, de pie. —Hazme saber tu respuesta.

—¿Respuesta a qué?— Lennix pregunta desde lo alto de las escaleras.

—¿Cuál es la pregunta?

## 34. LENNIX



—Ahhhh.— Warren Cade me mira, sus ojos se enfrían y se convierten en cristal volcánico. —Sra. Hunter. Nunca está demasiado lejos, ¿verdad?

Me hace sonar como una puta avariciosa que sigue a su hijo de un lado a otro.

—Sr. Cade.— Es el único saludo que puedo ofrecer que es neutral y auténtico mientras bajo las escaleras para unirme a ellos. Es bueno ver que sería una mentira. Creo que incluso un *hola* sería una mentira. — Repito, ¿cuál es la pregunta que vino a hacerle a Maxim?

—No estoy seguro de que sea de tu incumbencia.

Dejaré que Maxim se ocupe de eso.

Se encuentra conmigo en las escaleras y me lleva de la mano a donde está su padre. —Es muy asunto suyo, papá,— dice, frunciendo el ceño. —No tomaría una decisión tan importante sin consultar a la mujer que amo.

—Maldito sea el corazón de tu madre,— murmura Warren. —El poder no tiene nada que ver con el amor, Maxim.

—Te equivocas, papá. Crees que consideraría esto por el poder que me daría, pero el poder que tengo podría ayudar al país que amo. Pero no me voy a postular, así que es un punto discutible.

—¿Postular?— Pregunto. —¿Qué postulación? ¿De qué estás hablando?

—Hay mucho interés en que Maxim se presente a presidente,— dice Warren.

Sus palabras no encajan de inmediato. Le toma a mi mente unos segundos procesarlo.

—Ya le dije que no,— dice Maxim.

—No te precipites.— Warren echa una mirada mordaz a mi vestido perfectamente presentable y mis zapatos de ballet. Uno pensaría que

estoy vestida como una stripper por la forma en que me mira con tanto desdén. —Y no la escuches a ella.

—Creo que deberías considerarlo,— le digo a Maxim.

Dos cabezas oscuras giran y ambos hombres me miran fijamente.

—Escúchala a ella, hijo,— dice Warren, una sonrisa que se extiende por sus distinguidos rasgos. —La chica sabe de lo que habla.

Retuerzo mis labios con desdén. —Esto no se trata de promover su agenda, Sr. Cade.

—¿Entonces de qué se trata exactamente?— Maxim pregunta, con el ceño fruncido entre las cejas.

—Para empezar,— digo,— los Demócratas probablemente no tienen a nadie que pueda vencer al senador Middleton.— Deslizo una mirada despectiva hacia su padre. —Y ambos conocemos su historia de asociación con corporaciones para robar tierras protegidas, además de muchas otras de sus políticas que perjudican a la gente marginada.

—Bueno, me alegro de que después de todos estos años,— dice Warren, ignorando mí no tan sutil indirecta, —finalmente estamos de acuerdo en algo. Agradezco su ayuda para persuadir a mi hijo de que entre en razón.

—No estoy haciendo esto por usted,— le digo, mirándolo fijamente.

—Es por Owen. Por el pueblo.

Agarro la mano de Maxim y lo miro a los ojos, bloqueando la presencia manipuladora de su padre. —Para ti, Doc. ¿Y si este es tu código de lanzamiento?

Un músculo en la mandíbula de Maxim se aprieta y sacude la cabeza.

—Entonces no hay lanzamiento porque no te arriesgaré.

—¿Lanzamiento?— Warren pregunta. —¿De qué estás hablando?

—No me quedaré aquí mientras un ladrón se lleva la ovala,— digo, ignorando la pregunta de Warren. —¿Quieres que Middleton gane por defecto mientras nos escondemos?

—¿Y crees que puedes arreglarlo?— Maxim demanda.

—Tengo que intentarlo.

—No.— Su tono es implacable, pero el miedo en sus ojos es evidente. Sé que es por mí, no por él mismo. —¿Multitudes? ¿Marchas? ¿Discursos públicos? ¿Una docena de oportunidades, cien maneras

cada día para que ese lunático te mate? No. No podemos hacerlo.

—No puedes detenerme.

—Lennix,— dice, su voz una advertencia que no tengo intención de escuchar. —Gregory Keene mató a mi hermano, y se suponía que tú estabas en ese auto. Casi te pierdo dos veces por este bastardo. ¿Crees que me arriesgaré a perderte de nuevo postulándome para el trabajo más importante del mundo en una entrevista pública interminable? No.

—Mira, te dije que aceptaré la seguridad y usaré el rastreador.

—No hasta que lo atrapen,— dice Maxim, frunciendo el ceño.

—¿Así que indefinidamente? Nos quedaremos aquí aunque no salga a la superficie durante el próximo año, dos años, tres... ¿Otros cuatro años mientras un imbécil es presidente?

—Grim tiene pistas.

—A la mierda las pistas de Grim. No me quedaré escondida mientras mi país se desmorona.

—Desmoronarse es un poco dramático,— inserta Warren. — Middleton no es tan malo, pero Maxim es lo que este país necesita.

—¿No quiere decir lo que usted necesita?— Le giro una ceja interrogante. —¿Cuál es tu agenda en todo esto?

—Simplemente creo que Maxim es el mejor hombre para el trabajo,— dice Warren, dirigiendo su mirada a su hijo, —y el trabajo es ahora. Hay un apetito por su visión y liderazgo.

—No crea que si él decide postularse usted estará moviendo sus hilos. Si quiere un Cade para sus planes, búsquese otro.— Me coloco entre los dos hombres, presionando mi espalda en el pecho duro de Maxim y mirando a su padre. —Este, no puede tenerlo.

## 35. MAXIM



La cabeza de mi padre podría explotar. Su voluntad y posesividad chocan con la de Lennix, y ninguno de los dos se echa atrás. Él la mira fijamente, con el rojo subiendo por su cuello.

—Papá, si sigues mirándola así,— digo, con mi voz suave, pero absolutamente seria, —vamos a tener un problema.

Él voltea su acalorada mirada hacia mí, y se enfría a grados lentos. No está acostumbrado a que lo desafíen, y él y Lennix tienen una larga historia de disgusto mutuo.

—¿Quizás deberías irte para que Lennix y yo podamos discutir esto?

—¿Dejarías que *ella* afecte a la decisión más importante de tu vida?,— escupe.

Acaricio la curva de su cuello, acariciando el pulso furioso y palpitante, tranquilizándola. —Nix es la decisión más importante de mi vida, y no ayudas a tu caso antagonizándola.

Hago una pausa, por primera vez notando el número de víctimas que la muerte de Owen ha cobrado. Su rostro es ahora el mío dentro de treinta años, no veinte. Está más delgado, más demacrado. Ha perdido mucho, y algo en mí quiere tranquilizarlo también. —Siempre la elegiré a ella, pero quiero elegirte a ti también.

Lennix me mira por encima del hombro, con ojos interrogantes, ligeramente inseguros. Le aprieto el hombro.

—Quiero ser capaz de elegirlos a los dos. Papá, perdimos a Owen. Hemos perdido los últimos quince años. Preferiría que no perdiéramos más, pero no puedes hacer daño a Nix. No puedes amenazarla ni insultarla. La aceptas, o no habrá lugar en mi vida para ti en absoluto.

Mi padre y yo nos miramos fijamente, reflejando la voluntad y determinación del otro. Siempre he creído que me parezco mucho a él, le he tenido miedo, pero él no es malo. Gregory Keene es malvado. Mi

padre es privilegiado y arrogante y a veces equivocado, pero es el único padre que tengo, y quiero una relación con él. A veces amar a tu familia es incómodo y difícil, especialmente cuando no crees en las mismas cosas, no eliges los mismos caminos, pero perder a Owen ha abierto un enorme agujero en mi vida donde mi familia debería estar. Él quería que papá y yo nos reconciliáramos, y yo también.

—¿Nos entendemos?— Le pregunto, besando la parte superior de la cabeza de Lennix.

Él cambia su mirada de mí a ella, y respira profundamente. —Sí.— Se da la vuelta y camina hacia la puerta. —Me gustaría tener tu respuesta para el fin de semana.

Y luego se va.

## 36. LENNIX



—Lennix, no.

Maxim lanza las palabras, un guante. Un desafío, no una elección.

Se sienta en el brazo del sofá y me atrae para que me pare entre sus piernas.

Descanso mis manos sobre sus hombros. —No le temo a Gregory Keene.

—Yo sí,— dice, sus ojos doloridos. —¿Cómo no voy a tenerlo? No por mí, sino por ti. Nena, este hombre mató a mi hermano. Casi te mata a ti. Una campaña ahora mismo tienta al diablo.

—Deja que venga. Mira, lo entiendo. Yo también tengo miedo por ti. Dios, lo tengo, pero no podemos escondernos para siempre. Grim se asegurará de que sea imposible llegar a ti. Y tú puedes envolverme en algodón. Dame una docena de guardias de seguridad. Cárgame con rastreadores con corteza de diamante. No me importa, pero no dejes pasar esta oportunidad.— Le enmarco la cara entre mis manos y le miro a los ojos. —Voy a hacerte una pregunta, y quiero que respondas con absoluta honestidad.

Duda y luego asiente con la cabeza.

—¿Hay alguna parte de ti que se emociona ante la perspectiva de liderar este país?

No asiente, pero ese destello revelador de pasión y ambición que noté en nuestra primera noche juntos le ilumina los ojos.

—¿Crees que podrías hacerlo?— Le pregunto. —Si la seguridad no fuera un problema, ¿querrías hacerlo?

—Son tres preguntas.

—No has respondido a ninguna de ellas.—Me inclino para susurrarle al oído. —Porque sabes que la respuesta es sí.

Deja caer su mirada a nuestros pies, un oscuro abanico de pestañas proyectando sombras bajo sus ojos. Meto mi mano en el bolsillo de sus



pantalones de dormir y saco su teléfono.

—Quiero que veas algo conmigo.— Me doy la vuelta, metiendo mis caderas entre sus piernas mientras se sienta en el brazo del sofá, presionando mis hombros en el calor cincelado de su pecho. Busco en el navegador de su teléfono hasta que encuentro el video, deslizo la barra de progreso y presiono play.

—Alguien, la persona que mató a mi hermano, cree que debemos tener miedo.— Maxim dice en el video, el dolor y la pasión grabados en sus llamativos rasgos. —No tengo miedo. No tengan miedo tampoco. ¿Saben lo que me asusta? El cinismo. La apatía. Cualquier cosa que convenza a la gente para que se conforme, para que renuncie. La idea de que la gente renuncie a cambiar este mundo por la cruel cobardía de una persona hace que se me hiele la sangre. Me habría dado por vencido con el sistema, la forma en que funcionan las cosas hace mucho tiempo, si no fuera por Owen. Él renovó mi fe en el proceso por el cual cambiamos las cosas en este país.

—Jesús, Nix.—Maxim agarra el teléfono y presiona el botón de la flecha para detener el video. Me sostiene por detrás, con la barbilla metida en la curva de mi cuello. —No puedo ver eso.

Doblo mis manos sobre las suyas, sosteniendo el teléfono contra mi estómago, y espero que él lo explique.

—Ese fue el día más difícil de mi vida,— continúa en silencio. —Creo en esas palabras. Cuando escucho eso, quiero hacer todo lo que el tipo del video me dice que debo hacer.

Giro la cabeza, inclinándome para poder mirarle por encima del hombro. —¿Pero?

—Pero entonces me imagino que tengo que decir esas palabras por ti.

—Sus respiraciones se acortan y se me desparraman en el pelo. — ¿Crees que me importará que este país se vaya al infierno si tú te vas?

—Oh, Doc.—Me doy la vuelta y lo miro, movida por la intensidad de sus ojos en mi cara. Están hambrientos. Consumen. ¿Alguna vez un hombre ha mirado a una mujer como Maxim me mira a mí? —Tengo mi propio retroceso para ti.

La línea inflexible de su boca se suaviza. —¿Sí? ¿Qué?

—Una vez me dijiste que los soñadores son los que más cambian el

mundo, que algo del presente no era lo suficientemente bueno, así que hicieron el futuro.

Hace una mueca y echa la cabeza hacia atrás, estudiando el techo.

—Diablos, Nix,— gime, volviendo su mirada a la mía. —¿Aceptarías la seguridad?

—Te dije que lo haría. Cada pedazo de ella. Policías de centro comercial, unidades K-9, operaciones especiales, lo que sea.

—Así que esto era todo lo que se necesitaba para que cumplieras, ¿eh?

— pregunta, una lenta sonrisa suavizando los duros planos de su cara.

—Veremos quién es complaciente cuando salgamos a la campaña.—

Yo me río, extendiendo la mano para darle una ligera palmada en el trasero. —Y yo me encargo de ese trasero. Tú puedes ser el candidato, pero yo soy la jefa.

—Si decido hacer esto, es una cosa que podría esperar.—Desliza sus manos hacia abajo para acariciar mi trasero. —Follando con mi directora de campaña.

—Sí, sobre eso.— Me muerdo el labio y aprieto los ojos porque este punto por sí solo podría deshacer todo el progreso que acabamos de hacer. —No follo con mis candidatos.

Echa la cabeza hacia atrás, su risa rica a mi alrededor. —Vale, si me presento, veremos cuánto dura eso.

—Hablo en serio.— Dejo que se hunda y veo cómo se le escapa el humor de su expresión.

—¿Estás diciendo que si me presento, no podremos estar juntos?

—Digo que el mismo problema que tuve cuando Owen se postuló sería aún más grave si tú fueras el verdadero candidato.

Pasa sus manos por mis brazos y une nuestros dedos, inclinándose para susurrar en mi oído, rozando las palabras sobre el lóbulo de mi oreja. —Si soy tu candidato, ¿crees que serías capaz de *no* follarme?

Me lame los labios y me echo unos centímetros hacia atrás para mirarlo a los ojos. —*Nunca* me follo a mis candidatos.

Se le calientan los ojos cuando deliberadamente uso una de sus palabras menos favoritas. Se levanta del brazo de la silla, cambia de posición y me levanta para que me siente allí. Empuja los pedazos de mi vestido envolvente a un lado. Cuidadosamente, sin romper el

contacto visual conmigo, me abre las piernas.

—Creo que podrías hacer una excepción por mí,— dice, su mano desapareciendo bajo la tela, dos dedos hundiéndose en la húmeda e íntima humedad entre mis piernas. Mi aliento se agita y quiero sentarme quieta, inmóvil, pero su pulgar acaricia mi clítoris mientras sus dedos medio e índice me follan. Sólo toma segundos para que mis caderas empiecen a agitarse. Enrosca mi pelo alrededor de su mano, sus dedos entrando y saliendo de mí, y me mantiene quieta para un beso devastador, su boca devorando la mía, comiendo mis gemidos y jadeos.

Se retira, el verde bosque de sus ojos tragado por la medianoche en el centro. —Pídeme que te folle, Nix.

Me fortalezco contra el abrumador atractivo de su cuerpo y su deseo por mí. Su verga está dura y lista contra mi muslo. —No.

El lado derecho de su boca llena se inclina hacia arriba en una sonrisa de —así que será así,— y se hunde hasta las rodillas, me abre las piernas, empuja el vestido hacia arriba y me baja y me quita los pantis. Me agarra el culo con ambas manos y me presiona la cara en el coño, chupándome el clítoris con fuerza.

—Oh, Dios.— Mis dedos se clavan en su pelo, y trato de presionar su boca con más fuerza en mí. Se resiste, me mira fijamente, su pelo oscuro se desbarata con mis dedos.

—Pídeme que te folle.

—No.— Abro mis piernas más, volviendo la tentación hacia él. Él cierra los ojos y respira profundamente.

—Maldita sea, tu olor lo es todo, Nix.

Es tan hermoso, arrodillado entre mis rodillas, y me ama. Le dijo a su padre que me elige a mí en lugar de a él, en lugar de todo. Bajo mi confianza, mi bravuconería, tengo miedo a la muerte por él, por nosotros. Una campaña nunca es fácil, y si Maxim decide presentarse, se enfrentará a más desafíos que la mayoría. Mis mayores temores y las más increíbles posibilidades se enredan. No puedo elegir una sin conseguir la otra. En este momento, todo lo que puedo elegir es esto. Todo lo que puedo elegir es a él.

—Fóllame, Maxim.

Se levanta y me hace dar la vuelta y se inclina sobre el brazo del sofá en segundos. El aire frío me besa el culo cuando guía el vestido hacia arriba. Su primer empujón fuerte me empuja en puntillas. Su mano en la base de mi columna me presiona más profundamente en el sofá, me mantiene en su lugar para el agresivo empuje de su cuerpo en el mío.

—Nix,— gruñe detrás de mí. —Tu coño es...

Me inclina más, empuja el vestido más alto hasta que el dobladillo se derrama alrededor de mis orejas, hundiéndose más profundamente.

—Eso es,— gruñe. —Dios, sí. ¿Puedes tocarte?

Asiento frenéticamente, tan cerca del orgasmo que sé que no me costará mucho. Abro las piernas y me toco. Mi clítoris está hinchado y el interior de mis muslos está mojado.

—No importa lo que pase,— dice, subiendo por mi caja torácica hasta la copa de mi pecho, —sólo somos nosotros, Lennix. No olvides esto. No te olvides de nosotros.

Y luego me vengo y sollozo, con una mano entre las piernas y otra agarrando el sofá. No sé si mis lágrimas son porque este placer, este sentimiento está más allá de todo lo que he conocido o imaginado con alguien más, o porque en los días venideros, para lo que viene, no estoy segura de que sea suficiente.

## 37. MAXIM



Chuck Garrett, Presidente del Comité Nacional Demócrata, es uno de esos tipos que siempre será el manager, nunca la estrella de rock. Debe saber instintivamente, y con razón, que no tiene lo necesario para ganar una elección nacional, pero se enorgullece de tener el control sobre quién gana. En este momento, está en mi oficina pensando que tiene algún tipo de influencia sobre mí.

Está equivocado.

Sólo me reúno con él porque cuando la competencia se inclina hacia adelante en la mesa de cartas, miras su mano. Aún tengo reservas sobre la seguridad de Lennix, pero Grim me asegura que está en ello. No he declarado oficialmente mi candidatura, pero estoy cerca, y si lo hago, el chico de Chuck estará en la votación.

—Podríamos habernos conocido en Bourbon Steak,— dice, acomodándose en la silla al otro lado de mi escritorio. —Hacen un magnífico filete miñón. De origen responsable. Sé que eso es lo tuyo.

—¿Lo mío?— Me río. —Supongo que sí. Bueno, pensé que reunirme en el Four Seasons en la Avenida Pennsylvania, nada menos, con el presidente del Comité Nacional Demócrata, enviaría un mensaje público muy fuerte que podría ser prematuro.

—¿Prematuro? Tienes un fuerte apoyo temprano. Que te vean conmigo podría ser una señal temprana de poder para ti.

—¿Crees que necesito pedirte prestado el poder?— Pregunto.

Se pone rígido, un ceño fruncido empujando las arrugas de su frente en los pliegues irritados. —No exactamente pedir prestado, pero ambos sabemos que no tienes experiencia, así que tal vez podría aliviar algunas preocupaciones sobre tu liderazgo.

No quiero reírme; sólo sucede. —¿Harías eso por mí?— La fiesta del hombre es un caos y apenas le escuchan, así que seguramente no espera que lo haga.

—Ni siquiera tienes que preguntar.—Él agita una mano, entendiéndome mal. —Estaría más que dispuesto a hacerlo, por el bien de la fiesta.

—Eso es prácticamente magnánimo, Chuck. Realmente lo es.  
Jin Lei golpea brevemente, y luego mete la cabeza. —Están aquí.

—Oh, bien. Hazlas pasar.

Chuck gira la cabeza para mirar la puerta. —¿Ellas?

—Hunter, Allen & Associates hicieron un gran trabajo para Owen, pensé que sería inteligente hacerlas entrar mientras decido si quiero postularme.

—Si no te importa que lo diga.— Chuck se inclina hacia adelante y baja la voz, —esas señoras son problemáticas a veces.

—En realidad me importa que lo digas, y es lo que más me gusta de ellas.—Le doy una mirada dura mientras Kimba y Lennix entran. — Señoritas, hola. Gracias por venir.

Lennix y Kimba se sientan a ambos lados de Chuck, cruzando las piernas y doblando los brazos sobre el pecho.

—Estaba pensando que, uh, tendríamos algo de tiempo a solas,— dice Chuck, mirando de una mujer a otra. —Para discutir los próximos pasos.

—Sí, bueno, como mencionaste, soy muy inexperta y carezco de un verdadero liderazgo, así que tener a estas expertas involucradas es muy útil para un novato como yo.

Kimba resopla. Sus ojos me brillan al otro lado del escritorio. Lennix, sin embargo, apenas me ha mirado desde que entró. Sé que no quiere que nadie piense que estamos involucrados románticamente, pero diablos.

—¿Qué estamos discutiendo aquí exactamente, Chuck?— Kimba pregunta.

—Hay mucho rumor sobre Maxim postulándose para presidente.

—Somos conscientes,— dice Lennix.

—Y quiero hablar con él sobre ser el candidato demócrata.

—Si no me equivoco,— dice Kimba, —tenemos un proceso de nominación para eso.— Comienza con Iowa y pasa por todos los estados. ¿Quizás has oído hablar de ello?

—Sí, es el proceso formal, por supuesto,— dice Chuck, —pero todos sabemos que si apoyo a Maxim...

—¿Entonces me controlas?— Pregunto. —Buena suerte con eso.

—No control, per se,— dice. —Guía. Un joven como tú, con tan poca experiencia, necesitará jugadores más experimentados para aliviar las preocupaciones del público.—Se encoge de hombros, se estudia las uñas. —Podría incluso unirme a la entrada como vicepresidente. Nuestra combinación de juventud y sabiduría puede ser exactamente lo que este país necesita.

—Los acuerdos de trastienda no decidirán al próximo presidente,— dice Lennix. —El pueblo lo hará. ¿Tienes algo más que podamos oír aparte de tus cumplidos y posturas?

Su boca se abre y se cierra como una tortuga. —Me necesitas. Si crees que llegarás lejos sin el apoyo del partido, te equivocas. Y si quieres que Middleton gane, entonces hazlo. Sólo le quitarás el apoyo al candidato demócrata y *ambos* perderán ante Middleton.

—La última vez que lo comprobé,— dice Kimba, —cerca del veintinueve por ciento de los estadounidenses se identifican como demócratas.

—Y cerca de veintisiete como republicanos,— añade Lennix.

—¿Y cuántos dicen ser independientes, Lenn?— Kimba pregunta.

—Wow. Es como el cuarenta y dos por ciento.

—Wow. Eso es mucho.

—Pero votan azul o rojo, aunque sean independientes,— les recuerda Chuck con suficiencia.

—Eso es porque no han tenido una opción independiente viable,— dice Lennix. —Y creo que Maxim Cade es más que viable. ¿Viste la encuesta de hoy en el *Times*?

Chuck se pone rojo y se alisa la corbata.

—Puede que se le haya pasado,— dice Kimba. —Vamos a ayudarlo. La encuesta puso a Maxim frente a los candidatos republicanos y demócratas.

—Ganó la mayoría en cada escenario,— dice Lennix con frialdad. —Incluso contra Middleton. Ahora, fue un margen muy estrecho, por supuesto, pero eso es con mera especulación ya que Maxim no ha

anunciado oficialmente su candidatura. Ni siquiera hemos empezado a trabajar.

—Ahora mismo, lo creas o no,— dice Kimba, —tenemos la ventaja.

—No estoy de acuerdo.—Chuck se ríe. —La idea de que un independiente gane una elección presidencial no es algo que la mayoría de los estadounidenses puedan entender, así que harán lo que siempre han hecho. Votar rojo o azul.

—No estoy de acuerdo.—Hablo por primera vez en minutos, desde que Kimba y Lennix hicieron un gran trabajo. —Estoy seguro de que sabes lo que es la ventana de los Overton, ¿verdad? Hablamos mucho de eso en los negocios. Sé que no crees que sea una experiencia aceptable, pero tener a alguien que dirija una empresa internacional con beneficios puede ser útil para una entidad, Estados Unidos en este caso, que tiene una deuda de más de veinte billones de dólares.

—El concepto,— dice Kimba pacientemente, —es que se esboza la gama de posibles opiniones sobre cualquier tema.

—En este caso,— dice Lennix, —¿podría un candidato independiente ganar una elección presidencial?

—Habrá un rango desde lo impensable o imposible hasta lo aceptable, — agrego. —O popular a política, hasta finalmente, una mayoría que crea que podría ser la norma.

—Si Maxim decide presentarse como independiente,— dice Kimba, — eso es lo que haremos. Nuestro trabajo será llevar la idea de un candidato independiente viable de lo impensable a lo aceptable a la norma.

—Nos atrevemos a decir, incluso popular.—Lennix guiña el ojo. —El país está preparado para algo nuevo y tan desesperado por el cambio y las respuestas que están abiertos a cosas nuevas. Maxim podría ser esa cosa nueva. De nuevo, sí, y ese es un gran —sí,— decide postularse. Creemos que está en una posición única para cambiar la ventana de lo que es la norma en la política estadounidense.

—Apenas pudo mantenerse en el mensaje en las pocas semanas que fue sustituto de su propio hermano,— dice Chuck. —Y no podía molestarse en mover el centro para alinearse con la posición de Owen.

—Quieres decir con la posición del partido, ¿verdad?— Pregunto. —Y



ten cuidado al hablar de mi hermano, Chuck, en caso de que digas algo equivocado y me hagas un enemigo y tenga que destruirte. Odio cuando eso sucede.

Hay un silencio de unos segundos antes de que Chuck se sumerja. — No, no estaba diciendo... por supuesto, con respeto. Descanse en paz. Sólo estaba diciendo...

— Sé lo que decías, — interviene Lennix. — Pero aparentemente, a los estadounidenses les gustó que Maxim no abandonara sus opiniones para alinearse con la agenda del partido. Que no temía decir cuando él y su hermano no estaban de acuerdo en algo. Apreciaron su honestidad y autenticidad.

— Ahora podrías decirme de nuevo, — dice Kimba, levantando una ceja, — ¿por qué te necesitamos, Chuck?

— De hecho, te envié por correo electrónico algunos de mis pensamientos iniciales sobre la estrategia, Maxim, — dice Chuck.

— Los leímos. — Kimba suspira. — Y te preguntas por qué los Demócratas perdieron las últimas elecciones.

— ¿Perdón? — Chuck pregunta, obviamente ofendido.

— ¿Dónde encontraste esas estrategias, Chuck? — Lennix pregunta. — ¿El Smithsonian? Además de que tu evaluación de cómo presentar a un candidato como Maxim está equivocada, es arcaico. No hay ni una sola cosa moderna en ello.

— Déjame adivinar. Sabes exactamente lo que debería hacer. — Chuck se burla.

— Maxim es un soplo de aire fresco, — dice Lennix, con la mandíbula puesta y las fosas nasales abiertas. — Un líder de campanas que ve el futuro como si fuera hoy y calcula cómo llegar de la A a la Z antes de que hombres como tú puedan empezar las matemáticas. Lo diriges como un rebelde, no como el experimentado, sino como el inteligente. El que no confía en lo que ya ha aprendido porque entiende que en una trayectoria tan rápida, en un mes eso podría no funcionar más. Quieres a alguien que aprenda a la velocidad de la luz. Le dices a Estados Unidos que en estos tiempos peligrosos, no necesitan la opción segura. Necesitan a alguien que no tenga miedo.

— Entiendo que no sepas qué hacer con Maxim porque nunca antes

has encontrado a nadie como él,— dice, mirándome por primera vez, esa mirada que declara que me ama y cree cada palabra. —Yo tampoco.

## 38. LENNIX



—Bueno, eso fue divertido,— dice Kimba, de pie una vez que Chuck ha salido de la oficina de Maxim.

—Verlas a las dos es una clase magistral.— Maxim se ríe, inclinándose hacia atrás en su asiento. —Si no le asusta enfrentarme, ciertamente le asusta enfrentarlas a ustedes dos.

—¿Y lo hará?— Kimba pregunta, apoyándose en el escritorio. —¿Enfrentarte? ¿Cuándo tomarás tu decisión final? Si vamos a hacer esto, tenemos que empezar a organizarnos, y rápido.

—Heredaríamos la estructura básica de la campaña de Owen,— digo yo. —Y algunos del equipo volverán a bordo si no han encontrado ya nuevos trabajos con otras campañas.

—Y es una gran ayuda que esos independientes hicieran la organización de base en el acceso a la votación para ti,— dice Kimba.

—Me acerqué al representante y le pregunté qué tan cerca están de ser logrados. Ya están cerca del setenta por ciento. Las firmas fueron fáciles, especialmente después de ese discurso que diste.

—Me parece sucio que las cosas que dije en el panegírico de mi hermano estimularan todo esto,— dice Maxim.

—En realidad no,— le digo. —Desafiaste a la gente a no tener miedo. No dejar que lo que pasó les impidiera hacer lo que Owen hubiera querido.

Ambos sabemos que si fuera por él, estaríamos permitiendo que el miedo nos detuviera. Yo también tengo miedo, pero llega un punto en el que tu necesidad de actuar supera el miedo a lo que pasa cuando lo haces. Estamos en peligro. Si hace esto, mi trabajo será asegurarme de que Maxim tenga la mejor oportunidad de ganar. El trabajo de Grim será mantenernos a salvo.

Y mi privilegio es amar a Maxim sin importar lo que pase.

—Bueno, voy a volver a la oficina,— dice Kimba, haciendo una pausa.

—Hay algo que debemos discutir si haces esto y Hunter, Allen & Associates te acepta.

—¿Qué es?— Maxim pregunta.

—No follamos a nuestros candidatos,— dice. —Esa ha sido nuestra política desde el principio, y es una de las cosas por las que somos conocidas y en las que hemos construido nuestra reputación. Cuando Owen se postuló, creo que Lennix podría haber conseguido que su relación fuera pública. No es lo ideal, pero podríamos superar eso. Si tú eres el verdadero candidato, ella tiene razón. Las mujeres ya lo tienen bastante difícil sin que la gente asuma que cada vez que nos acercamos a un candidato queremos follarnos hasta la cima de la votación, si sabes a lo que me refiero.

La expresión de Maxim es dura y plana, la cara de un risco. —No creo...

—Aquí están tus opciones,— Kimba se interpone. —Opción número uno: Lennix no trabaja con tu campaña.

—De ninguna manera,— interrumpo. —Si él se postula, yo estoy en el barco.

—Sí, claro.— Kimba asiente. —Opción número dos: ponen su relación en espera mientras dura la campaña.

—Al diablo con eso,— dice Maxim. —Nadie puede esperar que un hombre ame tanto *a su* país.

Me cubro el rostro ardiente, pero Kimba se ríe, disparándome una sonrisa lasciva. —Eso es lo que pensé. Así que es la opción número tres.

Ella se recupera y abre la puerta. —Discreción. Hablo en serio. No han salido mucho juntos, así que puedo ver cómo se lo han ocultado a la prensa estos meses. Estamos hablando de un año. ¿Pueden ocultárselo al público y a nuestro equipo durante un año? Porque si uno de nosotros empieza a romper las reglas, será el comienzo del caos. Esta es mi empresa también. Mi reputación, también.—Ella agita su dedo entre nosotros dos. —No van a arruinar mi reputación porque Maxim no puede mantener su polla en sus pantalones.

—¿Yo?— Maxim me señala a mí. —¿Qué pasa con ella? Ella lo desea todo el tiempo. Te lo digo. Apenas puedo mantenerla satisfecha.

*Muerta.* Estoy mortificada, y todo lo que diga a continuación será comunicado desde el más allá. Toda esta conversación se ha convertido en una sesión de espiritismo.

Mi absoluta vergüenza debe estar esparcida por toda mi cara, porque los dos la pierden riéndose cuando me miran. El puño de Kimba golpea a Maxim.

—Eso estuvo bastante bien. Tengo que dártelo.— Ella deja de reírse abruptamente y gira una mirada de advertencia entre los dos. —Pero de verdad, sin embargo. Discreción. Ninguno de nosotros puede permitirse el escándalo.

Una vez que la puerta se cierra detrás de ella, Maxim se acerca para pararse frente a mí y me pone de pie. Le empujo el pecho, dejando espacio entre nosotros.

—Ella habla en serio, Doc, y yo también. Ya no puedes quedarte en mi apartamento, ni siquiera usando la entrada trasera. No más sexo todos los días.

Él me mira de forma irónica, porque, en realidad. Rara vez tenemos sexo sólo una vez al día.

—Vale, no más sexo dos veces al día. Sé que no es realista pensar que nunca... nos equivocaremos. Por eso Kimba nos dio esa opción, pero no podemos abusar de ella.

—Entonces, ¿cuándo nos ves haciendo el amor?

—No muy a menudo y sólo bajo circunstancias muy especiales.

—¿Quieres decir cómo los martes?

—Sé serio. No quiero ser ese cliché, el asunto de la campaña.—Cierro los ojos y sacudo la cabeza. —El candidato y su pedazo de culo en el camino.

—¿Pedazo de culo?— Sus manos rozan las curvas de mi trasero antes de deslizarse hasta mi cintura. —La gente puede estar enamorada y estar en la política. *Estamos* enamorados. Soy tuyo. No es vergonzoso.

Alcanzo a sostener su hermosa cara con sus ángulos duros y su simetría escarpada. —Y yo soy tuya. Lo sabemos, pero en este punto se trata de la percepción. Kimba y yo no podemos permitirnos el daño que causaría a nuestra reputación, y una vez que seas candidato, tú tampoco podrías.

Después de un segundo, asiente con la cabeza. —Bueno, todo esto es irrelevante si no me postulo.

—Pero quieres hacerlo, ¿no?— Pregunto, buscando en sus ojos y captando esa chispa de excitación que cada vez le resulta más difícil ocultar. —Puedo ver que empieza a tener sentido para ti.

—Es complicado.—Se encoge de hombros. —Como medida preliminar, he hecho que mis abogados empiecen a ver cómo afectaría a mis intereses comerciales.

—Tendrías que formar un fideicomiso y nombrar a otras personas para dirigir CadeCo, sin ninguna participación si ganas.

—Es mucho a lo que renunciar.—Se dobla un poco hasta que estamos cara a cara. —¿Pero qué pasa con esos niños locos que soñaron en un campo de tulipanes hace tantos años con cambiar el mundo, con hacerlo un lugar mejor, y que en realidad lo hacen juntos?

Respiro profundamente, sin permitirme pensar en el bien que podríamos hacer si esta cosa improbable sucediera. —Sr. Cade, eso sería lo que llamamos,— digo, levantarme para besarlo ligeramente, también, —un sueño hecho realidad.

## 39. LENNIX



Maxim anuncia su candidatura desde Colorado, el estado que técnicamente enumera como su hogar y donde ha votado en los últimos años. Creo que estoy más nerviosa que él. En la sala de su casa, alguien le está poniendo polvo para reducir el brillo, y se está riendo mientras se instalan las cámaras y el kit de iluminación.

—¿Cambiamos esa última línea?— Le pregunto a Glenn, que se ha reincorporado a la campaña como redactor de discursos.

—Sí,— dice Glenn. —Pero probablemente cambió mucho más que esa línea después de que nos fuimos.

—¿Por qué dices eso?— Pregunto, ya en modo de pánico leve.

—Me parece un tipo que se sale mucho del mapa. No será la primera ni la última vez, estoy seguro. No es su hermano.

—Um, regla cardinal, Glenn.

Nuestro equipo estableció una regla cardinal para no hacer comparaciones entre Owen y Maxim, y para disuadir a la prensa de hacerlo también. Habrá quienes digan que esto es un movimiento oportunista de Maxim cuando en realidad es un gran sacrificio en muchos sentidos. Financiera y personalmente.

El productor cuenta con nosotros, y cuando la luz roja de la cámara se enciende, se centra en Maxim.

—Estoy aquí para anunciar formalmente mi candidatura a la presidencia de los Estados Unidos de América,— dice Maxim. —Nadie se sorprende más al oírme decir esto que, bueno, yo.

—¿Esto estaba en el discurso?— Le pregunto a Glenn, hojeando mi copia impresa de los temas de discusión de Maxim. —No recuerdo este comienzo.

—Te lo dije,— dice secamente. —No sé si está mirando el teleprompter.

—Muchos de ustedes me conocieron cuando mi hermano Owen se

postuló para presidente.

Dijimos que no iríamos directamente a Owen. Suspiro.

Maxim se ríe entre dientes. —¿Creen que su hermano mayor es un dolor en el trasero? Prueben a crecer con el tipo que sabe, desde que tiene como cinco años, que algún día será el presidente. Todo otro nivel de mandón.

Kimba se acerca a mi lado. —Sé que estás perdiendo la cabeza, pero él lo está haciendo muy bien. Déjalo en paz.

—¿Por qué no está usando el discurso en el que pasamos horas?

—Los grandes líderes tienen un gran instinto. Confía en él, ¿vale?

Suelto un largo aliento y asiento de mala gana.

—Nunca aspiré a ser presidente,— dice Maxim, su sonrisa se desvanece. —Quería cambiar el mundo, y la mayoría de los políticos que vi no lo hacían. Estaban cuidando de sí mismos. Como la mayoría de ustedes saben, soy un hombre rico. Nací en ello. No lo pedí, pero lo tengo. Eso es un privilegio. Lo he aprovechado en mi vida personal para ayudar a los que no lo tienen. Ahora quiero hacer eso en nombre de aquellos en este país que están luchando. Soy un capitalista sin disculpas. Creo en las elecciones y en el trabajo duro. Por eso me presento no como demócrata o republicano, sino como independiente. Él lanza una mirada irónica a la cámara, un mechón de pelo oscuro cayendo hacia adelante y probablemente ganando algunos votos. —Esta es la parte en la que me descartan, ¿verdad? Porque ningún independiente ha ganado nunca una elección presidencial. Esta es también la parte en la que se equivocan. No planeo ser una nota a pie de página o una novedad en esta campaña. Planeo ser una fuerza en ella, siempre redirigiéndome a los temas cuando nos distraigan los tabloides, dando forma al diálogo en torno a las necesidades de los estadounidenses comunes, incluso si tienes problemas para verme como uno.

Se inclina hacia adelante, con los codos en las rodillas, como lo he visto hacer miles de veces cuando quiere volver a casa un punto. —Tal vez estén preocupados porque nunca he gobernado. Entiendo las complejidades del gobierno, y he dirigido una empresa de mil millones de dólares. Sé cómo hacer dinero, que es algo que un país



como el nuestro, en trillones, sí, con un T-trillones de dólares en deuda, podría usar, pero tampoco creo que la gente deba ser sacrificada por el dólar.

Estoy conteniendo la respiración, no tengo idea de cómo el público recibirá esto.

—Nos enfrentamos a problemas más grandes de los que nunca hemos tenido en este país. Necesitamos soluciones audaces. Muchas cosas sobre el futuro asustan a muchos de ustedes, y lo entiendo. Según los expertos, la automatización, los robots se llevarán una gran parte del trabajo de los humanos. Ciudades enteras pronto podrían estar bajo el agua debido al cambio climático. Las tensiones en todo el mundo tienen a muchos de nuestros vecinos globales al borde de la guerra. No pretenderé que no da miedo, pero les aseguro que no tengo miedo. El genio y la innovación viven en el ADN de esta nación. Si nos enfrentamos a nuevos problemas cada día, hay quienes tienen las respuestas, que *encontrarán* las respuestas. Y donde esas respuestas no existan, las crearemos. Soy un tipo que sabe cómo hacer algo de la nada. Lo he hecho por mí mismo. Déjenme hacerlo por ustedes.

La pasión en su expresión se templea, y una sonrisa triste curva sus labios. —Empecé a hablar de mi hermano, Owen. Como saben, fue asesinado no hace mucho tiempo. Lo anuncio más tarde que los otros candidatos porque no tenía intención de hacer esto. Quería apoyar a mi hermano. Habría sido un presidente increíble, y Millie habría sido una extraordinaria primera dama.

Se detiene, traga y parpadea rápidamente, un brillo de lágrimas sobre sus ojos verdes. —Daría lo que fuera por tenerlo de vuelta, para que se sentara aquí y les hablara de la atención médica, la seguridad social, la igualdad de salarios y todo lo que él creía que era lo menos que podíamos hacer como pueblo.

Se mira las manos, se agarra entre las rodillas y vuelve a la cámara. — Esa elección me fue arrebatada, pero esta no lo ha sido. Elijo hacer lo que siempre quise hacer: cambiar el mundo, y Owen hizo de este tipo cínico y hastiado un creyente de nuevo. Espero poder hacer lo mismo por muchos de ustedes. Esta no es una campaña de pequeños movimientos, sino de grandes ideas. He construido mi vida sobre

sueños imposibles.

Su sonrisa malvada me asusta porque sé que promete maldad. —Una vez, estaba tratando de impresionar a una chica hermosa, y le dije todos mis grandes sueños, que quería hacer del mundo un lugar mejor, que quería cambiar una nación, esta nación. Le pregunté si eso era arrogante o presuntuoso. ¿Saben lo que dijo?

Se ríe y junta las manos. —Dijo que la revolución requiere un cierto grado de arrogancia. Tengo arrogancia de sobra. Lo sepan o no, necesitamos una revolución. Necesitamos agitar las cosas. El status quo es insuficiente para lo que se avecina. No temamos al futuro. Hagámoslo.

## 40. MAXIM



—Tienes cientos de mensajes,— me dice Jin Lei en tonos recortados.  
—Bueno, acabo de anunciar que me postulo para presidente,— digo, sin mirar desde mi laptop. —Eso tiende a poner a la gente en marcha.  
—No puedo creer que realmente estés haciendo esto,— dice, apoyando un hombro en el marco de la puerta. —Como, presidente.  
—Yo tampoco, pero si me convierto en presidente, tal vez pueda darte un trabajo mucho más fácil que el que haces para mí ahora.  
—¿Cómo qué?  
—¿Secretaria de Defensa?  
—No aceptaría el recorte salarial,— dice, girando para irse. —Me voy a ir si no necesitas nada más.  
—Estoy bien. Creo que Kimba vendrá en un rato con algunas notas. Tuve que dejar el anuncio y casi inmediatamente entrar en modo de rescate en este trato de Hong Kong. Aparentemente, a nuestros accionistas no les importa que me presente a presidente. Quieren su dinero sin importar lo que pase.  
Trabajo por unos minutos en bendita tranquilidad, haciendo más de lo que he hecho desde que me desperté esta mañana. Hablé con Millie brevemente, y me aseguró que tenía su bendición, pero luego apresuradamente colgó el teléfono. Mi mamá y mi papá llamaron. Mamá lloró básicamente durante toda la conversación. Había mucho acerca de cómo Owen estaría orgulloso de mí por continuar donde lo dejó. Eso me dejó bastante atascado, y luego mi padre se puso al teléfono y me dijo que —lo hice bien.— Como elogio de mi padre, eso fue muy fuerte.  
—Toc, toc.  
Levanto la vista y Lennix, no Kimba, está en la puerta. Lleva jeans y una camisa que dice *Indígena o Busto*, las palabras que atraviesan su... busto. Qué lindo.

—Toca, toca tú misma.— Yo me retiro de mi escritorio. —Una agradable sorpresa. Esperaba a Kimba.

—Tenía que ir a Alabama. Hay una elección allí que se está calentando y necesitaban ayuda.

—Así que estoy atrapado tratando contigo, ¿eh?— Sacudo la cabeza y suspiro fuertemente. —Si debo hacerlo.

Ella camina más lejos en la habitación y se sienta en el borde de mi escritorio. Quiero agarrarla en mi regazo, pero me abstengo. Hemos dicho que intentaremos ser buenos, así que la dejaré tomar la delantera. Ella saca un pequeño cuaderno de notas de su bolsillo trasero.

—Oh, ¿es este el famoso cuaderno? ¿En el que escribes todas las cosas que he hecho mal y me dices cómo hacerlo mejor la próxima vez?

Ella mira hacia arriba con una sonrisa torcida. —Sí.

—Bueno, adelante.

—Ignoraste el teleprompter.

—Sí, porque tenía ese discurso, y decidí no usarlo, así que... no hay necesidad de usar el teleprompter.

—Bien... Te saliste completamente del guion.

—Sentí que sabía lo que era correcto para mí en ese momento. No se le dice a un tipo cuyos instintos le han salvado toda la vida que apague sus instintos.

—Sí, bueno, te agradecería que al menos pudiéramos discutir estos instintos tuyos antes de que te sometas a ellos frente a millones de personas.

—No es mucho pedir.

—Empezaste con Owen cuando dijimos que no lo haríamos.

—Tenía que hacerlo.—Paso una mano sobre los músculos tensos de la nuca. —Él es la única razón por la que estoy intentando esto. Tenía que reconocerlo desde el principio. ¿Qué más tienes?

Se levanta y camina alrededor del escritorio y se inclina hasta que nuestras caras se alinean. —Estoy muy, muy orgullosa de ti,— susurra, cerrando el espacio entre nuestras bocas y besándome. Sabe tan puro como la primera vez que la besé en una noche oscura en una calle empedrada. Me paro y le devuelvo el beso con toda la esperanza

y el amor que ella me inspira.

Miro por encima de su hombro a la puerta abierta de mi oficina, y encuentro el pasillo vacío. Le agarro el culo y le clavo mi erección.

—Entonces, ¿es un martes?— Pregunto.

Se ríe y deja caer su cabeza sobre mi hombro. —No, Doc. Los martes tendrán que ser ocasiones muy raras y especiales durante mucho tiempo.

## 41. LENNIX



—Necesitamos programar algunos ayuntamientos,— dice Kimba, mirando a su portátil. —Maldita rueda giratoria. Uno pensaría que Steve Jobs podría haber descubierto esto antes de morir, descansar en el poder.

—Revolucionó la computadora personal y cambió casi todos los aspectos de tu vida con un *teléfono celular*,— dice Maxim secamente. —Tal vez deberías ser más tolerante con él.

—Por favor, no me digas que eres un fanático de Jobs,— gime Glenn.

—¿Un fanático? Nooooo,— niega Maxim con un movimiento de cabeza. —¿Debería tener un estado con su nombre? Lo más probable es que sí.

El resto del personal superior reunido alrededor de la oficina de campaña de Maxim en Nueva York se ríe. Establecer nuestra sede aquí fue un movimiento de poder. Sí, la sede de CadeCo está aquí. Es la ciudad más genial del país, al menos por la percepción, y el centro de la música, el teatro y las artes, pero también es fácil conseguir cobertura aquí. Para hacerse viral aquí, *y* está a una distancia relativamente fácil de los estados de cambio como Pennsylvania, Ohio, Michigan y New Hampshire. Tampoco es malo que Maxim sea dueño de un edificio de apartamentos en el SoHo, que es donde la mayoría de nosotros vivimos mientras estamos en la ciudad.

—Oye, hablando de programar los ayuntamientos,— dice Glenn, —¿no trabajaba Lacy Reardon con ustedes? Ella desarrolló esta aplicación SkedAdv, y es el sueño de un programador.

Kimba y yo intercambiamos una mirada rápida de *piedad* a la mención de Lacy, la chica que tuvimos que despedir después de que se descubriera su aventura a Susan Bowden.

*Con la esposa de Susan.*

Situaciones como esa me hacen aún más decidida a mantener mi

relación con Maxim en secreto por un tiempo. Aunque no hay infidelidad o mala conducta, el sexo y la política tienen un pasado tórrido. Cada vez que se rozan, el público lo percibe como un escándalo. Y el escándalo destruye las campañas.

—Sí, Lacy trabajó con nosotros,— responde Kimba. —En la campaña de Susan Bowden por un tiempo, pero terminó por irse. Es increíblemente talentosa. Oí que recientemente firmó con uno de los demócratas.

—La campaña de Dentley, ¿verdad?— Pregunto, manteniendo mi tono informal. —Gobernador de Nueva Jersey.

—Sí, hicimos un proyecto juntos hace unos meses,— dice Glenn. —Tal vez podríamos persuadirla de que venga a trabajar para Maxim en su lugar.

—Creo que estamos establecidos,— digo. —Pero tienes razón. Ella es increíble. Ahora, de vuelta a estos ayuntamientos.

—Bleh.— Maxim se estremece.

—¿Bleh?— Pregunto, riendo. —¿Eres una chica de catorce años?

Me lanza una galleta de la fortuna envuelta en plástico y rebota en mi pecho. Se encoge de hombros, con aspecto de inocente. —Ups.

Pongo los ojos en blanco y no puedo evitar sonreír. —Ayuntamientos... necesitamos algunos en los estados indecisos.

—Hmmm, pregunta rápida,— dice Maxim alrededor de la galleta de la fortuna que se metió en la boca. —¿Estará Thomas Jefferson allí? ¿No fue la última persona que se preocupó por un ayuntamiento?

—Maxim, necesitamos una forma de que te conectes con la gente y respondas a sus preguntas,— dice Kimba. —Especialmente desde que nunca has trabajado en el gobierno y eres muy joven.

—Con tanta gente hablando de mi edad, cuando preguntan qué edad tengo, ahora digo que cumpliré cuarenta años en mi próximo cumpleaños.

—Estás encendido esta noche, ¿eh?— Pregunto.

Su mirada acaricia cada parte de mi cara. Extiendo mis ojos para hacerle saber que está haciendo esa cosa otra vez donde parece que está enamorado de mí. Deja caer su mirada, sonriendo y levantando el teléfono.

Mi teléfono emite una notificación unos minutos después cuando todavía estamos enumerando las razones por las que Maxim debería ir a estos ayuntamientos. Incluso con su nuevo nombre de contacto, casi me rompo las uñas buscando el teléfono antes de que alguien lo vea.

**King: Realmente necesito que sea pronto martes.**

**Yo: Lo estamos haciendo muy bien. Sólo aguanta.**

**King: No le dices a un tipo con bolas azules que —aguante.**

Me río y miro hacia arriba para encontrar a Glenn mirándome extrañamente. —¿Qué es tan gracioso, Nix?,— pregunta con una sonrisa.

La sonrisa de Maxim se congela y se rompe como el hielo.

*Oh, mierda.*

—Yo, nada. Estoy bien.— Me quito la banda elástica del pelo y luego me pongo una cola de caballo. No sé qué hacer con mis manos, y no sé por qué Glenn me llamó Nix. No sería tan grave si alguien que no sea Maxim me llamara Nix, pero *nadie lo hace*. —Um, entonces, ¿Ayuntamientos?

Maxim sigue mirando fijamente a Glenn, que está inconsciente, charlando con Polly, nuestra asistente de programación, sobre posibles ubicaciones. Maxim sigue semi-reflejando a Glenn durante unos segundos más.

—No digo que no nos conectemos con los votantes y les demos la oportunidad de hacer preguntas,— dice Maxim, —Digo que creo que necesitamos refrescar el concepto y hacerlo más consistente con mi marca, que es joven, progresista e innovador.— Las palabras ‘ayuntamientos’ son tan innovadoras como el agua corriente.

—¿Qué tenías en mente?— pregunta Glenn. Maxim todavía tiene el calor de mil soles en sus ojos cuando los enciende, pero nadie más parece notarlo.

—¿Qué hay de los pop-ups?— Yo pregunto. —Como los pop-ups de la política.

—Me encanta eso.— Maxim ofrece su puño para dar un golpe en la mesa, muy *colega, colega* cuando hace sólo unas semanas dormíamos juntos todas las noches y desayunábamos en la cama todas las



mañanas. —Y si somos estratégicos al respecto, podríamos hacer un autobús de parada en parada. Yo compenso cada vez que vuelo, y me aseguro de que soy carbono neutral, pero eso es la letra pequeña. El votante promedio me verá volar por todo el país en un avión privado y se preguntará cómo encaja con mi postura sobre el cambio climático. Quiero decir, tengo que volar mucho, pero siempre que podamos minimizar, creo que deberíamos.

—Me encanta la idea del autobús,— dice Kimba. —Eso se siente un poco de la vieja escuela, pero también más verde que el avión. Aunque te prometo que no voy a ir en autobús hasta Cali, así que puedes olvidarte de eso ahora mismo, Sr. Candidato.

Maxim se ríe entre dientes junto con el resto del equipo. Tenemos algunas cosas más y tenemos algunas discusiones preliminares sobre el primer debate democrático en junio. Maxim está en desventaja porque es independiente, por lo que no tiene la visibilidad en los debates televisivos que patrocinan los demócratas y republicanos. Afortunadamente, el nombre de Maxim está en boca de todos, y tiene invitaciones de todos los programas matutinos, nocturnos, políticos, lo que sea, y quieren a Maxim. Nuestra estrategia es convertir la desventaja en una ventaja porque mientras sus escenarios están llenos de diez o quince candidatos compitiendo por el tiempo del micrófono y derribándose unos a otros antes de la nominación, Maxim tiene plataformas para sí mismo con muchas oportunidades de articular su visión sin oposición, y por lo general en un escenario menos formal, lo que más le convenga.

Una vez que la reunión se rompe, Kimba y yo empezamos a empacar y a prepararnos para irnos a nuestro departamento. Ha sido casi como en la universidad de nuevo, viviendo juntas, pero sin los fideos ramen, la pizza congelada y el calcetín en la puerta cuando Kimba tiene suerte.

—Nix, ¿me das un minuto?— Maxim pregunta, sin mirar desde su portátil.

Kimba y yo compartimos una mirada cautelosa. Ha sido muy bueno en mantener las manos quietas, y aparte de la ocasional mirada de *te amo taaanto*, discreta.

—Uh, seguro. — Le hago señas a Kimba. —Te veré en un rato.

—Vale,— dice ella, sonriendo a sabiendas. —Te veo en casa.

Soy la última en la oficina, y se siente extraño estar completamente a solas con Maxim después de un mes o más de asegurarse de que siempre haya alguien cerca. Hemos compartido algunos besos robados, pero hemos estado demasiado ocupados para mucho más. Maxim todavía tiene un negocio que dirigir, aunque ha delegado todo lo que puede.

—¿Podrías cerrar la puerta?— pregunta, su mirada sigue pegada a su pantalla.

—No estoy segura de que debamos...

—Ciérrala.— Su voz es autoritaria, como no la he oído en mucho tiempo. Mis pezones responden inmediatamente al tono áspero, se perfilan bajo mi camisa como si los hubiera lamido con su lengua en vez de con sus afiladas palabras.

Me siento en la mesa de la sala de conferencias y espero. Él hace clic durante un minuto o más y luego cierra el portátil. —Lo siento. A Jin Lei no le importan los ayuntamientos o los pop-ups. Quiere que le quite de encima a estos inversores de Hong Kong. Ella está en camino. Él se levanta abruptamente, cruza a la puerta que cerré y la cierra con llave.

—Doc,— digo, una advertencia en mi voz. —Lo hemos hecho muy bien, y definitivamente este no es el lugar.

—Te escucho. No tenemos que ir el martes, pero tenemos que hablar.

—Está bien. ¿Qué está pasando?

—Glenn.—Se raja los ojos. —Es un problema.

Suelto un aliento aliviado y una pequeña risa. —Dios, me tenías preocupado. ¿Cómo es que Glenn es un problema? Es un gran escritor de discursos, lo cual sabrías si te ciñeras a alguno de sus discursos.

—Le gustas.

—Estás leyendo cosas que no están ahí. Somos amigos. Nos conocemos desde hace mucho tiempo. Esta es nuestra quinta campaña juntos.

—Te llamó Nix.

Lo cual es aparentemente el equivalente a la primera base en el cálculo

de Maxim. —Él no lo sabe. ¿Cómo podría saber que no me debe llamar Nix?

—De alguna manera, mágicamente, nadie más lo sabe cuándo me oyen llamarte así. Sólo él. Sólo Glenn.

—Es tu imaginación. Hemos trabajado juntos durante años, y él nunca ha intentado nada.

Maxim cruza la mesa y me cubre las dos manos con una de las suyas. Me sujeta con la intensidad de su mirada. Aunque sea por una tontería, me deleito con su atención total cuando parece que siempre hay algo que se disputa en estos días. Ahora mismo, lo tengo todo para mí, completamente concentrado en mí, y olvidé lo bien que se siente.

—Si te toca,— dice Maxim, su tono es peligroso porque es tan natural, —está despedido. Y no intentes ocultármelo. Lo averiguaré.

—¿Cómo? ¿Por la seguridad que se supone que no debo saber que está ahí, pero sí sé que está ahí?

—Estuviste de acuerdo con las condiciones. No podemos bajar la guardia mientras Gregory siga suelto.

Con Maxim haciendo tan bien las encuestas para un independiente, es fácil olvidar que hay alguien ahí fuera que quiere matarnos. Espero que Gregory no esté simplemente arrullándonos en una falsa sensación de seguridad, y luego golpeando cuando menos lo esperamos.

—¿Alguna pista?— Pregunto.

—Grim cree que la rata de CamTech es nuestra mejor opción.

—No había pensado en eso.

—Por eso gana mucho dinero,— dice Maxim, con su sonrisa yendo y viniendo antes de que yo tenga tiempo de disfrutar de su calor.

—Es la única persona que sabemos que tuvo algún tipo de contacto con Gregory cuando se le filtró la información de la vacuna. Encontramos la rata, y luego la rompemos, para lo cual Grim es muy bueno, por cierto.

—Oh, no lo dudo, ¿y Wallace está ayudando?

Levanta la vista, hace una mueca, pone los ojos en blanco.

—Sé amable,— le digo, riéndose entre dientes.

—Sí, Wallace y el equipo de CamTech están cooperando.

Se levanta y se sienta en el borde de la mesa de la sala de conferencias, tirando de mí para ponerse de pie entre sus piernas.

—No quiero hablar de tu exnovio,— dice, poniendo sus labios sobre los míos. —Hablemos de tu actual.

No lo dudo, abriéndome para él, tan hambriento como está de cualquier miga, un beso, una caricia. Nuestro amor se sentía tan vasto en Wyoming, tan ancho y extenso como el cielo. Ahora se siente compacto, reducido a las minucias de unos pocos besos con migajas, toques robados bajo las mesas, y largas miradas con nuestras fantasías reunidas a través de habitaciones abarrotadas.

Sus dedos se meten en mi pelo, tirando de la banda elástica para que las hebras caigan sobre sus dedos. Inclina mi cabeza y susurra en nuestro beso, —¿Estás segura de que tenemos que seguir haciendo esto? Te extraño muchísimo, Nix.

Le lamo la boca, me esfuerzo, le rodeo el cuello con los brazos y le presiono para que tenga una erección en el vientre, haciéndonos gemir a ambos.

—Yo también te extraño, pero si sale a la luz, créeme, será una gran distracción, y la gente que está empezando a tomarte en serio no lo hará. Nos reducirán a un candidato que se acuesta con una joven de su campaña.

—Joven, ¿eh?— Se ríe. —Ahora intentas hacerme parecer un viejo verde.

—Oye, empezaste a desearme cuando sólo tenía diecisiete años.

Su sonrisa se desvanece, y sus manos se aprietan en mi cintura. —Estuviste tan fantástico ese día. Estaba en el auto de mi papá, y te escuché antes de verte. La convicción en tu voz, y entonces estabas tan... todo.—Me toma la mejilla y apoya su frente contra la mía. —Nunca tuve una oportunidad.

—Yo tampoco,— susurro, acurrucando mi cuerpo más cerca del suyo, amando cómo encajamos.

—Quiero que nuestra hija sea como tú.

La palabra *hija* me sacude y dejo caer mis ojos. Estar separados para la campaña es muy duro, pero hacer el trabajo de conseguir que sea

elegido, viendo cómo la gente ya responde a él, hace que parezca... posible. Por más firme que fuera en cuanto a su candidatura, nunca me paré a pensar en lo que pasaría si realmente ganara.

*Lo que me pasará a mí.*

Maxim nunca se ha declarado, pero queremos pasar nuestras vidas juntos. Si gana esta elección, el matrimonio se convertirá en un mundo nuevo que requerirá sacrificios que nunca anticipé. Sacrificios que no estoy segura de querer hacer.

—¿Me has oído, Nix?— Maxim pregunta, inclinando mi barbilla hacia arriba para fijar nuestras miradas juntas. —Dije que quiero que nuestra hija sea como tú.

Aún estoy formulando mi respuesta cuando una llave abre la puerta de la sala de conferencias. Nos separamos apresuradamente, mi corazón late tres veces. Maxim parece mucho más relajado, sentado en la silla frente a su portátil como si ese fuera su destino todo el tiempo. Jin Lei abre la puerta. Es una de las pocas personas que sabe de nosotros. Sabe todo sobre nuestras vidas, incluso sobre Gregory.

—Oh— dice Jin Lei, mirando tan sorprendida como nosotros. —Siento interrumpir. Olvidé algo. No me di cuenta...

—No interrumpiste,— la tranquilizo, evitando la mirada de exploración de Maxim. —Ya me iba.

## 42. LENNIX



—No soy un monje, ni un sacerdote,— dice Maxim desde la pequeña plataforma que montamos en el Love Park de Filadelfia, la icónica estatua de LOVE detrás de él con letras rojas apiladas. —Y sí, en algún momento, inspiré.

Hace una pausa para la risa de la multitud. Finalmente lo convencimos de que usara la camiseta de la campaña. Se sentía raro llevando su propio nombre en el pecho. El hombre hace sostenes con botellas de agua recicladas, pero tiene dudas sobre la ropa que lleva su nombre.

—Pero no soy un mentiroso,— continúa Maxim. —No soy un cobarde, y sé cómo construir algo de la nada. Miro hacia atrás para aprender de nuestra historia, pero no permitiré que las prácticas anticuadas nos alejen del futuro más brillante. Escarben lo suficientemente profundo en mi pasado y podrían encontrarme diciendo algo estúpido, o que ya ni siquiera creo. Miren lo suficientemente cerca y verán mis defectos, pero también verán a alguien con una visión y, espero, la integridad para ver a través de ella.

Empezamos nuestra gira de políticas en Nueva York, y nuestro autobús Cade ha estado recorriendo los estados todos los días. Intrínsecamente, la naturaleza viral y popular del formato pop-up significa que las multitudes tienden a ser más jóvenes. Creo que tendremos millennials en la mira en noviembre. Son los primeros en adaptarse demográficamente, obviamente. No desconfían tanto de la relativa —juventud— de Maxim, y la idea de hacer algo histórico -elegir un presidente independiente- les atrae. Específicamente, Maxim les atrae. Es atractivo y convincente, ese poder limitado y la cruda fisicalidad que atrae a la gente hacia él, pero es la amplitud de su inteligencia y su humor inesperado lo que mantiene su atención.

—No es una mierda,— murmura Kimba a mi lado en la periferia de la multitud.

—¿Qué?— Pregunto, obligándome a arrastrar mi mirada desde

Maxim.

—No puedes quitarle los ojos de encima.—Kimba asiente con la cabeza al escenario. —Y Glenn no puede apartar sus ojos de ti.

—¿Qué?— Miro alrededor, y mi mirada choca con la de Glenn. Él está de pie a unos metros de distancia, pero desvía sus ojos rápidamente.

—Bueno, estoy segura de que ese sujetador naranja no ayuda,— dice Kimba irónicamente.

Hace calor para ser sólo mayo, y decidí probar una de las camisetas de la campaña Creando el Futuro. No esperaba que la tira de mi sostén naranja se deslizara por mi brazo cada cinco minutos.

—Ha estado mirando tus tetas todo el día.— Kimba se ríe. —Sabes que siente algo por ti, ¿verdad?

—¿Quién? ¿Glenn?

—No puedes ser tan inconsciente, Lenn. ¿Cómo puede una chica tan aguda como tú...— Suspira y pone los ojos en blanco. —Señor, tú eres.

—Glenn y yo nos conocemos desde hace años. Esta es nuestra quinta campaña juntos. Somos *amigos*.

—Uh, sí. Escuchó que estabas trabajando en las tres primeras y se aseguró de que él también lo hiciera, y las dos últimas campañas, la de Owen y la de Maxim, lo contrataste. El tipo tiene sed. Él puede escribir su pequeño culo, pero su nariz está abierta para ti, cariño.

La conmoción y el disgusto se turnan para abofetearme. —Maxim dijo lo mismo.

—Oh, Dios mío. Cuando Glenn te llamó Nix la otra noche, pensé que Maxim se volvería loco. Glenn probablemente tiene una cicatriz de ese resplandor con el que le cortó.

—¿Te has dado cuenta de eso?

—Yo, a diferencia de ti, me doy cuenta de todo, veo todas las señales, e interpreto por una pequeña cuota.

Aplaudimos en un punto particularmente conmovedor del discurso de Maxim, junto con el resto de la multitud.

—¿Y cuándo planea poner toda esta habilidad de observación de la relación a trabajar para ti misma?— Pregunto.

—Mamá tiene necesidades y mamá las satisface, pero yo no necesito una relación.

—¿Viste a David en el funeral?

—Chica, por favor,— se burla Kimba. —David fue una hazaña juvenil. Verlo de nuevo, aunque no hubiera sido en un funeral, no habría habido chispas.

—¿Cuándo vas a encontrar a un tipo al que le darás más de una o dos noches?

Una sombra cruza el rostro de Kimba y juega con el anillo de oro que lleva en su mano derecha. —Los tipos como Maxim no crecen en los árboles.

Antes de que pueda investigar eso, Polly se acerca. —Hola, señoritas. Creo que Maxim tiene que hacer un pequeño desvío.

—¿Desvío?— Pregunto. —¿Qué quieres decir?

—Jin Lei lo necesita en Connecticut,— dice Polly. —Esta tarde y esta noche. Necesita irse tan pronto como esto termine. Aparentemente, es algo de último momento.

—¿Esta noche?— Kimba sacude la cabeza. —Cena con los líderes locales esta noche, y luego nos vamos por la mañana a Pittsburgh.

—Espera. ¿Connecticut?— Pregunto. —¿Es Millie?

—Sí. Es el cumpleaños de los gemelos y Millie quiere que las cosas se sientan normales para ellos,— dice Polly. —Van a hacer una gran fiesta en casa de sus padres. Los niños pidieron que el tío Max viniera.

—Tiene que ir.— Asiento, mirando a Kimba. —Cubriremos la cena con los líderes locales. Tan pronto como sepan que Maxim tenía un compromiso asociado con Owen, le perdonarán su ausencia esta noche.

—Jin Lei dice que el padre de Maxim tiene el avión de la compañía esperándolo en el aeropuerto,— dice Polly. —Debe ser agradable, ¿no? Nunca sabrías que Maxim está tan cargado. Quiero decir, excepto por su ropa cara y ese reloj que cuesta más que algunos países pequeños.

Sé que su riqueza es una gran parte de lo que es Maxim. Para él, es una expresión de su independencia de su padre, de su propio espíritu innovador. Entiendo todo eso, pero siempre habrá una parte de mí que recuerde nuestra semana en Ámsterdam. Comiendo pan crujiente y bebiendo vino en la cama. Contando tulipanes en el campo.



Nuestros cuerpos buscándose y encontrándose en un callejón oscuro con besos empapados de lluvia. Dios, las cosas eran simples. Éramos simples y en el génesis no sólo de nuestra relación, sino de nuestra edad adulta. Averiguar quiénes éramos por nuestra cuenta, en un feliz anonimato. Ahora el mundo entero observa cada uno de sus movimientos y se está postulando para presidente.

*¿Cómo es esta nuestra vida?*

—De todos modos,— dice Polly, —Maxim puede coger el avión de su padre, hacer la fiesta y el compromiso familiar, y volar de vuelta esta noche. Nos vamos en el autobús en la mañana. ¿Suena bien?

—¿Ya lo sabe?— Pregunto, devolviéndole la mirada, ahora sentado en un taburete y respondiendo a las preguntas de la multitud, que se ha triplicado desde que se corrió la voz de que Maxim Cade estaba en el parque.

—Todavía no,— dice Polly, —pero Maxim está acostumbrado a hacer todo lo que Jin Lei dice y a ir donde le dicen. Un hombre como él se acostumbra a confiar su horario a otras personas. Se lo diré tan pronto como termine.

Reviso el perímetro de la multitud y el frente del escenario, asegurándome de que la seguridad está en su lugar. Bajo su camiseta de campaña, Maxim lleva un chaleco antibalas ajustado, cortesía de Grim. Hay seguridad en nuestro apartamento del SoHo las veinticuatro horas del día, lo que Kimba dice que la hace sentir como una Kardashian, y Rick se sienta fuera de mi habitación de hotel en cada ciudad en este tour pop-up. Me he acostumbrado a ello. Sé que es necesario, pero nunca me gustará.

Una vez que termina en el escenario, Maxim charla con la gente de la multitud, se autoproclama y generalmente se gana a cualquiera que esté a una distancia encantadora. El equipo se apiña sobre el plan para los líderes de Filadelfia ahora que Maxim no puede reunirse con ellos. Kimba tiene la gran idea de hacer que grabe un video que pondremos al principio antes de empezar a abordar sus preocupaciones.

Ya no está frente al escenario, así que corro al autobús, con la esperanza de alcanzarlo antes de que se vaya. No sólo por el video, sino porque lo extraño tanto que me duele. Sólo quiero olerlo, tocarlo,

recordarme que el hombre del que parece que todo el mundo quiere más trozos sigue siendo mío.

Me subo al autobús Cade, que es largo y está equipado con todas las comodidades posibles. Nada más que lo mejor para Maxim. Si ese hombre está en tu autobús, será el mejor viaje en autobús de tu vida.

Glenn está sentado en una de las cabinas, con su portátil sobre la mesa.

—Hola, Glenn.— Espero que mi voz suene normal ahora que sé que le gusto, según Kimba. Y, bueno, supongo que según Maxim, también.

—¿Has visto a Maxim?

—Uh, sí.— Cierra su laptop y me mira, con sus ojos marrones. —Él y yo estábamos repasando unas notas para Pittsburgh. Seguiré trabajando en el discurso mientras él esté en Connecticut. Acaba de irse.

—Oh.— Me trago mi decepción. —Iba a pedirle que grabara un vídeo para los líderes de esta noche.

El asunto de fingir que no estás saliendo con nadie en la campaña es que es difícil salir con alguien en la campaña. Algunos días Maxim y yo apenas nos vemos. Hoy es uno de esos días. Mi teléfono suena con un mensaje de texto.

—Kimba dice que no te preocupes,— digo, leyéndolo. —Se enteró de que Jin Lei va a ir con Maxim al aeropuerto y lo está grabando ahora. Deslizo el teléfono en el bolsillo trasero de mis jeans. Glenn mira la tira naranja del sostén que cuelga de mi brazo, y yo la levanto apresuradamente de nuevo.

—Bien. Bueno, será mejor que...

—Parece que tenemos algo de tiempo libre esta tarde,— interrumpe.

—Um, no mucho en realidad. Kimba y yo iremos a la reunión de líderes locales esta noche, así que...

—¿Qué tal un almuerzo tardío?— pregunta con prisa, y se mete debajo de la mesa, sacando dos de las cajas de almuerzo organizadas por nuestros voluntarios locales.

—Um, claro.— Me siento en la mesa frente a él y abro la caja. —Carne asada. Yum.

—No dejes que el candidato te vea comiendo ese rosbif.— Glenn pone

los ojos en blanco. —Querrá saber si es de origen responsable o algo así.

Hago una pausa con el sándwich a medio camino de mi boca. Se me ocurre que no sólo he sido lenta para ver lo que Glenn siente por mí, sino que tal vez he perdido sus verdaderos sentimientos por Maxim.

—El cambio climático es una gran parte de la plataforma de Maxim,— le recuerdo, estudiando mis fiambres. —Por supuesto que está preocupado por esas cosas. ¿No lo estamos todos? ¿No eres un creyente, Glenn?

—¿En quién? ¿En Cade?— Él resopla. —Quiero decir, ¿creo que probablemente sea el próximo presidente? Sí, lo creo, por eso estoy aquí, pero digamos que no es Owen.

Pongo mi sándwich en el papel encerado de la mesa, parpadeando como un búho. —Nunca afirmó ser Owen. Sin embargo, creen que es fácil para la mayoría de la gente apoyar a Maxim como lo hicieron con su hermano.

Sorbo el agua embotellada incluida en el almuerzo. —¿Así que sólo estás aquí por cómo se verá en tu currículum que trabajaste para el nuevo presidente, *si* gana?

—No es la única razón por la que estoy aquí, Nix,— dice, sus ojos se mueven sobre mi cara, bajando por mi cuello, trazando la correa de satén que cae por mi brazo de nuevo.

—¿Podrías no llamarme así, Glenn?

—Lo siento. Escuché a Maxim llamarte así y pensé que era lindo, así que...— Sacude la cabeza como si la estuviera limpiando. —No importa. Como estaba diciendo. No estoy aquí sólo por el aumento del currículum. A lo largo de los años, trabajando juntos tanto, bueno, he llegado a preocuparme mucho por ti.

*Es como un choque de trenes. Las luces se acercan a mí muy rápido ahora mismo.*

—Me gustaría sacarte un poco de tiempo. ¿Cena o una película? Al teatro. Sé que te gustan las obras de teatro. Podríamos...

—Glenn, lo siento. Creo que sabes que tenemos una política muy estricta sobre salir con gente con la que trabajamos en campañas.

*A menos que seas mi alma gemela, por supuesto.*

—Oh, sí.— Quita el anillo de su lata de Coca-Cola Light, dándole la vuelta en sus manos. —Lo entiendo. Tal vez una vez que la campaña termine...

—Glenn, yo no...— Me aclaro la garganta y miro la corteza de mi sándwich. —Creo que es mejor que sigamos siendo amigos.— Me atrevo a mirarlo... —¿Tú sabes?

Me parpadea, mucho y rápido.

*¿Va a llorar? Oh, Dios mío.* —Glenn, lo siento. Nunca me di cuenta...

—No, está bien.— Se pone de pie abruptamente, metiendo su basura en una bolsa con movimientos bruscos.

—Lo siento mucho, Glenn. Espero que esto no afecte...

—Soy un profesional, *Lennix*,— dice, enfatizando mi nombre completo. —Quieres que sigamos siendo amigos. Lo entiendo. Está bien.

Dice *bien* de esa manera, sabes que la mierda no está *bien*.

Me giro para ver a Glenn salir del autobús, caminando por el pasillo rápidamente como si alguien lo persiguiera. Dos pensamientos giran en mi mente como un carrusel.

Uno: No estoy segura de haberlo manejado tan bien.

Dos: *Realmente* no quiero que Maxim lo sepa.

## 43. MAXIM



Tengo mi propio avión.

Es un pensamiento ridículo, pero caminando hacia el avión de Cade Energy, no puedo evitar tenerlo.

Ni siquiera se trata de que *mi avión sea más grande que el tuyo, papá, o mira lo rico que soy*. De todas formas, uso mi avión mucho menos que la mayoría de los tipos en mi posición. Es la independencia. La última vez que estuve en un avión de mi padre, básicamente me dijo que nunca haría nada sin él. Cada paso que he dado lejos de él ha demostrado que estaba equivocado. Yo estaba en mis veinte años entonces. Contemplar los cuarenta, alejándome de mi familia no parece lo correcto, especialmente cuando todos estamos todavía tambaleándonos por la muerte de Owen.

Las demandas de mi negocio y la campaña me distraen, pero nada puede borrar el dolor de perder a mi hermano. Intento no hablar mucho de ello porque sé que no podré seguir adelante si lo hago. He estado demasiado ocupado para el asesoramiento de duelo, aunque sé que lo necesito. La pérdida por sí sola sería mucho que manejar, pero la culpa lo empeora: saber que Owen todavía estaría aquí si no hubiera disparado al hermano de Gregory, pero no podría haber hecho nada diferente. No podría haberlo dejado matar a Lennix. Tenía que ir a buscarla, y cuando el hermano de Gregory le puso una pistola en la cabeza, tuve que dispararle.

Pero si había algo que pudiera cambiar para reordenar los eventos que llevaron al asesinato de Owen, lo haría.

Me instalo en el asiento de cuero y gimoteo, restregándome la cara, ya exhausto. No sé cómo pasaré esta noche, enfrentándome a Millie y a los gemelos.

—Sr. Cade.

La azafata está ahí de pie, uniformada y solícita. —Estábamos

esperando a la Sra. Pérez antes de despegar. Quería avisarle que su auto llegó y que pronto abordará.

—¿Salina está volando con nosotros?

—Sí, lo está,— dice Salina desde la puerta con cortinas, sonriendo a la asistente mientras se retira. —Espero que esté bien. Tu padre pensó que lo estaría.

Estoy seguro de que lo hizo. Hace que sea muy difícil ser amable con él.

—Um, claro,— respondo. —Mucho espacio. Simplemente no lo sabía.

—Millie quería que viniera.— Se sienta a mi lado y se quita los tacones de aguja. —Los pies me están matando. Estuve en la corte toda la mañana.

—¿Tienes una oficina en Filadelfia?

—No, tenía un cliente aquí. Amenaza de deportación, pero lo hemos solucionado.—Me mira con una mirada irónica, sus ojos marrones se ríen. —Tal vez cuando seas presidente puedas arreglar nuestro problema de inmigración.

Me río, me apoyo en el reposabrazos y pongo mi barbilla en la mano.

—Veré lo que puedo hacer.

—¿Realmente quieres ser presidente?,— pregunta ella, sonriendo.

—Esto no es una treta elaborada, así que sí.

—Tu padre está muy orgulloso de ti.

Salina tiene su propia conexión con mi padre, aparte de Millie, ya que fue consejera de una de sus empresas durante unos años.

—¿Sí?— Pregunto, retorciendo mis labios en una mueca —Ya veremos.

—Cree que lo ganarás todo. Él... um, cree que necesitas una primera dama, si vas en serio con esto.

Me encojo de hombros. —No está en la descripción del trabajo que yo tenga una.

—Pero Estados Unidos nunca ha dejado de tener una. Estás rompiendo suficientes reglas. Tal vez deberías ser...— Se acerca y me aprieta la mano, acariciando mis nudillos con el pulgar. —... convencional en ese sentido.

Hubo un tiempo en el que habría aceptado la invitación tan

claramente grabada en la mirada que Salina me está dando ahora mismo. Tengo una excelente experiencia en que hay una cama grande en la parte de atrás de este avión. Lo sé porque cuando estaba en el instituto, puede que haya secuestrado el avión de papá para impresionar a una o dos chicas. Puede que haya hecho uso de dicha cama en la parte de atrás.

*Algunos chicos roban los autos de sus padres. Yo robé el avión de papá.*

—Salina, creo que eres genial, pero...

—¿Cómo lo sabes?,— pregunta, con su voz ronca. —No me has probado todavía. Aunque prácticamente me he lanzado sobre ti desde la boda de Millie y Owen.

¿Lo ha hecho? No me había dado cuenta, pero para entonces ya había conocido a Lennix, y todas las demás mujeres eran suplentes. Nunca se me ocurrió que no recuperaría a Lennix cuando fuera el momento adecuado para ambos, así que me mantuve disponible. ¿Tuve sexo en los diez años que estuvimos separados? Por supuesto que sí.

*De nuevo. No un monje.*

Pero nadie tocó nunca ese lugar que ella marcó en mi corazón. La niña que persigue las estrellas aterrizó en la luna, plantó su bandera, y yo he sido suyo desde entonces.

—Sal, estoy en una relación,— le digo. —Es complicado y no puede ser público ahora mismo, pero es serio. Lo siento.

Sus largas pestañas bajan y ella muerde en una sonrisa amarga. La asistente regresa.

—Bienvenida a bordo, Sra. Pérez,— dice alegremente. —¿Puedo ofrecerle algo?

—Vodka,— suspira Salina, dándome una dura sonrisa. —Y que sigan viniendo.

Los gemelos se reúnen alrededor de un enorme pastel, cortando descuidadamente trozos para todos con un cuchillo de plástico. Varios niños de su edad se ríen, esparciendo glaseado por todas partes, y apenas sabrías que algo está mal, si no fuera por la forzada y tensa alegría de su madre. Millie se esfuerza mucho, pero la conozco. La veo tirando de las costuras.

En una hora, los reflectores iluminan una fila de grandes carpas que

albergan a todos los niños de la fiesta. Tengo unos minutos con cada uno de los gemelos, y parece que les va bien, considerando. Los jóvenes son más resistentes. No he tenido tiempo a solas con Millie, sin embargo, y necesito volver a Filadelfia y dormir al menos un poco antes de subir al autobús para Pittsburgh mañana. Y otras tres ciudades que no puedo recordar ahora mismo.

—Recuerdo cuando nacieron,— dice mi madre, con lágrimas en los ojos cuando entramos en la casa. —Y ahora tienen ocho años. Owen no llegó a ver...

Envuelvo mi brazo alrededor de su hombro y la aprieto. Ha estado al borde de las lágrimas todo el día, manteniéndose unida por el bien de Darcy y Elijah, pero se está deshinchando.

—Creo que lo ve,— dice Salina, tomando la mano de mamá. —Ha sido un día muy largo. Déjeme acompañarla a su habitación, Sra. C.

Mamá asiente con la cabeza, su boca funciona, pero no emite ningún sonido. Me mira y las lágrimas fluyen sobre sus mejillas empolvadas. Yo miro hacia atrás sin poder hacer nada. ¿Está deseando que Owen esté aquí en lugar de mí? Probablemente. La mayoría de los días, yo también. Tenía la familia, los seguidores, alguien por quien vivir además de él mismo. Me cambiaría por él en un abrir y cerrar de ojos para evitarle a Millie la tortura que se esconde detrás de los ojos azules que solían ser muy vivos.

Mamá se levanta y me toca la cara. —Estoy orgullosa de ti, Maxim. Siempre fuiste un buen chico. Sólo que nunca lo supiste.— Su sonrisa es temblorosa, sus ojos brillan con lágrimas. —Owen lo sabía, sin embargo. Siempre vio lo bueno que eras. Intentó decírselo a tu padre. Él estaría tan feliz de que ustedes dos hayan hecho las cosas bien.

¿Lo hemos hecho? Si papá sigue entrometiéndose en mi vida con trucos como los que hizo con Salina, las cosas no estarán bien.

—Te quiero, mamá.— Me inclino para besar su mejilla. —Te llamaré desde el camino.

Ella asiente con la cabeza y se va con Salina hacia las escaleras. Me quedo allí solo en el gran vestíbulo unos minutos, sin saber qué hacer. Una puerta se abre al final del pasillo, y mi padre emerge, pareciendo distraído. Probablemente por negocios.



—Maxim,— dice, sorpresa en su voz. —No me di cuenta de que todavía estabas aquí.

—Sí. Quiero ver a Millie antes de volver a la carretera.

—¿Subió tu madre?

Asiento con la cabeza. —Hoy ha sido difícil para ella.

—La mayoría de los días lo son. No creo que vengamos equipados con lo que se necesita para manejar la muerte de un hijo porque va en contra del orden natural de las cosas, sobreviviendo más que tu hijo. No debería suceder. Duele demasiado.

Mi padre siempre está seguro, pero sé que ahora mismo, está perdido en una pena tan profunda que se está ahogando. Tan seguro como que mi madre está sufriendo mucho, él también. Puede que no lo exprese tan libremente como ella, pero está ahí, una fuerza invisible, una resaca, que le empuja hacia abajo.

Cierra el espacio que nos separa. —¿Cómo va la trayectoria?

—Hasta ahora, todo bien. Sólo intento ser relevante y ser escuchado mientras los Demócratas y los Republicanos luchan. Mi objetivo es seguir en pie cuando Iowa se mueva en febrero.

—Estarás más que de pie.— Me agarra del hombro, mirándome a los ojos. —Vas a ganar esta cosa. Recuerda mis palabras.

Dudo. Debería dejar en paz a los demás. Esto es lo mejor que hemos conseguido en años, pero si vamos a reconstruir nuestra relación, tiene que ser sobre una base de honestidad. —Si gano, elegiré a mi propia primera dama.

Se endurece, pero no trata de negar mi sutil acusación. —Salina es una mujer hermosa.

—Ella lo es. Estoy seguro de que hará muy feliz a alguien, pero ya sabes a quién quiero.

—Sí, la única chica que me odia,— dice secamente.

—Estoy seguro de que hay muchas chicas que te odian, papá.— Ambos nos reímos de eso, y se siente bien reírse con él aunque sea sólo por un segundo, pero cuando estamos sobrios, llevo el punto a casa. —Ya te lo dije, si no puedes aceptar a Lennix en mi vida, nunca podremos arreglar las cosas entre nosotros.

Ninguno de los dos rompe la mirada o el silencio que sigue a mis

palabras, y es como mirarse en un espejo que refleja los recuerdos compartidos y los momentos de cuando estábamos más cerca. Un torrente de emociones se desata en mi pecho - la pena siempre presente, la tristeza por el sufrimiento de mi madre, por el sufrimiento de Millie, y el anhelo de compartir parte de esta carga con el hombre que solía admirar más que nadie. No estoy seguro de cómo encontraremos el camino hacia algo cercano a eso si él no cede.

—Dile que no habrá más tuberías Cade en tierras protegidas,— dice en voz baja, finalmente.

Por el espacio de unos segundos, estoy demasiado sorprendido por sus palabras como para siquiera procesarlas.

—¿Qué? Dile a quién...

—Dile a Lennix.

*No a la Sra. Hunter. Lennix.*

Mi padre y yo estuvimos juntos el día que conocí a Lennix. Fue luminosa y poderosa y brilló con sus convicciones. Aún recuerdo la forma en que su voz se quebró cuando dijo el nombre de su madre, su indignación ese día cuando preguntó si podíamos verla. Si podíamos oírla. Las pesadillas sobre su madre se construyen en la tierra que mi padre le robó a su pueblo.

—Díselo tú mismo.

—¿Qué?— Papá pregunta, pareciéndose tanto a mí que me pregunto cómo lo soporta Lennix.

—*Tu* dile a Lennix que nunca más pondrás una tubería Cade en una tierra protegida. Se lo merece.

Su garganta se balancea con el orgullo que está tragando, y asiente con la cabeza. —Se lo diré yo mismo, sí.

Es una gran concesión. Mi padre es demasiado estratega para renunciar a algo tan crucial sin un final en mente, algo que gana.

—¿Por qué?— Yo pregunto.

—Porque ya he perdido un hijo.— Echa un vistazo a las escaleras que mi madre tomó unos minutos antes y suspira. —No puedo permitirme perder al otro.

Sus palabras me golpearon en el plexo solar, y me falta el aliento como si estuviera en ese avión cuando recibí la noticia. Ver a mis dos padres

sufrir así es más de lo que creo que puedo soportar.

—Iré a ver cómo está tu madre,— dice. —Gracias por venir. Significa mucho para ella y Millie.

Antes de que pueda responder, está subiendo las escaleras. Me quedo ahí, sin saber qué hacer o sentir, pero sabiendo que tengo que salir de aquí.

Aunque la pena es sofocante, no soy tan cobarde como para irme sin ver a Millie, así que me obligo a buscarla. Está en la cocina, cargando el lavavajillas. Innecesario, porque sus padres tienen personal que haría eso, pero Millie necesita sentirse útil. Nunca tuvo la intención de ejercer el derecho por mucho tiempo. Su propósito estaba intrincadamente ligado al de mi hermano. Con él fuera, parece estar a la deriva. Es joven, hermosa, rica y no necesita volver a trabajar. Me ocuparé de protegerla a ella y a los niños de los depredadores.

Es lo menos que puedo hacer por Owen.

—¿Estás bien, Mill?— Pregunto desde la puerta de la cocina.

Su espalda es para mí. La delgada línea de sus hombros se tensa y sus manos siguen en el fregadero.

—Sabes,— susurra, —tú y O no se parecen en nada.

Mira por encima de su hombro, mostrándome una mejilla roja y llena de lágrimas. —Pero te sueñas mucho a él.

Me quedé paralizado, con los pies pegados al suelo, y ni siquiera puedo ir a consolarla. Nadie me ha dicho nunca eso.

—Justo ahora, cuando me preguntaste eso, y me di la espalda,— dice, su voz se vuelve más aguda, —por un segundo, fue como si lo tuviera de nuevo.

Se gira para mirarme de frente, apoyándose en el fregadero, con la cara entrecortada por las lágrimas. Me obligo a poner los pies en el suelo y a caminar por la cocina, dándole un fuerte abrazo. Todo su cuerpo se estremece con la fuerza de su dolor.

—Siento que no hayamos hablado mucho,— murmura en mi camisa, ahora empapada con sus lágrimas. —Quiero que sepas que estoy orgullosa de ti por haberte postulado, y sé que Owen también lo estaría. Tienes todo mi apoyo. Es sólo que... por teléfono, es demasiado. Sueñas como él y no puedo ver tu cara y me engaña para

que piense...

Ella mira hacia arriba, sombras pintadas bajo ojos azules embotados por el dolor. —Sigo esperando que me duela menos, pero nunca lo hace. Cada mañana me despierto con este cuchillo en mi corazón y no hay forma de sacarlo. Sólo sangro.

No dice mucho más, y yo la sostengo fuerte, y prometo no soltarla nunca. Puedo decir por el consuelo que parece tomar de mí estando aquí que Millie no me culpa de la muerte de Owen.

Pero aun así me culpo a mí mismo. Probablemente siempre lo haré.

## 44. MAXIM



Para cuando regrese a Filadelfia, estoy completamente agotado. Físicamente, sí, pero estoy acostumbrado a un ritmo poco razonable. Lo he hecho toda mi vida adulta. He diseñado mi dieta y mis entrenamientos para aprovechar al máximo este cuerpo, aunque no duermo lo suficiente.

No, estoy agotado emocionalmente. No tengo un suplemento o batido de recuperación para eso. Lo tomaría si lo tuviera. No importa cuán fuerte me sostenga, aún siento a Millie temblando, sus sollozos vibrando en cada parte de mí.

En el hotel donde se aloja el equipo, un guardia de seguridad me sigue hasta el último piso. No puedo recordar a qué hora salimos por la mañana hacia Pittsburgh, pero es temprano. Usar el autobús en vez de volar a todas partes lleva más tiempo, pero Kimba y Lennix programan todo tipo de basura de redes sociales como transmisiones en vivo en Facebook e Instagram mientras estamos en la carretera para hacer buen uso de nuestro tiempo.

Lennix.

*La necesito.*

Esta noche, la necesito tanto que estoy tentado de ir a su habitación y arriesgarme a que la descubran.

—Buenas noches,— le digo al guardia, cerrando la puerta y dejándole que tome asiento en el pasillo fuera de mi suite.

La habitación está oscura, sólo un pequeño arco de luz proporcionado por una lámpara. Me paro en seco. Lennix está acurrucada dormida en el sofá.

—¿Nix?— Sueno esperanzado, como si no fuera real. Podría desaparecer.

—Eh.— Se estira, caminando hacia mí, alcanzando sus brazos alrededor de mi cuello. —¿Estás bien? Sabía que sería muy difícil ver a

todos hoy.

—Sí.— Deslizo mi mano por su cabello. —Te lo contaré mañana, pero esta noche...

Le doy besos en la mandíbula y en el cuello, hasta la oreja. —Necesito que sea martes, cariño. Por favor.

Se retira, me mira a los ojos y luego asiente con la cabeza. Le paso la camiseta sin mangas por la cabeza, dejándola en ese sujetador naranja con la exasperante tira que se deslizaba por su brazo, tentándome mientras intentaba concentrarme en las preguntas emergentes de hoy. Desabrocho el cierre frontal del sostén, llevando su pecho a mi boca, gimiendo al sentir que su pezón se endurece en mi lengua. —Jesús, los extrañé tanto.

Se ríe a carcajadas, se desabrocha y se desliza de sus jeans. Le arranco la ropa interior tan fuerte que una de las tiras de seda de su cadera se desgarran. Me pasa la camiseta de la campaña por la cabeza, haciendo una pausa cuando mi pecho desnudo aparece a la vista.

—¿Dónde está tu maldito chaleco, Maxim?— Lennix se quiebra, sus ojos furiosos. Ella es la que nos metió en esta campaña a pesar de mis temores por ella, pero es tan dogmática sobre mi seguridad como yo sobre la suya.

—Cálmate. Me lo acabo de quitar para el viaje a casa.— La levanto y me envuelve las piernas alrededor de la cintura. Corro por el pasillo hacia el dormitorio, ya siento la mañana demasiado cerca, y mi tiempo con ella va demasiado rápido.

En el dormitorio, me quito los calzoncillos, pantalones, calcetines y zapatos. Estoy desnudo tan rápido que ella parpadea y luego se ríe.

—¿Qué es lo primero que desea?,— pregunta, su amplia boca suave, sus ojos complacientes.

—¿Qué te parece?— Gruño y le doy una palmada en el culo. —En la cama. Las piernas abiertas.

Se sube a la cama, se acuesta y abre las piernas, y recuerda tanto a nuestra noche lluviosa en Ámsterdam la primera vez que estuvimos juntos.

—Te guardaste para mí,— digo, sonriendo y arrastrándome en la cama hacia ella.

Ella se ríe, pasando una mano por mi pelo. —¿Te refieres a cuando me desfloraste? Sí.

—Estaba muy desanimado cuando no hubo ninguna flor allí abajo.

—No parecías decepcionado.

—Tal vez haya una allí ahora.—La pongo de rodillas y le doy vuelta para que esté de cara a la cabecera, con las piernas extendidas sobre mi cara. —Echemos un vistazo.

Levanto mi cara hasta que el calor y el olor de su coño se apoderan de todo. Sus muslos son las murallas de mi ciudad, y su dulce y regordete clítoris es la joya de la corona. Me tiene rodeado. La tiro para sentármela en la cara y la devoro, abriendo los labios y comiendo como un animal al que se le ha negado la comida durante mucho tiempo. He sido enjaulado, atado, y ahora me han soltado.

—Maxim, oh Dios mío,— gime, montando mi cara y agarrando la cabecera.

Es la cosa más húmeda y caliente que he probado nunca. Deslizo mi dedo hasta su culo, arrastrándolo de un lado a otro sobre la entrada fruncida. Levanto los ojos para ver los suyos, preguntando en silencio. Ella me mira y asiente, mordiéndose el labio. Me dejo llevar.

—Joder, está apretado,— jadeo. —La primera vez que te follo por el culo...

Mi verga se estira como un tubo ante la idea de entrar ahí. Me meto una pulgada más, y sus mejillas se aprietan alrededor de mi dedo.

—Tócate,— le digo.

Ella desliza su mano entre sus piernas, y yo observo sus delgados dedos jugando con mi lindo coño y casi me vengo con la vista. Ella gime, meciendo sus caderas.

—fóllate,— digo roncamente. Obedientemente, sus dedos se deslizan dentro, y luego igualo el ritmo de sus dedos con los míos dentro y fuera de su culo.

—Oh.— Sus ojos se abren de par en par, y hay algo tan inocente en ello, sobre un tipo de placer que nunca ha tenido. —Oh. Maxim.

—Eso es, nena.—Yo sigo metiendo y sacando mi dedo mientras el suyo hace lo mismo. Agarra la cabecera tan fuerte con la otra mano, que las venas de su brazo sobresalen. Tiene la mandíbula floja y los

ojos en blanco y sus gemidos se hacen cada vez más fuertes hasta que está sollozando y gritando, mi nombre garabateado en el interior de su garganta. Sexy como el infierno.

Me siento y la pongo debajo de mí, abro sus piernas.

—Ya no puedo esperar más, Nix.— Levanto sus rodillas y las abro y me sumerjo.

—Maldita sea,— gimo, plantando una mano en la cama junto a su cabeza y golpeando su pezón con la otra. —Está tan bueno así.

—Sí, muy bueno.—Ella gira sus caderas para recibir cada empujón. —Extrañaba tu cuerpo.

Sus pechos rebotan con el frenético y jodido movimiento de nuestros cuerpos. —Extrañé el tuyo también.

Le bajo las piernas y me inclino, necesitando estar más cerca de ella, necesitando sentir su corazón. Acaricio su brazo y me abro paso por su muñeca, el brazalete de la brújula que significa que siempre nos encontraremos, hasta que puedo unir los dedos. Nuestros ojos se cierran, y el amor allí, la aceptación y la devoción... es demasiado. Cierro los ojos, deslizándome dentro y fuera, pero sigo viendo ese amor en su mirada.

Todo lo que está fuera de la puerta se cae y todo mi mundo es esta habitación. Esta cama es nuestro mapa, y hacemos el amor hasta que se siente como si nos cayéramos del borde del mundo. Sólo somos nosotros, la longitud de nuestros cuerpos alineados y encerrados y amando. La latitud de nuestros corazones, cruzados, apretados.

Más tarde estamos bajo las sábanas, el edredón del hotel no es tan suave y fino como nuestra cama en Wyoming, pero no me importa porque ella está conmigo.

—Necesitaba tanto esto.— Le beso el hombro, la vuelvo a meter en mi pecho y le pongo una mano en el pecho. —Te necesitaba tanto.

Ella asiente, capturando mi mano y uniéndola a la suya. —Sabía que ver a Millie y a los niños sería duro.

—Fue muy duro, pero creo que ella estará bien.— Me encojo de hombros. —Todos lo estaremos eventualmente. Ella lo extraña.

Fósforos están siendo golpeados dentro de mi garganta, una quemadura traicionera. Trago, tratando de mantener la emoción



abrasadora a raya, pero no se puede negar.

—Joder,— murmuro en su pelo, lágrimas que salen de mis ojos. — Maldición.

Se da la vuelta, desnuda y hermosa, con los ojos húmedos y preocupados, buscando los míos en la luz anémica de la lámpara.

—Oh, Doc,— susurra. —Está bien. Oh, cariño, por favor, déjalo salir. Por favor, déjalo salir.

Aprieto los dientes, esperando atraparlo, enjaularlo, pero ruge, salvaje y poco manejable.

—Es mi culpa,— murmuro en su cuello, apretándola, necesitando algo a lo que aferrarse cuando parece que el mundo entero está girando. — Dios, Millie... ella... los gemelos... es mi culpa. O todavía estaría aquí sí...

—Shhhhh, cariño.—Me frota la espalda y me besa la mandíbula, las mejillas y las lágrimas. —No es tu culpa. Es su culpa, y no podemos traer a Owen de vuelta, pero haremos que Gregory pague, y estaremos ahí para Millie y los niños. Lo haremos. Lo prometo, Maxim. Lo prometo.

No sé cuánto tiempo caen las lágrimas, y no me avergüenzo ni me cohíbo. No con ella. Ella es una extensión de mí, y yo soy una extensión de ella. Ella es una capa de mi piel, una cámara de mi corazón. Ella es el tatuaje en mi pecho.

*Resistencia.*

Sé lo que significaba cuando me lo hice, pero Lennix le da un nuevo significado a todo, incluso a la palabra entintada en mi piel. *Ella perdura.* Esta conexión que comenzó hace tantos años, *perdura.* Por primera vez esta noche, creo que puedo lograrlo, siempre y cuando tenga esto. Mientras la tenga a *ella*.

## 45. LENNIX



—Oh, demonios.

Me sacudo en la cama del hotel de Maxim, desnuda como el día en que nací. Hay luz que atraviesa las sombras.

*Luz es malo. Muy malo.*

Tomo las mantas y salto de la cama. Se supone que debemos salir para Pittsburgh a las ocho. Cojo mi teléfono de la mesilla de noche.

—Seis y media. No es grandioso, pero no es el fin del mundo.

—¿Adónde vas?— Maxim pregunta somnoliento, agarrando mi muñeca, sus dedos se enganchan en mi pulsera. —Vuelve a la cama. Nos haré el desayuno más tarde.

—Doc, no estamos en Wyoming.—Me aparto y busco en el suelo mi ropa. —Tengo que irme antes de que alguien me vea. Te veré en el autobús.

Salgo corriendo a la sala de estar y busco mis pantis y jeans rotos. Pongo los jeans en comando y meto los pantis rotos en mi bolsillo delantero. Me pongo la camiseta de campaña, sin molestarme con el sujetador, pero me lo meto en una mano y me agarro los zapatos con la otra. Tengo que hacer de esto el paseo de la vergüenza más discreto en la historia de los enganches.

Abro la puerta con precaución, casi pasando por alto al guardia sentado en la esquina de la pequeña área de recepción. Rápidamente aparta la mirada.

*No llevo sujetador. Estupendo.*

Pezones en esta camiseta. Los pantis cuelgan de mi bolsillo. Descalza. Pelo bien follada por todas partes. Esto es una auténtica mierda y no es mi momento de mayor orgullo.

Le muestro al guardia una sonrisa incómoda mientras espero el ascensor. El personal de seguridad sabe lo de Maxim y yo. La mayoría de ellos estaban con nosotros en Wyoming. Probablemente piensan

que es extraño que *no* se lo digamos a todo el mundo. Afortunadamente, este es un piso privado y tienes que saber el código para subir aquí. Debería estar a salvo.

Las puertas del ascensor se abren y antes de que pueda subir, Glenn se baja. Los dos nos quedamos ahí parados, suspendidos en nuestra mutua incredulidad. Agarro mi sujetador naranja tan fuerte, que estoy segura de que aplasto los alambres en él. Su mirada cae en mi puño de satén naranja y su boca se abre.

—Glenn, puedo explicarlo.

Me agarra la muñeca, me da la vuelta y me abre los dedos a la fuerza. El sostén, chillón a la luz de la mañana, cae al suelo. No me suelta la muñeca, pero me aprieta.

—Tú, pequeña perra,— dice a través de los dientes apretados. —¿Él? ¿Él, Lennix? La señorita Nunca me follo a mis candidatos. Hipócrita. Qué cliché resultaste ser.

—Glenn, me haces daño,— susurro porque no quiero alarmar al guardia, que lo atacará si muestro algún signo de angustia.

La puerta se abre detrás de nosotros, y cierro los ojos, ya sabiendo lo feo que se pondrá esto, y me culpo.

—¿Qué está pasando?— Maxim pregunta.

Miro por encima del hombro, y él capta toda la escena de un vistazo, desde mis pies descalzos y el sujetador en el suelo hasta los dedos de Glenn sujetando mi muñeca.

—Quítale las malditas manos de encima, Hill,— dice, cada palabra que un cuchillo apuntaba y lanzaba a la cabeza de Glenn. Se acerca y me saca de las garras de Glenn, echando una mirada a mi muñeca, donde las huellas de Glenn han dejado marcas de color rojo vivo. Veo el chasquido en su cabeza y me coloco delante de Glenn.

—Doc,— digo, presionando mi mano contra su pecho desnudo.

Miró a Glenn y luego al guardia de la esquina, que está de pie, pero aparentemente inseguro de cómo intervenir mejor, y esperando instrucciones de Maxim.

—¿Te quedaste ahí parado? ¿Mientras él le hacía esto?— El guardia abre la boca, pero Maxim levanta un dedo silenciador. —No lo hagas. Me ocuparé de ti más tarde.

Le da una mirada de azufre a Glenn. —Estás despedido y tienes suerte de que no te meta el puño en la garganta. Si vuelves a tocarla, *márcala* de nuevo, te daré una bola negra en el culo tan fuerte que no encontrarás trabajo barriendo suelos. ¿Estoy siendo claro contigo?

—¿Me despides porque me atreví a tocar a tu putita?— Glenn gruñe. Maxim arremete, pero yo lo presiono contra su pecho.

—No lo hagas.— Le agarro la barbilla y le obligo a mirarme a los ojos.

—Por favor, déjame manejar esto.

—¿Dejar que *tu* manejes esto?

—Soy su jefe, Maxim. Debería ocuparme de ello.

—¿Mi jefe?— Glenn se burla, girando para presionar el botón para llamar al ascensor. —Me alegro de que me hayas rechazado. No se sabe dónde ha estado ese coño.

Maxim me rodea y agarra a Glenn por el cuello, levantando hasta que está de puntillas. El guardia tira de Maxim por el codo, forzándolo a soltar su sujeción a Glenn.

—Señor, eso no es prudente,— dice. —Sr. Hill, debería irse. Ahora.

Glenn entra en el ascensor en cuanto llega y pulsa el botón hasta que las puertas se cierran.

—¿Qué quiso decir con que lo rechazaste?— Maxim pregunta, su voz de acero cubierto de terciopelo.

—¿En serio? ¿En eso te concentras?

—¿Cuándo lo preguntó?

—Ayer después de que te fuiste.

—Deberías habérmelo dicho.

—¿Exactamente cuándo habría tenido tiempo de decírtelo, Maxim?— Pregunto, poniendo mi voz demasiado baja para que el guardia la escuche. —Empezaste a gruñir y a follar tan pronto como entraste en la habitación anoche.

Cierra los ojos y se agarra la nuca. —*Te dije que le gustabas.*

—Me lo perdí. Lo siento.—Me meto los pantis rotos más profundamente en los bolsillos. —Necesito ir a atraparlo.

—¿Atraparlo?— Me coge el codo. —No te acerques a él, Lennix.

—Es mi trabajo, Doc. Puedo manejarlo por mí misma.

—¿Y así es como sucedió esto?— Me levanta la muñeca entre

nosotros, mostrando las marcas que dejó Glenn. Se queda mirando los moretones que se están formando, acercando mi muñeca a sus labios.

—Maldición, Nix.

—Estoy bien.—Necesito controlar la situación. —Me llevaré a Kimba conmigo, pero necesito atraparlo antes de que se vaya. Debo recordarle que firmó un acuerdo de confidencialidad y que está obligado a mantener la boca cerrada.

—Te lo llevarás.—Maxim asiente con la cabeza al guardia. —Llama a alguien más aquí. Ve con ella.

Pongo los ojos en blanco, llamo al ascensor y me preparo para la tormenta de mierda que se avecina.

## 46. LENNIX



—Tal vez déjame hablar a mí,— dice Kimba mientras estamos fuera de la habitación de hotel de Glenn. —Esto debe ser manejado diplomáticamente y con firmeza.

—¿Y no confías en mí para ser diplomática y firme?

—*Confíe* en ti para evitar que esto sucediera.—No ha habido muchas veces en las que Kimba se haya irritado conmigo a lo largo de los años, pero su disgusto se dibuja en sus rasgos afilados ahora. —Si no podías ser célibe, te dije que fueras discreta. Salir de la habitación del candidato con el sujetador en la mano y los panti en el bolsillo no es precisamente discreta.

Abro la boca para intervenir, pero ella levanta una mano y me corta.

—No hay defensa, Lenn. No hacemos esto, y lo sabes. Esta mierda de Mónica Lewinsky, no se ve bien.

—Mónica Le...

—Sé que no es lo que parece. Sé la verdad sobre ti y Maxim. Yo estaba en Ámsterdam. Lo he visto desde el principio.

—No desde el principio, no,— le digo en voz baja. —No estuviste allí cuando yo tenía diecisiete años, y el hombre más asombroso del planeta se lanzó al desierto y se puso en peligro por mí. Ese hombre me necesitaba anoche. Está sufriendo, Kimba. Hacer esto tan pronto después de Owen... es mucho.

—Sí, bueno, hacer esto no ayuda,— dice con el primer indicio de una sonrisa.

—Lo sé.— Respiro rápido. —Debería haberlo manejado de otra manera, y tendré más cuidado.

—Sí, lo tendrás, o estarás fuera de esta campaña.

Eso me pone alerta. Somos socias en igualdad de condiciones, pero no tengo piernas para pararme aquí. Desde el principio, acordamos que nunca nos involucraríamos sexualmente con nuestros candidatos. El

hecho de que haya hecho las concesiones que ya tiene es un milagro. Y tiene razón. Es una mala óptica. Un mal negocio, pero no se siente justo. En retrospectiva, capear la pequeña tormenta que hubiera causado una relación entre el hermano de Owen y su jefe de campaña no es nada comparado con el escándalo de una jefa de campaña y el candidato siendo —atrapado— con los pantalones abajo.

—Acabemos con esto.— Kimba suspira y toca.

Glenn abre la puerta, con una sonrisa engreída y una postura relajada.

—Señoras, pasen. Las he estado esperando.

Entramos y él hace un gesto hacia el sofá de la sala de estar. —Por favor, siéntense. Escuchémoslo.

—¿Oír qué?— Kimba levanta una ceja bien enhebrada. —¿Nosotras recordándole el Acuerdo De Confidencialidad que firmó junto con su contrato? Acabas de oírlo.

—Oh, seguro que hay más que eso para endulzar este trato.— Se burla y me mira con desdén. —La Srta. Alta y Poderosa fue atrapada follándose no a cualquier candidato, sino a Maxim Cade, el querido de la prensa. Es una historia jugosa, y lo saben.

—Una que no puede contar,— digo, incluso con mi voz, pero con el filo de un cuchillo. —Por el Acuerdo De Confidencialidad que seguimos teniendo que sacar a relucir.

—Oh, hay maneras de evitar un Acuerdo De Confidencialidad,— dice Glenn, mirando deliberadamente mis pechos y arrastrando su mirada a lo largo de mi cuerpo. —Ofréceme algo, Nix.

—¿Qué tal esto como oferta?— Manteniendo su mirada, levanto mi dedo medio. —Porque es lo más cerca que estarás de joderme.

—Lenn, sabes que tenemos que darle más que eso.— Kimba se inclina hacia adelante y levanta sus manos, ambos dedos medios hacia arriba.

—Doblaré la oferta.

La ira mancha su expresión. —Hablaré,— escupe.

—Hazlo.— Kimba se inclina hacia atrás y cruza una pierna delgada vestida de jean sobre la otra, sacudiendo sus zapatillas plateadas Tory Birch. —Y no sólo te demandaré, sino que me aseguraré de que todos en la ciudad sepan que eras tan inepto, tu escritura tan deslucida, que no pudimos conseguir que el candidato ni siquiera usara tus

discursos.

—No es mi culpa,— dice Glenn. —El tipo apenas usa los discursos. La mitad de sus cosas están fuera de su alcance, y ustedes lo saben.

—Y Lennix es una buena directora de campaña que se ha ganado su reputación trabajando duro, no acostándose con nadie,— Kimba responde con calma. —Y usted lo sabe, pero todo se trata de la percepción, ¿sí?

—Mira, podemos darle una carta de recomendación,— le ofrezco, mi expresión se suaviza. —Y una disculpa.

Sus ojos se dirigen a los míos y frunce el ceño. —¿Una disculpa?

—Glenn, no tenía ni idea de que tuvieras... sentimientos,— digo en voz baja. —Hemos trabajado juntos durante años y hemos sido amigos. Odio ver que se llegue a esto. Quiero que sepas que no es una aventura. Maxim y yo tenemos una relación seria.

—Lennix,— dice Kimba, varias advertencias en una sílaba.

—Lo amo, Glenn,— continúo, apostando que el tipo con el que he trabajado durante años para elegir a los candidatos en los que ambos creíamos sigue ahí en alguna parte. —Esto no es una aventura de campaña de mal gusto.

—¿No lo es?— pregunta Glenn, con el ceño fruncido y las cejas fruncidas. —No me di cuenta de que era algo serio entre ustedes dos.

—Es...— Me miro las manos. —Lo es, sí, y lo compartiremos cuando sea el momento adecuado. Ahora no es el momento, y lo haremos cuando estemos listos. Mientras tanto, hay un Acuerdo De Confidencialidad. que dice que no hablarás de las cosas que viste aquí en la campaña, pero ese no debería ser el tema. Tú y yo hemos sido amigos desde hace mucho tiempo. Deberíamos estar luchando para salvar eso, no peleando entre nosotros.

Después de unos momentos de tenso silencio, Glenn asiente con la cabeza. —Tienes razón, y lo entiendo.

—Así que...— Kimba echa una mirada entre los dos, con una cautelosa esperanza en la mirada. —¿Estamos en línea recta?

—Sí, podría seguir con la campaña, si les parece bien,— dice. —Maxim va a ir hasta el final. Lo sé. Escribir discursos para el futuro presidente se verá bien. Puedo superar esto si tú puedes.



Mierda.

Kimba y yo compartimos una mirada rápida porque sabe tan bien como yo que no hay manera de que Maxim vaya por esto.

—Creo que, dadas las circunstancias,— dice Kimba, —es mejor que tomemos caminos separados. Tenemos amigos que trabajan para los Demócratas que podrían usar a alguien como tú.

—Sí, estaremos más que contentos de darte una brillante carta de recomendación,— agrego. —Sé que podemos colocarte en un día o dos con otra campaña.

La boca de Glenn se aprieta y se frota las palmas de las manos sobre las rodillas. —Eso no será necesario,— dice con rigidez. —Tengo un amigo con otra campaña que quería que fuera allí inicialmente, pero vi esto como una gran oportunidad. Estoy seguro de que todavía hay un lugar para mí.

—¿Te importa si preguntamos a quién?— Kimba frunce el ceño.

—Prefiero no decirlo hasta que sea definitivo,— responde, su mirada nos reta a presionar.

No quiero hacerlo. Esto es lo más amigable que se puede hacer.

—Bueno, si eso es todo,— digo, de pie, —el autobús sale para Pittsburgh en unos minutos. Será mejor que vayamos allí.

—Sí,— dice Kimba, de pie también. —Podemos arreglar el transporte a cualquier lugar que necesites ir.

—Conseguiré mi propio transporte.— Glenn también está de pie, extendiendo su mano. —Fue un placer hacer negocios con ustedes.

Kimba acepta su apretón de manos y yo también. Su agarre de mis dedos se aprieta y miro hacia arriba para encontrar su cara una máscara serena. Aunque no hay malicia detectable en sus ojos, siento que acabo de hacer un trato que no entiendo con el diablo.

## 47. MAXIM



—¿Por qué no nos dijiste que estabas haciendo audiciones para primeras damas, Maxim?— Polly pregunta burlonamente.

Todo el mundo se congela, entonces todos los ojos están en mí.

Ocho de nosotros estamos repartidos en dos cabinas en el autobús, portátiles, iPads, teléfonos y montones de papeles tirados en las superficies.

—¿Perdón?— Tengo un ceño fruncido curioso. —No lo hago, por lo que sé.

Echo una mirada furtiva a Lennix, cuya cara refleja mi confusión.

—Según la página seis,— dice Polly, mostrándonos un artículo sacado de su teléfono, —puede que estés a pocos días del altar, y Estados Unidos podría tener su próxima primera dama.

Pongo los ojos en blanco. —Noticias falsas.

Polly se desplaza por la pantalla y aparecen unas cuantas fotos. Todas las cabezas de ese lado de la mesa se inclinan de acuerdo a mirar la pantalla, incluyendo la de Lennix. Ella y Kimba intercambian una mirada rápida e ilegible.

—Disculpen, chicos,— dice Lennix. —Tengo que ir a leer este documento de política.

Se levanta y camina hacia la parte de atrás del autobús. Polly la vigila y se encoge de hombros, volviendo al *fascinante* artículo sobre mis posibles próximas nupcias.

—¿Podría al menos conocer a mi prometida?— Pregunto, sosteniendo mi mano para el teléfono. Polly se ríe y lo entrega.

*Mierda.*

Todo fue inocente, pero estas fotos de Salina y yo hacen que las cosas parezcan íntimas y *arregladas*. Nosotros dos bajando del avión de Cade Energy. Fotos que algún padre amable de la fiesta envió inocentemente a Instagram desde la fiesta de cumpleaños. Salina y yo

sonriendo, parados lado a lado, nuestras caras iluminadas por el brillo de las velas de cumpleaños. Nosotros sentados uno al lado del otro durante la cena en el patio. No pensé en nada de eso en ese momento, pero presentamos la imagen perfecta de una pareja de enamorados.

¿El Próximo Camelot de Estados Unidos? el titular suena, y la sensacional especulación que le sigue sólo empeora.

Maxim Cade no es el único candidato. Salina Pérez puede estar montando una campaña propia. Maxim para presidente. ¿Salina para... primera dama? ¿Ella tiene tu voto? ¡Una joven y hermosa pareja en la Casa Blanca! ¡Primeros bebés! ¡Estamos aquí para eso!

Si mi padre filtró esto...

Justo a tiempo, mi teléfono suena con una notificación.

**Papá: Yo no he hecho esto. Sólo un reportero reuniendo mierda y especulando. Intentando aprovecharse de un ciclo de noticias lento.**

**Yo: ¿Por qué debería creerte?**

**Papá: Si lo hiciera, te lo diría. No te tengo miedo, niño.**

*Típico.*

Cuando levanto la vista de mi teléfono, Kimba está mirando un agujero en mi cabeza. Levanto mis cejas en forma de ¿qué?

Ella inclina su cabeza hacia la parte de atrás del autobús.

Lennix ha jugado a lo seguro desde el incidente de Glenn, apenas me ha mirado los últimos días.

—Necesito preguntarle a Lennix algo sobre este discurso para Detroit,  
— le digo al equipo de la mesa con una rápida sonrisa. —Vuelvo enseguida.

Me dirijo hacia el pasillo largo. Por el lado positivo, puedo estar a solas con mi chica por primera vez en días, aunque sea en la parte de atrás de un autobús lleno de gente. Ella está en la última fila, con las rodillas contra el asiento de enfrente.

—¿Este asiento está ocupado?— Pregunto, asintiendo con la cabeza al espacio vacío a su lado.

—Sí.— Se mete en el lugar. —Está ocupado.

Muevo su ligero peso para poder sentarme.

—¿Podrías no *tocarme* en público?,— susurra. —Estuvimos cerca. Tenemos suerte de que Glenn no haya chismeado a la prensa.

—¿*Chismear* es una palabra que usan los adultos?

Su boca se mueve, pero la enseña en línea recta. Me inclino hacia adelante para atrapar sus ojos con los míos, me alegro de que el alto respaldo del asiento nos oculte, proporciona una pequeña medida de privacidad.

—Mira, sé que viste esas fotos de Salina y yo en la fiesta de los gemelos. Sólo que estábamos de pie juntos, y sentados juntos. Éramos los únicos solteros allí. Todos los demás tenían un hijo y un cónyuge.

—Lo que sea.— Se encoge de hombros, pero mira hacia arriba para registrar mi cara. —No mencionaste el viaje en avión.

—No valía la pena mencionarlo, y no lo supe hasta que ella se subió al avión. Mi padre...

—No importa. Ya está dicho. Sé que él no cree que sea lo suficientemente buena para ti, así que supongo que ha tomado agresivamente el asunto en sus manos para encontrar una alternativa viable.

—Le dije que se detuviera, y que es inútil. No hay nadie más que tú. Él lo sabe. Debería saberlo. ¿Estás celosa?

—Sí.— Me mira fijamente. —Y te gusta.

Me río porque me gusta. —Puedo reírme porque es ridículo pensar que quiero a alguien más.

Inclino la cabeza hacia el pasillo para asegurarme de que nadie nos vea, y entrecruzo los dedos. Tomar su mano es un privilegio que nunca volveré a dar por sentado.

Ella se rinde a su primera sonrisa desde la pequeña bomba de Polly.

—Probablemente sea una buena señal de alarma. Desvía la atención de nosotros.

—Sabes que la prensa seguirá especulando y escarbando porque Estados Unidos no sólo elige un presidente,— digo yo. —La gente también tiene que sentirse bien con su cónyuge. Quieren saber quién será. Podríamos terminarlo,— susurro, agachándome hasta que nuestras cabezas se toquen, y tomando su mano, besando su muñeca.

—Si les decimos que ya tengo a mi primera dama. Una aventura suena mal, pero un compromiso suena romántico. Casarnos podría resolver todos nuestros problemas.

Un trago profundo perturba la elegante línea de su garganta. Su hombro se tensa contra el mío. —Wow,— dice con una sonrisa rígida. —¿Me perdí la propuesta?

Levanto su barbilla, cerrando los ojos y conteniendo la respiración. —¿Te casarías conmigo, Lennix?

Sus ojos se abren de par en par y aparta la mano como si la hubiera quemado. La palma de mi mano se siente fría en cuanto lo hace. Atrapa su labio inferior entre los dientes y mira hacia otro lado, haciendo un nudo con los dedos en su regazo. El silencio que sigue a mi pregunta, *la primera vez que hago esa pregunta*, es ensordecedor. Lentamente, el parloteo y la risa del equipo de delante se filtra en mis sentidos. Irónicamente, es cuando la interestatal pasa por la ventana del autobús, el tráfico y el paisaje se desdibujan, que se vuelve dolorosamente claro.

—¿Estás... me estás rechazando?— Me obligo a preguntar. —¿Esto es un no?

Ella cierra los ojos y aprieta los labios con fuerza, como si quisiera estar en cualquier sitio menos aquí conmigo. Es un picahielos cortándome entre las costillas. *¿Cómo me perdí que Lennix no quiere casarse conmigo?*

—Te amo,— dice finalmente, con la voz entrecortada. —Pero...

—¿Pero no quieres casarte conmigo?— Pregunto, olvidando susurrar.

—Shhhh.—Ella estira los ojos e inclina la cabeza hacia la parte delantera del autobús. —No dije eso. Sabes que quiero casarme contigo.

—Entonces, ¿qué demonios? ¿Por qué es esto incómodo? ¿Por qué no has dicho que sí? Te hice la pregunta más importante que le he hecho a nadie en mi vida y recibo *esto*.

—Déjame terminar. Quiero casarme contigo, pero no estoy segura... — Su mirada se desliza y vuelve a cerrar los ojos. —No estoy segura de querer ser la primera dama.

—¿Qué?— La palabra explota de mi boca, y me importa un bledo quién la escuche.

—Maxim,— sisea. —Tienes que bajar la voz.

—¿Qué clase de trampa es esta?— Susurro acaloradamente. —

Prácticamente me obligaste a presentarme a presidente...

—No lo hice. Quieres esto y lo sabes.

—Sí, lo quiero, pero no habría arriesgado tu seguridad por ello si no hubieras sido tan inflexible, y seguro que no lo habría hecho si me hubieras dicho que no te *jodidamente* casarías conmigo si ganaba.

—Yo no... — Respira hondo y rápido. —No lo sabía. No pensé en esos términos.

—En los términos de que no me casaré con el hombre que supuestamente amo si es elegido, ¿entonces creo que haré que lo elijan?

Ella levanta la mano, sostiene mi cara entre sus manos, y el contacto se siente tan bien, tan nosotros, que me inclino en su palma, saboreando su toque, incluso en medio de esta pelea.

—Sé sin ninguna duda que eres el adecuado para este país,— dice, con lágrimas en los ojos. —Pero no estoy segura de que ser la primera dama sea lo correcto para mí, Maxim.

Sus manos se caen de mi cara y me pasa una lágrima.

—He trabajado toda mi vida por lo que tengo, por lo que *soy*. Me encanta hacer campaña. Me encanta la satisfacción de poner en el poder a líderes que cuidarán de los más vulnerables.

—Todavía puedes tener impacto como primera dama. Por supuesto que puedes.

—No trabajé tan duro y tanto tiempo,— dice, algo de su habitual fiereza creciendo, —para ser la acompañante nacional.

—¿La acompañante nacional? ¿Podrías dejar de pensar en las percepciones y expectativas de la gente y pensar sólo en nosotros? ¿Cómo se desarrolla esto? Si gano, ¿serás la *primera novia* durante cuatro años?

—Ocho. No serás un presidente de un solo mandato. No en mi turno.

—¿Y los niños? Según tu plan, tendré cuarenta y ocho años cuando deje el cargo. Tendrás cuarenta y uno. ¿Quieres esperar tanto tiempo para empezar nuestra familia? O tal vez no esperaremos al matrimonio y seré el primer papá-bebé en la Oval. Soy poco convencional, pero no *tanto*.

Tomo su barbilla entre mis dedos suavemente hasta que se encuentra

con mis ojos. —Quiero una familia contigo. Quiero una vida contigo. ¿Estás diciendo que si me convierto en presidente no tendré eso?

—Digo que no estoy segura de lo que es mejor para mí, pero sé que tú eres el mejor para Estados Unidos.

Se me cae la barbilla. —Esa no es una respuesta.

—¿Yo debo renunciar a todo lo que se supone que debo hacer para que *tú* puedas hacer lo que se supone que debes hacer? Sé que suena mal, pero estoy tratando de trabajar a través de las implicaciones del matrimonio real si ganas. Renunciar a mi carrera, a mis causas para ser primera dama... no es para lo que me inscribí, y yo...

—Te inscribiste por *mí*,— digo, queriendo gritar, pero manteniendo mi voz baja. —Y yo me inscribí por ti, signifique lo que signifique, dondequiera que nos lleve.

—Fácil de decir cuando ‘lo que sea’ es que te conviertes en el líder del mundo libre, y yo sonriendo y luciendo bonita para una campaña de ‘di no a las drogas’, o abogando por la alfabetización. No es lo que quiero *hacer*. No es lo que quiero ser. No me pidas que lo averigüe todo hoy. Teníamos que movernos rápido. Sólo necesito un poco de tiempo para luchar contra esto, Maxim.

No me importa si pierdo la cabeza en un autobús lleno de personal de campaña, y eso está a punto de suceder. Me pongo de pie, pero ella me agarra la muñeca.

—Suelta, Nix. Tengo que *resolver algunas cosas* antes de dar este discurso y convencer a Detroit de que vote por Cade.

Me alejo y me pongo al frente, un pequeño fuego se enciende bajo el cuello de la camiseta de golf que llevo puesta. Odio las camisetas de golf. Uno de los encuestadores me sugirió que probara una camiseta de golf porque un estudio demostró que supuestamente tranquilizan a la gente. ¿Cómo una maldita camiseta de golf le asegura a alguien que pagará el alquiler? ¿O que su plan de jubilación valdrá algo si este planeta se mantiene solvente el tiempo suficiente para usarlo? ¿El mundo está en llamas y Lennix acaba de rechazar mi propuesta y estamos hablando de camisetas de golf?

Me arranco la camisa en la cabeza y Kimba mira desde su teléfono, con los ojos saltones desde mi pecho desnudo a mi cara fruncida.

—Odio las camisetas de golf,— enloquezco. —No vuelvan a pedirme que use una maldita camiseta de golf. No me importa si a los millennials les encantan. No me importa si hacen que las madres solteras se sientan atractivas, o si el color azul hace que los hombres entre treinta y cuarenta y cinco años confíen en mí.—Levanto la camiseta de golf para que todo el mundo la vea, blandiéndola como un arma y luego la arrojo sobre la mesa. —No más camisetas de golf. Nunca más. ¿Entendido?

—¿En serio?— Lennix pregunta por detrás de mí, caminando por el pasillo. —No seas un idiota.

Me balanceo para enfrentarla. —¿Está intentando que la despidan, Srta. Hunter? La última vez que lo comprobé, trabajaba para mí.

—La última vez que lo comprobé, *Sr. Cade*, puede irse a la mierda.

El silencio absoluto inunda el autobús, y todos parecemos congelados en alguna farsa. Lennix jadea, se cubre la boca, abre los ojos, rebotando entre los empleados y yo. —Oh, Dios mío. Lo siento mucho. Todos estamos bajo mucha presión y yo...

Se tambalea, parpadea ante las lágrimas, se pasa una mano temblorosa por el pelo. Mi chica autocontrolada se está deshaciendo. No es sólo que los dos seamos inusualmente indisciplinados. Ni siquiera creo que sea la pelea que acabamos de tener. Es *la lucha*... el conflicto de estar enamorado de alguien en un camino que no estás seguro de poder tomar. Por mucho que quiera resistirme a ella, permanecer furioso con ella, no tengo defensa contra esta rara vulnerabilidad. Si toda esta gente no nos mirara embobada, la llevaría a la parte de atrás del autobús y la abrazaría, la besaría, le aseguraría que haremos lo que quiera. Haré lo que ella necesite hacer mientras podamos estar juntos.

Y luego me la follaría hasta que recordara que sólo somos nosotros. No importa qué, siempre sólo nosotros.

Miro las caras de sorpresa y los ojos abiertos del equipo. —Yo también lo siento,— les digo. —Todos estamos bajo mucha presión, sí, pero nunca quiero desquitarme con ustedes. Son asombrosos y se merecen algo mejor que eso.

Me ahorro más explicaciones o disculpas incómodas cuando el



autobús se detiene con un pequeño sacudón y un suspiro de frenos. Tengo que bajarme de esta cosa e ir a reagruparme antes de destruir todo por lo que he trabajado, incluyendo mi relación con Lennix. Me pongo al frente del autobús. Los pasos rápidos me siguen cuando las puertas del autobús se abren.

—Doc,— llama Lennix. —Olvidaste tu camisa.

Pero ya estoy fuera, y en cuanto mi pie toca la acera un enjambre de reporteros se reúne a mi alrededor como abejas, zumbando frente a nuestro hotel, todos extendiendo teléfonos y micrófonos hacia mí. Lennix se baja del autobús, agarrando mi camisa, sus ojos se dirigen a las caras ansiosas y curiosas.

—¿Qué demonios?— murmura.

—¿Es verdad?— grita uno de ellos. —¿Lacy está diciendo la verdad?

—¿Lacy?— Lennix pregunta, con la boca abierta. —Oh, Dios.

—¿Quién es Lacy?— Le pregunto a Lennix, pero un periodista responde.

—Lacy Reardon alega que usted y su directora de campaña tienen una aventura, Sr. Cade. ¿Es cierto?

## 48. LENNIX



—Esto es malo, ¿verdad?— Pregunto.

De vuelta en la sede de la campaña en Nueva York, Kimba y yo miramos el iPad en la mesa de la sala de conferencias. Es una foto encantadora de mí de pie junto a un Maxim con el pecho desnudo, pareciendo que acabamos de salir de la cama en lugar de bajarnos de un autobús híbrido de campaña.

—¡No f\*lles al candidato!,— proclama el titular del artículo. El artículo continúa diciendo que Lacy Reardon, antigua empleada de la campaña despedida por Lennix Hunter por conducta sexual inapropiada, acusa a la Sra. Hunter de hipocresía ya que está llevando a cabo una aventura a largo plazo con su cliente, el aspirante a la presidencia Maxim Cade.

—Esa es la tendencia en el Twitter,— ofrece Kimba, su voz bastante tranquila para la ira que sospecho hierve bajo la superficie. —No folles el candidato.

—Kimba.

—También hay un GIF. Tú girando los ojos con una mano en la cadera. En realidad me avergüenzo de segunda mano por ti.

—Lo siento.

—Y un meme. Casi me olvido del meme y la grabación de la cámara de vigilancia fue un toque *genial*.

Nota para mí: Nunca te enemistes con un genio de la tecnología que podría minar internet para obtener imágenes de tu enamorada entrando y saliendo de tu apartamento.

Y dentro. Y fuera. Y dentro. Y fuera.

Las *varias* fotos de vigilancia de Maxim subiendo a su camioneta con la seguridad siguiéndolo me hicieron parecer como una ramera que tenía en una casa y que visitaba regularmente. Glenn confirmó mis sospechas de que tenía algo bajo la manga cuando nos envió un

mensaje a Kimba y a mí justo después de que la historia saliera a la luz.

Glenn: Oigan, señoritas. Solo quería que lo supieran. ¿Ese viejo amigo que tenía un anuncio para mí en otra campaña? Era Lacy. Ahora estoy escribiendo discursos para el gobernador Dentley. Me alegro de que todos sigamos siendo AMIGOS.

Aparentemente Lacy y Glenn se hicieron amigos en ese proyecto en el que trabajaron juntos antes, y él fue directamente a sus cuentos sobre Maxim y yo. Su mensaje de texto fue suficiente para burlarse de nosotros, pero no para probar que es la fuente de Lacy. Ciertamente no lo suficiente para demandar su culo por romper el Acuerdo De Confidencialidad. A todos los efectos, Lacy habló. Glenn no lo hizo.

—Oh, este podría ser el mejor titular hasta ahora.— Kimba gira el iPad para que pueda ver. —Haciéndolo con la Kingmaker. Creo que es mi favorito.

—Lo sé. Lo he estropeado.

—¿Lo arruinaste?— Kimba me mira, la decepción y la ira se acumulan en sus ojos oscuros. —Dos de los candidatos que habíamos reservado para las elecciones intermedias llamaron esta mañana para decir que han encontrado consultores con ‘menos drama’ y que no necesitarán nuestros servicios.

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza en mis manos.

—Drama, Lennix. ¿Sabes cuánto tiempo lleva esta gente esperando que la caguemos? Dos chicas morenas que creen que su mierda no apesta y a las que bajan un poco el nivel. Así que *así* es como llegaron tan lejos, tan rápido. Eso es lo que dicen. Tú les diste eso.

—Kimba, vamos,— dice Maxim desde la puerta de la sala de conferencias. —Creo que ambos nos sentimos bastante mal ya que es así.

—Oh, ¿*te* sientes mal?— Kimba se ríe con dureza. —No es así como funciona, Maxim. Estos titulares no tratan de que hagas algo malo, o de que seas sospechoso, o de que no seas bueno en lo que haces. De hecho, hay muchos hombres que te darán palmaditas en la espalda por haber tocado ese culo.

—¿Crees que voy a dejar que hables así de ella?,— pregunta, con los

ojos en blanco.

—No tengo que hablar de ella.—Kimba se pone de pie y señala el iPad. —Todos los demás lo hacen. Yo la *amo*. He trabajado con ella los últimos diez años construyendo algo en lo que creemos. Ahora se ríen de ella y la denigran por *tu* culpa. Así que no vengas aquí pensando que me vas a enderezar. Yo te enderezo a *ti*.

Ella camina hacia la puerta y se detiene frente a él. —Además, la Srta. Hunter ya no está disponible para su campaña. Ella ha sido reasignada, pero si todavía quiere mantener los servicios de Hunter, Allen & Associates, reúname conmigo aquí a las ocho en punto mañana por la mañana para que podamos averiguar cómo salvar lo que queda de su campaña. Disculpe.

Pasa a su lado, atraviesa la puerta y sale de la sala de conferencias. Sus tacones altos resuenan por el pasillo hasta el área de recepción, seguido de un claro portazo en la puerta principal.

En el silencio después de su partida, hojeo los diferentes artículos y titulares insultantes.

—Mi padre llamó hoy,— digo. —Quería asegurarse de que estaba bien.

Maxim toma el asiento frente a mí.

—Se metió en una discusión con un colega del trabajo,— continuó sin palabras. —El profesor aparentemente tenía cosas no tan buenas que decir sobre mí, sin darse cuenta de que era la hija del doctor Hunter. Él y papá casi llegaron a los golpes. No me dijo esa parte. Bethany lo hizo.

Maxim suelta un aliento agudo y alcanza mi mano. —Nix, lo siento mucho.

—No es tu culpa.— Sacudo la cabeza y echo el pelo hacia atrás. —Sabía que esto pasaría.

—No sólo me disculpo por las consecuencias,— dice. —Me disculpo por lo que pasó antes de todo esto, en el autobús.

Hago una pausa, echándole una mirada incierta. Fue casi fácil olvidar la conversación volátil que tuvimos antes de que la prensa bajara. Obligo a una risa. —Déjame tratar una crisis a la vez, ¿vale?

—¿Pedirte que te cases conmigo es una crisis?— Hace la pregunta a la

ligera, pero lo conozco demasiado bien para no oírlo, para no *sentir* el dolor que hay detrás. Lo vi en sus ojos en el autobús, también.

—Cuando me lo pediste,— empiezo, conociendo cada palabra con cuidado, sin querer hacer más daño del que ya he hecho, —por un segundo, me asustó lo mucho que quiero ser tu esposa. *Sí* estaba justo ahí en la punta de mi lengua. Mi corazón lo quiso inmediatamente, pero mi cabeza empezó a preguntarse, ¿cómo funcionaría esto? ¿Cómo podría abogar tan duro, tan abiertamente por los asuntos de los nativos cuando tendrías que ser el presidente de *todos*? ¿Y qué diríamos cuando me llamen parcial? ¿O tomo una postura con la que no estás de acuerdo, o que no se alinea con tus políticas? Una primera dama no suele tener *opiniones*, al menos, no que las exprese. Ella tiene un *esposo*, y su voz es tragada por la de él.

Está callado porque sabe que tengo razón. Su mirada está fija en su pulgar acariciando el dorso de mi mano.

—He trabajado muy duro para ser yo misma, Maxim,— digo en voz baja. —Para saber lo que creo, para vivir mis convicciones y decir lo que pienso. Sólo quiero asegurarme de que no perderé todo eso, perderme a *mí misma* en ti y todo lo que requiere ser el presidente.

Una sola lágrima caliente se desliza por mi mejilla, y la rozo con la mano que no tiene. —Vi la forma en que Salina te miraba en esas fotos.

Levanta los ojos a mi cara aunque no los encuentre.

—Es una abogada, como Millie. Atendió a Cornell y es una chica dura por derecho propio,— digo. —pero apuesto a que no se lo pensaría dos veces antes de dejarlo todo para ser tu primera dama. También vi eso en Millie por Owen. Diablos, yo lo veo en Mena para Jim. Le encanta ser la esposa de un senador. Es suficiente para ella. Una parte de mí desearía ser así, tan dispuesta a ver mis sueños absorbidos por los tuyos.

Me levanta la barbilla con el dedo, obligándome a mirarlo. —¿Recuerdas lo que dijiste en tu discurso el primer día que nos conocimos?

Frunzo el ceño, huelo y me concentro. —Um... ¿qué parte?

—Dijiste: ‘¿Me ven? ¿Me oyen? No creo que puedan’, pero lo hice

enseguida. Sabía quién eras, Lennix, antes de que nos conociéramos. Cuando vi que ese perro se dirigía hacia ti, no pensé en el hecho de que no nos conocíamos. No me importaba lo que mi padre pensara. No había *tiempo* para pensar. No pude ponerle palabras en ese momento, pero en cierto modo, sabía quién eras y sabía que eras mía. Asiento porque no tenía edad suficiente para entender la conexión entre nosotros ese primer día; tal vez ni siquiera en Ámsterdam entendí completamente lo que significaba conocer la otra mitad de tu alma, pero ahora lo sé.

—Siento no haberte escuchado en el autobús,— dice. —No te estaba escuchando. Creo que tenía miedo de escuchar lo que necesitabas decirme.

Le hace un gesto al iPad que está en la mesa entre nosotros. —Esos titulares no son reales. Los artículos no son reales. Sabemos lo que es real. Todavía quiero casarme contigo algún día, y si este loco plan nuestro funciona, seré el presidente, pero podemos posponer el matrimonio hasta que estés lista.

Lo miro, buscando en su cara. Eso es todo lo que quiero, tiempo para asegurarme de que estaré satisfecha con la persona que ese papel requerirá que sea, pero sé lo que le cuesta a Maxim darme ese tiempo. Es un hombre generoso, pero cuando quiere algo, lo toma. Me quiere más que a todo, así que esto es difícil para él.

—¿Está seguro?— Pregunto.

—Ese día en mi oficina con Chuck Garrett fue uno de los mejores momentos de mi vida, al escuchar cómo me viste. Quiero que sepas que *te veo*, Lennix. Dijiste que lo dirigiera como un rebelde. Si un independiente finalmente logra derribar el sistema bipartidista y ganar la presidencia, no esperes que juegue con todas las reglas, incluyendo el funcionamiento de mi esposa.

—Doc...

—Creo que podríamos abrirnos camino.—La mirada en su rostro, en sus ojos es pasión e intensidad y confianza y amor. —Sé que te casarías conmigo. Te estoy dando tiempo para decidir si quieres casarte con el presidente.

## 49. MAXIM



—¿Estás seguro de esto?— Kimba pregunta por lo que se siente como la centésima vez.

—Sí.— Miro mi corbata en el espejo del cuarto verde y la meto en el chaleco de mi traje de tres piezas. —Seguro.

—Que conste en acta que estás haciendo esto en contra de mi consejo experto.

—El registro ha sido anotado.—La beso en la mejilla. —Lo estoy haciendo.

—Puede ser desastroso para su campaña.

—Puede ser.— Me encojo de hombros. —Pero puede ayudar a Nix. ¿Qué crees que significa más para mí?

Lennix ya está en campaña con el nuevo candidato a gobernador al que está ayudando. Ella y yo hemos hablado muy poco desde ayer, pero sabe lo que planeo hacer hoy. Ella, al igual que Kimba, no está segura de que sea el movimiento correcto, pero es mi movimiento. Mis instintos me dicen que así es como superaremos esto, volveremos al mensaje, y cómo podré estar abiertamente con la mujer que amo.

Y tal vez aún pueda ser presidente. Hay mucho en riesgo, pero he apostado más de una vez con todas mis fichas.

—Lo siento si ayer me encontré con todo lo difícil,— dice Kimba.

—Oye, es un momento tenso. Todos decimos cosas que desearíamos poder retirar.

—Oh, no me gustaría poder retractarme de nada,— dice, sacudiendo la cabeza y riéndose. —Dije lo que quería decir y lo que dije en serio. Sólo lamento que haya sido un poco dura.

—Oh. Bueno, como disculpas, acepto.

La puerta se abre y Alice, la productora, mete la cabeza. —Estamos listos para usted, Sr. Cade.

Asiento, le doy a mi reflejo un último vistazo, y la sigo.



—Nos acompaña esta noche en *Beltway* el hombre del que todos hablan,— dice Bryce Collins. —Por favor, denle la bienvenida a Maxim Cade.

Cuando los educados aplausos se apagan, casi puedo sentir la curiosidad de la multitud pinchándome y sondeándome.

—Primero, me gustaría ofrecer mis condolencias por la pérdida de su hermano, el senador Owen Cade,— dice Bryce con sobriedad, y por lo que puedo comprobar, sinceramente. —Verdaderamente un buen hombre. Fue un honor haberlo conocido.

—Gracias,— digo, preparándome para el torbellino de preguntas que sé que seguirá a la simpatía.

—Hace unas semanas, anunció su candidatura a la presidencia. ¿Cómo va eso?

—Hasta hace unos días, muy bien.

El público se ríe, y yo ofrezco una sonrisa auto despreciativa.

—Bien,— dice Bryce, sonriendo también. —Reportes recientes indican que puede haber habido una mala conducta sexual entre usted y su directora de campaña, Lennix Hunter. ¿Hay algo de verdad en esa afirmación?

—Ninguna en absoluto.

—Vale, no estás bajo juramento aquí,— dice Bryce, irónicamente. —Así que no puedes cometer perjurio ni nada, pero hay bastante material de vigilancia de ti entrando y saliendo del apartamento de la Sra. Hunter. ¿Le importaría abordar eso?

—Usted preguntó si había verdad en la acusación de mala conducta sexual. Niego inequívocamente que haya habido mala conducta.

—¿Así que Lennix Hunter no es su amante?

—¿Mi amante?— Suelto una risa incrédula. —¿Es esta la Inglaterra victoriana? ¿La señorita Hunter está siendo retenida en una casa de pueblo en Mayfair? Esa es una forma muy atrasada de discutir una relación consensuada entre dos adultos. Tal vez yo sea su Señor.

Hay algunas risas del público, y algunas mujeres aplauden. Puede que



incluso haya detectado un —amén.

—Así que admites que hay una relación romántica entre usted y Lennix Hunter.

—Sí, la hay.

Un jadeo viaja a través de la multitud, y el silencio que sigue a los indicios que esperan que yo elabore.

—¿Podría decirnos cómo empezó?— Bryce pregunta, sus ojos brillan de emoción por los detalles ilícitos. —¿Fue en la campaña electoral?

—No, mucho antes de eso.

—¿Conocía a la Srta. Hunter antes?

—Conocí a Lennix cuando tenía diecisiete años. Yo tenía veinticuatro, pero no pasó nada, así que por favor no me venga con lo de ser un viejo verde.

Algo de la tensión nerviosa se rompe y la mayoría de la gente se ríe de nuevo.

—Nos conocimos en una manifestación.—Me río. —Irónicamente, estaba protestando por uno de los proyectos de mi padre. Un gasoducto de Cade Energy que pasaría por terrenos que su tribu consideraba sagrados y que habían sido protegidos.

—¿A los diecisiete años?

—Sí. Ella estaba hablando, en realidad.

—¿Y cuál fue su primera impresión de ella?

—La escuché antes de verla. Nunca había oído una convicción como esa de alguien tan joven. Ni siquiera a mi edad. Yo tenía veinticuatro años en ese momento, así que siete años más, y, como ya se ha dicho, nada romántico pasó entre nosotros.

Hago una pausa y me froto la nuca. —Bueno, eso no es del todo cierto. Creo que fue el día en que empecé a enamorarme de ella.

—¿Qué pasó en la protesta?

—En realidad nos arrestaron.

—¿Lo arrestaron por protestar contra el gasoducto de su propio padre?— Bryce pregunta, encantado.

—Él no estaba muy contento con eso,— respondo secamente. —Pero ahí fue donde Lennix y yo nos conocimos.

—Hay una historia bien documentada de antagonismo entre tu padre

y Lennix Hunter. ¿Es difícil manejar esa tensión?

—A veces, pero escucha. Esta nación tiene un pasado doloroso y problemático con el tratamiento de los nativos americanos. Alguien como Lennix no puede ni siquiera sostener un billete de veinte dólares sin ver a Andrew Jackson. Compran sus comestibles con dinero celebrando al hombre que les causó el mayor dolor.

—Nunca lo había pensado así.

—Tú y yo no tenemos que hacerlo. Cuando la gente habla de un pasado tan doloroso como el suyo, mientras no infrinjan la ley, no puedes decirles cómo hacerlo. Así que no me incomoda que Lennix se oponga a algunas de las prácticas comerciales de mi padre. Yo también. Eso no significa que no lo ame o que no quiera tener una relación con él. Significa que no estamos de acuerdo. No le diré a Lennix que no exprese su indignación en estos asuntos. Mi papel debería ser escuchar.

—¿Le preocupan las complicaciones de presentarse a presidente y salir con alguien como la Srta. Hunter?

—¿Disculpe?— Un músculo en mi mandíbula hace tictac. Mis dientes rechinan juntos. —Debería definir lo que quiere decir con ‘alguien como la Srta. Hunter’.

—Sí, bueno.—Se aclara la garganta. —Alguien que ha estado protestando tan ruidosamente por un grupo de personas en particular.

—Su gente, quieres decir. Los nativos americanos.

—Sí, pero si es presidente será de los Estados Unidos, de todos ellos, de todo el pueblo. ¿Complica esto las cosas que, en interés de su pueblo, la Sra. Hunter ha adoptado puntos de vista sobre nuestros antepasados que algunos consideran antipatrióticos o antiestadounidenses?

—Creo que sus puntos de vista deben ser considerados, no antiestadounidenses, sino pro-estadounidenses. Ellos estuvieron aquí primero. Esto era todo de ellos. Lo robamos. Las implicaciones de esos errores aún se sienten. Y creo que nos tergiversan mucho el patriotismo.

—¿Cree que deberíamos redefinir el patriotismo?

—Creo que deberíamos recordar lo que es realmente el patriotismo; que está enraizado en el amor a la patria y en ver una visión de la vida, la libertad y la justicia para todos plenamente realizada. Nuestros antepasados escribieron la verdad, pero en muchos casos, no la vivieron. El patriotismo es amar a este país lo suficiente como para examinar su problemática historia y así poder cumplir las palabras de nuestros antepasados.

—Algunos argumentarían que nuestros antepasados hicieron lo que todos los constructores de naciones han hecho,— dice Bryce. —Los más fuertes toman el control y hacen algo bueno mejor, algo que durará.

—Su versión de la colonización suena como el Darwinismo, con el más fuerte sobreviviendo.

—No está muy lejos,— se ríe Bryce.

—He vivido en todo el mundo, y Estados Unidos es mi lugar favorito por lejos. Creo en él, o no estaría postulándome para dirigirlo. Sólo porque algo termine siendo maravilloso, no significa que no exponga lo malo de cómo comenzó. Este país es asombroso, pero nuestros orígenes son complicados y, en muchos casos, moralmente reprensibles. En el proceso de construir algo increíble, robamos, destruimos, aprovechamos, lastimamos a mucha gente. Desmerecemos nuestra grandeza cuando nosotros, no sólo nos negamos a reconocer o examinar nuestras acciones históricamente, sino que no buscamos formas de curar y reparar lo que podemos. Creo que esa es la esencia de lo que —gente como la Sra. Hunter— nos pide.

Bryce asiente con la cabeza, sus ojos se estrechan. Da la vuelta a la carta en su mano y coge otra.

—Gracias por articular eso,— dice Bryce. —¿Podríamos volver a la naturaleza romántica de su relación con la Srta. Hunter?

—Por supuesto.

—Así que la conoció protestando por el gasoducto de su padre, ¿y luego qué?

—Volvimos a conectar brevemente unos años después en Ámsterdam cuando ella estaba de vacaciones y yo estaba terminando mi

doctorado. No nos volvimos a ver durante otra década, cuando la empresa de la Sra. Hunter empezó a gestionar la campaña de mi hermano.

—¿Y reanudó su relación?

—Dios, no. Ella no me daba ni la hora. Literalmente me mudé a Washington para estar más cerca de ella, pero no me consideró durante meses.

—Entonces, ¿cuándo se volvió romántico de nuevo?— Bryce Chortles.

—Supongo que mutuamente romántico, ya que la Srta. Hunter había resistido.

—Hace unos cinco meses.

—¿Y por qué ocultó su relación?

—Por lo que está pasando ahora mismo. La gente hace suposiciones erróneas sobre ella, sobre su ética de trabajo, sobre cómo llegó a ser tan exitosa. Se ha ganado todo lo que tiene, incluyendo mi amor.

Un suspiro pasa a través de la multitud en mi confesión.

—¿Así que la amas?— Bryce se arraiga en busca de claridad, lo cual estoy más que feliz de dar.

—Sí, estamos en una relación comprometida.

—¿Y el matrimonio?— Bryce sondea.

—Algo que decidiremos cuando sea el momento adecuado para nosotros.

—A los estadounidenses les gusta saber lo que recibimos,— dice Bryce. —Es un paquete. Quieren saber qué haría su primera dama, quién es.

—Si me eligen, los estadounidenses pueden esperar un hombre lo suficientemente inteligente para pedir ayuda cuando no lo sabe, y lo suficientemente audaz para mantenerse por su cuenta cuando sea necesario. Alguien que luche por ellos de formas nuevas e innovadoras, que vigile el resultado final de forma despiadada y que asuma riesgos que nos impulsen a todos hacia adelante. Un hombre que honrará el pasado cuando lo hayamos hecho bien, y se disculpará cuando lo hayamos hecho mal, y que esté decidido a que el futuro sea mejor de lo que podemos imaginar.

Dirijo mi atención a la audiencia y me encojo de hombros, sonrío.

—Sólo considera el tipo de mujer que elegiría el hombre, y tendrás a Lennix Hunter.

## 50. MAXIM



—Juro que trataré de lograrlo,— le digo a Lennix, tomando un sorbo de mi café.

—Sé lo llena que está tu agenda hoy,— dice desde el otro lado de la línea. —No rechazas *Good Morning America* por nada. Es una gran oportunidad para que te conectes con los votantes.

—Sí, Kimba me envió algunas notas de política anoche para revisarlas. Era básicamente *Guerra y Paz*, pero un poco más largo.

—Ella es minuciosa.— Lennix se ríe. —Le daré eso.

—Probablemente nos estrangularemos antes de noviembre. Estar en la carretera sin ti como amortiguador apesta. No hay nadie que me proteja de ella.

—Bueno, yo también estoy en la carretera. La carrera por la gobernación se está calentando, y creo que tenemos una oportunidad real de convertir a Virginia en azul. Quiero decir, es un estado cambiante, así que probablemente se volverá roja de nuevo en cuatro años, pero tengo que intentarlo, ¿verdad?

—Sí, claro.— Descanso en el silencio fácil por unos segundos, disfrutando del sonido de su voz, del pensamiento de ella. —Te extraño.

—Lo mismo, Doc. Lo mismo.

Sonrío aunque me duele no estar con ella. —Hay unos tipos de Hong Kong. Después de la *GMA*, tengo que reunirme con ellos e intentar salvar este trato, pero planeo tomar un vuelo justo después para poder estar allí a tiempo.

—Si no lo logras...

—Es una gran cosa. Quiero estar allí.

—Está bien.— Escucho la sonrisa en su voz. —Bueno, tengo que irme ahora. Todavía es muy temprano aquí, pero Mena se levantará pronto. Voy a correr y luego le haré el desayuno para variar.

—Salúdala de mi parte. Te amo. Tiene que ser el martes muy pronto.

—No tenemos que decir eso nunca más,— se ríe.

—Lo sé, pero me gusta.

—Adiós, a ti.

—Adiós, a ti.

Necesito concentrarme. Kimba realmente me envió una gran pila de notas de política. Quiere que me prepare para esta entrevista. Ya sé que preguntarán por Nix y por mí. No hay papel para eso. Todo el mundo lo hace hoy en día. No en la forma en que solían hacerlo. Ahora quieren saber si ya estamos comprometidos. ¿Será mi primera dama si gano esto?

*¿Quién diablos lo sabe?*

Es un acto de fe, presentar nuestra discusión sobre el matrimonio, pero seguir adelante en el camino. Tal vez le guste la idea de reformar el papel de la primera dama. No la apuraré. Es un gran sacrificio. Demonios, si gano, no puedo llevar mis negocios mientras estoy en la oficina. Los construí desde cero. La idea de que alguien más los dirija, dándoles forma mientras estoy fuera, es irritante. Pero lo que dije fue en serio. Estoy corriendo porque creo que puedo cambiar las cosas.

La puerta se abre mientras reviso algunas leyes de inmigración que realmente necesitan ser eliminadas de los libros.

—Desagradable,— digo. —¿No te enseñó tu madre a llamar a la puerta?

—Creo que estarás más interesado en lo que tengo para ti que en mis modales,— dice secamente, pero con la suficiente emoción en el trasfondo de su voz para llamar mi atención.

—¿Qué tienes?

—Él,— dice Grim simplemente.

Mi cabeza se levanta y lo inmovilizo con mi mirada. —¿Gregory? ¿Tienes una pista sobre él?

—No sólo una pista. Sé exactamente dónde está. Lo tengo a la vista, King.

—¿Cómo?

—Encontramos la rata.

—¿Cómo?

—Dejaré que Wallace te lo diga,— dice, marcando en su teléfono y viniendo a mi escritorio para que pueda ver. Wallace aparece en pantalla. No ha venido mucho desde nuestro enfrentamiento en el apartamento de Lennix. Lennix y yo hemos estado en la carretera la mayor parte del tiempo, primero por Owen, luego por Wyoming y luego por mi campaña.

—Hola, Maxim,— dice. Parece que está en casa, basándonos en el dormitorio que se ve detrás de él.

—Wallace, ¿cómo ha pasado esto?

—Uh, sí.—Se frota los ojos. —Hay un técnico en mi equipo, Chauncey. Cuando volví al trabajo después de Costa Rica, estaba actuando de forma extraña. Muy raro. Faltó al trabajo, se fue. No es para nada como era antes de mi viaje. Luego pidió un traslado no mucho después de que regresé. CamTech nunca le dijo a nadie sobre el secuestro, pero siguió observándome y me dio una vibración furtiva. Así que le di a Grim la información de Chauncey.

—Lo cruzamos con lo que sabíamos de Keene para ver si había coincidencias,— dice Grim, —y las había. Estuvieron juntos en Stanford. Una búsqueda en su ordenador personal reveló algunos pagos interesantes que se sincronizaron con varios incidentes S y R que sospechamos que los hermanos Keene podrían haber estado detrás. Parece que hackeó sus sistemas para obtener información, pero CamTech fue la única empresa en la que se infiltró como empleado.

—¿Consiguió una orden para registrar su casa?— Pregunto, frunciendo el ceño.

—No, fue víctima de un desafortunado allanamiento de morada,— dice Grim, con la lengua en la mejilla. —Mientras los ladrones estaban en ello, pincharon su teléfono.

—Qué bien.— Lo golpeé con el puño.

—Y entonces el día que CamTech entregó los archivos de la vacuna al CDC...

—¿Así que finalmente lo hicieron?— Interrumpí.

—Lo hicieron, sí.—Wallace asiente. —Y todo nuestro equipo lo sabía porque esencialmente termina nuestra investigación por ahora. Hemos sido reasignados a un proyecto diferente.



—Así que tan pronto como CamTech notificó al equipo,— dice Grim, —interceptamos un mensaje de texto entre nuestra rata y un número imposible de rastrear. El texto no daba ningún detalle sobre el paradero de Keene, pero tenía suficiente para interrogarlo.—La sonrisa de Grim es malvada. —Extraoficialmente, por supuesto. Sabes que no se tarda mucho en quebrar a estos débiles hijos de puta. Apenas tomó presión, unas pocas amenazas, y entregó la ubicación de Keene. Cantó como un pájaro.

—¿Dónde está?— Pregunto, con los puños apretados y el corazón latiendo con oscura anticipación.

—Oklahoma,— responde Wallace, frunciendo el ceño preocupado y observándome atentamente.

El mundo se ralentiza, cada segundo cubierto de alquitrán. Apenas puedo hacer que mi lengua se mueva. —Lennix está en Oklahoma.

—Ya lo sé.— Un ceño fruncido torturado tuerce los rasgos parejos de Wallace. —Si algo le pasa a ella...

—Está a salvo,— interviene Grim. —Su seguridad la tiene cubierta.

—Será mejor que estés seguro de eso, hermano,— digo, con la voz baja y prometiendo que si no lo está, será un infierno.

—Te lo dije, tengo los ojos sobre él y mis chicos están en posición de entrar mientras hablamos.

—Está en la misma maldita ciudad que Nix,— digo. —No es una coincidencia. Muévete de una puta vez.

—Hay un par de maneras de jugar a esto.—Grim echa una mirada cuidadosa a la pantalla donde Wallace espera, mira y escucha. Si conozco a Grim, está a punto de contarme alguna mierda ilegal extraoficial.

—¿Podemos confiar en ti, Murrow?— Pregunto.

—Por supuesto,— dice Wallace, con la voz tensa. —Haz lo que tengas que hacer. Sólo protege a Lenny. No me importa si rompes todas las leyes del libro. Es mi mejor amiga. Sólo quiero que esté a salvo.

Normalmente me irritaría oírle llamarla su mejor amiga, pero no puedo mostrar mi habitual posesividad. Me alegra que tenga gente en su vida tan leal como Wallace, que se preocupa por ella. Tal vez no sea tan malo.

—Dinos,— digo, cambiando mi atención de Wallace en pantalla a Grim a mi lado.

—No hemos alertado a las autoridades,— dice Grim.

—No lo hagan.— Mi voz se corta. Apretada. —Keene no tendrá un juicio, ni esposas, ni un jurado de sus pares. Lo arruinarán. Asesinó a mi hermano e intentó matar a mi chica. Nadie que yo ame está a salvo hasta que terminemos con esto para siempre. Quiero ver su cadáver.

Wallace aspira en un aliento fuerte. —Maxim, yo...

—Si crees que ese imbécil va a ver otro día después de lo que le hizo a mi familia y lo que trató de hacerle a Lennix,— digo con total calma.

—Entonces cuelga el maldito teléfono ahora mismo, Murrow. Olvida lo que has oído y no me preguntes nunca sobre esto.

Un apretado estanco de silencio sigue mis palabras.

—Iba a decir,— me dice Wallace desde su pantalla, —que estoy de acuerdo. Necesitamos confirmación de la muerte.

Asiento, sintiendo un nuevo respeto por el hombre que Lennix cuenta como uno de sus amigos más cercanos. —Me alegro de que estemos en la misma página.

—Excepto que también necesitas una desmentida plausible,— dice Grim. —Si alguna vez hay algún revés de esto, no puede recaer en el presidente de los Estados Unidos.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que lo seré?

Grim me da la mirada sabia en la que ha estado trabajando durante una década. —Al final ganas todo. ¿Por qué la presidencia sería diferente?

—Una elección es un poco más complicada que una adquisición de una empresa.—Hago una pausa, sabiendo que ambos hombres estarán en desacuerdo con lo que tengo que decir. —Necesito ver que suceda.

—No creo que sea una buena idea,— dice Wallace.

—¿Debería definir ‘desmentida plausible’ para ti?— Frunce el ceño. —Es demasiado arriesgado.

—¿Crees que no lo sé? Pero tengo que ver esto hasta el final. ¿Estás seguro de los ojos que tienes sobre él, Grim?

—Por supuesto. Tengo una señal del mismo lugar donde se está

escondiendo. Si se mueve, lo vemos.

—Si se mueve,— digo, —mátalo, pero yo sigo adelante. No lo haré, pero necesito verlo, si puedo.— Me aclaro la garganta porque la emoción caliente no me permite hablar de otra manera. —Se lo debo a mi hermano.

Ambos hombres se callan, y por un momento creo que no estarán de acuerdo, pero Grim asiente, sus ojos entrecerrados prometiéndome la venganza que ansío, pero no puedo ejercerla.

—Wallace, tenemos que irnos,— dice Grim, suspirando y pasando una mano por la nuca. —Supongo que tenemos que tomar un vuelo.



El hombre en el vientre del edificio abandonado no parece un psicópata a primera vista. Tiene un plato caliente, el aroma del tocino subiendo y llenando el pequeño espacio. Ni siquiera se acobarda cuando un ratón corretea sobre su pie desnudo. Su pelo púrpura crece en un caos de rizos, pero las raíces son rubias doradas.

Parece simplemente excéntrico, hasta que se nota la bomba en la esquina. Aún no hay luces rojas parpadeantes ni pitidos. No, las encenderá cuando vaya al Capitolio del Estado de Oklahoma a montar la calle más tarde, según Chauncey.

—¿Dónde está tu máscara?— Pregunto.

Gregory Keene se aparta de su tocino para enfrentarse a mí. Inmediatamente, una sonrisa de bienvenida florece en su hermoso rostro con su mandíbula cuadrada y sus ojos azules. —Maxim, me has asustado.

—Lo siento.—Agito el arma que le he apuntado en dirección a una pila de cajas a unos metros de distancia. —Toma asiento.

—En realidad tengo un día muy completo planeado.—Gregory asiente con la cabeza hacia la bomba de la esquina. —Como puedes ver.

—Esto no llevará mucho tiempo. Lo prometo.

—He querido llamarte,— dice, estableciéndose en las cajas. —Te he visto en la campaña, y puede que tengas una oportunidad de ganar

esto.

—Gracias por tu experta evaluación.

—Me gusta particularmente tu opinión sobre el cuidado de la salud. Innovadora.

—Bueno, ambos sabemos lo roto que está el sistema. Siento mucho lo que le pasó a tu madre,— le digo. —Nadie debería ser abandonado y desistido de esa manera.

La agradable sonrisa se vuelve astuta y los acogedores ojos azules se enfrían. —Supongo que como presidente, lo arreglarás.

—Si llego tan lejos, lo intentaré, pero no estarás para verlo.

—Tenía muchas ganas de ver a nuestra chica hoy.—Suspira, encogiéndose de hombros filosóficamente. —Matarla tendrá que esperar ya que supongo que la policía está en camino.

Mi risa cáustica resuena en la pequeña y húmeda alcoba subterránea.

—¿Policías? Mataste a mi hermano e intentaste matar a mi chica.— Asiento hacia la bomba. —Tres veces ahora, si contamos el carro bomba.

—Oh, vamos a contar el carro bomba. Matar a tu hermano fue uno de mis mejores trabajos.

Cada músculo de mi cuerpo grita en protesta cuando no me muevo, anhelando arremeter contra él; arrancarle la garganta. Control es el amigo que pide precaución.

—No se muere en paz en una celda después de otros cincuenta años, Keene.

—¿Y qué?— Gregory cruza los brazos sobre su pecho. —El futuro presidente de los Estados Unidos me va a matar a sangre fría... No puede.

—Lamento profundamente que tengas razón. No puedo arriesgarme.

— Giro la cabeza para encontrar la forma de Grim tallada en las sombras. —Pero él puede.

Gregory Keene nunca ve a Grim apretar el gatillo. Su cabeza no explota. La bala deja un gran agujero en lo que he oído a Grim llamar la Caja T, punto muerto entre los ojos. Todo el trauma está dentro, un disparo mortal que destruye el tronco cerebral inferior, y todos los procesos necesarios para la vida.

Gregory nunca tuvo una oportunidad.

El fatalismo aterriza como plomo en mis hombros, y miro fijamente a los ojos sin vista del hombre cuya vida era muy prometedora. Un genio. Stanford. Harvard. Todo tirado porque la amargura lo consumió, comiéndose su moral y decencia como parásitos. Se perdió en el dolor.

*Dos veces.*

Sé cómo se siente esa oscuridad; cómo desplaza toda la luz y te hace hacer cosas que nunca considerarías antes de la pérdida. Desearía que las cosas hubieran sido diferentes. Desearía que Gregory hubiera conocido a Owen en la campaña, aireado sus quejas, visto cómo O cambiaría las cosas.

El dolor siempre marca dos caminos. Todos tenemos dolor. La diferencia es a dónde te lleva. Gregory lo siguió por un camino de venganza que mató a mi hermano y me habría quitado a Lennix. No puedo sentir remordimiento por su muerte, y aun así pienso que es una vergüenza, un desperdicio.

—King, vete.— Las palabras de Grim se oyen en la tumba, como en el silencio del sótano. —Rick está esperando en el callejón trasero.

—¿Lo sabe?

—Nadie lo sabe excepto tú y yo. No quería arriesgarme. El resto del equipo se está retirando y esperando órdenes arriba.

—Así que el cuerpo...

—Lo tengo.— Asiente con la cabeza hacia las sombras que ocupó unos minutos antes. —Pasa por ahí y sube al piso principal.

—Y si preguntan...

—No lo harán. Vete.

Sigo la oscura y estrecha escalera hasta una puerta que lleva a un callejón detrás del edificio. Rick espera allí, como Grim dijo que haría. Su rostro inescrutable no revela más interés que el habitual.

—¿Está listo, señor?

—Uh, sí.— Saco mi teléfono para mirar el salvapantallas. Es una chica y un chico besándose en un campo de tulipanes, un marco congelado de amor en florecimiento. Se ven jóvenes y felices y despreocupados, no tienen idea de lo que les depararán los años venideros, pero no

parece importar. Él la sostiene como si fuera el mundo entero en sus brazos, y ella parece contenta de estar allí.

—¿Adónde vamos?— Rick pregunta.

Sonríó, mirando hacia arriba para encontrar la torre de la capital del estado apuntando hacia el cielo.

—Vamos a ser testigos de la historia.

## 51. LENNIX



—Este día ha tardado mucho en llegar,— dice el senador Jim Nighthorse, extendiendo su sonrisa de satisfacción por la sala abarrotada del edificio del Capitolio del Estado de Oklahoma. —El número de mujeres indígenas desaparecidas y asesinadas cada año es asombroso, una epidemia que se ha pasado por alto, no se ha informado y no se ha abordado.

Mena y yo nos paramos detrás de él, tomadas de la mano, sonriendo, incluso mientras nos lavamos las lágrimas.

—Estoy muy orgulloso del esfuerzo y compromiso bipartidista que hay detrás de esta innovadora legislación que facilita una comunicación más eficiente entre las autoridades indígenas y locales. Si nos importa, seguiremos buscando y seguiremos diciendo los nombres de nuestras hermanas.

Miró por encima del hombro, sonriendo en mis ojos llorosos.

—Este proyecto de ley es el nombre de una activista nacional de la MMIW que perdió su vida en el campo, en la lucha. Es un honor para mí firmar el proyecto de ley Liana Reynolds hoy, y tener a su hija, Lennix Hunter, aquí con nosotros como testigo.

Doy un paso adelante para firmar junto con otros testigos y legisladores, arquitectos del proyecto de ley. Mirando a los reunidos, encuentro a mi padre y a Bethany en la multitud. Asiente con la cabeza, aprobación y amor y la misma inevitable sombra de dolor en sus ojos que sé que ve en los míos. Mis manos tiemblan tanto que apenas puedo sostener la pluma ceremonial. Las lágrimas llenan mis ojos, y las palabras de la página se desdibujan.

—Lennix,— dice Jim. —¿Te gustaría decir unas palabras?

Asiento y abro la boca para empezar mis comentarios preparados cuando se abre la puerta del fondo de la sala. Maxim entra, acompañado por Rick. Honestamente no esperaba que pudiera hacer

la GMA, su reunión, y llegar aquí a tiempo. Me sonrío de esa manera que hace que el resto del mundo desaparezca por el espacio de al menos un aliento, y por un segundo, incluso con una sala llena de gente, estamos sólo nosotros. Me da un beso y se apoya en la pared, con el orgullo en la cara. Alejo mis ojos de él y me dirijo a la multitud.

—Mi madre era una luchadora,— digo. —Los verdaderos luchadores saben que nunca debes asumir la supervivencia. Vivió como si cada día fuera el último, siendo audaz y amando en voz alta sin reservas, pero también vivió como si hubiera siete generaciones detrás de ella. Siempre mirando al futuro y luchando para mejorarlo. Vivía para los demás. Luchó por todos los que necesitaban un campeón.

Mi voz vacila y las lágrimas se escapan por los rincones de mis ojos cuando la veo de nuevo, brillando con orgullo después de mi Baile del Amanecer. Tomando fotos y rociándome con su amor. Me tambaleo en el interior y exploro la habitación hasta que encuentro a Maxim de nuevo, enderezándome a través de la fuerza pura y constante del amor en sus ojos.

—Ella era la persona más vital y vívida que he conocido,— me ahogo.

—Y durante mucho tiempo, tuve pesadillas preguntándome cómo murió.

Sacudo la cabeza, sin prestar atención a las lágrimas o a la forma en que mi voz se quiebra.

—Ya no sueño con la muerte de mamá. Celebro cómo vivió. Una de sus citas favoritas era: *‘Nos enterraron, pero no sabían que éramos semillas’*. Mi madre era una semilla. Murió cuando yo tenía trece años, pero hoy, miren su cosecha en este proyecto de ley que buscará, encontrará y salvará a muchas de nuestras mujeres a tiempo. Mírenla viva en mí. Cada mañana me despierto y viva con un propósito, decido hacer de este mundo un lugar mejor, o decido no vivir sólo para mí, sino para ayudar a los más necesitados, mamá sigue viviendo. *Soy su cosecha.*

—Solía desesperarme de que nadie la recordara, que nadie dijera su nombre o los nombres de las miles de mujeres nativas que desaparecen y nunca son encontradas. Pero hoy, digo su nombre. Este *proyecto de ley* lleva su nombre. Liana Reynolds.



Los aplausos de la multitud, las caras sonrientes se desvanecen por un momento, y estoy de vuelta en esa llanura abierta para mi baile. Cuando era niña, corrí en las cuatro direcciones, reuniendo los elementos para mí, todo lo que necesitaba para convertirme en mujer. Según la tradición, ese día desató mi habilidad para curarme a mí misma, a los demás y a mi comunidad, pero ser mujer es más que hacer que el dolor desaparezca. Es vivirlo, aprender de él y darle un buen uso, como hicimos hoy.

Cuando Mujer Cambiante se dirige al este cada mañana, esperando encontrarse con su yo más joven, ¿me pregunto qué diría si lo hiciera? Porque ahora sé lo que diría.

*Nistan.*

*Corre.*

*Sigue corriendo.*

No dejas de correr porque es difícil. No dejas de correr porque te duele. No te *atreves* a dejar de correr porque alguien te diga que nunca terminarás la carrera, o incluso que no es tu carrera para correr.

Demuestra que todos están equivocados.

Abre tu propio camino.

Niña, mujer, nunca te darán el mundo. Tienes que hacer el tuyo propio.

Y entonces lo sé. Esa cosa con la que he estado luchando, en este momento está tan claro como esa chica corriendo en una llanura lejana, animada por su comunidad, por generaciones de antepasados.

*Abre tu propio camino.*

*Haz tu propio mundo.*

No dejaré que nadie defina quién soy, a quién amo, cómo vivo. Yo lo haré. ¿Tendré que hacer sacrificios? Por supuesto. ¿Compromisos? Por supuesto.

¿Pero tendré la oportunidad de hacer algo que nadie que se parezca a mí ha hecho antes? ¿Y con un hombre al que amo más que a todo lo demás? ¿Un hombre que me ama de la misma manera?

*Me inscribí por ti, lo que sea que eso signifique, donde sea que eso nos lleve.*

Las palabras de Maxim aterrizan en mi corazón, plantan semillas, echan raíces. Todos estos años, he estado buscando al candidato único

en la vida, y lo he encontrado. Maxim es mi único en la vida, y yo soy la de él. Una vez en la vida y para el resto de nuestras vidas.

Me excuso del grupo de los simpatizantes y me voy corriendo al fondo de la sala. Maxim se apoya en la pared, su sonrisa se extiende más amplia cuanto más me acerco, y cuanto más me acerco, más fuerte late mi corazón. Sin importar si hay cámaras, o lo que la gente diga, o lo que alguien piense, me acerco para tomar su cara entre mis manos y besarla larga y posesivamente, reclamándolo. Él se mueve, sus manos se deslizan por mi espalda, apretando mi cintura. Gime en el beso, rompiendo para enterrar su cara en mi cuello.

—Nix,— respira en mi oído, riéndose entre dientes. —Dale a un tipo una advertencia. ¿Quieres que todo el mundo vea el efecto que tienes en mí cada vez que entras en una habitación?

Echo la cabeza hacia atrás y me río, sintiéndome más libre que nunca en mi vida. —Sí, creo que quiero que lo vean.

Me toma la mejilla, me quita el pelo de la cara, el amor en sus ojos es evidente.

—Cambiemos el mundo, ¿de acuerdo?— Mi sonrisa se desvanece y la suya también. Él busca en mis ojos, acaricia mi boca con su pulgar.

—¿Juntos?,— pregunta, con su voz aleccionadora.

Asiento, presionando mi mano contra su corazón. El amuleto de la brújula de mi pulsera atrapa la luz, brilla como el amor que nos guio desde nuestro primer momento improbable hasta éste.

—Sí,— respondo, prácticamente *sintiendo* mi cara brillar con el amor de mi corazón, con la paz que he hecho. —Juntos.

-El amor es una fuerza muy dinámica, ¿no es así?  
Es la fuerza más inexplicable y a la vez más hermosa de la vida.  
Oh, qué alegría es estar en ella.

- *Carta de amor del Rev. Martin Luther King, Jr.  
a Coretta Scott (Julio, 1952)*

# EPÍLOGO



Lennix & Maxim

## Maxim

—¿Estás seguro de esto?— Me abrocho los gemelos, atrapando los ojos de Lennix en el espejo.

—Es un poco tarde para preguntar ahora, ¿no crees?— Ella sonríe a mi reflejo. —¿Con tus padres esperando abajo?

No he pasado la Navidad en Dallas con mis padres, *con mi padre*, en quince años. Estuve aquí para el funeral de Owen, pero esto se siente diferente. Entonces, la pena superó a cualquier otra emoción, pero esta noche, todas se levantan. Bajo los años de resentimiento y frustración yace la anticipación.

Me alegro de estar aquí. No estaba seguro de que Lennix lo estuviera.

—Si has cambiado de opinión,— digo, girándome para mirarla y apoyándome en el tocador, —Owen y yo solíamos escabullirnos por esa ventana.

Inclino la cabeza hacia la ventana de mi habitación que da al patio trasero.

—Hay un enorme roble ahí fuera.— Me acerco a ella y le extiendo las manos a sus caderas. —O y yo solíamos estirarnos hasta esta robusta rama y bajar, y mamá no se enteraba.

Al mencionar el nombre de Owen, un dolor familiar rodea mi corazón. El dolor de la pena, y por mucho que intente sacudirlo, la culpa.

—¿Estás bien?— Lennix me mira, con sus cejas oscuras frunciendo el ceño. —Sé que esto es duro para todos, la primera Navidad sin Owen. Recuerdo mi primera Navidad sin mamá. Estoy segura de que tenerte

aquí ayudará a tu madre a superarlo.

—Gracias por dejar de lado tus sentimientos por mi padre para asegurarte de que podamos estar aquí para ella.

—Está bien.— Me frota el brazo, me mira a los ojos y sé que lo dice en serio.

—Bueno, bajemos allí.—Me retiro a estudiar su vestido ajustado en escarlata, mangas largas que se amoldan a sus brazos y los tacones altos que significan que no tendré que sumergirme tanto para besarla cuando estemos bajo el muérdago. —Feliz Navidad. Te ves hermosa.

—Feliz Navidad. Tú también. Siempre me lo haces.—Su mirada cae sobre mi camisa de vestir sin tirantes y pantalones oscuros, pulgada por pulgada inspeccionando, persistiendo sobre mis hombros, pecho y piernas. Cuando vuelve a mi cara, mi cuerpo responde a su flagrante apreciación.

*Duro. Listo.*

Aprieto su cintura y me doblo para susurrar, rozando deliberadamente mis labios sobre el lóbulo de su oreja. —No tenemos tiempo para lo que siento cuando me miras así.

—¿Cuando te miro como qué?,— me pregunta con una risa ahumada, retirándose para mirarme a través de un barrido de pestañas.

—Creo que lo sabes.—Le paso un pulgar por la mejilla. —Pero no te preocupes. Yo también lo deseo.

Sonreímos, y sé que ambos recordamos una conversación similar en nuestra primera cita en Vuurtoreneiland. Una noche de susurros y toques furtivos que nunca olvidaré.

—¿Alguna vez piensas en lo improbables que somos?— pregunta ella.

—Tú, siendo el hijo de tu padre y todo lo que representa, y yo en el lado opuesto. Y nosotros encontrándonos de nuevo en Ámsterdam. Sólo todo eso.

—No éramos improbables, Nix,— digo, sin ligereza en las palabras. —Éramos inevitables.

Su sonrisa también se disuelve, hasta que nos miramos fijamente, y siento el peso de encontrar tu persona en un mundo lleno de alguien. En una galaxia llena de gente, encontrar tu estrella.

—¡Maxim!— La voz profunda de mi padre sube las escaleras y golpea

la puerta de mi habitación. —Cena.

Lennix se ríe cuando pongo los ojos en blanco. —Oh, Dios mío. Es como si tuvieras trece años.

—Excepto que no voy a subir a una chica a escondidas. En realidad saben que estás en mi habitación.—Tomo su mano y me dirijo a la puerta.

—Seguro que no estabas trayendo a escondidas chicas tan temprano, ¿verdad?

—¿Eh?— Pregunto, fingiendo no haberla oído. —¿Hueles eso? Me muero de hambre.

Me golpea el brazo y nos reímos juntos, pero nos congelamos en el rellano cuando vemos a mi padre de pie al final de la larga escalera, con los ojos fijos en nosotros. Papá no estaba en casa cuando llegamos, así que es la primera vez que nos vemos.

Hay una sutil suavidad en sus implacables rasgos cuando se encuentra con mis ojos. El hilo entre mi padre y yo se ha anudado a lo largo de los años, enredado con el resentimiento, la ira y el orgullo, pero no se puede negar que me ama. No creo que haya sabido expresarlo sin la posesividad paternal que le hizo tirar de las riendas con demasiada fuerza, que le hizo empujar cuando debería haberme dejado encontrar mi propio camino. Cometió el error de tratar de quebrarme, como un caballo salvaje que necesitaba domar. Yo era demasiado parecido a él para eso y tuve que irme, pero ahora estoy en casa. Mi propio hombre con mi propia mujer.

Cambia su mirada a Lennix, y la línea de su cuerpo se endurece a mi lado, sus dedos se tensan sobre los míos. No estoy seguro de si ella está buscando u ofreciendo seguridad, pero el contacto refuerza nuestra solidaridad. Mi padre fija su mirada en nuestras manos unidas.

—Lennix,— dice, su voz educada, si no cálida. —Bienvenida a nuestro hogar.

—Gracias por recibirme,— responde, deslizando su brazo por la curva de mi codo. La afirmación de que ella me apuesta no es sutil, pero eso es algo que nunca ha sido. Nunca necesité que fuera otra cosa que lo que era desde el momento en que la conocí, un audaz y hermoso grito

de guerra.

Una sonrisa irónica de reconocimiento levanta un lado de la boca de papá.

—Todavía tomas para siempre, hijo,— murmura, mete las manos en los bolsillos y se va hacia el comedor. —La comida se está enfriando.

Los ojos de Lennix siguen sus anchos hombros en la costosa chaqueta deportiva cuando se aleja. Desde atrás, sin ver las líneas de su cara o el gris de sus sienes, podría ser yo.

El apellido que solía ver como una maldición que espero que pronto tome. No he revisado la propuesta. Puede que no gane y las implicaciones de la presidencia son un puente que quizá nunca tengamos que cruzar. Podríamos esperar y ver, pero hay algo en mí, *todo en mí, si soy honesto*, que no quiere esperar. Quiero ser el riesgo que ella tome. Quiero que saltemos juntos de este acantilado con vistas al agua, seguros de que mientras nos tengamos el uno al otro, no nos ahogaremos.

—¿Listo?— pregunta, una sonrisa relajada en sus bonitos labios rojos. Quiero besarla, pero no quiero arruinarlo, así que presiono mis labios contra su pelo y bajamos las escaleras.

Mi madre no hace nada a medias, sobre todo en las festividades. La casa siempre está completamente decorada el día después de Acción de Gracias. De camino al comedor, pasamos por uno de varios árboles enormes por toda la casa, brillando con luz cálida. Hago una pausa, no veo la sala vacía, sino el suelo cubierto de papel de regalo, dos niños en bicicleta nueva en el pasillo, mi padre persiguiéndonos, mi madre gritando a todos los hombres del Rey para que vengan a desayunar en la mañana de Navidad.

Agarro la mano de Lennix, luchando por dominar mis emociones. Ella se inclina hacia mí, pero sabe que yo me inclino hacia ella. Si es tan difícil para mí, ¿qué tan difícil es para mis padres?

—Estoy aquí,— dice Lennix, apretando mi mano. —Y te amo.

La miro a ella, mi punto de sol en el persistente invierno de la pena, y consigo una sonrisa.

Cuando llegamos al comedor, mi madre cruza y me abraza de inmediato y con fuerza. Cuando se retira, las lágrimas nadan en sus

ojos azules. —Es tan bueno tenerte en casa para Navidad, Maxim. Gracias por...— Se muerde el labio un segundo antes de ofrecer su cálida sonrisa. —Gracias por venir.

Mirando a Lennix, coge su mano y su sonrisa se calienta aún más. —Gracias por venir también. Por traerlo a casa.

—Él quería estar aquí,— dice Lennix suavemente. —Gracias por recibirme.

Nos dirigimos a la mesa larga, y Lennix se sienta a mi lado. Mi padre se sienta en un extremo de la mesa, y mi madre en el otro. Cuando mi padre coge el tenedor, todos tomamos eso como una señal para hacer lo mismo.

Hay silencio por unos momentos, la única conversación es el ruido de la cubertería de plata con la vajilla fina. Levanto la vista para encontrar los ojos de mi padre fijos en el asiento de enfrente, el vacío que Owen siempre solía ocupar. Mi tenedor se congela en el aire, y el pavo se convierte en aserrín en mi lengua. Papá traga convulsivamente, obviamente luchando con demonios disfrazados de recuerdos. Una sola lágrima se desliza sobre una mejilla dura, y su boca se vuelve tensa y delgada.

Estoy perdido. Nunca he visto a mi padre llorar. Ni en el funeral ni en los días siguientes, incluso cuando sabía que estaba sufriendo. Nunca mostró ninguna debilidad, y tal vez ese fue siempre nuestro problema. Demasiada fuerza, no suficiente vulnerabilidad. Demasiado poder sin compasión. Cuando yo estaba creciendo, él era una deidad. Cuando fui mayor, a menudo se sentía como un villano. Pero ahora, en mi madurez, lo veo como realmente es.

*Humano.*

No es perfecto. No es malo. No un dios o un diablo. Sólo mi padre, con quien no siempre estaré de acuerdo, pero lo amaré como sea que venga.

Mi madre se levanta de su asiento, plato en mano, y camina a lo largo de la mesa para sentarse a su lado. Comparten una larga mirada, y lo que pasa entre ellos es familiar porque sé cómo es el amor, pero es extraño ya que rara vez lo han mostrado tan libremente. Él coge su mano y la aprieta, y sé cómo se siente, para caminar por la vida de la



mano de la mujer que amas, en los buenos tiempos y en los inimaginablemente duros. Sus anillos de boda brillan con el brillo de las luces navideñas, y el anhelo de reclamar a Lennix de esa manera, de declarar que soy suyo de esa manera, me abruma. Creo que todos estamos abrumados, pero nadie intenta arreglarlo, para fingir que no duele u ofrecer alguna estúpida frase que niegue el dolor del asiento vacío en nuestra mesa.

Vivimos en ese silencio, en esa realidad por unos momentos, y luego mi padre se aclara la garganta, y vuelve a comer. —Entonces, ¿cómo va la campaña?

—Genial,— Lennix y yo respondemos al unísono. Compartimos una mirada y una risa.

—Va bien,— digo. —Estamos ansiosos por ver cómo me va en Iowa el próximo mes de febrero.

—Creo que ganarás Iowa,— dice Lennix, cortando el pollo asado.

—Podrías ser un poco parcial.— Me meto debajo de la mesa para tocarle la rodilla.

—No soy parcial,— dice en serio. —Los números lo confirman, y también mi instinto. Los millennials se romperán duro para ti, y te quitarás de encima algunos demócratas desilusionados y republicanos moderados.

—¿Así que estás en el camino con él?— Papá pregunta, una copa de vino a medio camino de su boca.

—Estoy ayudando a un candidato a gobernador ahora mismo,— dice Lennix, mirándome y luego bajando a su plato.

Los ojos de mi padre se entrecierran ante la pequeña señal de su malestar. —¿Por qué no estás llevando la campaña de Maxim?

—Como sabes, hubo muchos chismes cuando nuestra relación salió a la luz,— digo. —Lennix y su compañera, Kimba, no quisieron que eso desviara la atención de los temas en los que quiero centrarme. Necesito que me tomen en serio.

—¿Quién diablos no te tomaría en serio?— casi gruñe. —¿Después de todo lo que has logrado? Este país tiene suerte de que estés pensando en dirigirlo.

—Hablando de prejuicios,— murmuro secamente, haciendo que mi

madre se ría y Lennix sonría.

—Esos son hechos, y volviendo a ti,— dice, dirigiendo una mirada severa a Lennix. —¿Vas a dejar que una mierda de TMZ te impida bloquear Iowa? Creía que hacías reyes, no gobernadores.

Podías oír el polvo asentar la habitación tan silenciosa. Él y Lennix se miran a lo largo de la mesa y el aire zumba con tensión.

—Papá, Lennix...

—Creí que dijiste que era la mejor,— desafía papá, todavía mirando a Lennix.

—Lo soy,— afirma con discreta confianza.

—Mi hijo es el mejor. Deberías trabajar en su campaña, no en la de un gobernador de Virginia.

—¿Cómo sabes que es Virginia?,— pregunta. —Estás prestando más atención a mi vida de lo que hubiera pensado.

—Si vas a estar con Maxim,— dice mi padre, —deberías acostumbrarte a eso. Yo llevo la cuenta de la mía.

Lennix mira las manos dobladas en su regazo, y acaricia el amuleto de la brújula en su brazalete. Se encuentra con mis ojos y sonríe. Me encojo de hombros. Hace tiempo que dejé de sorprenderme de que mi padre supiera todo lo que pasa en mi vida y dónde estoy en todo momento. Su brazalete es un testimonio del hecho de que yo estoy hecho de la misma manera. Creo que ahora lo ve. Sólo espero que no empiece a preguntarse qué más tenemos en común mi padre y yo. Ella podría correr hacia las colinas.

Excepto que Lennix ya me conoce, con defectos y todo, y aún está aquí.

—Si pierde Iowa,— dice mi padre, con las manos en alto, —pierde su oportunidad. ¿Estoy en lo cierto?

Después de dudar, Lennix asiente con la cabeza. —Tenemos que ganar Iowa. Es una guerra psicológica. Cualquiera que sea el candidato al que los millennials le atribuyan sus ideales, llegarán hasta el final, incluso si piensan que esa persona va a perder. Los republicanos moderados, los demócratas de centro, los votantes mayores son más propensos a usar Iowa como una prueba de fuego de la viabilidad de Maxim. Si lo ven perder Iowa, no desperdiciarán

su voto en las primarias posteriores en alguien que no creen que tenga al menos una oportunidad.

—Quieres decir que asumirán que soy como cualquier otro candidato independiente que se haya presentado,— digo, —y dejarán de tomarme en serio.

—Correcto,— dice Lennix con un guiño enérgico.

—¿Quieres decirme,— dice papá, —que la chica que vi mirando a los perros y a las balas de goma cuando sólo tenía diecisiete años creció y se convirtió en una mujer temerosa de un pequeño chisme?

—Papá, no creo...

—Tiene razón,— Lennix interviene. —Si pierdes Iowa, nunca sabré si mi participación directa pudo haber hecho la diferencia.

—Entonces sugiero,— dice mi padre, clavando un macizo de judías verdes, —que vuelvas a donde se supone que debes estar antes de que pierdas esto preocupándote por lo que piense la gente.— A los Cades no les importa lo que la gente piense.

—No soy una Cade,— se aparta.

—Aún,— digo. Nuestros ojos se cierran, pero no hay duda en los suyos. Es sólo cuestión de tiempo. El momento adecuado.

—Dios mío,— se burla mi madre. —Estoy rodeada de testosterona y...

—Estudia a Lennix con la cabeza inclinada, como si no estuviera segura de cómo clasificarla. —Y lo que sea que tengas, Lennix.

Todos nos reímos y volvemos a la comida.

—Hablaré con Kimba,— dice Lennix, —sobre el regreso a la campaña. Hago una pausa en mi masticación. —¿En serio?

—Así es,— dice mi padre, levantando su copa en un brindis. —Que se jodan.

Lennix lo mira como si fuera una de esas boa constrictoras de mascotas que pueden volverse salvajes sin previo aviso y exprimir la vida de su dueño durante la noche. Entonces ella también levanta su copa. —Sí. Que se jodan.

El comedor se convierte en un consejo de guerra, con mi padre, Lennix y yo haciendo estrategias para Iowa y más allá, mientras mi madre finge parecer ligeramente interesada de vez en cuando, pero subrepticamente juega a Wordscapes en su teléfono.

—¿Pensaste en un posible compañero de carrera?— Papá pregunta, sonriendo a mi madre cuando corta el pastel de manzana que trajo el personal y pone un plato delante de él.

—Peggy Newcombe,— le digo.

—¿La congresista que estuvo contigo en la Antártida?— Papá pregunta.

—Lo mismo, pero ahora es senadora.

—Es una demócrata,— dice papá.

—Lo es. Eso debería ayudar a despegar a unos cuantos votantes demócratas más.

—Lo cual necesitaremos,— dice Lennix. —Ya que Dentley se perfila como el líder demócrata.

Es molesto que el candidato para el que trabajan Lacy y Glenn probablemente esté en la votación como candidato demócrata en noviembre.

—También tengo en mente a algunos republicanos para puestos en el gabinete,— digo. —Para posiblemente conseguir algo de apoyo republicano, y porque creo que harán el trabajo mejor.

—¿Un enfoque de todo el equipo de rivales?

—Como no estoy afiliado al partido, no son necesariamente mis rivales. Tendré la ventaja de elegir a las personas mejor cualificadas para el trabajo, no basado en su partido, sino en lo que ofrecen.

—Y conseguiremos unos cuantos apoyos claves muy rápidamente si Iowa sale adelante,— dice Lennix, sacando la corteza de su tarta de manzana y probando el relleno.

—Sé que Millicent querrá apoyarte,— dice mi madre.

Los tres la miramos fijamente. Eso nunca se me ocurrió. Nunca le pediría eso a ella.

Mamá se encoge de hombros. —Me dijo que lo haría, que quería hacerlo.

Millie y yo no hemos hablado mucho desde que le dije la verdad sobre la muerte de Gregory Keene. Pude haberle dejado creer el cuento que Grim tejió y que filtramos a la prensa. Plantó un rastro de migajas para que las autoridades lo siguieran hasta el cuerpo de Gregory Keane y lo señalaron como el asesino de Owen. Mi nombre no estaba

cerca de ese rastro, y tampoco el secuestro de Lennix. La imagen que surgió fue una verdad a medias, un hombre con un futuro prometedor, llevado a la locura por la muerte de su madre como resultado de nuestro fallido sistema de salud. Grim es tan meticuloso en encubrir asesinatos como en cometerlos, aparentemente.

Sólo Grim y yo estábamos en ese sótano. Sólo él y yo sabemos que apretó el gatillo. Aunque Lennix debe sospechar, nunca me pidió que lo confirmara. Sabe que soy tan protector de Grim como él lo es de mí, así que es un secreto que ambos nos llevaremos a la tumba.

La narración proporcionó un cierre muy necesario para el público, pero Millie merecía la verdad. Fui a Connecticut para decírselo en persona. Sollozos no sacudieron su cuerpo cuando la sostuve. No había un ritmo para su dolor, sino la quietud antinatural de la resignación, como si su cuerpo estuviera ocupando espacio en el mundo hasta que pudiera volver a estar aquí. Los gemelos la mantienen en los movimientos de la vida. Necesitan que aparezca, pero si ella es como yo, algunos días siento que me veo sonreír, dar discursos, interactuar con otros, desde este rincón. Viendo mi cuerpo pasar por los movimientos para los que mi alma aún no está preparada. Esos días son menos y más lejanos para mí ahora, pero si perdiera a Lennix, probablemente dirigiría el resto de mi vida desde ese oscuro rincón.

—Millie está en terapia de duelo,— continúa mamá, echando una mirada entre papá y yo. —Algo de lo que ambos se beneficiarían.

—Se lo he dicho a Maxim,— dice Lennix, encogiéndose de hombros cuando la miro como si fuera una vendedora. —¿Qué? Lo he hecho.

—Bueno, volaremos a Connecticut para ver a Millie y a los gemelos mañana por la noche,— dice mamá. —¿Dónde están David y Grim pasando la Navidad, Maxim?

—David está con su familia, aunque se queja de ello, y Grim...— Sacudo la cabeza. —No estoy seguro. Acaba de decir que nos verá después de Navidad.

—¿Y los dos seguirán volando a Arizona mañana?— Mamá pregunta. Un borde se filtra en el aire tan pronto como mi madre dice Arizona. Ese estado, esa tierra, fue el génesis de nuestro viaje. No sólo el mío y

el de Nix, sino también el de su disputa con mi padre.

—Sí,— dice Lennix. —Mi padre y mi madrastra están allí.

—Sí, bueno, todavía tenemos la mañana.— Me pongo de pie, esperando a que se disipe la tensión. —¿Desayuno de Navidad a las nueve, mamá?

—Um, sí,— dice ella, con la voz más aguda. Ella tampoco quiere una pelea esta noche.

Lennix toma aire, se levanta y, con mi mano a la espalda, se vuelve hacia el pasillo.

—Lennix,— dice papá, con su voz de mando.

Ella se queda quieta. Yo también, tenso y listo para la primavera. Ella le mira por encima del hombro. —¿Sí?

Esa sola palabra cuelga en el aire, suspendida en esta frágil paz que un solo movimiento erróneo podría destruir.

—No puedo retomar las que hemos puesto,— dice, su voz ronca y tan cerca de la disculpa como probablemente sea capaz de hacerlo. — Pero... no habrá más tuberías de Cade en terrenos protegidos.

Se gira entonces, al principio parpadeando rápidamente, con la boca abierta al mínimo. A medida que el impacto de su declaración desaparece, el escepticismo se apodera de las esquinas de sus ojos. — ¿Cuál es la trampa?

—Tú lo eres. Mi hijo te ama. Yo amo a mi hijo. Sé que tengo mucho, pero cuanto más viejo me hago... — Toca la silla vacía de Owen, suelta un pesado suspiro, —...más parece que pierdo. Las prioridades cambian.

—Puedo apreciar eso. Lo siento,— dice Lennix en voz baja, ferozmente, sin apartar la vista. —Pero no tenías derecho. Sé que tomar está en tu naturaleza, pero sólo porque puedas tomar algo, no significa que debas hacerlo. No lo hace tuyo.

Su escándalo e indignación son flechas dirigidas al corazón de mi padre, como lo fueron el día que nos conocimos. Instintivamente quise protegerla ese día de los perros, las balas de goma, *mi padre*... quiero interponerme entre ella y cualquier represalia que pueda ofrecer ahora.

Pero no lo hace.

—Me doy cuenta de eso. Lo siento.—Se aclara la garganta, y está casi irreconocible usando el remordimiento. —Sé que no es suficiente, pero...

—Es un comienzo,— interrumpe, asiente con la cabeza. —Uno bueno. Gracias.— Ella mira a mi madre. —La cena estuvo deliciosa, Sra. Cade. Nos vemos en la mañana. Buenas noches.

Empiezo después de ella, pero me pone una mano en el brazo. — Estoy cansada, pero no tienes que venir de inmediato. Pasa un poco de tiempo con tus padres.

Busco en su cara. Tendremos que hablar de esto, pero algo en su expresión, una súplica en sus ojos, me dice que necesita tiempo a solas más que yo con mi madre y mi padre.

—Está bien.— Le beso el pelo y le pongo una mano en la mejilla. —Te veo en un rato.

## Lennix

Es una noche para los fantasmas.

En la cena, sentí la presencia de Owen tan fuerte, que casi esperaba oír su risa jovial si alguien contaba un chiste. Y cuando Warren Cade me contó lo de las tuberías, casi podía sentir a mamá apretar mi mano, podía imaginarme ver algo en sus ojos que raramente presencié: satisfacción. Ella siempre dijo que la injusticia nunca descansaba y que ella tampoco lo haría.

—Descansa, mamá,— digo, mirando mi reflejo. —Esta noche, puedes descansar.

Desafiando mis valientes esfuerzos por mantener la compostura, las lágrimas recorren mi rostro por mucho que las trague. Salí corriendo del comedor porque sentí que algo se rompía dentro de mí al oír las palabras de Warren. Una presa explotó, y supe que una vez que el agua comenzara, no se detendría.

—Esto es algo bueno,— le recuerdo a la chica en el espejo con sus ojos hinchados y rojos. —Deja de llorar.

Me lavo la cara, y me pongo un camisón y una pesada bata de seda. Es mía, pero cuando me pongo el cuello en la nariz, huele a Maxim. Me encanta que nuestros olores, como nuestras vidas, se hayan entrelazado tanto. Hay rastros de él en mi apartamento en Washington, y señales de mí en su casa de Nueva York, no muy lejos de la sede de la campaña.

Una gran cama, la pieza central de la habitación, atrae mi cuerpo cansado y mi mente acelerada. Me siento con las piernas cruzadas en el centro, apoyando los codos en las rodillas. Tan pronto como me quedo quieta, las lágrimas empiezan de nuevo. Me paso una manga bordada por la mejilla. El alquiler de mucha gente cuesta menos que esta bata que Maxim trajo de un reciente viaje de negocios a Hong Kong. Esos viajes serán imposibles tan pronto como la carrera se caliente.

Toco con los dedos la seda cara, paso mi mano sobre la colcha de brocado que cubre la cama, y sigo probando el vino de la cena. Según mis cálculos, una cosecha de diez mil dólares.

Crecí en una reserva. Sí, mi padre era profesor, pero durante los primeros trece años de mi vida, viví con mi madre en una pequeña casa rodeada, en muchos casos, de una gran necesidad. De joven, viendo a mi madre luchar, soñaba con más y mejor para las personas que amaba. No soñaba con el príncipe azul y su castillo, pero sentada en medio de una cama que podía dormir fácilmente cinco, en un rancho que se tragaba toda la comunidad de mi infancia, me doy cuenta de que tengo ambas cosas. De alguna manera terminé comiendo con mi enemigo, durmiendo en su casa, y un día pronto, me casaré con su hijo. Y esta noche, conseguí más y mejor para la gente que amo.

Esta noche, ganamos.

Creo que por eso hay lágrimas. Cuando el padre de Maxim dijo que ya no pondría tuberías en terrenos protegidos, fue una victoria que nunca pensé que probaría. Y en esta lucha, las víctimas a menudo superan a las victorias. Durante siglos, nuestros sueños no tuvieron



fronteras, nuestras vidas, sin límites porque todo lo que podíamos ver, hasta donde podíamos ver, nos pertenecía. Ahora la nuestra es una dignidad desplazada, luchando constantemente por nuestro lugar, cada acre, cada parcela, preciosa. Y esta noche, sólo un poquito de eso fue restaurado. En un camino de promesas rotas, esta noche se garantizó una.

La puerta se abre y Maxim entra. Por un segundo, mis mejillas húmedas y mis ojos rojos me hacen sentir cohibida, pero nuestras miradas se conectan, y la aceptación y la devoción me recuerdan que no tengo nada que esconder o de lo que avergonzarme con este hombre. Cierra la puerta, camina hacia la cama y se sienta en el borde de la misma.

—Oye, tú.— Me cepilla el pelo de la cara, me toma la mejilla y me acaricia la boca con el pulgar. —¿Estás bien?

—Oye, tú.— Rastreo sus cejas oscuras con mi dedo, sigo el perfil de hueso esculpido en su mejilla y toco sus labios. —Estoy bien.

—¿Estás segura? ¿Mi padre te ha molestado? Sé que puede...

—No, en ningún momento de esta noche me ha molestado. No cuando me desafió a retomar mi lugar en su campaña.—Me quedo mirando la riqueza de la túnica de seda. —Ciertamente no cuando me habló de las tuberías. Yo... Creo que estoy abrumada. No me lo esperaba.

—Creo que nunca esperó hacerlo realmente,— dice Maxim secamente.

—Me costó mucho. Ha estado trabajando en ello.

—¿Lo hiciste?

—No. Le dije que si no te aceptaba en mi vida, no habría un lugar en la mía para él. Dijo que podía decirte que no habría más tuberías de Cade.— Hace una pausa, toma mi mano, besa el centro de mi palma.

—Le dije que te lo dijera él mismo.

Habría significado mucho viniendo de Maxim, pero escucharlo de Warren Cade, verlo engullir su orgullo, significó aún más.

—Gracias,— le digo, inclinándose hacia adelante para besar su mejilla. Inmediatamente voltea su cabeza, captura mis labios con los suyos, y pasa sus manos por mi espalda para palpar mi trasero. Me echo hacia atrás, afectando una expresión de sorpresa. —¡Vaya, Sr. Cade! No en

el dormitorio de su infancia.

—¿Mi *dormitorio de la infancia*? No estamos durmiendo en un moisés.

Tengo mi ladrido de risa en mi mano. —Oh, Dios mío. No quiero molestar a tus padres.

—No lo harás. Su dormitorio está básicamente en otro código postal, y estoy seguro de que las paredes son insonorizadas. Gracias, Dios. No necesitaba escuchar eso cuando era niño, y ciertamente no quiero hacerlo.

—Bueno, tal vez debería darte tu regalo de Navidad ahora, — susurro, haciendo mi mirada y mi voz seductora.

—Sí, por favor, — responde Maxim, apretando cada mejilla en una gran mano. —He sido un buen chico este año.

—Cierra los ojos. —Me echo hacia atrás y apunto mi dedo justo en su cara. Él se concentra en ello, cruzando sus ojos cómicamente.

—No me hagas reír, — me ahogo.

—Acabas de reírte.

Muevo mi dedo en su cara otra vez. —Quédate ahí y cierra los ojos.

Él obedece, y yo me arrastro por el colchón de mamut hasta la mesilla de noche y saco una caja de regalo.

—Abre los ojos. — Le presento la caja y me muerdo el labio para no reírme.

Abre esos ojos de peridoto, levanta las cejas y me quita la pequeña caja rectangular con una sonrisa. —Pensé que abríamos los regalos con mis padres por la mañana.

—Tengo otro. Esto es sólo algo pequeño.

—Me consientes. —Tira de la cinta y saca la parte superior de la caja. Su carcajada me provoca una risa de respuesta. —¿Lubricante? ¿Me regalaste lubricante para Navidad?

Se inclina, presionándome hasta que mi espalda golpea el colchón. Su mano explora bajo la bata y bajo mi vestido. Me río cuando me besa el cuello y me toca el pecho con las palmas de las manos.

—¡Maxim, no! No podemos aquí.

Levanta la cabeza, mirando a la vez afrentado y desconcertado. —No puedes darle lubricante a un hombre y luego negarle el sexo anal, Nix. Eso es cruel.

—Es un regalo de broma.

—No es una broma para mí. Es básicamente un pagaré. Esto es tú prometiéndome el sexo anal.

—Sí,— siseo, riendo y empujando su hombro, que no se mueve. Sigue rondando sobre mí. —Pero no aquí. No en la casa de tus padres. Era una broma, Doc. Ja, ja divertido.

—Un regalo de broma es como... un cojín con acebo, no colgarme ese bonito y apretado culo y luego decirme que no puedo tomarlo esta noche.

—Lo arruinas todo.—Me río, mi risa se desvanece cuando miro hacia arriba y encuentro sus ojos intensamente pegados a mi cara. —Pero te amo.

—Lo mismo, Nix. Lo mismo.

Una ternura impresionante se filtra en el centro oscuro de sus ojos y suaviza su expresión. Inexplicablemente, las lágrimas vuelven a picarme los ojos. Antes de que pueda entender lo que es, me da una palmada en el muslo juguetonamente, destrozando el ambiente. —Voy a ponerme algo más cómodo, y luego volveré para tener un poco de sexo misionero común y corriente.

—Bastardo.— Me trago la emoción inesperada, forzando una risa, y me siento a verlo desnudarse.

Él cruza a la cómoda y atraviesa el cajón con un rifle por unos momentos, volviéndose hacia mí. Mi corazón podría estallar, lo amo mucho en este mismo instante.

—Maldita sea,— murmura, tanteando con la manga. —Nena, estos estúpidos gemelos. ¿Puedes ayudarme?

Camina de vuelta a la cama donde estoy sentada y me ofrece su muñeca.

Quitando el gemelo de oro con el monograma MKC, miro a través de mis pestañas para burlarme de él. —¿Qué fue tan difícil de hacer? Tal vez estás perdiendo algo de coordinación mano-ojo en tu vejez.

—¿Crees que eso hará que la gente se sienta mejor al votar por un joven mocoso como yo?— Se ríe, pero esa mirada, esa intención de robar el aliento, persiste.

—Apuesto a que podría darle la vuelta.—Sonrío y empiezo en su

manga izquierda. Cuando le doy la vuelta al manguito, los latidos de mi corazón se detienen. Todo mi ser, incluso mi alma, estalla en un sudor. Mi siguiente aliento se cuele en mi garganta y espera, suspendido. Un gran diamante con forma de cojín sobresale por la abertura de la manga izquierda. Dejo caer la manga como si estuviera en llamas, mis manos se balancean lánguidamente en mi regazo. Maxim me mira casi con recelo y cae hasta sus rodillas delante de mí. Sin apartar nunca sus ojos de mi cara, saca el anillo por su gran diamante, revelando la delicada banda de platino, que toma entre dos dedos.

—Quiero a la niña que persigue estrellas,— dice, con su voz áspera, esa ternura ahora plena y abrumadora en la forma en que me mira, en la forma en que toma mi mano izquierda y la sostiene. —Lennix Moon Hunter, ¿quieres casarte conmigo?

Mi cuerpo lentamente se reencuentra con la realidad. Mi corazón recupera el tiempo perdido, pasando de una parada chirriante a una carrera en mi pecho. Soy consciente de las lágrimas que bajan por mis mejillas y llegan a las comisuras de mi boca. Las lamo, y sé con mi mente racional que deben ser saladas, pero de alguna manera, son dulces. Todo en este momento es dulce. La inusual incertidumbre en el rostro de Maxim. Sus labios se apretaron fuertemente como si pudiera explotar si no le respondo pronto. Lo alcanzo, deslizo mi mano derecha en su cabello e inclinándome hacia adelante para pasar sobre sus labios.

—Maxim Kingsman Cade,— susurro, mi voz se quiebra sobre su nombre, sobre lo correcto de este momento. Le ofrezco mi mano izquierda, con los dedos bien abiertos. —Sí.

El alivio y la alegría extienden la sonrisa en su rostro y él desliza el diamante, casi cegado bajo las luces, en mi dedo anular.

—Sabes que podría ser presidente algún día, ¿verdad?,— pregunta con una risa ronca. —Sólo me aseguro de que estamos en la misma página.

—Sí, me doy cuenta de eso.—Pestañeo más lágrimas al ver lo perfecto que se ve el anillo en mi mano, y acaricio las otras joyas que me dio, el amuleto de la brújula. —Firmé por ti.

Me besa antes de que pueda terminar la frase que me ha ayudado a hacer las paces con el final de nuestro viaje, pero mi corazón recita el resto.

*Lo que sea que eso signifique.*

*Dondequiera que nos lleve.*

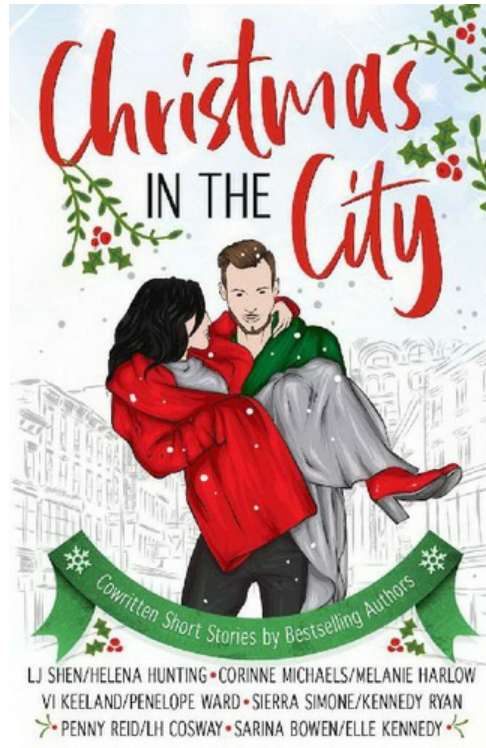


Debo confesar que me tomé la licencia creativa con un aspecto de la historia. ¡La bioluminiscencia en la Bahía de Tomales es un verdadero fenómeno! PERO las excursiones y los paseos en barco se realizan normalmente de mayo a noviembre. Maxim lleva a Lennix mucho más temprano en el año, lo que probablemente no sería el caso en la vida real.

**Oye, aun no te vayas. Hay más sorpresas esperándote.  
Pequeño Extra parte de la antología Christmas in the City.**



# THE CHRISTMAS CROWN



## Sierra Simone & Kennedy Ryan

Noelani, reina de Manaroa, tiene una misión en su visita diplomática a Estados Unidos: forjar alianzas estratégicas para su patria. Cuando se encuentra con el inquietante especialista en seguridad Brock Grimsby, su inesperada alianza calienta las festividades. Una noche. No hay promesas, pero cuando llegue la Navidad, ¿podrán alejarse?

# CAPÍTULO 1

NOELANI, REINA REGENTE DE MANAROA

—Pensé que te encontraría aquí.

No me molestó en mirar desde la ventana al sonido de la voz de Hehu. Al otro lado del vidrio hay un brillo de blanco y lavanda y oro - nieve y crepúsculo y ciudad - y detrás de mí está todo el brillo y glamour del Comedor de Estado de la Casa Blanca.

El brillo y el glamour no es nada nuevo, así que apenas me interesa. ¿Pero la nieve?

La nieve es nueva.

—A Rua le habría encantado,— dice Hehu, como el lector de mentes que es.

Asiento con la cabeza, sin confiar en mí misma para hablar. A Rua le encantaba la Navidad y la nieve y todo el invierno. Cada año, tenía el palacio lleno de guirnaldas y luces y de pelusas blancas, que las cálidas brisas marinas soplaban invariablemente debajo de las sillas y en las esquinas, y nos pasábamos toda la temporada de vacaciones persiguiendo mechones de algodón al azar antes de que pudieran soplar fuera en el jardín.

Le habría encantado esta nieve real y vertiginosa y fría. Le habría encantado la opulenta decoración de la Casa Blanca, los gigantescos árboles de hoja perenne con adornos de cristal y cintas, las velas parpadeando y las luces parpadeando y la alegre música navideña flotando del cuarteto de la esquina. Incluso hacia el final, cuando el niño feliz con el que crecí se transformó en un hombre amargado y cansado, la Navidad todavía le hacía feliz.

—Noelani,— dice Hehu en voz baja. —¿Qué pasa? Estás a un millón de millas de distancia. ¿Es la pérdida de Rua? ¿Extrañas a Ka'eo?

Sólo estamos los dos junto a la ventana, y me habla en nuestro

Manaroan natal.

Finalmente me dirijo a mi consejero y le ofrezco una sonrisa pellizcada ante la mención de mi hijo Ka'eo. Podría ofrecer una letanía de todo lo que está mal: es mi primera Navidad desde que mi marido murió, lo que significa que es la primera Navidad de mi hijo desde que su padre murió. Lo dejé con mis padres en Manaroa, y necesito desesperadamente volver antes de las festividades reales en cinco días para que no tenga que vivir esta primera Navidad sin su padre solo. No importa lo tensas que fueron las cosas entre Rua y yo al final, él era el padre de Ka'eo y Ka'eo lo idolatraba. En sólo siete años, Ka'eo cumplirá dieciocho años y tomará la corona que le estoy reservando. Caminará tras los pasos de su padre, y estoy decidida a que Ka'eo sólo recuerde las mejores partes de Rua cuando lo haga.

Sin embargo, estoy *aquí* ahora, no *allá* con él como debería. Estoy al otro lado del mundo, en el frío y codicioso ajetreo de Washington, D.C., tratando de suplicar a este consejo -para *cualquiera*- que escuche lo que está pasando en Manaroa y otras islas del Pacífico mientras el nivel del mar sube y amenaza con tragarnos enteros.

Lo que me llevaría a la siguiente queja de mi letanía: este consejo. Ostensiblemente, fue creado para que los líderes se reunieran y discutieran la estrategia y mitigación del cambio climático, y con el Pacífico lamiendo las costas de Manaroa con el aumento del hambre, no podía permitirme no venir. Ver partes de nuestro archipiélago disolverse en el mar había aplastado a Rua -lo aplastó hasta convertirlo en una negación paralizante- y por eso Manaroa ha permanecido demasiado tiempo en silencio sobre la amenaza que el cambio climático supone para nosotros. Ya no. No mientras yo sea regente. Mantener la corona a salvo para mi hijo significa mantener a nuestro pueblo a salvo también.

Desafortunadamente, este consejo no está interesado en nada más que en largas reuniones, prometiendo hacer reuniones más largas, y luego organizando cenas de autocomplacencia para celebrar todas las reuniones que tuvieron. Todo el mundo escuchó pacientemente mientras describía cómo mi gente está siendo desplazada en un número cada vez mayor a medida que sus hogares se desmoronan en



el mar, y la pobreza, la enfermedad y el sufrimiento que sigue, pero a nadie parecía importarle lo suficiente como para hacer algo realmente. No querría molestar a los multimillonarios, supongo. No querría que nadie cambiara la forma en que dirigían sus negocios sólo para salvar miles de vidas al otro lado del mundo.

Y eso me lleva a mi última queja, y ésta se la hago llegar a Hehu. "Kimo", — respondo en voz baja. Estamos solos y hablando en nuestra propia lengua, pero he aprendido este último año que nunca sé cuándo el hermano de Rua, el tío de mi hijo y un consejero oficial, está escuchando. Sólo me sentí segura dejando a Ka'eo en casa con mis padres porque Kimo viajó con nosotros a Washington. Kimo tiene hambre del trono de su sobrino, tanto como para proponerme matrimonio varias veces, y no confío en él. Ciertamente no confío en él a solas con mi hijo.

Hehu suspira y se frota la frente. —He oído que ha estado teniendo reuniones toda la semana. Inversores. Conglomerados navieros. Compañías petroleras. Está ansioso por aprobar el sitio de perforación propuesto en la costa oeste, y una refinería en Manaroa para acompañarlo.

Es sólo una vida entera de estar preparada para casarme con un rey lo que me impide soltar una creativa cadena de blasfemias en una festividad navideña en la Casa Blanca. En vez de eso, me las arreglo para decir: —Sobre mi cadáver traerá ese veneno a Manaroa.

No nos resistimos a la colonización e industrialización durante siglos para contaminar nuestro hogar ahora. Ahora que ya se está encogiendo y es más vulnerable que nunca.

—Ten cuidado, Noelani.—Hehu mira alrededor de la habitación a las personas que se codean con esmóquines y vestidos y joyas brillantes. Kimo está en algún lugar del decadente enamoramiento, probablemente tratando de alegrar a más ejecutivos de la energía. — Después de que rechazaras su última propuesta de matrimonio, a veces me preocupa que él piense lo mismo.— Entonces Hehu se detiene en ese camino suyo que me dice que sabe que no me va a gustar lo que diga a continuación. —Sabes, si te volvieras a casar, aliviarías la mente de mucha gente.

—No me voy a casar con Kimo.

—No me refería a Kimo,— dice Hehu suavemente. —Cualquiera. Enamórate de nuevo, Noelani. Sé *feliz*. El reino prosperará por ello, y también lo hará Ka'eo.

Sus palabras duelen, y no estoy exactamente segura de por qué. — Estoy haciendo todo lo que está en mi poder para ayudar a Manaroa a prosperar ya, Hehu. Ya lo sabes.

Respiro hondo y me obligo a pensar en algo diferente, no en Kimo o en mi hijo o en el mar creciente empeñado en arrasar con mi patria. Pensaré en cosas agradables, como la reunión de mañana con CadeCo, un enorme conglomerado de energía verde, antes de mi vuelo a casa. Pensaré en la nieve tan imposiblemente hermosa en el exterior, una cosa pura que cubre la corrupción de la ciudad en el fondo. Pensaré en conseguir otro cóctel hecho con ginebra fresca y Navidad.

Me vuelvo para ir a buscar este cóctel, cuando una hermosa mujer con un vestido de seda blanco se me acerca, seguida de cerca por un hombre alto de esmoquin que reconozco como Maxim Cade, el director general de CadeCo.

Ambos me ofrecen pequeños saludos. —Su Majestad,— dice la mujer, las luces festivas brillando en su pelo oscuro cuando se endereza. — Soy Lennix Moon Hunter, y quería decirle lo poderosos que me parecieron sus testimonios esta semana. Su gente tiene suerte de tener una líder como usted.

—Es muy amable de su parte,— respondo fácilmente. Tanto mi inglés como mis modales son impecables, un testamento a la rigurosa educación que recibí como la prometida novia del futuro rey de Manaroa. —No estoy segura de que los miembros del consejo hayan encontrado el testimonio tan poderoso.

—En mi experiencia,— dice Lennix, —la mayoría de los líderes son obstinadamente ignorantes de cómo estos temas afectan a los indígenas y a nuestra tierra.

—¿Nuestra?— Pregunto con las cejas levantadas.

—Lennix es la nación Yavapai-Apache,— responde Maxim con suavidad.

—Ah, ya veo.—Considero a Lennix con nuevos ojos sabiendo que es

indígena estadounidense. No es de extrañar que simpatice con la forma en que nuestros problemas son pasados por alto y nuestras voces no son escuchadas.

—Entre mi trabajo en la reforma del cambio climático,— dice Maxim,—y la defensa de Nix de la autonomía indígena, no encontrará dos personas más comprometidas con su causa que nosotros, Su Majestad. Me encantaría escuchar cómo puedo ayudar, así que espero con interés la reunión de mañana.

—Aprecio eso,— digo. —Además de las actualizaciones necesarias para nuestra infraestructura energética, necesitamos oportunidades para los graduados. Demasiadas de nuestras personas más brillantes se van a Auckland o Sídney o Singapur, porque no hay suficientes trabajos STEM en Manaroa. Espero cambiar eso durante mi regencia.

—Si esto me ha enseñado algo,— dice Maxim, apretando el hombro de Lennix. —Es que las mujeres decididas pueden cambiar el mundo.

—Incluso las mujeres decididas necesitan aliados,— digo irónicamente.

—Muy cierto,— dice Lennix. Ella brilla cuando le sonrío a Maxim. Su amor es un secreto a voces, teleografiado con discretos pinceles de sus dedos y la caricia de cada mirada que comparten. La envidia me pincha, no por los recursos ilimitados o la influencia que Maxim Cade produce y que podría ser útil para mi causa. Envidio eso; la —fundición— tan evidente entre ellos. Incluso en mi matrimonio, siempre me sentí un poco perdida.

—Por cierto, me encanta tu vestido,— dice Lennix, echando una mirada de admiración sobre mi vestido de noche.

Una modista de Manaroan cosió literalmente la seda dorada en mi cuerpo y, como todo en mi vida, me queda bien. A mi medida, pero no para mí. Nada es para mí. Estoy cubierta de joyas de la corona, pero cada diamante está engastado en la responsabilidad. Apenas puedo soportar el peso de ellos.

—Gracias,— murmuro. —Yo también admiraba el tuyo.

—Washington tiene unas tiendas estupendas,— dice Lennix. —No les doy el mejor uso, pero si tienes la oportunidad...

—Dudo que lo haga.— Sonrío con tristeza. —Necesito volver a tiempo

para la Navidad. Mi hijo está en casa.

Una sombra pasa por encima de la encantadora cara de Lennix. —Oh, sí. Por supuesto, y siento mucho su pérdida.

—Sí, mis condolencias también. El rey Rua fue un gran hombre,— dice Maxim, con su tono sobrio. —Él y yo hablamos más de una vez sobre lo urgente que se estaban haciendo las cosas allí, lo rápido que suben las aguas. Lamento que no hayamos podido trabajar juntos antes de que falleciera.

—Gracias.— Me trago el calor que sube por mi garganta. —Bueno, las aguas siguen subiendo y Manaroa todavía necesita tu ayuda.

—Bueno, ya la tienes.—Maxim me pone una sonrisa irónica en el hombro. —Oh, me gustaría que conociera a alguien, Su Majestad. Le advierto que su ladrido es peor que su mordida...

—Pero no estamos completamente seguros de que eso sea cierto,— Lennix entra con una sonrisa, mirando en la misma dirección. —Sólo intenta que no te muerdan.

Cuando miro por encima del hombro para ver a quién se refieren, me doy cuenta, con cierta sorpresa, de que me gustaría mucho una mordedura del hombre que se dirige hacia nosotros.

Está construido como las montañas eternas que salpican mi reino insular. Simultáneamente corpulento y elegante. Como uno de nuestros volcanes inactivos, pero con un líquido caliente debajo.

Mi vestido me queda perfecto porque fue cosido a mi cuerpo, pero su esmoquin parece hecho a la medida del suyo porque no tiene otra opción. Como él y todo a su paso se adaptará a sus necesidades, o bien. Un poco más alto que Maxim y mucho más ancho, debe medir un metro noventa y ocho. Observo subrepticamente el pantalón hecho a medida que moldea los muslos largos y musculosos y el ligero abultamiento detrás de su cremallera. El cuerpo de este hombre es un pecado, y debería cruzarme sólo por mirarlo. Tal vez rezar un rosario o dos.

*Ave María.*

Si su cuerpo es un pecado, su cara... una transgresión. No es la belleza convencional de alguien como Maxim, cuyos ojos verdes e incluso rasgos fueron hechos para el escenario, para el foco de atención. Este

hombre fue creado a partir de las sombras. Dios esculpió esos pómulos en secreto y cinceló esa mandíbula por la noche. Los penetrantes ojos de un demonio y la hermosa boca de un ángel. Dicotómicamente, la oscuridad y la divinidad se reúnen en él.

Miro a Maxim y Lennix, preguntándome si el inusual rayo de lujuria que recorre mi cuerpo se transmite a mi cara. Ha pasado mucho tiempo desde que sentí este tipo de atracción. En realidad, nunca he sentido nada como esto; tan profundo e instantáneo que me duele en lugares largamente descuidados. Si soy honesta, en lugares que nunca he tocado.

Se acerca con un propósito total y una conciencia completa. Hay una potente competencia que impregna sus movimientos, como si nunca hubiera estado en una situación que no dominara. Y aunque sus ojos oscuros y su boca exuberante deberían ser más expresivos de lo que se cree, su cara es impasible. Explora la habitación al acercarse a nosotros, observándola con la estoica eficiencia de un soldado. Tiene una *mirada de visión nocturna*, penetrando en la superficie de las cosas, mirando por debajo de las capas.

Me pregunto qué ve cuando esos ojos oscuros caen sobre mí.

¿Detecta la soledad tejida en este caro vestido? ¿Siente que cada hilo dorado tira demasiado fuerte, haciéndome sentir enjaulada en vez de cubierta? Donde todos los demás ven riqueza y privilegios reales, me pregunto si un hombre con esos ojos podría ver lo que realmente hay aquí. ¿Podría ver que tenerlo todo no siempre es suficiente?

—Es hora,— dice abruptamente, mirando a Maxim y a nadie más. — El auto está esperando.

—Demonios, lo olvidé.—Maxim hace una mueca y me ofrece una mirada de disculpa. —Tengo una reunión. Sé que es tarde, pero este caballero deja la ciudad esta noche y no volverá hasta el Año Nuevo.

—Entiendo,— digo, decepcionada de no poder ver al hombre de la mordedura mucho más tiempo.

—Perdone mi grosería,— dice Maxim. —Su Majestad, mi amigo Brock Grimsby, que también supervisa la seguridad. Brock, Su Alteza Real Noelani, Reina de Manaroa.

—Buenas noches, Su Majestad,— la montaña de hombre murmura en

una voz que rueda sobre mis terminaciones nerviosas como aceite caliente.

Mis ojos se dirigen a su cara. Me sorprende, no por lo que dijo, sino porque lo dijo en un Manaroa casi perfecto.

—¿Hablas nuestro idioma?— Respondo de la misma manera, esperando parecer imperiosa y no quedarse sin aliento.

—Lo aprendí cuando conocí a un soldado de su país hace unos años, — responde, sus palabras son bastante amables, pero su comportamiento es severo. —Mi familia es polinesia y crecí en Hawái. El hawaiano, junto con el inglés, es el idioma del estado. Es muy similar al Manaroan.

Dice todo esto en Manaroan, y algo acerca de escuchar mi lengua nativa en una habitación llena de extraños en una noche de nieve extranjera me hace extrañar mi reino tropical.

—Grim, es grosero hablar en un idioma que no entendemos,— regaña Lennix.

—¿Grim?— Echo un vistazo al hombre que se alza sobre todos nosotros.

—Lo mejor que se le ocurrió como apodo,— dice Grim en un inglés reducido, asintiendo a Maxim. —El auto los espera a ustedes dos. Rick los llevará.

Otro hombre se acerca. Este es anodino en ese sentido que mucha gente de seguridad se esfuerza por ser, llevando un traje hecho para que olvides que lo has visto o a la persona que lo lleva.

—Rick,— dice Grim. —Lleva al Sr. Cade y a la Sra. Hunter al auto.

—Sí, señor.— Rick se queda en pie pacientemente mientras nos despedimos.

—Nos vemos mañana entonces,— dice Maxim. —Creo que su secretario tiene los detalles.

—Siempre los tiene.— Yo sonrío, aunque la decepción caiga como una piedra en mi vientre. El espectáculo más fascinante desde que aterricé en este país, y tuve dos minutos con él.

—Ha sido un placer conocerte,— dice Lennix. —Y gracias de nuevo por todo lo que compartiste en las reuniones del consejo.

Ella inclina la cabeza y, por impulso, le tomo las manos y le beso la

mejilla. Los Manaroans son gente cálida, y nos gusta tocarnos. He echado de menos eso en esta ciudad donde mucha de la gente que he conocido es tan fría como la nieve en los árboles y el hielo en las calles.

—Fue un placer conocerte, Lennix.

Ella sonríe, y Maxim la lleva, una mano grande y posesiva en la parte baja de su espalda, y Rick la sigue como un bulldog.

—¿Dónde está tu equipo de seguridad?

Toma un momento para que se hunda en que Grim sigue aquí y nosotros estamos solos. En una habitación llena de gente, pero en este pequeño rincón del gran salón de baile, solos.

—Oh. — Recorro la habitación hasta que veo a Hehu conversando con el primer ministro de un país vecino, y a Rangi, el guardia que entró con nosotros, a su lado. —Por allí.

Echa un vistazo a la habitación, siguiendo la dirección de mi asentimiento. —¿Son siempre tan flojos con tu protección?

—¿Flojos? — Una risa sin sentido del humor se desliza por mis labios.

—Desafortunadamente, no. El resto del equipo está probablemente justo más allá del salón de baile. La mayoría de la gente aquí tiene seguridad. Se llenaría de gente si todos trajéramos a nuestro séquito completo.

—¿Desgraciadamente?, — pregunta, una gruesa y oscura ceja estrafalaria. —¿No te gusta sentirte segura?

—Hay seguridad, y luego hay enclaustramiento. Lo que pasa cuando se protege mucho a alguien que el peligro no puede conseguir, es que no entra *nada*.

—Sabes que sólo están haciendo su trabajo, — dice, con un tono firme, pero sus ojos parecen apaciguar a algunos mientras escudriñan mi cara.

—¿Alguna vez ha sido el trabajo de alguien, Sr. Grimsby?

Su mirada se agudiza, y se siente por un momento que realmente me ve. Nadie lo hace realmente. Incluso los asistentes que me ayudan a sacarme los vestidos y joyas, que preparan mi baño, me ven desnuda, no me ven en absoluto. Ellos ven a la reina real. La viuda afligida. La madre cariñosa. La dedicada regente.

¿Quién ve a la mujer? ¿La que anhela ser tocada, la que anhela un

beso por la noche? ¿Una mano para sostenerse en un paseo por el jardín?

—Los caminos que elegimos a menudo tienen trampas que nunca anticipamos,— dice. —Si estar demasiado segura es uno de los suyos, considérese afortunada.

—¿Crees que yo elegí este camino?— Pregunto con una pequeña y amarga sonrisa. —La gente como yo no puede elegir. Nací para ser la esposa del rey.

Me observa por un momento, y sus ojos se estrechan en la curiosidad, realización. Comprensión.

—¿Y qué habrías elegido ser si no fueras una reina?



## CAPÍTULO 2

GRIM

Me parpadea como si nunca se le hubiera ocurrido; como si, como dijo, nunca se le hubiera abierto un camino que no condujera al trono. Su bonita boca, redondeada en una sorprendida —O,— se extiende lentamente en una amplia sonrisa.

—¿Y si dijera una profesora?— pregunta burlonamente, su inglés impecable, pero acentuado al mínimo. —¿O una pastelera?

Una sonrisa muy rara vez usada, casi cruje y me curva los labios. —De alguna manera no puedo verte usando un delantal.

Pero entonces lo hago.

*Un delantal y nada más.*

En mi imaginación, lleva un delantal rojo como sus labios, atado a su cintura delgada, que se estira sobre el brote de sus caderas. Su bonito culo está desnudo, la piel dorada oscura enrojecida por una bofetada en cada mejilla redondeada. El lazo del delantal alrededor de su cuello se hunde para que sus tetas llenas empujen el escote, los pezones marrones se asoman por el borde.

*Mierdaaaa.*

Esta es una reina, no una de las damas de compañía con las que me acuesto cuando necesito desahogarme. Nada empaña una mente clara como la calentura, así que incluso yo tengo que relajarme de vez en cuando, pero no hay apego emocional. No hay *sentimientos*. La Reina Noelani, con su pelo, una caída de medianoche en su espalda y sobre sus hombros, piel de terciopelo y ojos oscuros y luminosos, es una mujer de *sentimientos*. ¿Cómo podría un hombre no sentir algo por una mujer como esta? Nunca he conocido a nadie como ella.

*Nunca has conocido a nadie como ella porque es una reina, estúpido hijo de puta.*

He conocido reinas, pero ninguna como Noelani de Manaroa. Mato mi rara sonrisa y frunzo el ceño, registrando la habitación hasta que veo a

Rangi, su guardia de seguridad, junto a Hehu, su consejero.

—Será mejor que te lleve de vuelta con tu gente.— Le tomo el codo con suavidad. —Te acompañaré hasta tu equipo.

—¿Parezco realmente tan frágil?,— pregunta, resistiendo a mi presión y manteniéndose firme. —¿Que no puedo cruzar una habitación sola sin que me maten?

El vestido de noche dorado ama cada curva de su pequeño cuerpo. Una flor de tiara hecha de diamantes y zafiros amarillos sujeta las ondas gruesas y oscuras de su pelo en un lado, e incluso en los tacones sólo llega a la mitad de mi pecho. Sí, parece frágil y quebradiza. Y muy follable.

Y de alguna manera preciosa.

Si fuera mía, no la dejaría sola ni diez segundos, mucho menos los diez minutos que su guardia Rangi ha estado al otro lado de la habitación.

Él sería despedido si ella fuera mía. Y le daría un puñetazo en la cara.

—Lo siento,— dice, las pestañas bajas en gruesos abanicos protegiendo sus ojos de mí. —Estoy segura de que tienes mejores cosas que hacer que entretener a una realeza malcriada.

—No creo que seas una malcriada.

Al contrario. No está consentida. Incluso envuelta en capas de riqueza y sofisticación, hay una inocencia obstinada en ella.

—Sí, bueno, ya te he quitado bastante tiempo.—Los labios exuberantes se acomodan en una línea resignada, y ella cuadra sus elegantes hombros como si fuera una batalla. —Puedes llevarme a ellos ahora.

—¿A dónde te *gustaría* ir?

No puedo creer que pregunte porque a quién le importa a dónde le *gustaría* ir. Las mujeres como ella se *supone* que deben estar en algún lugar todo el tiempo. Contadas. Y aun así no puedo esperar a escuchar lo que dice.

Su sonrisa es brillante y repentina y sincera. —¿De verdad quieres saberlo?

—Nunca desperdicio mi aliento haciendo preguntas de las que no quiero saber las respuestas.

Asiente con la cabeza, y por mucho que quiera sacudirse sus vestimentas reales, incluso ese pequeño movimiento de su oscura cabeza es imperioso.

—Netflix.

No capto a tiempo mi grito de risa, que parece sorprendernos a ambos y sólo amplía su sonrisa.

—¿Has dicho Netflix?

—Sí.— Una risa traviesa sale de ella. —Me gustaría estar en mi habitación de hotel comiendo ron de vainilla y palomitas de maíz y tomando Netflix.

—Eso no parece una orden demasiado grande.

—Ah, pero aún no has oído la parte difícil,— dice, y la alta curva de sus pómulos lleva el más mínimo rubor de oro rosa. —No quiero estar sola esta noche. Estar sola es el lugar más difícil, pero es donde paso la mayor parte del tiempo.

Tengo la sensación de que se está forzando a no apartar la vista de mí; como si fuera un acto de valor para ella el mantener mi mirada mientras su significado se hace evidente. ¿Está ella...?

Miro a la pequeña mujer con una presencia tan grande que llena esta habitación sin ningún esfuerzo real de su parte.

¿Se me está insinuando?

*Eso quisieras, Grimsby.*

Sigo sosteniendo su codo, y ella da un paso más. Su aroma despierta recuerdos de tardes de ocio en la Gran Isla, de árboles cargados de hibiscos hawaianos.

—Noelani,— una voz severa y acentuada dice detrás de mí. Un hombre de pelo oscuro se une a nosotros, su irritación se esfuerza por salir por los rincones apretados de sus ojos y boca.

—Kimo,— dice Noelani, su tono se endurece. —¿Me necesitabas?

—Es hora de irnos.— Él mira fijamente a su codo que aún está en mi mano. —Señor, libere a la reina.

No es sorprendente que no lo haga.

Busco en mi lexicografía Manaroan la palabra comadreja y miro fijamente al hombre.

—Está bien, Sr. Grimsby.—Noelani se aleja de mí y ofrece una sonrisa

almidonada, tan diferente de la amplia y natural de hace unos momentos. —Kimo es mi cuñado, el tío de mi hijo. Estaré bien con él. No estoy tan seguro. Años de lidiar con hijos de puta corruptos y sucios han afinado mis instintos hasta el punto de que... Mi instinto es a prueba de fallas, y hay algo que no me gusta de la comadreja real tomando el codo de Noelani. Hay una posesividad fuera de lugar en la forma en que la mira, en la forma en que la toca. No sé si codicia su cuerpo, su corona o ambos, pero algo en mí tocándola le amenaza.

Así que lo hago de nuevo.

Suavemente le tomo el codo y empiezo a caminar hacia la puerta. Él balbucea detrás de nosotros, insultándome en Manaroan cree que no lo entiendo.

—¿Qué estás haciendo?— Noelani pregunta, inclinando una mirada asustada hacia mí mientras salimos del salón de baile y entramos en el salón exterior. Inmediatamente, cuatro guardias de seguridad vestidos de traje caen detrás de nosotros.

—Te acompaño a la salida.— Me detengo y me giro hacia el guardia más cercano. —¿Está listo el auto de Su Majestad?

Sin decir palabra, toma la delantera, guiándonos en la dirección correcta por un largo pasillo alfombrado de rojo.

—No tienes que hacer esto,— dice Noelani. —Estoy bien. Estoy acostumbrada a él.

—¿A qué estás acostumbrada?— Inexplicablemente me tenso esperando su respuesta. Ella es la reina. No la está golpeando, estoy seguro, o dañándola, pero algo en él me hace dudar de dejarla a su cuidado. Sólo un tonto sería descuidado con una mujer así, y Kimo me parece un tonto.

—Sólo cree que es dueño...

—¿De ti?— Interrumpí, un borde dentado en mi voz.

—Iba a decir mi tiempo.— Ella sacude la cabeza, una pequeña sonrisa irónica besando sus labios llenos. —No sé por qué te he dicho la mitad de las cosas que tengo esta noche, pero espero que nada de lo que he dicho te haya hecho creer que estoy siendo maltratada. No lo estoy.

—Una persona puede ser maltratada, pero no abusada. Espero que no seas ninguna de esas dos cosas.

Sus ojos oscuros se nublan con el reconocimiento, la comprensión, pero antes de que pueda responder, una hermosa joven de piel oscura y un tocado escarlata se acerca con el abrigo de la reina.

—Gracias, Vashti.—Noelani se queda quieta mientras la joven mujer se pone el chal sobre sus hombros.

Uno de los guardias mantiene la puerta abierta a la entrada principal donde varios vehículos hacen cola, esperando a los dignatarios y líderes. Camino con la reina hasta el porche delantero y bajo las escaleras. Las luces de la ciudad iluminan el cielo nocturno y brillan sobre la bella mujer que tengo delante. Ella brilla, una red de copos de nieve sorprendentemente, fugazmente blanca en su pelo oscuro durante unos segundos antes de que se derritan. Estamos rodeados por su séquito y estamos en el centro del poder de esta nación, el centro de atención, pero hay una intimidación recién nacida en la mirada que nos une en los escalones. Es demasiado rápida y profunda para las pocas palabras que hemos intercambiado, pero todo lo que nos dijimos fue real. Muy pocas personas saben cómo ser reales, cómo ser ellos mismos. El hecho de que ella, que ha sido formada y moldeada toda su vida, constantemente escudriñada y protegida, haya encontrado una manera de ser real es extraordinario.

—Supongo que esto es todo,— dice cuando llegamos al final de los escalones. Un todoterreno negro está parado, dos guardias flanqueando la puerta trasera abierta. Vashti también está allí, esperando que la reina entre.

—Fue un honor conocerla, Su Majestad.—Tomo su mano y la llevo a mi boca para un rápido beso. Estoy seguro de que es una libertad que no se me permite, pero quería ver cómo se sentiría su piel bajo mis labios. Es como terciopelo cálido, y quiero meterme ese pequeño pulgar en la boca y chupar. Es tan pequeña, y sólo puedo imaginar lo apretada que estaría en mi polla.

*Ella es la reina, hijo de puta caliente.*

Me trago mi lujuria inoportuna y suelto su mano. Cuando vuelvo a mirar sus ojos, están oscuros y humeantes. Ardientes. Anhelando. Ella baja la cabeza, me reconoce y gira sobre los tacones para caminar hacia el auto. La observo desde el escalón inferior, y estoy a punto de

irme cuando ella retrocede, determinación en su andar y en el conjunto de su boca.

—Dijiste que te habías criado en Hawái, ¿verdad?— pregunta, con su voz brusca y ronca.

—Sí.— Frunzo el ceño, no estoy seguro de por qué ha vuelto o a dónde conduce esto.

—Entonces sabes el significado de la flor en el cabello de una mujer. Una mujer lleva una flor en el lado izquierdo si está tomada, y en el derecho si está disponible.

—Sí, lo sé.

Con movimientos deliberados, sin apartar los ojos de los míos, levanta las manos hacia la oscura caída del cabello que se le ha clavado en el lado izquierdo. Quita la flor y con manos visiblemente temblorosas, la devuelve detrás de su oreja derecha. Su aliento se vuelve pesado, soplando nubes heladas de su boca y levantando sus pechos.

—Estoy en el Hotel Imperial,— susurra. —La suite presidencial. Si quieres venir después de medianoche, se puede confiar en que Vashti te hará entrar.

El shock y el aire frígido congelan mi respuesta por un segundo, y luego mi polla y cada parte de mi cuerpo excepto mi cabeza responden con un resonante santa mierda, sí. Pero un rápido examen de nuestro entorno me dice que sus acciones ya han sido objeto de un escrutinio desagradable y desaprobatorio. Sería una noche con ella, una noche salvaje si me entregara este pequeño cuerpo caliente para hacer lo que quisiera, pero mañana, seguiría mi camino. Tendría recuerdos de esa hermosa reina que me he follado, pero para ella... las consecuencias podrían ser más severas.

—No creo que sea buena idea, Majestad,— me obligo a decir las palabras correctas, aunque estén en desacuerdo con todo lo que quiero de y para ella esta noche.

La piel marrón miel que se extiende por sus pómulos va ese oro rosa con un rubor de vergüenza. Ella inclina su barbilla, su orgullo y su desafío sin ocultar el dolor de sus ojos.

—Sí, por supuesto, tienes razón.—Recoge el largo dobladillo de su vestido y se gira. —Entiendo. Fue un placer conocerlo, Sr. Grimsby.

—Noelani,— digo antes de que la sabiduría me convenza de que decir su nombre de pila es una violación del protocolo, mucho menos de todas las otras formas en que quiero infringirlo. —Realmente es para mejor. Confía en mí.

Ella mantiene mi mirada sobre su hombro, y una sonrisa amarga retuerce sus labios llenos. —Estoy rodeada de hombres que creen saber lo que es mejor para mí. ¿Por qué serías diferente?

Y con eso, Su Alteza Real se aleja enérgicamente, se sube al asiento trasero delante de Vashti, y se marcha, arrastrada por una caravana de autos y guardias.

## CAPÍTULO 3

NOELANI

—¿Eso es todo, Su Majestad?— pregunta Vashti, deteniéndose en medio de la sala de estar de la suite. —¿Puedo hacer que suban algo de comida, si lo desea? ¿O bebidas, si no le gusta la selección de aquí arriba?

Le levanto la mano. Lo que quiero no está en ningún menú, y lo que es peor, cuanto más lo pienso, más se me hace el nudo en la garganta.

Lo que *necesito*, sin embargo, es limpiar el maquillaje de mi cara y luego gritar en uno de los cojines de la suite presidencial de dos mil dólares. Y luego tal vez llorar en un lindo y gran trago. Todas las cosas que sólo se pueden hacer solas.

—Gracias, pero no,— le digo a mi secretaria. —Creo que tomaré una larga ducha y dormiré un poco. Tú también deberías hacerlo.

—Sí, Su Majestad.— Ella vacila. —Si puedo ser tan atrevida...

—Siempre puedes,— le digo, forzando una pequeña risa. —Pero debo advertirle que puede que no siempre me guste.

Ella mira sus elegantes pero sensatos tacones mientras habla, como si supiera que lo que está a punto de decir es embarazoso pero está decidida a decirlo de todas formas. —Antes de que los misioneros llegaran a Manaroa, las mujeres solteras, e incluso las casadas, tenían mucho más control sobre sus cuerpos. A quienes se llevaban a la cama. Y a menudo las mujeres reales en el palacio podían, ah, buscar *discretamente* la compañía de los guardias del palacio.—Sus manos se retuercen juntas, pero ella sigue adelante. —Mi reina, nos duele a todos verla tan sola. Ha criado un joven y saludable hijo para seguir los pasos del Rey Rua, pero no tiene que sacrificar el resto de su vida ahora. Perdóneme por decirlo, pero los vi a usted y a Brock Grimsby esta noche, y si le interesa un hombre como él, hay buenos hombres en el palacio que se sentirían honrados de servir a su reina de esta manera.



*Un hombre como él...*

¿Cómo puedo explicarle a Vashti que nunca, nunca en mi vida he conocido a un hombre como Brock Grimsby? ¿Nunca has visto a un hombre de tan amplia pecaminosidad, de tan enorme fuerza posesiva? *Sin embargo, él no quiso poseerte. ¿Recuerdas?*

El nudo en mi garganta tira con fuerza de algo en mi pecho. Vergüenza tal vez, o ira, o dolor. Un rasguño que ensangrienta las suaves curvas de mi corazón.

La gente me llama valiente a menudo; la gente me llama generosa y fuerte. Pero mi valentía y fuerza siempre ha sido para Manaroa y su familia real, y por primera vez en toda mi vida, quise ser valiente para mí *misma*. Quería que alguien me prodigara generosidad y fuerza a *mí*.

Yo deseaba a Grim. Deseaba su cuerpo, su intensidad y su voz ronca y áspera, diciéndome todas las cosas que quería hacerme en Manaroan e inglés y en cualquier otro idioma que supiera. Deseaba sentir esos muslos gigantes y musculosos contra mi espalda mientras me doblaba sobre una mesa; deseaba sus grandes y capaces manos en mi pelo tirando de mi cabeza hacia atrás para que pudiera chupar y lamer mi cuello. Deseaba ese magnífico bulto que vi entre sus piernas.

Deseaba sólo una noche con alguien que *me* viera. Que *me* deseara. Alguien tan fuerte que durante una noche entera, no tuviera que ser fuerte en absoluto, porque tendría suficiente fuerza para los dos.

Pero no siempre conseguimos lo que queremos.

O en mi caso, nunca.

Fuerzo otra pequeña risa para que Vashti sepa que no estoy enfadada u ofendida. —Yo también he oído las viejas historias,— digo, mientras levanta la cabeza, con aspecto visiblemente aliviado. —Y sé que sólo quieres lo mejor para mí. Hehu insinuó algo similar esta noche, y no puedo prometer que encontraré un guardia del palacio para entretenerme, pero puedo prometer que intentaré estar más alegre.

Vashti parece triste. —Su Majestad, está alegre. Y educada y amable y confiada. Por eso nos preocupamos. Necesita algo sólo para usted.

Ella tiene razón en eso, pero hablar más de esto me va a hacer un nudo tan fuerte en la garganta que será imposible hablar, y no puedo

permitirlo. Esa no sería la forma de convencerla de que estoy completamente bien y no estoy sola en lo más mínimo.

—Tengo muchas cosas sólo para mí,— miento, alejándome de la ventana para acompañarla a la puerta. —Y ahora mismo, tengo una larga ducha y Netflix esperando más pacientemente que cualquier amante del palacio.

Parece dudosa, como debería, pero no presiona, y por eso estoy eternamente agradecida. Porque en el momento en que decimos buenas noches y cierro la puerta tras ella, mi cara se arruga y mi nariz me pica. Veo a Grim en el ojo de mi mente, la nieve cayendo como una pluma blanda sobre esos poderosos hombros y en los planos rugosos y masculinos de su cara. Veo el pequeño copo de nieve que se disuelve en su labio inferior mientras me rechaza cuidadosamente.

*No creo que sea una buena idea, Su Majestad.*

*Realmente es lo mejor.*

Como todo lo demás en mi vida. Para bien, pero no para mí.

Vashti ya me ayudó a quitarme el vestido y los zapatos, así que me metí con la bata de seda y los pies descalzos en el baño para limpiarme el maquillaje de la cara. Levanto la mano para arrancarme la flor de diamante de mi pelo y luego me detengo, decidiendo fortificarme con un trago antes de revivir ese vergonzoso momento en la nieve con Grim.

Salgo al área del bar cerca de la sala de estar, reflexionando sobre todo el alcohol de alta gama que encuentro allí. Mucho vino caro, mucho champán, e incluso algunos escoceses de una sola malta, pero sin ron de vainilla.

Aparentemente no tener ron de vainilla es la gota que colma el vaso. Las lágrimas humilladas me queman los párpados, y me hundo en el suelo mientras siento todo lo de esta noche, del año pasado, de toda mi vida.

Preparada para ser de Rua pero no deseada por él.

Preparada para ser una reina pero no una mujer.

Preparada para el vino de alta gama y las vistas de la plaza Lafayette, pero no para el ron de vainilla y el Netflix... con un gran número de orgasmos sucios y temblorosos en los muslos.

El golpeteo suena en la puerta cuando el primer sollozo se me escapa. Me pongo en pie, frotando con fuerza mi cara. No puedo ignorar el golpe; el terrible precio de ser una reina es que pierdes el derecho a ignorar cualquier cosa, incluso si viene mientras intentas llorar. Al menos si es Vashti o Hehu, sabrán que hay que ser breves, y pronto podré volver a mi abatimiento.

Si es Kimo... entonces no lo sé. No será la primera vez que venga a mi habitación, tanto en casa como en el extranjero, y hasta ahora, he podido esquivar lo que tan claramente quiere. Pero empiezo a preguntarme si mi tiempo para esquivarlo ha terminado.

Miro a través de la mirilla de la puerta, más allá del alivio de ver el rojo brillante del velo de Vashti. Abro la puerta después de otro rápido golpe en mis mejillas mojadas y espero que no sea demasiado obvio que estaba llorando. Pero mi corazón raspado se tambalea.

Vashti no está sola.

Pasos lúgubres hacia adelante, llenando la puerta con esmoquin, músculos y pura potencia masculina, el último de los cuales sale rodando de su cuerpo tallado y destella promesas desde detrás de esos ojos oscuros.

En una mano, lleva una botella de ron de vainilla.

—Le he traído algo, Su Majestad.— La voz de Grim es baja, como siempre, hablando las palabras de Manaroan con la misma eficiencia sin tonterías que usó en inglés con Maxim y Lennix. Pero luego su voz se vuelve lenta y cálida e interesada mientras agrega, —Eso es, si todavía te gusta.

Hay un clic táctico en la puerta del hotel, diciéndome que Vashti ha hecho una salida tranquila, dejándonos a los dos solos. Grim extiende la botella de ron, su mano tan grande que no la lleva por el cuello, sino por la circunferencia de la botella misma, sus dedos se encuentran fácilmente en el medio. Me imagino esa gran mano palmeando mi pecho. Acariciándome entre las piernas con un hambre impaciente.

No creo que pueda respirar.

—Tu ron,— dice Grim en voz baja.

Miro la botella y luego a él, mi corazón golpeando fuertemente contra mis costillas. Un dolor que palpita entre mis piernas. Cada parte de mi

cuerpo se siente atraída por él, lo desea.

*Bueno, casi todas las partes.*

Mi cabeza tiene sus dudas. Mi cabeza me recuerda que he sido un desastre durante las últimas dos horas y que estaba a punto de llorar por el ron de vainilla que tiene tan casualmente en su mano.

*¿Cómo se atreve a pavonearse así, como si mi invitación fuera algo que puede tirar y luego recoger como un volante para una fiesta?*

—¿Por qué cambiaste de opinión?— Pregunto, todavía saboreando la escoria de mi dolor por su rechazo. Asumo mi postura más altiva y regia, y rezo para que las lágrimas no se aferren a mis pestañas como exijo, —¿Pensaste que sería una novedad follarte a una reina?

—¿Qué te hace pensar que nunca me he follado a una reina?

Él da una respuesta tan inesperada, tan *Grim*, que no tengo respuesta. Un pequeño soplo de risa sorprendida es todo lo que puedo manejar bajo su mirada firme, sin parpadear y sin bromas.

Se acerca a mí, tan cerca que sus zapatos me enjaulan los pies descalzos y lo suficientemente cerca que tengo que inclinar la cabeza casi todo el camino hacia atrás para mirar su cara.

—¿Y si te dijera,— dice, atrapando mis ojos con los suyos. —Que la novedad no está en follarse a una reina, sino en conocerla?

*Maldita sea.*

Eso fue lo correcto. Y con sólo unas pocas frases y el solemne brillo de su intensa mirada, se ha desvanecido mucho del dolor que sentía antes de que llegara.

—¿No hay palomitas de maíz?— Pregunto débilmente, necesitando una distracción de todas las cosas que nuestros cuerpos están diciendo sin palabras.

—No hay palomitas de maíz.— Sacude la cabeza. Me mira fijamente.

—Pero traje algo más.

—¿Qué?— La palabra apenas pasa por mis labios sin aliento para sostenerla.

—Esto.

Desliza su mano libre en mi pelo, acunando la parte posterior de mi cabeza y fijando sus labios en los míos.

Si yo pensaba que Grim parecía un pecado encarnado, no es nada

comparado con lo que él se siente. Cómo se siente su beso. Sus labios son firmes y exigentes, inclinados hambrientos y sedosos sobre los míos. Lame la costura de mis labios, una o dos veces, y cuando lo dejo entrar, da un bajo y masculino ronroneo de aprobación y me atrae aún más hacia él.

La botella de ron cae sobre la alfombra con un golpe seco, y soy arrastrada a sus brazos. Envuelvo mis piernas alrededor de su cintura mientras sus manos se deslizan bajo mi trasero para mantenerme levantada hasta sus labios.

No sólo me besa. Me folla la boca con una decisión y un hambre impresionantes. *Este es el hombre que es*, pienso mareada. *Él vigila, y luego conquista*. Estrategia, luego victoria. Vigilar, luego la guerra. Incluso en esta afirmación tan íntima, es un soldado. Es embriagador, es puro delirio tener a un hombre como Grim metódicamente pero despiadadamente arrasando mi boca con la suya.

Esta noche, soy su cruzada, su saqueo, y puedo decir por su feroz control sobre mí y los destellos de derrota de sus ojos que la victoria es el único resultado que tolerará.

De repente, ese nudo vuelve a mi garganta, pero por una razón completamente diferente, que es que nunca he sentido esto. Nunca he tenido a alguien que se apoderara de mí como si no me tocara, rugiera de angustia, y nunca he tenido a alguien que me besara como si ya estuviera imaginando lo que es estar dentro de mí. Nunca he tenido tanta fuerza masculina ondulante moviéndose contra mí, a mi alrededor, prometiendo silenciosamente que puedo usar esa fuerza, esa intensidad, como quiera.

Nunca fui un deseo, sólo un deber, y tal vez pueda fingir que es la única razón por la que beso a Grim tan fuerte como él me besa a mí, por la que tirando impacientemente del dobladillo de mi túnica para que mis muslos desnudos se agarren a su cintura, mi estómago desnudo rozando el algodón almidonado de su camisa.

Pero no puedo fingir, no cuando gime contra mis labios y mientras amaso los robustos contornos de sus tríceps y bíceps. Me echo hacia atrás lo suficiente como para atrapar otro impresionantemente malvado destello de sus oscuros ojos.

No, no es sólo ser deseada.

Es ser deseada por *él*.

—Grim,— susurro en nuestro beso.

Escuchar su nombre en mis labios parece sacudir algo en su feroz autocontrol. Me pone contra la pared y me besa tan ferozmente que no puedo respirar.

—Dime lo que deseas,— ordena sombrío entre los besos profundos y sucios. Él mismo es como una pared, enorme y corpulento e inamovible, y me encanta. Me encanta tener todo este poder vigoroso estremeciéndose contra mí. *Es por eso que las reinas toman un guardia como amante, creo que en un desvelo. Por eso las antiguas reinas de Manaroa se daban el gusto.*

—Noelani, dime. No puedo ser descuidado contigo. No lo seré. Tengo que saber lo que deseas, pequeña reina.

Una pregunta fácil. —Más. Quiero más.

Me recompensa con otro gemido tembloroso de él, y luego un beso tan obsceno que no puedo dejar de buscar fricción contra mis pezones tensos mientras me lo da. Separo mi bata aún más para que mis pechos queden expuestos, para poder arquearlos y presionarlos contra su pecho, que es cálido e imposiblemente firme incluso a través de su camisa y chaqueta de esmoquin.

—Puedo darte más,— promete. —Puedo darte todo.

Esas palabras se enroscan en mi pecho y mi vientre como olas, calentadas por el sol y llenas de la implacable energía de océanos enteros. Una cosa tan simple de decir para un amante, y sin embargo me siento completamente abrumada por su poder. Ya sé que repetiré este momento en mi cabeza durante semanas y meses, y tal vez por eso digo, —Por esta noche, Grim. Puedes darme todo esta noche.

No hay duda de lo que quiero decir. Esta noche es todo lo que podemos compartir. Por mil razones, esta noche es todo lo que podemos compartir, pero eso no hace que las palabras ardan menos al salir de mis labios.

Grim se queda muy quieto por un minuto, y creo que escucho una toma de aire, pero antes de que pueda preguntar, antes de que pueda decir algo más, algo ridículo como *¿quieres más de una noche?, porque*

*creo que yo también, él asiente lentamente.*

—Esta noche,— repite, y luego es como si se diera cuenta de que no tiene tiempo que perder. Se pone a trabajar en mi boca como si le pagaran con un beso, y mueve sus manos debajo de mi bata y en mi trasero desnudo. Cuando descubre la tanga, todo su cuerpo se tensa, y cuando una punta de dedo romo corre a lo largo del encaje que cubre mi sexo y siente lo mojada que estoy, gruñe.

Me agarro fuerte a las curvas e hinchazones inquebrantables de sus hombros mientras deja caer su boca caliente a mi mandíbula, a mi cuello, las manos en mi trasero que suben y bajan mis caderas, arriba y abajo. Me doy cuenta con una patada de lujuria dentada que está moviendo lentamente mi coño extendido sobre su erección vestida de esmoquin.

Y dicha erección se eleva muy por encima de la cintura de su esmoquin. Incluso a través de mi tanga de encaje y la tela de su ropa, puedo sentir lo grueso que es, lo hinchado y acampanado que está en la cabeza.

—Grande,— respiro.

Gruñidos gruñones en respuesta.

—Dámelo,— exijo, sin importar lo imperiosa que suene en el momento. Lo deseo, está ahí... *dámelo*.

Arqueo mi espalda y me retuerzo en sus brazos, necesitando frotarme más fuerte contra él, necesitando ese gran eje para moler mi doloroso clítoris.

—Pequeña reina codiciosa,— murmura en mi cuello y me aparta de la pared, llevándome a la sala de estar donde estamos rodeados de ventanas y la fría noche de Washington.

Afuera, en la oscuridad de la nieve, hay todo un mundo de tratos y decisiones, de dinero y poder, pero aquí en este cuarto, sólo estamos nosotros, dos cuerpos esforzándose y agarrándose para acercarse más, más, más.

—Grim, por favor,— te lo ruego. —Lo necesito. Lo necesito, lo necesito.

—Lo sé, pero incluso las pequeñas reinas codiciosas tienen que aprender a tener paciencia.

Estoy a punto de protestar cuando me pone en la mesa del comedor al final de la habitación y luego se mete entre mis piernas. Su cara sigue siendo imposiblemente seria cuando me mira, pero hay un toque de reverencia cuando desliza suavemente la túnica por mis brazos y mi cuerpo.

La seda susurrando contra mi piel es el único ruido en este mundo que hemos hecho.

Cuando me ha expuesto completamente, cuando puede ver por sí mismo el alto saliente de mis pechos y mi vientre desnudo, pero marcado desde que se estiró para llevar a un futuro rey, y por supuesto, mi coño cubierto de encaje, aspira un aliento y luego sacude la cabeza hacia sí mismo.

—Eres un tesoro, y por encima de mi nivel de pago.

—Un tesoro es inútil si nunca se encuentra. O nunca reclamado.

—¿Es así? — En una mirada, él rastrilla las hinchazones de mis pechos y el lugar donde mis muslos se encuentran con mi cuerpo, pero hay algo más en su cara ahora mismo, algo detrás del hambre y la severidad. ¿Incertidumbre? ¿Duda? ¿Ya se está acabando la novedad de follar con una reina? ¿De conocer a una? ¿Es la diferencia en nuestras estaciones?

No. No, no dejaré que esta corona me robe esta noche. Ha tomado mucho, lo menos que puede hacer es darme unas pocas horas robadas con este hombre de severidad y sombras.

Me acerco a la palma de su gruesa erección, y luego la envuelvo con mis dedos y la aprieto.

—Sí, así es, — respondo.

Mi tacto parece quemarlo, despejar cualquier duda, y él deja salir una respiración lenta. —Noelani, — dice. Sólo eso, sólo mi nombre.

—Lani.

Su mirada se fija en la mía. —Lani.— Mi nombre emerge bajo y caliente y áspero, y al escuchar mi apodo de niña de sus labios me hace sentir una profunda emoción. Por un momento, pienso en lo bien que se vería en el palacio en medio de toda la opulencia del sol, lo bien que se vería en el hogar de mi niñez, rodeado por el exuberante bosque de Manaroa. Lo bien que se vería en Manaroa, y punto.



*Sólo esta noche. Es sólo tuyo esta noche.*

—Mi Lani,— murmura de nuevo, la posesividad no es menos impactante porque es, por necesidad, temporal. Y luego me pone un brazo a la espalda para poder levantarme de la mesa. Su otra mano tira de mi tanga por mis caderas y piernas con habilidad y eficiencia. Antes de que me dé cuenta, soy acostada de espaldas con cuidado y facilidad, y Grim se sienta en la silla frente a mí.

—¿Qué...?— Empiezo a preguntarle, y luego mete su cabeza entre mis muslos abiertos y le da a mi sexo un beso lento y húmedo. —Oh.

Nunca he tenido esto. Nací para casarme con un rey; fui entrenada en el arte de complacer a un rey; y Rua no sólo fue el rey particular que me preparó para satisfacer, sino también mi único amante. Su placer de rey, sus deseos eran los únicos considerados, y nunca quiso hacer esto. Nunca quiso complacer a su reina a su vez.

No había cursos sobre cómo complacer a una reina, pero Grim sabe intuitivamente cómo hacerlo. Cada atrevido giro de su lengua en mi centro, cada beso hambriento es algo tan nuevo que desafía toda descripción.

Es suave y ligero.

Es caliente y malvado.

Es mejor que cualquier cosa que haya tenido.

—Oh.— Mis ojos se cierran. Mi espalda se arquea. —Oh, Dios mío.

Su respuesta es envolver sus manos alrededor de mis caderas y acercarme al borde de la mesa y a su boca. Se sienta allí como un rey en la mesa de banquetes, saboreando cada rincón y pliegue de mí. Explorando cada centímetro con besos calientes y buscando sabores. No se pierde nada ni nadie. Se acurruca en mí y me huele, y su gruñido resultante es suficiente para hacer que mis dedos se enrosquen contra sus hombros.

Cada beso, cada lametazo me hace retorcerme, dolerme más y también me agobia con el oral experto que me da. Pero no me deja retorcerme, acunando todo mi trasero en sus manos gigantescas y sujetándome a su boca mientras me come como un hombre hambriento.

Y luego empieza a hacer estos exquisitos círculos alrededor de mi

clítoris, y sé que estoy casi perdida. A pesar de la delicadeza de su habilidad, hay un hambre despiadada detrás de él, y es intoxicante. Excitante. Mi corazón late al ritmo de mi coño necesitado.

El orgasmo constructivo se aprieta en mi vientre, girando detrás de mí clítoris y alrededor de mi vientre y mis muslos internos. Quiero verlo cuando me venga, quiero ver esos orgullosos hombros encajados entre mis muslos y el barrido de sus pestañas de hollín contra sus mejillas. Quiero ver a Brock Grimsby robusto, peligroso, agitándose con energía atrapada, todavía usando su esmoquin, dándome este orgasmo.

Empujo hacia arriba mis codos para poder mirarlo desde mi vientre, y mientras lo hago, la flor de diamante en mi pelo empieza a caer. Me estiro para sacarla, y la cabeza de Grim se levanta de entre mis piernas.

—La flor se queda,— me ordena. Sus labios están mojados por mí, y sus ojos... sus ojos traicionan algo que no creo que sepa que están traicionando. —Por favor,— añade, y hay una nota de necesidad ahogada en su voz. —La quiero ahí.

Un carillón de emociones sin aliento juega a través de mí. Emociones sin aliento y *peligrosas*. —Bien,— respondo, mi voz un susurro ahogado también. Me vuelvo a poner el peine de la flor en el pelo. —Se queda.

Y la mirada que me da en ese momento, como si me diera cualquier cosa ahora, cualquier cosa que sea suya para dar, simplemente porque estoy haciendo esta pequeña cosa por él, vale la pena todo. Vale la pena la espera enojada y solitaria que hice por él esta noche. Vale la pena el coraje que costó mover la flor al otro lado de mi pelo mientras la nieve revoloteaba a nuestro alrededor.

*Esta noche*, tengo que recordarme a mí misma de nuevo. Este interludio será tan fugaz como la nieve que hay más allá de estas ventanas, derritiéndose antes de tocar el suelo.

Agacha la cabeza de nuevo, añadiendo sus dedos mientras su boca desvergonzada me libera al orgasmo, convirtiendo todo en caliente y maravilloso y apretado y maravilloso y oh Dios mío...

Mi cabeza cae hacia atrás mientras todo lo que está debajo de mi

ombligo detona con puro placer. Mis muslos, mi vientre, mi coño, todos se aprietan tanto que no puedo respirar, y luego se sueltan en una ola temblorosa que me hace agitar y sacudir contra su boca persistente. El apretón y la ola, apretón y ola, una y otra vez, hasta que *yo* misma me siento como una ola, como todo un mar de ellas, agitándose y agitándose en cada horizonte. Como si fuera más que el mar, soy el horizonte al que se extiende. Soy el cielo arqueado azul y feliz sobre todo, y Grim es el sol, caliente y vivificante y vital.

No puedo imaginarme no sentirme así nunca más. No puedo imaginarme no montar el resto del clímax contra la mano de Grim mientras se levanta y observa cómo me ha destrozado para siempre.

No puedo imaginarme sobrevivir esta noche sin querer más.

Por su parte, Grim parece que podría tomar o dejar la supervivencia en este momento, dependiendo de cuánto interrumpa su tiempo con mi coño. Lentamente levanta sus húmedos dedos hacia su boca y los chupa hasta dejarlos limpios mientras mira hambriento la parte de mí que acaba de complacer, y luego una vez que están limpios, acaricia con la palma de la mano mi carne aún temblorosa y se encuentra con mi mirada.

—¿Más?— pregunta. Es casi ridículo, porque ahí está, metro noventa y ocho de un potente hombre con ojos magnéticos y un esmoquin adorando cada línea muscular de su cuerpo, por no mencionar una gloriosa erección que se esfuerza por esos pantalones bien ajustados, y me pregunta si deseo más después de haberme dado el mejor orgasmo de mi vida. Por supuesto que deseo más.

Pero también aprecio la pregunta. Aprecio la manera sencilla en que sabe cómo cuidarme, para complacerme; aprecio la preocupación que tiene por lo que necesito y anhelo. Incluso aprecio -no lo admitiría ante él en este momento- que haya tomado su decisión de venir aquí esta noche con cuidado, teniendo en cuenta lo que podría significar para los dos.

Lo aprecio a *él*.

—Sí,— digo, empujando su toque. —Deseo más.

## CAPITULO 4

GRIM

—Sé específica, Lani,— digo, lamiéndome los labios donde el sabor de ella está ahora marcado.

La forma abreviada de su nombre es una intimidad en sí misma, que de alguna manera basa esta noche fantástica en la realidad. No me estoy follando a Su Majestad, Su Alteza Real, o a la reina. Para mí, es Lani, un buffet de muslos firmes y grandes tetas orgullosas, y un coño apretado y húmedo.

—Más,— dice de nuevo, la incertidumbre parpadeando a través de sus ojos. —Te dije que deseo más.

—¿Qué quieres que haga?— Frunzo el ceño, inclinando la cabeza para mirarla. —¿Ninguno de tus amantes te ha preguntado nunca qué te gusta en la cama?

Largas y gruesas pestañas se deslizan hacia abajo, pero no dejo que se esconda, inclinando su barbilla hacia arriba con mi dedo índice hasta que nuestros ojos se encuentren.

—Sólo he tenido uno,— admite, su voz ronca y reacia. —Fui entrenada para complacer al rey.

Frunzo el ceño, interiormente tambaleándome por la revelación de que esta sensual criatura sólo ha estado con un hombre. —¿Y quién entrenó al rey para complacerlo?

—No funciona así. Cuando eres la reina,— dice, con una sonrisa hastiada, cínica. —todos asumen que eres muy mimada, y en muchos sentidos lo eres. Pero la proximidad sólo significa que eres la primera en la fila para servir al rey, el primer súbdito real. Tu placer es una idea tardía, si es que se piensa en ello.

—No quiero hablar mal de los muertos,— murmuro, echando una mirada caliente a su pequeño y apretado cuerpo. —Pero tu esposo era un tonto.

Levanta los ojos oscuros para encontrarse con los míos.

—Tal vez no entendió el placer que hay que encontrar,— digo, desabrochándome los pantalones, bajándome la cremallera. —Al complacer a una mujer tanto que no pueda recordar su nombre, pero grita el tuyo.

Ella mira el bulto que presiona contra mis calzoncillos, se lame los labios. Su mirada es fija y curiosa.

—¿Te gustaría ver?— Engancho un pulgar en la cintura de mis calzoncillos.

Ella asiente, sentada, descuidada de su desnudez con la bata de seda que se acumula en sus caderas. Me saco la polla y sonrío cuando ella jadea.

—Estás perforado,— dice, con los ojos redondos y encantados y tal vez un poco asustada cuando se encuentran con los míos.

Tomo su mano, guiándola hacia mi verga. Las almohadillas de sus dedos acarician la cabeza, la delgada barra del piercing apadravya.

—Mierda,— silbo, cerrando los ojos. Incluso ese toque apenas perceptible me aprieta las bolas, me alarga la polla.

Ella mira hacia arriba a través de un abanico de pestañas oscuras, su sonrisa se vuelve poderosa y malvada. —Te gusta eso.

—Eufemismo,— me ahogo.

—Me has preguntado qué es lo que deseo.— Se pone de pie, y la bata se desliza de la mesa, charcos alrededor de sus pies descalzos y tobillos delgados.

Pasa junto a mí, un péndulo provocativo de cintura y culo. Haciendo una pausa en la puerta del dormitorio, mira por encima de su hombro, la flor brillando y cristalina en su pelo oscuro. Cuando la movió esta noche en la escalera, fue una declaración de su voluntad, de su deseo por mí. Su deseo estaba en exhibición tan seguro como si hubiéramos follado al aire libre bajo la luna llena con todo su séquito mirando.

—Lo que deseo específicamente,— dice, su sonrisa irónica es lo único que lleva puesto. —Es que me des lo que has dicho. Que me folles hasta que no recuerde mi nombre.

Sus ojos caen sobre mi verga, completamente erguida y perforada y lista para servirse. —No hagas esperar a tu reina.

# CAPÍTULO 5

NOELANI

¿Quién es esta mujer desinhibida que camina desnuda ante un extraño?

¿Esta criatura hambrienta que gotea de placer por sus muslos, exigiendo más? ¿Esta mujer sin ataduras por un amante con el doble de la verga de su marido, y perforada en la punta? Camino con confianza, con mis rodillas tambaleantes, y me arrastro hasta la cama gigantesca.

Y espero...

Por unos segundos, la amenaza de rechazo circula por encima de mí como un buitre. Grim no está detrás de mí, no me pisa los talones, y ese frío puño de la duda me golpea en la garganta, pero entonces entra lentamente, y entiendo el retraso.

Se ha despojado de sus ropas y entra en la habitación del hotel completamente desnudo, su único adorno es una simple cadena de oro con dos anillos colgando de su cuello. El esmoquin era una delgada piel de civilización, y debajo de él yacía la belleza salvaje y bronceada de su cuerpo. Hombros enormes, pectorales cincelados con pezones marrones oscuros, un abdomen tenso y musculoso, muslos y pantorrillas largos y tallados.

Y esa verga alargada, con la punta de la cabeza hinchada y perforada. Ni siquiera me doy cuenta de que he abierto las piernas por reflejo hasta que el aire fresco besa mi coño mojado. Me hace descarada, me hace descartar no sólo mi corona, sino algo aún más vital: mi guardia. Quiero dejarlo entrar, y por el hambre no mitigada de su mirada fija entre mis muslos, quiere entrar.

Se arrastra hasta el centro de la cama donde me tumbo con las piernas abiertas. Con los ojos pegados a los míos, se agacha y pasa un pulgar calloso sobre mi clítoris.

—Oh, Dios.— Abro las piernas y subo las rodillas. Esta necesidad no

ha dejado espacio para la vergüenza o la autoconciencia.

Él acaricia de nuevo, aumentando constantemente el ritmo, y me mete el dedo medio dentro de mí.

—Grim,— jadeo, mi espalda se arquea, mis caderas toman el ritmo de sus dedos.

No responde, pero con su mano libre, acaricia una palma a lo largo de la parte interior de mi muslo, empujándome sutilmente para abrirme aún más. Lo hace con un celo constante hasta que escucho mi propia humedad y huelo mi propia pasión. Grito, otro poderoso orgasmo que me atraviesa. Vuelvo a caer en las satinadas almohadas, mis ojos pesados, mi cuerpo languidece como una abeja borracha de miel al salir de la habitación.

Cuando regresa, ya está enrollando un condón sobre su longitud, e incluso a través del látex, la barra de su piercing brilla con una promesa potente. Con gravedad coloca sus caderas entre mis muslos temblorosos, y se inclina hacia adelante, se inclina hasta que sus labios acarician la esquina de mi mandíbula. Su aliento roza suave y cálido la cáscara de mi oreja.

—¿Estás lista para ser follada, pequeña reina?

No hay dignidad en mi respuesta. —Por favor.— Estoy casi llorando, rogando, suplicando. Lo deseo tanto. —Por favor, fóllame.

Conceder un deseo, seguir un mandamiento, no sé cuál, pero entra en mí con fuerza. No hay nada de tentativo en su primer empujón. Su gran cuerpo avanza, conquistando el mío en un solo movimiento. Es impresionante lo enorme que es. Mi estrecho pasaje se extiende a su alrededor, luchando por acomodar lo que se siente como un puño dentro de mí, pero la sensual presión de esa barra, dentro y fuera y dentro y fuera, silencia la leve incomodidad de un hombre para el que debería ser anatómicamente imposible de encajar.

*Oh, pero lo hace.*

—Jesús.— Inclino mi cabeza hacia atrás y enrosco mis piernas alrededor de sus caderas oscilantes, clavando mis talones en los globos musculosos de su trasero.

Ese arrastre de esas bolas ensartadas en la cabeza contra las paredes de mi coño es enloquecedor, llevando un *Grim perforado* dentro de las

partes más privadas de mí. Rua siempre era rápido, como si el sexo fuera algo que necesitaba para marcar la lista que su secretaria le traía cada mañana con su café.

*Reunirse con el Ministro de Asuntos Exteriores.*

*Revisión del presupuesto.*

*Follar a tu reina.*

Yo era una tarea en la lista de muchas, y después de que yo diera a luz a su heredero, no era una tarea que él se acordara de manejar tan a menudo.

Pero esto.

Esto no soy yo en una lista. Soy la lista. El singular enfoque de la verga de Grim en mi coño, de sus ojos metiéndose en los míos en la tenue luz de la lámpara, es casi demasiado.

Y la resistencia. No sé cuánto tiempo está dentro de mí, pero se siente como en casa. Le agarro los hombros y los encuentro resbaladizos de sudor por el vigor de nuestros cuerpos que rechinan como engranajes bien engrasados. Me folla duro y largo hasta que todo lo que puedo hacer es murmurar su nombre una y otra vez, como un cántico. Soy devota. Soy devorada. Soy una mujer, arañando la espalda de un hombre y gritando con desesperado placer. No me importa si el guardia que está más allá de mi puerta me oye. Todo Manaroa podría reunirse en la habitación de al lado, y no podría detener los ruegos, maullidos y lamentos que hago cuando me vengo. En este momento, no soy una reina. Ni una regente o un gobernante. *Soy suya.*

Grito el nombre de Grim.

Y aunque me pagaras, no podría decirte el mío.



# CAPÍTULO 6

GRIM

Un cubo de palomitas de maíz calientes y mantecosas de cine se ha colocado en la mesilla de noche.

En los pocos minutos que he estado en el baño, Vashti, supongo, ha satisfecho el deseo de su reina.

Bueno, uno de ellos. Yo satisfice el otro.

Y Lani satisfizo el mío.

Sentada con su delgada espalda contra la cabecera que sube por la pared, casi llegando al techo, la sábana de seda color rosa sigue resbalando, revelando sus pechos con punta de bayas. Se lleva la botella de ron de vainilla a los labios, toma un largo trago y sus ojos se cierran con los míos. Una gota de licor se desliza por la comisura de su boca madura, hace un lento y pausado viaje por su cuello, y se desliza entre sus pechos. Cuando llego a la cama, me acuesto a su lado y me inclino hacia adelante para lamer el ron de su piel. Ella se ríe y pasa sus dedos por mi pelo.

—¿Cuándo podremos hacerlo de nuevo?— pregunta, con la voz rasgada de tanto gritar.

—Podría hacerte un hueco...— Levanto mi muñeca para revisar mi reloj. —¿Ahora?

Ella se ríe y se arrastra sobre mí, un muslo firme a cada lado de mis caderas. Me toma la verga y la levanta, con el coño sobre mí.

—Espera.— Mi risa, normalmente un fenómeno raro, se ha usado más esta noche con esta mujer que en años. —Estaba bromeando.

Ella me pone una frente oscura y coloca su culo redondo y desnudo en mis muslos. —¿Asustado de que no se te pueda levantar? No voy a juzgar tu actuación.

—Seguramente después de una sola vez, ya sabes más que eso.

—Eres un engreído.— Ella sonríe.

—Te gusta.— Agarro sus delgadas caderas, y mis manos las encierran

casi por completo, recordándome lo vulnerable que es, lo pequeña que es. Cuando se acomoda en mi regazo, agarra la cadena que cuelga de mi cuello, retorciendo los dos anillos suspendidos, viendo cómo el pequeño diamante se agarra y sostiene la luz.

—¿Qué es esto?— pregunta, con los ojos todavía fijos en los dos anillos.

—Los anillos de boda de mis padres.

—¿En serio?— Sus ojos, sorprendidos, curiosos, encuentran los míos.

—¿Por qué los llevas?

—Es todo lo que me queda de ellos. Ambos murieron.

—Lo siento mucho, Grim.— Ella roza el dorso de su mano a lo largo de mi pecho y hombro, la simpatía en sus ojos también en su tacto.

Aclaro mi garganta con una emoción poco común. —Él primero, luego ella unos años después. Mi madre dijo que me dejó los anillos como un recordatorio de que el verdadero amor era posible. Estuvieron casados treinta años y nunca amaron a nadie más. Ella sabía que yo nunca...

Yo me alejé. Sentirme tan bien con esta mujer muy rápidamente, me parece mal admitir que nunca he tenido la clase de conexión que mis padres experimentaron con nadie. Si no hubiera visto ese vínculo vital entre ellos, y más tarde entre Maxim y Lennix, no creería que fuera posible.

—Sabía que necesitaría el recordatorio,— continuó finalmente, encontrando sus ojos en la luz tenue.

Lani tiene los dos anillos en la palma de su mano, la banda de oro liso de mi padre y el anillo de mi madre con la piedra casi microscópica, todo lo que mi padre podía permitirse cuando se casaron. Siempre dijo que lo mejoraría algún día, pero mi madre lo prohibió incluso cuando podría haber comprado algo más fino.

—Es hermoso,— dice Lani, su voz un susurro reverente, y sé que no se refiere a los anillos en sí, sino al sentimiento que hay detrás de ellos.

—Eres hermosa, pequeña reina,— digo antes de que me lo plantee. Es la verdad, y ella parece sacarme eso.

El placer oscurece sus ojos y riza su boca en los bordes. Se inclina hacia adelante para capturar mis labios, su pequeña y rosada lengua

exigiendo una entrada que nunca negaría. Me abro para ella, le doy unos segundos para que ordene el beso, luego asumo fácilmente el control, ahuecando la elegante curva de su cuello y enviando mi lengua tan profunda que jadea, con los jadeos sobre los labios. El deseo se enciende entre nosotros tan seguramente como si yo hubiera echado leña al fuego. Frota sus pezones contra mi pecho, riéndose cuando recupero el aliento. Con las pestañas levantadas y los ojos ardiendo, se interpone entre nosotros, pasando su pulgar por la cabeza perforada de mi verga. Sé que había algo que quería discutir, pero mi verga en su mano hace que todos los pensamientos de mi cabeza se desvanezcan.

*Casi.*

Suavemente muevo su mano del tubo ansioso y endurecido entre mis piernas.

—Tenemos que hablar,— digo con firmeza.

La mirada que me echa a mí dice *¿en serio?* Pero ella sólo pone los ojos en blanco y se quita el pelo de la cara. No puedo culpar a las largas hebras por aferrarse a sus hombros lisos y a sus pechos regordetes.

—¿Hablar de qué?,— pregunta.

—Tu seguridad esta noche.— Frunzo el ceño, recordando que su guardia al otro lado de la habitación no le prestaba atención. —Tiene que ser más estricta.

—Dios, no.— Levanta los brazos para recoger su pelo y sacárselo de los hombros, lo que me pone las tetas en la cara. Ella sabe lo que hace, la zorra. No quiere hablar de esto y sabe que no puedo perder esta oportunidad. Me inclino hacia adelante y tomo un pezón gordo entre mis labios. Sus manos se acercan a mi cabeza.

—Chupa más fuerte,— me ordena, y lo hago. Sus pequeñas caderas empiezan a rechinar sobre mí, y mi polla se endurece, pero si cree que he llegado tan lejos sin disciplina, se equivoca. Me encanta el culo como a cualquier otro tipo, pero nunca me han gobernado los coños. Aunque mirando entre nosotros y viendo su dulce clítoris asomándose entre esos labios suaves, si alguna vez un coño pudo gobernarme, sería éste.

—Si no hablamos ahora,— digo, lamiendo sus pezones y apretando su

trasero. —No follaremos más tarde. ¿Qué te parece?

Ella se queda quieta, dejando que sus dedos se resbalen de mi pelo, y se sienta en mis piernas.

—¿Qué quieres saber sobre mi seguridad?— Su tono cambia de amoroso a reservado, y cruza los brazos bajo los pechos.

—¿Siempre te dejan sola así? ¿En un país extraño? ¿Con gente que nunca has conocido antes? ¿Durante tanto tiempo?

—A veces,— dice, su cara no revela nada. —¿Por qué?

—Lani, su marido murió, dejando el trono. Tu hijo es demasiado joven para gobernar, lo que te deja en una posición precaria. Muchos hombres verán eso como una oportunidad para llegar a la corona.— Mis dientes se juntan al mirar la belleza dorada de su cuerpo y la caída de medianoche del pelo casi hasta la cintura. —Para llegar a ti.

—¿Se supone que esto es información nueva, Grim?— Contorsiona sus bonitos labios en una sonrisa amarga. —Soy muy consciente, pero te equivocas. No hay muchos hombres. Sólo uno. Él se asegura de eso.

—¿Quién?— Frunzo el ceño y levanto su barbilla, obligándola a mirarme a los ojos. —¿Quién se asegura?

Ella desliza su barbilla, desliza su mirada a un lado. —No importa. Bebamos.

Toma un rápido trago de ron y luego me lo ofrece. Cuando sacudo mi cabeza no, se encoge de hombros y toma otro, los músculos de su garganta trabajando con cada trago. Podría romperle el cuello antes de que el licor llegue a su vientre, y mira lo fácil que fue para mí llegar a ella. Claro, ella había dejado instrucciones para dejarme entrar, pero ¿y si mis intenciones eran retorcidas, en vez de simplemente sucias? Vashti no es lo mismo que una presencia de seguridad completa.

Le quito la botella y la estiro para ponerla en la mesilla de noche, fuera de su alcance.

—He *dicho* quién.

La rebeldía se le mete en los ojos, la arrogancia en la mandíbula. Incluso desnuda y con la polla estirada es una reina. —No tengo que decirte nada.

—Pero quieres hacerlo.— Le pongo una mano en un lado de la cara.

—Lo vi esta noche. ¿Crees que eres la primera mujer que se me

propone?

—¿Propuesta? Yo no...

—Semántica. Tú me deseabas. Yo te deseaba. No es complicado, Majestad,— dibujo, sumergiendo las palabras en el sarcasmo. — Normalmente ignoro a las mujeres malcriadas que quieren una gran polla.

Sus ojos se estrechan. —¿Cómo te atreves...?

—Pero pude ver desde el principio que no eras así.

Ella presiona sus labios juntos, pero la línea tensa de sus hombros se relaja un poco. —Vi a una mujer hermosa, fascinante y solitaria buscando algo real, y lo que tenemos puede ser rápido y puede ser temporal, pero es real.

Baja la cabeza, sin negar lo que dije, sin confirmarlo.

—Puedes confiar en mí, Lani.

Su ladrido de risa poco femenino llena la habitación. —¿Confiar en ti? Ni siquiera te conozco. Ni siquiera sé lo que haces.

—Sí, lo sabes. Seguridad.

—¿Seguridad?— Me da una larga y sabia mirada, con las cejas levantadas. —¿Para Maxim Cade?

—Y otros, según sea necesario.

—Si puedo confiar en ti,— dice, desafiando a invadir sus ojos oscuros, —entonces dime la verdad. ¿Matas a la gente?

Nadie me ha hecho nunca esa pregunta de forma directa. ¿Por qué lo harían? Los que saben la respuesta no tienen necesidad de preguntar. Los que sospechan saben que no deben preguntar.

Si fuera cualquier otro, me pondría mi ropa y me iría sin contestar. No sólo sé dónde están enterrados los cuerpos, la mayoría de ellos, los puse yo mismo. Pero esta pequeña mujer con los brazos cruzados sobre su corazón y sus ojos solitarios suplicando por algo real y verdadero, ella no puedo negarlo.

—Sí.

El shock abre sus ojos y parte sus labios. —¿Ah, sí?

—Si la gente necesita que la maten, sí. Yo lo he hecho.

Mi mandíbula hace tictac en el silencio después de mi admisión. Nunca me importa lo que piensen los demás, pero me encuentro tenso

por si ella salta de la cama y me ordena salir. Estoy preparado para su desprecio.

—¿Se lo merecían?— pregunta en su lugar, un ceño fruncido tejiendo sus cejas. —¿Eran malas personas?

—Cada uno de ellos.

Un desfile de rostros pasa por mi memoria, cada uno un asesino, un agresor, un villano que sólo habría causado más daño si le hubiera perdonado. Vacilo, no estoy seguro de que deba contarle el verdadero secreto: que aunque nunca se me ocurrió la misericordia, todavía me atormenta cada vida que he tomado. Hice lo que tenía que hacer porque podía; me entrenaron para ello, pero aún me pregunto cada vez sí me correspondía a mí decidir.

—¿Así que el fin justifica los medios?— pregunta.

Enrollo un mechón de su pelo oscuro alrededor de mi mano, tentado de tirar de ella hacia mí y comerme las preguntas de su boca. En lugar de eso, aflojo el pelo, lo veo caer sobre su pecho en la luz tenue. —No, el final es sólo el final. Justificar el matar a alguien es un hábito peligroso. Jode con tu brújula moral. Si matas a un hombre, tienes que estar preparado para vivir con el hecho de que puede haber estado mal. No puedes decirte a ti mismo que es correcto sólo para limpiar tu conciencia, o sólo para enfrentarte a ti mismo. Hiciste lo que había que hacer. Punto y aparte. Si sigues diciéndote a ti mismo que estaba bien, un día despertarás a un monstruo. Es mejor cargar con el mal de lo que has hecho que perder de vista lo que es el mal en su totalidad.

Me estudia durante largos y tensos segundos, mordiéndose el labio inferior. Luego se mueve de mi regazo, se baja de la cama y sale del dormitorio.

*De acuerdo. Bueno, ahí está mi respuesta.*

Aposté, diciendo a alguien la verdad por una vez, y perdí. Tiro mis piernas al lado de la cama justo cuando Noelani vuelve a entrar. Su bata está en su sitio, atada firmemente a su cintura. Se pone de pie justo delante de mí, entre mis rodillas, y me tira el suave edredón sobre el regazo.

—Yo... tenía problemas para concentrarme con toda esta piel desnuda,— dice, levantándose bajo el oro oscuro de sus pómulos.

—Si quieres que hable...— Ella me mira. —Estoy lista.

# CAPÍTULO 7

NOELANI

Grim me lleva de vuelta a su regazo, como si mi presencia en cualquier otro lugar lo ofendiera. Sus manos encuentran mi pelo de nuevo, enhebrando las hebras e inclinando mi cabeza hacia la suya. Su pulgar traza el contorno de la flor llena de gemas en mi pelo, la acción reverente aunque siento su verga haciendo cosas muy irreverentes debajo de la manta mientras acaricia la pequeña flor inocua que nos trajo a este momento.

Pero flor y polla interesada a un lado, el resto de Grim está todo enfocado. Sus ojos buscan en mi cara mientras me pregunta de nuevo.

— ¿Quién, Lani? Dime quién es, y lo arreglaré.

Es un hábito que se eriza cuando la gente pregunta sobre las partes feas de mi vida. Durante años tuve que fingir que Rua era perfecto - atento y paciente y generoso - y después de su muerte, cualquier tipo de honestidad habría sido equivalente a admitir la debilidad. Eso suena a orgullo, lo sé, y soy una mujer orgullosa. Desciendo de reinas y yo misma soy una reina, después de todo. Pero en la regencia de Ka'eo, hay más que el orgullo en juego. Cualquier olor de debilidad traerá a los tiburones, tanto de dentro como de fuera de Manaroa. Lo último que necesito es que los políticos de nuestro país o las compañías petroleras sepan lo frágil que es la paz del palacio.

Así que sí, estaba a la defensiva antes cuando Grim preguntó, y estoy a la defensiva ahora. Pero su mirada firme, sin tonterías, me recuerda que no hay forma de esconderse de la verdad.

Me recuerda que le importa. Mucho.

A pesar de que sólo nos conocemos desde hace una noche, a pesar de que nunca nos volveremos a ver. Me quiere lo suficientemente segura como para estar dispuesto a gruñir por ello, y eso envía una pequeña sacudida de felicidad hasta los dedos de los pies.

Nadie ha estado gruñendo por mí antes.



Respiro profundamente y confieso. —Kimo. Mi cuñado. Lo conociste en la recepción de esta noche.

La ira de Grim, creo, no es como la mía. No se acumula como una borrasca repentina en el agua, furiosa y crepitante un segundo y luego se disuelve de nuevo en los cielos azules al segundo siguiente. La ira de Grim es lenta y caliente, una especie de ira geológica profunda que rueda por su cuerpo como la lava. Puedo sentirla bajo su piel, convirtiendo su respiración en precisas y controladas succiones de aire, convirtiendo sus músculos en una piedra chisporroteante.

Grim no se enfada rápidamente, creo, pero mientras sus ojos brillan con furia en los míos, instintivamente sé que para la gente que le importa... ¿Por las pocas personas que mantiene cerca de su bien protegido corazón? Quemará el mundo.

—La comadreja,— dice Grim rotundamente. —Lo sabía. Sabía que algo estaba mal con él.—Su mandíbula se tensa mientras parece repetir mentalmente su interacción con Kimo. —Es tu Claudio.

Reconozco la referencia a Hamlet inmediatamente, sin sorprenderme por las capas de este hombre. Grim es un iceberg, mostrando sólo el más pequeño porcentaje de sí mismo al mundo. Me encanta que cuando exploro debajo de la superficie, encuentro a Shakespeare.

—Tal vez,— admito irónicamente. —Pero no soy Gertrude.

A pesar de lo enojado que está, la comisura de su boca se mueve un poco, tentado de sonreír. —No,— murmura, —no lo eres. Gertrude no tenía control sobre su destino o el de su hijo. Pero nunca permitiría que eso sucediera.

—Y nunca permitiría que Kimo en particular tuviera control sobre mí o Ka'eo, aunque me haya propuesto matrimonio varias veces.— Es la forma más educada de transmitir el interés de Kimo, pero Grim no me deja salirme con la suya.

—Algunas propuestas. ¿Eso es todo, pequeña reina? ¿Me estás diciendo toda la verdad ahora mismo?

Presiono mis manos contra el pecho de Grim y juego con los dos anillos suspendidos en la cadena de oro. Creo que soñaré con su gran y duro cuerpo durante años, pero ahora mismo, estoy absorbiendo su fuerza y su coraje para decir la verdad.

Estoy aprendiendo que se necesita más valor para ser vulnerable que para ocultar todas las razones por las que la vulnerabilidad pica.

—Ha dejado claro que quiere algo más que la corona y el control total de mi hijo,— admito, tratando de exprimir las palabras desagradables lo más rápido posible. —Me quiere a mí. A veces viene a mi habitación en el palacio, especialmente por la noche. Trata de abrirse camino en mis habitaciones de hotel cuando viajamos. Me ha tocado...

— Me separo, porque apenas puedo hablar de esos breves momentos sin querer acurrucarme en mí misma. Esos pequeños, diminutos momentos... esos pequeños, diminutos toques. Un pulgar rozando entre mis omóplatos mientras tenemos que bailar en funciones de estado, o un roce intencional de mi pecho mientras me abraza. Pequeños, diminutos ataques contra mi humanidad. Pequeños, diminutos recordatorios de que se me están acabando las formas de rechazarlo educadamente.

El pulgar de Grim se aprieta un poco contra la flor de mi pelo. —¿Te ha tocado?— Su voz, aunque controlada, se acerca a un gruñido completo.

—Pequeñas cosas,— suspiro. —Sigue estando mal, pero lo hace cuando hay otras personas alrededor, así que si lo empujo, hará una escena. Y sé lo que estás pensando,— agrego, para evitar la tormenta que se avecina en la cara de Grim. —Estás pensando que debería hacer una escena, pero no es tan fácil. Eres un hombre con años de entrenamiento y tácticas, y no puedes saber lo que es ser una mujer teniendo que defender tu dignidad cada día, no sólo de Kimo, sino de los cortesanos y políticos y las compañías que esperan afuera para engullir Manaroa. Si no mantengo el statu quo, podría terminar herida. Y lo que es más importante, Ka'eo podría resultar herido. Esa no es una opción, Grim. Nunca va a ser una opción.

Las manos de Grim se mueven hacia mi espalda y de repente me aplasta contra su pecho, contra el duro latido de su corazón, y la forma en que sigue flexionando y apretando sus manos contra mí me hace sentir como si estuviera tratando de recordarse a sí mismo que en este momento estoy a salvo, que en este momento estoy en sus brazos y que puede mantener cada cosa terrible lejos de mí.

—Por supuesto, no es una opción, Lani, y para que conste, eso no es lo que estaba pensando en absoluto. Estaba pensando que debería ser el trabajo de su seguridad hacer una escena en tu nombre. Debería ser el trabajo de tu seguridad mantenerte a ti y a tu cuerpo a salvo. ¿Qué habría pasado esta noche si yo no hubiera estado allí? ¿Si Kimo hubiera logrado meterte en su auto, como quería? Tu seguridad no estaba a la vista hasta que salimos de la habitación, y aunque lo estuvieran, ¿te habrían protegido?

Las palabras de Grim tienen mucho sentido, y odio que lo tengan, porque significa que tengo que darle honestidad a cambio. —No. No, ellos son leales a mí, pero lo central de su entrenamiento es la idea de que la realeza no puede hacer nada malo. Eso incluye a Kimo, el tío del futuro rey. O la reina, cuando invita a hombres grandes y pensativos a su habitación. — Digo la última parte en un tono burlón, para calmar los ánimos, pero los brazos de Grim sólo se tensan a mi alrededor.

—Nadie te está cuidando en casa, ¿verdad?— dice, su voz profunda retumba en su pecho y contra mi oído. —Hay gente para Ka'eo, hay gente para dirigir el país, pero no hay nadie sólo para ti.

Exhalo. —Tengo a Vashti. Hehu.

—No son de seguridad, Lani. Ya han fallado en mantener a Kimo lejos de ti.

—Si me volviera a casar...

De repente, Grim se queda muy, muy quieto debajo de mí, como si la sola idea de que me vuelva a casar lo hiciera sentir de alguna manera. Rápidamente suprimo el chisporroteo de placer que siento por su mal humor, pero es difícil de ignorar; se siente muy bien tener a alguien celoso por mí. Celoso de la manera divertida y deliciosa, no de la espeluznante manera de Kimo.

—¿Sí?— Grim grates fuera. —Si te vuelves a casar, ¿entonces qué?

—Si me volviera a casar, tal vez Kimo se alejaría. Tal vez mi nuevo esposo me protegería. Eso es lo que Hehu espera, al menos, que un matrimonio resuelva todos mis problemas.

—¿Resolvería tus problemas? ¿Tener un anillo en el dedo otra vez?

Lo considero, aunque ya lo he pensado tanto que es imposible

encontrar nuevas respuestas. Kimo probablemente se mantendría alejado, al menos más que ahora, si me volviera a casar, y ciertamente evitaría que otros hombres me miraran como un premio potencial. Habría más estabilidad, tal vez, más certeza en torno a la regencia de Ka'eo, y eso sería algo bueno. Pero no puedo evitar sentir que podría ser una trampa lenta, un remolino oculto en el agua en el que puedes nadar fácilmente pero no salir. No tengo mucha libertad ahora, pero lo poco que tengo lo perdería.

—Si escogiera al hombre correcto,— digo lentamente, —tal vez.

No tenía elección cuando me casé con Rua, pero el momento de la impotencia en mi vida amorosa ha pasado. He cumplido con mi deber, he dado a luz a un heredero. Tal vez no tenga que elegir entre un hombre y la libertad... después de todo, esta noche he podido elegir por mí misma, ¿no? Y se sintió tan bien, tan divino, sólo ver a alguien tan emocionantemente sexy como Grim, y pensar: *lo deseo*. Y pensar: *mío*.

Es difícil imaginar que alguna vez haya visto a otro hombre que me despida como a Grim, pero tal vez sea posible. Y si es posible, entonces tal vez no estoy lista para renunciar a ello. Definitivamente no sólo para poder llevar un anillo en mi dedo, y lo más probable es un anillo que pertenece a un hombre que codicia mi corona o la de mi hijo tanto como me codicia a mí.

—Pero,— digo, contradiciéndome, —incluso el hombre adecuado para mí podría no ser el hombre adecuado para mi corona. No sé si estoy lista para elegir entre los dos. No después de esta noche.— Me siento tensa bajo mi cabeza, y me doy cuenta de lo que acabo de decir y de cómo ha sonado. —Quiero decir, no después de lo bien que se sintió esta noche ser libre de nuevo. Libre para disfrutar de las cosas sólo para mí.

Se relaja un poco, pero no completamente, y algo me duele en el pecho. Como si su resistencia a un error gramatical que implica que tenemos un futuro fuera otro rechazo de mí.

Lo cual es una tontería. Sé que es una tontería. Esta noche es todo lo que hay.

Pero me duele el pecho de todos modos.

Lucho contra sus brazos. —Oye, ¿dónde está el ron?— Pregunto, tratando de ser ligera y sobre todo teniendo éxito.

Grim no me libera de inmediato, y le oigo respirar como si fuera a decir algo. Me congelo, mitad en la esperanza y mitad en el miedo, el dolor en mi pecho como dedos buscando mi corazón raspado.

Pero al final no habla. En su lugar, me deja ir y extiende un brazo para el ron. Después de dármelo, toma una de mis manos libres en la suya y se encuentra con mi mirada.

—Quiero ayudar, Lani.—Su voz es tranquila ahora, pero firme y su ira protectora quema los bordes de sus palabras. —Puedo hacerte más segura.

Tengo la fugaz imagen de Grim como mi guardia de seguridad personal, siguiéndome en los eventos y llevándome a los autos. Tirando de mí en sus brazos cada vez que puede. Dándose la vuelta en mi cama cada noche.

—¿Puedes?— Susurro, sin atreverme a nombrar, ni siquiera a mí misma, lo que espero en este momento.

Asiente con la cabeza, y es la cabeza de un hombre que nunca se ha alejado de un desafío. La inclinación de cabeza de un hombre que ha jurado nunca olvidar lo que se siente en el bien y en el mal. —Puedo redactar una propuesta para revisar el entrenamiento de seguridad del palacio, y puedo enviar nuestros propios protocolos para que tu equipo vea cómo mi empresa Grimstone aborda la seguridad personal de clientes de alto perfil. Incluso puedo recomendar algunos entrenadores de seguridad que trabajan con la realeza en otras naciones y hacer presentaciones para ti. Creo que podemos hacerlo muy perfecto y rápido, Lani, y en sólo unos meses, tendrás un equipo que cumple con mis estándares. Lo que significa que estarás a salvo. Tan segura como si yo misma estuviera allí cuidándote.

Esos dedos imaginarios en mi pecho encuentran mi corazón. —Podrías hacerlo, ya sabes,— digo, un poco demasiado rápido para que suene como una broma. Porque, por supuesto, no es una broma en absoluto. —Podrías ser mi guardia.

En cuanto lo digo, sé que he ido demasiado lejos. Dejo salir una risa débil y luego tomo un gran trago de ron para ocultar mi vergüenza.

La cara de Grim no cambia, pero no es necesario. Veo algo atormentado en sus ojos, y siento su mano apretando la mía.

Suavemente empuja la botella lejos de mi boca para que pueda tener toda mi atención. —Lani...— empieza, luego se detiene, como si considerara cómo decir lo que hay que decir sin herir mis sentimientos.

—Grim, no tienes que...

—Toda mi vida está aquí. Mi empresa, nuestros clientes, nuestra base de misiones.

—No tienes que explicar...

—Lo haré, maldita sea,— dice con brusquedad. —Lo haré porque, ahora mismo estás pensando que no estaría dispuesto a seguirte, y quizás incluso estás pensando que ningún hombre estaría dispuesto a seguirte, pero nada está más lejos de la puta verdad. Merece la pena seguirte hasta el final de los océanos, Reina Noelani, y si las cosas fueran diferentes, pasaría cada hora de cada día recordándotelo.

Mi corazón está siendo exprimido. Tan apretado que lo único que puedo hacer es mirar al hombre hermoso que tengo delante y esperar sus próximas palabras.

Grim da un duro suspiro. Sus ojos se cierran cuando dice, —Es sólo que las cosas no son diferentes. La gente depende de mí aquí. Me necesitan. Sus vidas dependen de mí. No me lo tomo a la ligera.

—Tampoco deberías hacerlo tú,— digo, y lo digo en serio.

Su vida está aquí y es importante. Ojalá yo también fuera importante para él. No quiero que Grim sepa lo repentina, profunda y tontamente que he empezado a sentir cosas por él. Tengo que aclarar mi garganta antes de hablar porque mis palabras se tambalearían con una emoción que no quiero revelar.

—Bueno, espero recibir tu propuesta de seguridad,— digo apresuradamente. —Creo que tengo hambre. ¿Tienes hambre? Iré a buscar el menú del servicio de habitaciones y veré si Vashti puede convencerlos de que envíen algo.

Me bajo de Grim, con la botella en la mano, sin mirarle a la cara, porque si le miro, diré algo estúpido. Diré algo inútil.

Diré algo que ambos sabemos que nunca puede ser verdad.

Me deja escapar, aunque el cuidadoso roce de sus manos a lo largo de mis muslos mientras trepo fuera de la cama me recuerda que lo está permitiendo, que si quisiera, podría agarrarme y tirarme de nuevo a la cama. Podría arrastrarse sobre mí y besarme hasta que la comida fuera lo último en mi mente. Podía mantenerme contra su duro y cálido cuerpo todo el tiempo que quisiera, y yo me quedaría.

*Me quedaría.*

La sala de estar es tan fría que se me pone la carne de gallina en los brazos y piernas cuando paso por delante de la mesa con el menú del servicio de habitaciones y llego a una de las ventanas. A través de la nieve, puedo ver la Casa Blanca brillando en la oscuridad, rodeada de árboles nevados y con el Monumento a Washington como una espada y orgulloso detrás de ella.

—Es una vista preciosa,— su voz retumba desde detrás de mí.

Me giro para ver a Grim, que no lleva nada más que su piercing y su collar, un lujoso tramo esculpido de puro macho alfa. Cada paso tensa los pesados músculos de sus muslos, y la tenue luz de la habitación bruñe el bronce oscuro de su piel, haciendo que cada surco tallado de su abdomen quede en un marcado relieve. Sus ojos son como el océano en la noche, brillantes y peligrosos, y su verga está lista para mí. Es tan rígido y tan grueso, con una vena hinchada en el costado y un brillo de pre-semen en la punta, que coincide con la brillante perforación mientras ambos brillan con la luz.

Incluso con mi corazón todo raspado dentro de mi pecho, mi cuerpo se aprieta con un deseo húmedo al verlo.

*Él es la magnífica vista.*

No puedo quitarle los ojos de encima.

—Grim,— susurro, pero no se detiene, viene hasta mí y me gira por los hombros para mirar a la ventana y al mundo de afuera lleno de ventisca.

—¿Ves ese mundo de ahí fuera?,— me murmura al oído. —¿Ves todos esos edificios donde la gente toma las decisiones que dan forma al mundo?

Me estremezco al tocar sus labios en mi piel. —Sí.

—No es nada comparado contigo.— Desenreda hábilmente la faja de

mi túnica. —Vales más que cien capitales, mil naciones. Vales mundos y mundos, mi Lani.

*Mi Lani.*

Oh dulce Madre María, cómo soy impotente contra eso. Y lo dice de nuevo mientras me quita la seda de la piel, una y otra vez mientras me besa la oreja y la mandíbula, y le hace el amor lentamente a mi cuello con su boca.

*Mi Lani. Mi Lani. Mi Lani.*

Jadeo y tiemblo contra él cuando por fin me pone la mano en el lugar donde más lo necesito. —¿Cuánto vales, mi pequeña reina?

Sus dedos presionan expertamente mi clítoris, así que jadeo su respuesta. —Mundos.

—Mundos tras mundos,— corrige, y suena casi enojado, pero puedo decir que no es conmigo. Y cuando miro hacia arriba para ver su reflejo en la ventana mientras rueda un condón sobre su erección, veo la respuesta.

*Está enfadado consigo mismo.*

Grim enrosca una mano alrededor de mi cadera y otra alrededor de sí mismo, y lenta e inexorablemente se empuja a sí mismo dentro, empujando impacientemente mis pies cuando se hace evidente que está demasiado apretado.

—Este cuerpo,— gime en mi pelo mientras finalmente se mete dentro de mí. Es lo suficientemente grande como para robarme el aliento, y apoyo mi frente contra el vidrio frío para detener mis violentos temblores mientras me proporciona otra pulgada.

—*Este cuerpo*,— dice otra vez, y esta vez es a través de los dientes apretados mientras la parte más suave de mí se agarra con avidez a la parte más dura de él. El rastro de su perforación contra mi vaina es agonizante y deliciosa; deja a su paso una urgencia aplastante, y yo me empujo hacia atrás contra él, levantándome sobre mis pies, desesperada por más. Por todo ello.

Finalmente, está sentado completamente dentro de mí, con un brazo alrededor de mi cintura para mantenerme en pie y con la otra mano palmeando mi pecho posesivamente. Me agarro con mis propias manos contra el cristal para hacer palanca, tratando de follar contra él,



necesitando más de ese chisporroteante estiramiento y de esa dulce, dulce profundidad. Necesitando más de Grim tan cerca de mí como dos personas pueden llegar a estar.

Pero Grim detiene mi retorcimiento fácilmente, pellizcándome la oreja. —Pequeña reina codiciosa,— dice. Y luego, más gentil, —Por favor, Lani. Déjame darte esto. Todo lo que tienes que hacer es sentirlo.

Así es como terminamos follando lento y sucio frente a la ventana que da al asiento del poder en el mundo. Grim no me deja perder ni un centímetro de sus agresivos y temblorosos empujones, y tampoco me deja perderme completamente en las sensaciones que me está dando. En su lugar, me pellizca la oreja cada vez que cierro los ojos, y me envuelve la mano en el pelo para mantener la mirada en nuestro reflejo cada vez que estoy tentada de mirar hacia otro lado. Tengo que mirarlo a él, mirarnos a nosotros, a él con sus rasgos robustos y su expresión severa, y a mí con el peine de flores brillante en el pelo.

Quiere que esté presente.

Quiere que recuerde esto.

*Esto es un adiós.*

No podemos apartar los ojos del otro en el reflejo, y casi puedo imaginar que intenta decirme algo con su mirada mientras me folla. Intento decirle algo a cambio, echando cada agonía y anhelo inútil de esta noche en mi cara para que lo sepa. Sabrá que por mucho que se interponga en el camino de un asesino y una reina amándose, yo lo intentaría.

*Si él me quisiera, lo intentaría.*

¿De qué sirve ser valiosos mundos sobre mundos si no tienes a nadie que te lo diga? ¿Ambos con palabras rudas y roncadas y con una gran verga perforada?

Me vengo fuerte y duro y agudo, tan fuerte que temo que mi grito haga añicos el cristal. Él me sigue poco después, me pone contra la ventana mientras bombea el condón lleno de su líquido con un quejido desgarrador y completamente sexy que recordaré el resto de mi vida. Ese gemido, sus sonidos, su olor perseguirá mis sueños.

Y es sólo cuando ambos bajamos gradualmente de nuestras alturas

que me doy cuenta de que tenía sus labios presionados contra mi peine de flores todo el tiempo que se vino. La parte más erótica de esta noche no fue el sexo sucio y los orgasmos pegajosos, sino el hecho de que me entregué a él con total libertad.

Como si mi verdadero regalo para él esta noche no fuera el sexo, sino yo.

Seguro... seguro que eso debe significar que él se preocupa por mí como creo que yo estoy empezando a hacerlo por él. Seguramente no puede ser esto, no puede ser nuestro sexo de despedida, ¿no cuando él besaría una pieza de mi joyería simplemente por ser lo que me trajo a él?

Mi corazón se eleva en mi garganta como un globo, y me doy vuelta cuando Grim se desliza cuidadosamente fuera de mi cuerpo y envuelve el condón con algunos pañuelos cercanos. Cuando finalmente lo enfrento, puedo ver la hendidura de diamantes reales en sus labios.

—Grim,— respiro, alcanzando a tocar su boca con mis dedos, necesitando mucho tocar la prueba de sus sentimientos por mí.

Pero él se agacha fuera de mi alcance, sin encontrarse con mis ojos mientras va a tirar el condón.

Mi corazón se hunde de nuevo en mi pecho.

Tal vez más abajo.

Tal vez se hunde justo en el suelo.

—Grim,— lo intento de nuevo, pero mi voz se quiebra.

—Debería irme.— Todavía no se encuentra con mis ojos. Toda la noche me ha exigido la mirada, me ha llamado la atención, no me ha dejado ocultarle nada... pero ahora es un enigma, no traiciona nada con su voz, su expresión o su postura.

Todavía no me mira cuando se pone su esmoquin arrugado, y sé con intuición de mujer que es porque tiene miedo de lo que sus ojos puedan mostrarme.

Me acerco a él, todavía desnuda y sonrojada por su sexo, y casi exijo que me mire. Como reina y como su amante, merezco ver lo que está tratando de ocultar. Merezco ver lo que no dice.

Y casi lo hago, realmente casi lo hago. Mi boca ya está formando las

palabras y mis hombros han vuelto y mi barbilla está levantada, mi pose de reina favorita. No importa que esté desnuda, nací para comandar a los hombres, y ordenaré a Grim que me diga la verdad. Lo decretaré. Si valgo mundos y mundos, entonces merezco escucharlo.

Grim mete los brazos en su camisa de esmoquin, sin molestarse en abotonarla, y se encoge de hombros en la chaqueta.

—Después de que me vaya,— dice, con su voz sin emoción, —quiero que llames a Vashti para que pase el resto de la noche contigo. No quiero que duermas solo hasta que tengas guardias debidamente entrenados en tu puerta.

No contesto. Mi orgullo y mi dolor no me dejan... y tampoco me dejan marchar hacia Grim y sacarle la verdad. Doblo mis brazos sobre mi pecho, no para cubrirme, sino por desafío, mientras él continúa.

—Y enviaré esa propuesta pronto. Sé que no puedo pedirte que no viajes y que no te acerques a esa comadreja hasta que tengas más seguridad, pero Lani...— Se aclara la garganta y mira a la puerta. — Su Majestad, por favor. Por favor, considéralo. Si algo le sucediera, yo...— Se aclara la garganta de nuevo, pero esta vez parece que no puede continuar. En un silencio incómodo, mete los pies en sus zapatos y se dirige a la puerta.

No le sigo.

Se detiene, entonces, con su mano en el pomo de la puerta, y se encuentra con mis ojos por primera vez desde que salió de mi cuerpo. Sus ojos son tormentosos y furiosos y están derrotados a la vez. Pero su voz es puro pesar cuando dice, —Mundos, Lani. Sobre mundos.

Y luego gira la perilla y deja mi vida para siempre.

# CAPÍTULO 8

GRIM

Me siento como una mierda.

Y lo que es peor, creo que me lo merezco.

—Así que el bloque de hoteles de Des Moines está comprado. No hay una estructura con líneas de visión de francotiradores al otro lado de la calle, pero aun así, no estoy seguro de que tengamos suficiente presencia de la policía local,— dice Rick, el guardia de seguridad personal de Maxim.

Trato de forzar mi atención en la reunión de estrategia de Iowa y lejos de la mirada en la cara de Noelani cuando se desmoronó en mis brazos. La forma en que miró cuando ladré y prácticamente *tartamudeé* tonterías mientras huía de su habitación como un adolescente aterrorizado por sus propios sentimientos.

Silencio. Majestuosa. Decepcionada. Así es como se veía.

—Siempre están muy ocupados en el período previo a la temporada de primarias,— dice con impaciencia Bill, recientemente asignado a los detalles personales de Lennix. —Creo que nos centramos en tener a nuestra propia gente en el lugar, y dejar que los uniformes locales se centren en lo que les gusta. Montar sus bonitas motos para escoltar a la policía y cosas así.

Rick sacude la cabeza, un ceño fruncido frunciendo la vieja cicatriz que le corta la frente. —Necesitamos presencia fuera del hotel. Ya has visto el tamaño de las multitudes que Maxim está dibujando ahora. Está a la cabeza en todas las encuestas, y todo el país está mirando si un independiente puede ganar en Iowa. Necesitaremos los azules para el tráfico y el control de multitudes.

Rick me mira para que lo respalde porque siempre estamos de acuerdo en la estrategia, pero apenas he procesado lo que dijo. Lo miro fijamente y asiento, haciéndole fruncir el ceño.

*Maldita sea.*

Nunca pierdo la concentración. No está en mi naturaleza y va en contra de todo mi entrenamiento, pero el recuerdo de Lani es tan vívido que prácticamente siento su delicioso trasero presionando mi regazo. Mis pensamientos siguen volviendo a la suite presidencial y alejándose de esta reunión.

Volviendo a la noche anterior.

*No tienes que explicarlo*, dijo, incluso cuando sus hombros se curvaban sobre sí mismos, como para proteger su corazón de otro hombre que la utilizó y la empujó a un lado.

Pero tenía que explicarlo, todavía lo hago, porque anoche lo hice fatal. Ella se merece todo, cada cosa que su pequeño y orgulloso corazón podría querer... y también merece un hombre que pueda dárselo sin reservas. Se merece un hombre que pueda desafiarla y adorarla y prodigar su dulce y curvilíneo cuerpo con orgasmos cada vez que pueda.

Se merece algo como lo que tienen Maxim y Lennix: un amor tan poderoso y crudo que nada ni nadie puede quitárselo.

Excepto...

Excepto que incluso la idea de que Lani, mi Lani, sea cortejada y adorada por otro hombre es suficiente para apretar mis puños bajo la mesa. Sólo *yo* la hice lo suficientemente valiente para mover su flor por mí, y sólo *yo* la ayudé a sentirse lo suficientemente segura para explicar el peligro que siente diariamente en su propio palacio. Sólo *yo* saqué orgasmo tras orgasmo de su cuerpo perfecto, y sólo *yo* encajo dentro de ella tan grande y tan apretado que cada segundo que estuvimos unidos se sintió como un éxtasis. Ella está destinada a ser mía, está hecha para ser mía, y maldita sea, quiero que sea mía. Quiero sus muslos sobre mis hombros mientras la cómo; quiero que se arrodille entre mis pies con esos bonitos labios separados. Quiero estar dentro de su pequeño coño, y quiero esos pezones marrones en mi boca.

Pero es más que eso.

La quiero acurrucada en mi regazo cuando esté cansada. Quiero acariciar su pelo y besar sus lágrimas cuando esté triste. Su orgullo ardiente, su honestidad ganada con esfuerzo, ese increíble e indeleble

*coraje... el coraje de pedir lo que desea, de decir lo que necesita... lo quiero todo.*

El mismo coraje, me doy cuenta con un poco de vergüenza, que no pude reunir anoche. No quería dejarla y sin embargo todo fue demasiado rápido: su valentía y su alegría y su corazón guardado desplegándose como una flor rara, sólo para mí.

No es amor, al menos, no creo que sea amor todavía. Si nunca he estado enamorado, ¿cómo lo sabría?

Pero es algo. Es algo que me pide a gritos que la encuentre, que la tire sobre mi hombro y la lleve a un lugar seguro. Es algo que dice: *tuya para adorar, tuya para proteger.*

Y ella necesita protección por encima de todo. Mis puños se aprietan de nuevo cuando pienso en esa comadreja, Kimo, y sus repetidos ataques a la seguridad de Noelani. Conozco hombres como él, hombres que se excitan intimidando a la gente que los rodea, y no responden a nada más que a la intimidación. Un matón más grande. Sólo responden a la fuerza, al poder. A otro depredador que gruñe.

*¿Resolvería tus problemas, pequeña reina? ¿Tener un anillo en el dedo de nuevo?*

*Si escogiera al hombre adecuado... tal vez.*

Lo sentí anoche, como la quemadura de sodio tiopental en mis venas, como si simplemente estando en presencia de Lani me hubiera dado el suero de la verdad. Cuando me dijo esas palabras, todo lo que pude pensar fue un hecho innegable.

*Soy el hombre adecuado.*

*No quiero ser el hombre adecuado, y no podría ser el hombre adecuado.*

*Soy el hombre adecuado.* Después de sólo una noche con ella, sé esto. La mantendría a salvo de Kimo y me aseguraría de que ella y su hijo estuvieran totalmente protegidos. Honraría su libertad. No tengo ambiciones políticas, ni deseo su corona o la de su hijo. Todo lo que haría sería sólo para Noelani y Ka'eo, sólo para mantenerlos a salvo y felices. Y si el beneficio natural de ser el esposo de Noelani era tenerla en mi cama para bromear y follar durante horas, entonces mejor.

Pienso en nosotros anoche contra la ventana, su peine de pelo brillando en la oscuridad, su coño tan dulce y codicioso de mi verga.

Cuando nuestras miradas se aferraron al reflejo del cristal, no había nada entre nosotros. No sólo la desnudez de nuestros cuerpos. No había mentiras, ni juegos entre nosotros, sólo la necesidad clara y honesta que ambos sentíamos. Una conexión que es tan rara que bien podría ser una vez en la vida, y una conexión que sellé cuando me vine con mis brazos alrededor de ella y mi boca contra su peine de pelo de flores. Todavía puedo sentir las marcas que su flor de diamantes dejó en mis labios anoche.

—¿Grim?— pregunta Rick. Mi cabeza se dispara. Me mira de mi boca a los ojos con una expresión de perplejidad.

Estoy acariciando mis labios. Normalmente un hombre de movimientos económicos, incluso de recambio, estoy acariciando mis malditos labios. Una señal. Una pista de la confusión interior y un lapsus de disciplina.

*Mierda.*

Suelto los dedos de mi boca donde su flor me marcó. Donde Noelani me marcó.

La verdad arde en todo mi interior, no sólo en mis venas, sino en todo mi cuerpo.

Soy el hombre adecuado para ella, y sólo hay una cosa que hacer al respecto.

—¿Cuánto tiempo crees que me llevará llegar a CadeCo?— Pregunto, poniéndome de pie y mirando la caída constante de gruesos copos de nieve. Los miembros del equipo alrededor de la mesa me miran, aturdidos. Nunca he salido temprano de una reunión de planificación, ni una sola vez, y aquí estoy yo, saliendo en medio de una campaña de seguridad crucial para mi mejor amigo.

—Uh... tal vez media hora,— dice Rick, estudiando las condiciones invernales.

Reviso mi reloj. Noelani tuvo una reunión con Maxim en CadeCo hace una hora. Puede que todavía esté allí. Puede que tenga la oportunidad de alcanzarla antes de que tome el avión de vuelta a Manaroa. Ni siquiera sé qué pediré u ofreceré, pero ella necesita saber que puede dejar de buscar antes de empezar porque soy el hombre adecuado. Averiguaremos lo que eso significa.

—Retomemos esto más tarde,— le digo al equipo, ya agarrando mi abrigo y saliendo a zancadas de la sala de estrategia al sonido de sus sorprendentes murmullos.

Estoy armando un plan mientras voy al estacionamiento de Grimstone y me subo a una de nuestras camionetas negras. Hace mucho frío, pero no pierdo el tiempo calentando el auto. Tengo que ir a Noelani... y de todas formas, después de que hayas invernado en la Antártida, es difícil quejarse de los inviernos más suaves del Beltway. Incluso con la nieve esponjada sobre todo como mucho glaseado de pastel, la temperatura es tan suave que ni siquiera me molesto en ponerme los guantes. Dejo que el frío mantenga mis pensamientos afilados mientras salgo a la calle y me dirijo a CadeCo.

Necesito enfocar esto exactamente bien. Necesito que Noelani vea por qué es el mejor camino posible para ella. Necesito que vea que soy el hombre adecuado para ella, aunque la dejé fría e infeliz anoche. La convenceré de que no volverá a suceder.

Soy un hombre de planes, un experto en estrategia, famoso por mi cabeza fría y mi rapidez de pensamiento, pero cuando finalmente me abro camino por las calles nevadas hasta las oficinas de CadeCo, soy una maraña de nervios desordenados.

He ido a los confines de la tierra. Me he enfrentado a las balas y al fuego. He tenido vidas literales en mis manos, y aun así nada se compara con el terror de enfrentarme a Noelani y arriesgarme a que diga que no.

Después de cómo me fui anoche, la respuesta que merezco es no... pero no la acepto.

Ni siquiera me molesto en intentar aparcar el todoterreno; me acerco al banco de nieve que marca el bordillo y golpeo el auto contra el aparcamiento. La posibilidad de que llegue demasiado tarde se me sube a la garganta, y mi corazón se estremece contra mi caja torácica cuando salgo del todoterreno y subo las escaleras de sal hasta las puertas del CadeCo.

Que es cuando Noelani sale.

Con un largo abrigo de lana y una bufanda enrollada elegantemente alrededor de su garganta, es la imagen de la gracia y el resplandor. No



lleva gorro, y la brisa ligera juega con esas largas y sedosas hebras, enviándolas a bailar alrededor de sus hombros y brazos mientras se da la vuelta para decirle algo a Vashti.

—Date prisa,— dice una voz desagradable en Manaroan.

Kimo emerge por detrás de las dos mujeres, con la cara sonrojada y los rasgos apretados por la irritación. Agarra la muñeca de Noelani y la empuja por los dos primeros escalones. Ella tropieza y casi se cae.

Todos mis planes cuidadosamente establecidos se disipan como un copo de nieve arrojado a una parrilla. Mi respetuosa lógica, mi cuidadosa diplomacia, todo se desvanece cuando esa comadreja de Kimo maneja a Noelani como si fuera su posesión, y una posesión inútil. En un instante, subo los escalones y le quito la mano del brazo. Años de práctica hacen que sea fácil encontrar los puntos de presión correctos en su brazo, incluso a través de su abrigo, y grita cuando presiono los haces nerviosos con la presión justa para hacer que se tambalee hacia atrás.

—Usted. No. Toca. A la. Reina.

Mis palabras tienen el reporte de las balas. Rápidas y letales y dirigidas a sus órganos vitales. Sus ojos negros y brillantes se estrechan, la indignación se dibuja en su cara.

—Guardias,— ordena, ojos cerrados con los míos. —Pongan a este hombre bajo custodia.

Uno de ellos me alcanza, y yo lo miro fijamente, retándolo a que me toque.

—Si quiere volver a usar esa mano,— le advierto al guardia, —yo no lo haría si fuera usted.

Otro paso adelante, aumentando la tensión que rodea al grupo, e instintivamente alcanzo la pieza en mi espalda.

—Detente,— dice Noelani. Se acerca, su olor me rodea, y pone una mano sobre la mía donde descansa sobre el arma. —Grim, no lo hagas.

Me mira, suplicando y cautelando en sus ojos.

—¿Estás bien?— Pregunto en voz baja, alcanzando el brazo que Kimo le apretó. Empujo hacia atrás el cuero marfil de su guante para descubrir las marcas de sus dedos en su muñeca. Lo miro fijamente,

con los labios descubiertos y los dientes apretados. —Hijo de puta,— gruño en manaroan. —¿Él deja marcas en ella, pero yo soy la amenaza?

Sus ojos se abren de par en par ante mi dura acusación en su lengua materna. —Es mi cuñada, la esposa de mi hermano. Tengo sus mejores intereses en el corazón.

Me acerco lo suficiente como para gruñirle al oído para que me oiga él solo. —Ella no es su nada. Tóquela de nuevo, encontrarán partes de suyas a lo largo de la costa de Manaroan.

Se pone rígido y, a través de lo que reconozco como miedo, me mira fijamente. —Tenemos que irnos, Su Majestad. Tengo guardias con Ka'eo en casa, pero no querrá retrasar el regreso para la primera Navidad de su hijo sin su padre.

Sus palabras manipuladoras, que conllevan una amenaza transparente, tienen un efecto inmediato en Noelani. Su boca se aprieta y sus hombros se enderezan, pero sus manos tiemblan. Ver esa sutil vulnerabilidad cuando intenta proyectar fuerza me deshace. Agarro sus pequeñas manos entre las mías y me coloco de manera que mi altura y el ancho de mis hombros bloquean a Kimo de su línea de visión, y a ella de la suya.

—Lani.— Bajo mi voz para que sólo ella pueda oír.

Su mirada se acerca a la mía por la familiaridad. No en la indignación real, sino en el reconocimiento, la reminiscencia. El nombre que me pidió que usara, el que nadie más usa, nos lleva de vuelta a esa suite; a nuestra cama y a una botella de ron, a las confesiones que compartimos y que nos unieron rápidamente, fuertemente, y de una manera que no he hecho con ninguna otra mujer antes.

—Anoche,— continúo. —Dijiste que el hombre adecuado y un anillo podrían mejorar las cosas.

Ella asiente con la cabeza, pero sigue sin hablar.

—Dijiste que tal vez tu nuevo esposo te protegería.—Suavemente giro su brazo, mirando las huellas dactilares. —Que el hombre adecuado podría evitar que ocurrieran cosas como esta.

Sus ojos pasan por encima de mi hombro.

—No lo mires,— ordeno en voz baja. —Que se joda. Mírame a mí.

Ella me devuelve sus ojos oscuros y respira profundamente. —¿Qué estás diciendo, Grim?

—Yo seré ese hombre.—Le tomo la cara, sin prestar atención a la presencia vigilante de los guardias, de Kimo erizado detrás de nosotros, de Vashti de pie a un lado.

La confusión y la esperanza se mezclan en su bonita cara, y sus cejas se juntan. —Pero dijiste que tu vida está aquí. Dijiste...

—Lo es, pero podemos trabajar en los detalles. Viajaré cuando sea necesario, y la tecnología hace que todo sea posible.

—¿Después de una noche?— susurra débilmente. —¿Por qué?

—Hemos rodado años en una noche, Lani. No me pidas que etiquete esto porque te decepcionarás. No hago etiquetas, y no tengo categoría para lo que sentí anoche.—Presiono su mano contra mi pecho. —Por lo que todavía siento, pero creo que estaríamos bien juntos y sé que puedo mantenerte a salvo. Mantener a tu hijo a salvo.

Al mencionar a su hijo, se muerde el labio y mira la nieve bajo nuestros pies. —¿Pero qué es exactamente lo que me estás preguntando, Grim?

Me meto la mano en el cuello de mi suéter y saco la cadena que llevo alrededor del cuello desde que enterré a mi madre, el último funeral al que he asistido. Los anillos de boda de mis padres brillan a la luz del sol de invierno, trenzados en memoria como lo fueron en vida. El anillo de oro liso de mi padre y el pequeño círculo de oro con su pepita de diamante parecen tan modestos junto a la opulenta belleza de esta pequeña mujer. Ella es la joya de la corona, e incluso yo veo lo inadecuado que es este anillo, aunque significa el mundo para mí.

—Oh, Dios,— jadeos de Lani, su mano presionando su garganta. —Grim, no puedo. Es demasiado precioso. No.

*Es demasiado precioso.*

La flor de su pelo anoche podría pagar las hipotecas, pero mira el anillo de compromiso de la tienda de mi madre como si no fuera digno de él.

*Y lo sé.*

No llamaré a esto amor después de una noche, pero soy el hombre adecuado para ella, y ella es la mujer adecuada para mí.

—Oh, no,— dice Kimo, dibujando a nuestro lado. —Puede guardar esa pequeña baratija. Noelani no es sólo una mujer, es una tradición. Su familia está prometida al matrimonio real. Está preparada para ello. ¿No te das cuenta de que según la ley de Manaroan, no eres libre de casarte con cualquiera, Noelani?

—Él tiene razón.— La afirmación viene de un caballero mayor que está de pie en los escalones justo encima de nosotros. Lo recuerdo del evento de anoche.

—¿Qué?— Noelani pregunta, con lágrimas en los ojos. —Pero Hehu, pensé...

—¿Pensaste qué?— Kimo se burla. —¿Qué podrías casarte con un guardia de seguridad plebeyo?

Sus ojos se arrastran a lo largo de su cuerpo, la lujuria y la anticipación manchan su mirada. —El estado pagó por tu educación, tu aseo, tu vida, Noelani. El pueblo de Manaroa te posee. Te compraron con los impuestos que tanto les costó ganar.

—Una vez,— dice Hehu con discreta certeza.

—¿Perdón?— Kimo se quiebra. —¿Qué quiere decir?

—Nuestras leyes indican que con todo lo que hemos invertido en hacerte reina, Lani,— dice Hehu en voz baja, —debes casarte con un rey.

Los ojos de Noelani se abren de par en par, y las chispas prenden fuego a los ojos oscuros. —Pero...

—Las leyes dicen que debes casarte con el rey,— dice Hehu otra vez, encogiéndose de hombros por descuido. —Y lo hiciste.

Se vuelve hacia Kimo y sonríe. —Cumplió la ley al pie de la letra. En ninguna parte dice que si *ese* rey muere ella debe casarse con otro. Es libre de hacer lo que quiera.

—Eso... eso es ridículo,— gruñe Kimo. —Ella no puede elegir.

—Oh, sí que puede,— digo, deslizando el collar sobre mi cabeza. Aflojo el cierre y bajo el anillo de mi madre por la cadena y en la palma de mi mano.

—Noelani,— digo, cogiendo su pequeña mano y colocando el anillo en su dedo. —Cásate conmigo.

Kimo se ahoga, da un paso adelante y alcanza la muñeca de Lani otra

vez. Antes de que pueda partirlo en dos, ella lo hace.

—Guardias,— dice, no levantando, sino reafirmando su voz. Es una orden que ni siquiera tiene que cumplir. Dos de los hombres de pie agarran a Kimo por los brazos y lo alejan.

—¿Qué dices?— Pregunto, ignorando las protestas de Kimo y su indignación fuera de lugar.

Una lenta sonrisa se apodera de su rostro por centímetros. Un tierno calor entra en sus ojos, y me imagino que está recordando nuestra noche juntos. No sólo el sexo, sino también la intimidad. La sinceridad de nuestra conexión. Es más de lo que muchas parejas empiezan. Creo que es más que suficiente.

Ella desliza su dedo hacia adelante para que la modesta banda de oro se deslice en su lugar, y ella sonríe.

Es una sonrisa que me promete mundos y mundos.

Ella respira profundamente y dice, muy simplemente, —Digo sí, Grim. Sí.

**Fin**

BONUS



# BONUS EPÍLOGO

MAXIM

Nunca quise ser presidente.

Liderar el mundo libre, eso era cosa de O. Desde que éramos niños, todos creíamos que mi hermano Owen sería presidente algún día y yo llevaría el negocio familiar con mi padre. Pero la vida tiene una forma de quitarnos las riendas de las manos. A veces tan gradualmente que apenas nos damos cuenta de que hemos cambiado de dirección. Cuando crecí y empecé a hacer preguntas, desafiando la autoridad de mi padre, formando mis propias ideas sobre el mundo, nuestro plan se convirtió en su plan. Uno del que me di cuenta que no quería ser parte. Otras veces, la vida te arrebató las riendas de las manos tan abruptamente que te descuidas, te desvías, casi pierdes el camino por completo.

Como cuando Owen murió.

Esas no eran sólo las riendas de la vida de Owen, sino también las mías. Mi rumbo cambió. *Todo* cambió después del asesinato de Owen.

*El asesinato.*

Dios, nunca superaré cómo murió mi hermano. Nunca seré capaz de pensar en ello sin la más profunda pena, pero con una culpa corrosiva. Si no hubiera sido por las decisiones que tomé, él sería presidente. Debería ser presidente. Tuve que tomar esas decisiones para proteger a la mujer que amo, pero la culpa es todavía a veces casi insoportable.

—Sr. Presidente.

Mi nuevo asistente en la puerta me llama la atención del PDB que recibo cada mañana. Si la gente tuviera alguna idea de la verdadera mierda que está pasando en todo el mundo, adelgazaría su vientre, se

acurrucaría bajo sus camas cada mañana y se negaría a salir. El informe de la CIA me hace querer encerrar a Lennix en la Casa Blanca por los próximos cuatro años.

Pero todos sabemos cómo se resolvería *eso*.

—¿Sí, Adhira?— Me encuentro con la mirada fija y oscura de mi asistente personal. Adhira Patel es mi nueva Jin Lei, ya que la original ayuda a mantener intacta a CadeCo hasta que termine de dirigir el país.

—Su esposa viene en camino desde el Ala Este.

—No tiene que pedir una cita o decirme que va a venir.—Frunzo el ceño. —La Primera Dama debería poder localizarme en todo momento.

—Sí, señor. La Sra. Cade está en una reunión con su personal, y su asistente quería avisarnos que usted es el siguiente...— Los labios de Adhira se mueven. —En *su* agenda.

—Su agenda, ¿eh?— Me permito una pequeña sonrisa. —Eso suena más bien como eso. Bueno, estoy a su servicio cuando esté lista para verme.

—Sí, señor. Y usted tiene una cena con el embajador Iosua de Manaroa esta noche.

En realidad lo había olvidado. Hice una nota mental para hablar con Grim sobre ello. Muchas cosas han cambiado para mí y mi mejor amigo. Me estoy aclimatando a la Casa Blanca, siendo un nuevo marido, llevando una vida completamente diferente. Y él también. Ni en un millón de años habría imaginado que Grim conocería y se casaría con la Reina Regente de Manaroa. El hombre que nunca conoció un impulso que estuviera tentado a ceder, conoció y se casó con Noelani en cuestión de días.

Supongo que cuando sabes que lo sabes.

Ahora divide su tiempo entre Manaroa y los Estados Unidos, sigue dirigiendo su empresa de seguridad, pero cada vez más está allí. Creo que su pequeña reina es más de lo que esperaba.

*Hermano, sé cómo se siente.*

Me casé con un tsunami. No intentas controlar a una mujer como Lennix. La amas y dejas que ella te domine.



No hace falta decir que no he estado sin Grim a mis espaldas en casi quince años. Incluso con la completa protección del Servicio Secreto, me deja sintiéndome un poco más vulnerable. Siempre veía las cosas que todos los demás se perdían. Lo llamaré pronto para asegurarme de que no se me pasa nada por alto en Manaroa.

—¿Alguna posibilidad que Peggy pueda aprovechar esta noche?— Pregunto, ahorrándole a Adhira una mirada esperanzada.

—La señora Vicepresidenta ya está comprometida esta noche. Lo he comprobado.

La tormenta que capeó en la Antártida hace años no fue tan turbulenta como la campaña que acabamos de soportar. Peggy Newcombe fue tan fiable y constante durante las elecciones como lo fue en la cubierta del Chrysalis, nuestro barco durante ese viaje helado. Si tengo algo que ver con eso, una vez que mi mandato termine, será la primera mujer presidente.

—Muy bien,— respondo, con un suspiro en la boca. —Vea si la Sra. Cade puede acompañarme...

—Ella ya está comprometida en otro lugar esta noche, también, señor. Hablando en el centro con la Asociación Nacional de Mujeres Empresarias.

—Así es. Ahora lo recuerdo.

Debí esperar que una vez que Lennix superara sus reservas iniciales, se acercaría al papel de primera dama con un celo casi evangélico y una gracia real. Cuando anunció que su causa como primera dama sería la de las mujeres, hubo muchos rasguños en la cabeza. ¿Sólo mujeres? Igual salario para las mujeres. Reforma de los derechos de maternidad para las mujeres. Educación secundaria para las mujeres. Su gabinete para el empoderamiento de la mujer, un cuadro de líderes que crean programas y recogen apoyo del sector corporativo para asociarse con las iniciativas del gobierno, no se parece a nada que hayamos visto emprender a una primera dama.

Pero ella es una rompe-moldes. No se conoce a una mujer en una protesta, enfrentándose a una flota de policías y vehículos de construcción, blandiendo un megáfono, y esperando que se convierta en otra persona sólo porque se enamora de ti. Desde el momento en

que nos conocimos, supe que Lennix era singular. La convicción que sonaba verdadera en sus palabras al volar sobre el desierto de Arizona cuando tenía diecisiete años, todavía la oigo en su voz todos los días. Soy el bastardo más afortunado del planeta, no porque esté sentado en el Despacho Oval, sino porque me casé con *ella*, mi niña que persigue las estrellas.

—Puede entrar cuando esté lista,— le digo a Adhira y vuelvo al informe.

—Sí, señor. Y he enviado información para el embajador esta noche. Asiento distraídamente y me acuerdo de sonreír en el último minuto. Adhira y yo no hemos trabajado juntos por mucho tiempo. A diferencia de Jin Lei, que estuvo conmigo desde el comienzo de CadeCo y prácticamente podía tomarme la temperatura de un vistazo, Adhira todavía está conociéndome. Lennix me recuerda que sonría y muestre un poco menos del tipo despiadado que dirigió CadeCo con mano de hierro.

Conseguir lo que demonios quiera se ha convertido en un hábito de por vida. Trabajé duro por ello, me sacrifiqué por ello, a veces incluso me comprometí por ello, pero conseguirlo era una eventualidad garantizada. Esto es diferente. No soy el Director General de Estados Unidos. Trabajar con las otras ramas del gobierno es un poco más complicado que mi junta directiva. Ser el primer Independiente elegido como presidente tiene sus beneficios y desventajas. No tengo lealtades partidarias, pero también tengo que forjar mis propias alianzas. Me considero un tipo inteligente que se adapta y aprende rápidamente, pero hay muy poco margen de error y esto es en el entrenamiento de trabajo... en esteroides. Siempre he jugado con apuestas altas, pero el peso de miles de empleados no se compara con la toma de decisiones que literalmente afectan a millones. Afectan a las naciones.

Afectan al mundo.

—Veo que trabajan duro.

Levanto la vista del informe para encontrar a Kimba de pie en la puerta. Ella encontró a Adhira por mí, y mi asistente sabe que mi puerta está tan abierta para Kimba como para mi esposa.

—Por eso me pagan mucho dinero,— respondo secamente.

Para que conste, y mi salario es de dominio público, no me pagan mucho dinero. Cuatrocientos mil dólares al año. Sé que no es mucho dinero, pero comparado con mi salario como director general de CadeCo... digamos que no estoy en esto por el dinero. Estoy aquí por todas las cosas que Owen me recordó que eran importantes y posibles.

—¿Puedo pasar, Sr. Presidente?— Kimba pregunta.

—Qué formal,— me río y asiento.

Ella entra en la habitación y se sienta frente a mí. —Bueno, ahora eres el hombre más poderoso del mundo.— Kimba se acomoda en su silla y cruza las piernas, mirando alrededor del Despacho Oval. —Se necesita una ceremonia, ¿no crees?

—Diablos, no.—Sonreímos porque es una de las pocas personas que no me ha tratado como si fuera una mierda desde que gané las elecciones. —Puede que ganes mucho poder, pero también pierdes mucha libertad.

—Es un intercambio, pero sé que no te arrepientes,— dice Kimba, con los ojos llenos de tristeza. —Harás más bien desde detrás de ese escritorio de lo que nunca podrías en cualquier otro lugar del mundo. No me habría dejado el culo para ayudarte a llegar allí si no me lo creyera.

—Entonces, ¿por qué no estás aquí conmigo? ¿No podrías hacer más bien desde la Casa Blanca también?

—Aún te duele que haya rechazado tu oferta, ¿eh?— Sonríe y sacude la cabeza, rizos oscuros bailando alrededor de sus hombros. —Me encantaría ser tu jefa de personal, pero no es aquí donde debo estar. Necesito estar ahí fuera.

Ella asiente con la cabeza hacia la ventana detrás de mí.

Miro por encima del hombro y luego vuelvo a ella con una sonrisa irreprimible. —¿No puedes ser mi jefa de personal porque necesitas estar en el jardín de rosas?

Ella pone los ojos en blanco, torciendo sus labios en una mueca indulgente. —Necesito estar en las trincheras. Necesito estar en mi misión. Verte elegido presidente es parte de mi misión, no toda. Hay más líderes ahí fuera que tienen mucho trabajo que hacer, y quiero

ponerlos en su sitio para hacerlo.

—Respeto eso. Al menos me diste el regalo de Adhira antes de que te fueras. Ella es genial.

—Sabía que ella sería una buena candidata. Trabajó con Lennix y conmigo en algunas campañas. A las dos nos agrada mucho.

—Hablando de eso,— digo, mirando a la puerta que dejó ligeramente entreabierta. —¿Dónde está mi esposa, tu socia en el crimen?

—En camino. Salí rápido de esa reunión, pero ella se retrasó. Todo el mundo quiere un pedazo de la Primera Dama. Sabes que su índice de aprobación es más alto que el tuyo, ¿verdad?— pregunta burlonamente.

—Aún estamos en la fase inicial del mandato. Puede que me ponga al día, pero sabes que pierdo puntos cada vez que le digo a un grupo de interés especial que no. Mi querida esposa no tiene que hacer eso.— Me río y me echo para atrás de mi escritorio, me echo para atrás al menos por un momento de las instrucciones que prácticamente vibran con las cosas que requieren mi atención. —Me encanta que le guste mucho a la gente. Se lo merece.

—Amén a eso,— dice Kimba.

La mujer en cuestión se desliza en el Despacho Oval, cerrando la puerta tras ella. Respira hondo y se acerca a mí. Mi esposa se ve hermosa y ligeramente fatigada, su cabello oscuro una cortina elegante alrededor de sus hombros. Se desabrocha la falda, se quita los tacones de aguja y se arrastra hasta mi regazo.

Kimba se ríe y da un suspiro. Hay tan poca gente con la que podemos estar tan a gusto ahora, constantemente rodeados por el personal y el Servicio Secreto. Tener a su mejor amiga cerca añade un poco de paz a Lennix. Quería que Kimba trabajara aquí tanto por esa razón como por su absoluta habilidad para hacer el trabajo de manera excelente.

—¿Un día largo?— Pregunto, besando la parte superior de la cabeza de Lennix.

Ella bosteza y asiente contra mi hombro. —Larga semana, pero nada que una siesta rápida no pueda curar.

—¿Estarás bien para esta noche?— Kimba pregunta con un pequeño pellizco en el entrecejo. —Puedo tomar el discurso si lo necesitas. Se

decepcionarán al no oír a la primera dama, pero lo superarán.

—En primer lugar,— dice Lennix, levantando la cabeza para sonreír a Kimba. —Odias hablar en público.

—Es un hecho. Y tú lo sabes,— dice Kimba con un giro de ojos. —Pero tomaré uno por el equipo si lo necesitas.

—Me alegro de que sigamos siendo un equipo,— dice Lennix, — aunque me hayas dejado aquí sola. ¿Seguro que no quieres ser jefa de personal?

—Tu marido y yo ya tuvimos esta discusión,— dice Kimba. —y ambos ya conocen mis razones y mi respuesta. Ninguna de las dos ha cambiado. Ahora, sobre este discurso de esta noche...

—Estaré bien,— dice Lennix, —Sólo con que tú estés allí es suficiente. Ella se retuerce más profundamente en mí y apoya su mano en mi pecho. Entre su suave y redondo culo en mi regazo, el olor de su dulce asalto a mis sentidos y la curva de su pecho presionada en mi brazo, estoy cerca de echar a Kimba y de hacer alguna mierda claramente no presidencial a mi esposa.

—Le tengo,— asegura Kimba. —Yo sólo...

Su teléfono móvil interrumpe. Busca en su bolso para recuperarlo, frunciendo el ceño a la pantalla. —Me tengo que ir. Uno de mis candidatos necesita un severo trabajo de niñera.

—¿Algo en lo que pueda ayudar?— Lennix pregunta, casi con nostalgia. Ha asumido su nuevo papel. Creo que incluso lo ha aceptado, le encanta, pero el mismo atractivo que las trincheras tienen para Kimba, también lo tienen para Lennix.

—No, lo tengo.—Kimba se levanta y me da un pequeño saludo. —Sr. Presidente.

Yo ofrezco una risa burlona. Los ojos de Kimba se posan en Lennix, todavía se acurrucan en mi regazo. —Descansa un poco antes de esta noche, ¿vale?

—Estoy descansando ahora mismo,— murmura Lennix en mi cuello. —Te quiero. Nos vemos esta noche.

La puerta se cierra detrás de Kimba, y no puedo aguantar ni un segundo más. Me paro con Lennix aún en mis brazos y camino hacia un rincón lejano.

—Doc, ¿qué estás haciendo?, — balbucea.

La presiono contra la pared y le subo las piernas, enganchando sus tobillos a mi espalda. —Llevando a mi esposa a uno de los pocos lugares de esta oficina donde las cámaras no pueden ver.

Sus brazos se deslizan sobre mis hombros, sus dedos se meten en mi pelo.

—¿Estás seguro de eso?, — susurra, deslizando su lengua por mi labio inferior. —No nos gustaría que la primera pareja diera un espectáculo.

—Kraft, uno de los chicos de mi destacamento tuvo la amabilidad de ofrecer esa información de forma gratuita. Aparentemente mi predecesor también tuvo algunos momentos de juerga con su primera dama. Kraft asumió que yo querría algunos con la mía.—Pasé mi nariz por la fragante curva de su cuello. —Él tenía razón.

Aprieto su trasero, meto mis caderas en la caverna caliente entre sus muslos y gimoteo cuando ella retrocede. Nuestros lugares más íntimos se encuentran y nos acomodamos en un ritmo de toma y daca que cobra impulso, simulando el acto que nunca deja de ser salvaje y maravilloso entre nosotros. Fusiono nuestras bocas en un beso dulce y ardiente. Años después de nuestro primer beso a lo largo del río Amstel y bajo el cielo estrellado de Ámsterdam, sabe tan fresco como esa noche. El conducto que corre entre nuestras almas arde tan claro, tan brillante.

Ella se mete entre nosotros, me desabrocha el pantalón, me agarra, me acaricia la verga. De acuerdo, nuestra respiración trabaja. Sus labios arrastran un rastro de calor sobre mi mandíbula y me chupa el lóbulo de la oreja. Mi polla se endurece en su mano.

—Mierda, Doc, — ella respira con fuerza contra mi garganta. —Hemos vivido aquí durante meses. ¿Cómo no hemos follado en el Despacho Oval?

Deslizo un brazo bajo su culo, dejo que su espalda descansa contra la pared y me meto bajo su falda, rozando la piel sedosa de su muslo hasta que encuentro el paraíso caliente y húmedo escondido más allá de sus pantis.

—Descuidado, — murmuro, hundiendo dos dedos en el canal apretado y caliente de su cuerpo y absorbiendo el choque de sus

escalofríos contra mí. —Deberíamos rectificar eso ahora mismo.

Un firme golpe en la puerta hace que ambos nos quedemos quietos, calientes y jadeando en las sombras de la habitación.

—Sr. Presidente.— La voz de Adhira es silenciada a través de la gruesa madera de la puerta. —El embajador Iosua está al teléfono para usted.

—Maldición, maldición, maldición,— digo, manteniendo mi voz baja y golpeando mi frente contra la pared junto a la cabeza de Lennix. —Necesito tomar esto.

—Por supuesto que sí.—Respira con fuerza, gira la cabeza, me besa la sien y deja caer sus piernas de mi cintura al suelo.

—Nix, lo siento.—Paso la palma de mi mano por la línea de su muslo bajo la falda. —Deseo esto, te deseo tanto, pero... —

—Pero el país llama.— Me sube la cremallera de los pantalones y se aleja de la pared, ajusta su falda que se había torcido alrededor de su cintura durante nuestros saltos y roces. —Como una de las ciudadanas preocupadas que se arriesgó a votar por el primer presidente independiente, insisto en que responda.

Le quito un mechón de pelo oscuro de su cara, y miro a los ojos de plata. —Esta noche.

Se pone de puntillas y me da un beso casto que ni siquiera las cámaras plantadas en esta habitación lo tomarían a mal, pero su voz es ardiente en promesas.

—Esta noche, Sr. Presidente.

## LENNIX

—¿Eso es todo por esta noche, señora?

Robert, guía a mi equipo de seguridad se detiene en la puerta de la Residencia, el único lugar donde se siente que Maxim y yo realmente escapamos de todos los ojos en estos días.

—Sí, gracias, Robert,— digo con una sonrisa que debe estar tan caída como yo.

—Excelente discurso esta noche, por cierto,— dice, con la mirada ligeramente a la izquierda de mi hombro.

—Gracias. Espero que ninguna de esas damas se haya dado cuenta de que estoy agotada.

—Podrías dormir hasta mañana,— sugiere, con su voz tranquila y preocupada. —Creo que la fatiga es común para una mujer en su...

Lo miro con atención, pero deja que las palabras se desvíen con su pensamiento inacabado. El rojo se filtra en sus ya rojizas mejillas.

—Lo siento, señora,— dice. —No me correspondía...

—¿Cómo lo supiste?— Pregunto, frunciendo el ceño, buscando en mi mente lo que hice para revelar mi secreto.

Sus ojos azules finalmente se encuentran con los míos directamente y se encoge de hombros. —La esposa y yo tenemos cuatro. Mi hermana tiene tres propios, y yo soy uno de cinco. Estoy contigo casi todas las horas del día y reconozco las señales.

—El presidente ha estado muy ocupado,— le digo en voz baja, mirando más allá de él hacia donde otros dos agentes me esperan para entrar en la Residencia y así poder —relajarme— un poco. —No se ha dado cuenta. ¿Crees que alguien más lo ha hecho?

—No.— Sus rasgos de granito se suavizan un poco. —Y su secreto está a salvo conmigo. Todos ellos.

Asiento y sonrío, abriendo la puerta y dándole una mirada agradecida sobre mi hombro. —Buenas noches, Robert. Hasta mañana.

Cierro la puerta detrás de mí y me paro en el vestíbulo de lo que es nuestro extraño y gran hogar por los próximos cuatro años. Después del clamor de ahí fuera, los medios de comunicación esquivando cada uno de nuestros movimientos, alguien siempre necesitando nuestra atención, siempre teniendo un lugar donde estar, la tranquilidad aquí más allá de la puerta a mi espalda cae sobre mí como una manta. Cálido, acogedor, bloqueando el sonido estridente y la luz desagradable. Las luces aquí son bajas, bañando las paredes y los pisos en dorado cremoso. Es nuestro último bastión de paz y tranquilidad.



—No habrá silencio por mucho tiempo,— murmuro, forzando a mi cuerpo exhausto a dar los pasos hacia nuestro dormitorio. Trato de imaginar los lamentos nocturnos de un bebé mientras mi esposo se prepara para levantarse a las cuatro como lo hace ahora. No hay mucho que puedas expresar en un día, así que Maxim, por necesidad, ha alargado sus días.

El tiempo parece estar jugándome una broma. Durante la campaña, fue una mierda, arrastrándose, cada debate, cada ayuntamiento y cada entrevista tardando una eternidad. Una vez que anunciamos nuestro compromiso, el tiempo pareció dilatarse y acelerar. Con la campaña exigiendo tanto, estaba dispuesta a esperar hasta que terminara para casarme. Maxim, sin embargo, no lo hizo. Esa campaña fue una pelea de perros a tres bandas. Kimba y yo estábamos más preocupadas por la elección de Maxim que por la planificación de una boda. Gracias a Dios por Vivian y Mena, que se encargaron de los planes de boda para que pudiéramos ejecutar nuestras estrategias.

Nuestro compromiso consumió el ciclo de noticias durante semanas, pero Maxim se esforzó por mantenerse enfocado en los temas, no en el circo mediático que rodeaba nuestras nupcias pendientes. Quiero decir, lo entiendo. Maxim es... Maxim. Carisma y encanto a nivel nuclear, atractivo como el infierno. Un candidato independiente tratando de hacer historia, proveniente de una de las familias más ricas de Estados Unidos. Además de todo eso, comprometido con una mujer que no sólo era su directora de campaña, sino una oponente bien documentada de las prácticas comerciales de su padre. Era demasiado para que los reporteros lo ignoraran.

Con el caos en que se convirtieron nuestras vidas, ambos queríamos una pequeña e íntima boda con sólo los más cercanos a nosotros en la asistencia. Nos casamos bajo un dosel de nubes y sol, bajo nuestro gran cielo en el rancho de Maxim en Wyoming. En los momentos antes de casarme con Maxim, Mena me abrazó, susurrándome oraciones y bendiciones en nuestra lengua original, las casi perdidas palabras preciosas en el aire que nos rodeaba. Y sentí a mamá con tanta fuerza que mis recuerdos encendieron mis sentidos; me dio su aroma único, me regaló la calidez de sus brazos a mi alrededor, me

alimentó sus esperanzas y sueños en la sal de mis lágrimas.

—Ella está aquí,— susurró Mena en el pelo que dejé caer por mi espalda y alrededor de mis hombros. —Liana ve. Ella sabe.

Y eso fue suficiente.

Las palabras de Mena aliviaron los dolores persistentes de mi corazón, y supe que incluso mientras papá me llevaba al altar, mamá también estaba a mi lado.

—Me vendrías bien ahora, mamá,— digo, tocando mi vientre, en esta etapa temprana sin mostrar signos del secreto que acabo de confirmar hoy. —Me enseñaste a luchar, a liderar. Me vendría bien algo de orientación ahora. Cómo ser una mamá y la esposa que Maxim necesita. Ser la primera dama que quiero ser para este país.

Dejo salir todas mis preocupaciones, inquietudes, ansiedades en una ráfaga de aire, y me permito respirar de alegría.

*Un bebé.*

Mío y de Maxim.

En el camerino adyacente a nuestro dormitorio, descarto apresuradamente el embalaje de FLOTUS de traje y tacones cuidadosamente elegidos. Toda mi vida está ahora cuidadosamente elegida, cuidada. No todos están contentos con que un Independiente y su primera dama indígena residan en el 1600 de la Avenida Pennsylvania. Cada palabra es examinada despiadadamente. Cada apariencia es examinada. Y, sí, incluso la ropa que llevo tiene el potencial de revolver la olla en una dirección que no queremos.

Con cuidado, cuelgo el traje que llevé esta noche en el evento para mujeres de negocios. La CWE es mi nueva pasión, capacitar a las mujeres es mi objetivo, pero las necesidades de mi gente aún arden con más fuerza en mi corazón. Constantemente busco formas de ser la primera dama para todo el pueblo, pero asegurarme de que mi familia nativa sepa que sigo siendo la suya. Primero la suya.

Estoy deslizando un camisón de seda sobre mi cabeza cuando el estruendo de la voz de Maxim llega a mis oídos desde abajo.

—Buenas noches, Patrick,— le oigo decir a su jefe de seguridad. El clic de esa puerta que se cierra es el sonido que espero cada noche, señalando que, aunque un pequeño escuadrón de guardias de

seguridad permanece justo más allá de los muros de nuestro hogar adoptivo, estamos finalmente bien y verdaderamente solos hasta la mañana.

Los pasos de Maxim resuenan fuertemente en las escaleras mientras las sube. No me avergüenzo de que la mera promesa de entrar en nuestra habitación me apriete los pezones bajo la seda y humedezca el necesitado espacio entre mis piernas.

El tintineo de la jarra contra el vidrio me dice que está tomando un trago antes de venir a mí.

Noche dura entonces.

Entra en el vestuario con los pies en silencio, la costosa alfombra absorbe el sonido de sus pasos. De cara al armario, me tenso involuntariamente, mi cuerpo se prepara para él, anticipando no sólo su toque, sino su posesión. El sexo con Maxim siempre ha sido intenso, pero desde que asumió el cargo, se ha vuelto más salvaje, incluso más agresivo, como si tener que contenerse tanto para que este abrumador trabajo deje a mi cuerpo su única salida para dejarlo ir completamente.

Se acerca por detrás de mí, pero no me toca con las manos. Deja el trabajo de la pasión a sus labios y lengua, bañando mis hombros desnudos con besos.

—¿Qué pasa, Doc?— Pregunto con humor de ronco. —¿Noche dura?

—Ugh.— Sus brazos finalmente me rodean, su amplio pecho, todavía envuelto en un traje, presionando mi espalda. —No está mal, pero algo no está bien en Manaroa.

Levanto la mano por encima de mi hombro, hundiendo mis dedos en el frío pelo de su nuca mientras me besa el cuello.

—¿Qué te hace decir eso?— Pregunto, mi aliento se agita mientras él extiende su gran mano sobre mi vientre.

—Una vibración que recibí del embajador que conocí esta noche.— Me aparta el pelo. —Llamaré a Grim mañana. A ver qué sabe.

—Grim normalmente lo sabe todo, ¿no?— Pregunto, tratando de concentrarme en las palabras que salen de mi boca tras las cosas que hace con la suya. Su boca abierta sobre la piel caliente de mi cuello y la piel expuesta de mi espalda me incita a empujar mi culo de nuevo

hacia él, un atavismo de una criatura que indica a su pareja que está lista para ser tomada. Porque yo también lo estoy.

—Lo sé de primera mano,— dice Maxim, girándome por los hombros para enfrentarlo. —Con qué facilidad una hermosa esposa puede distraerte de las cosas a las que normalmente prestarías atención.

—¿Es eso un hecho, Sr. Presidente?— Pregunto, levantando mis brazos a sus hombros, consciente de cómo el movimiento empuja mis pechos hacia arriba, tensando mis pezones contra la seda. —¿Le estoy distrayendo?

Responde sólo con un gruñido y dedos urgentes tirando de las correas de mi camión. Pongo mis dedos sobre los suyos y lo miro, provocándolo a través de mis pestañas. —Usa tus palabras, Presidente.

—Quítate esa mierda para que pueda follarte,— dice, sílabas de arenilla a través de una sonrisa hambrienta. —¿Suficientes palabras para usted, Sra. Cade?

Me doy la vuelta y tiro de la endeble seda que roza mi dolorosa carne hasta que estoy desnuda delante de mi marido. —Servirán.

—No seré gentil.—Él baja su cabeza hasta mi pezón y chupa con fuerza, tomando la punta tierna entre sus dientes y agarrando mi espalda entre manos ásperas.

—Mierda,— murmuro, el dolor y el placer salen de la trinidad de sus labios, lengua y dientes devorando un pecho y luego el otro.

—¿Qué te hace pensar que quiero ser amable?— Agarro su verga a través de la cara tela de sus pantalones. —Fóllame fuerte, esposo. No eres el único que ha tenido una noche dura.

Inclina la cabeza hacia el espacio que hay más allá de mi vestidor. —Te daré una ventaja.

Mi corazón empieza a acelerarse antes que mis pies, y salgo corriendo. El despertar impregna las habitaciones mientras nos lanzamos a través de ellas, yo desnuda y él completamente vestido, pero desnudándose mientras me acecha, quitándose la chaqueta y los pantalones bien confeccionados. Deshacerse del civismo. Cuando miro por encima del hombro, encuentro al lobo en sus ojos, una bestia de boca espumosa lista para atacar tan pronto como me atrape.

En la habitación lo hace, me agarra por detrás y me levanta de mis pies, presionando su pecho desnudo, sus labios en mi cuello, mordiendo.

—Te voy a follar el culo esta noche, Nix.

Mi coño prácticamente chorrea y el pequeño agujero que amenazó con hacer se aprieta por anticipado.

—Qué boca tan sucia tienes, Doc,— digo, mi voz despojada y cruda.

Me deja caer en la cama, con los ojos clavados en el rebote de mis pechos y la extensión de mis muslos.

—¿Quieres saber lo sucia que tengo la boca?— pregunta, tumbado en la cama y apoyando la cabeza en la almohada. —Siéntate en ella.

*Santo infierno.*

De rodillas, me pongo a horcajadas en sus caderas, tomándome el tiempo de admirar su cuerpo vestido sólo con calzoncillos, el amplio pecho, el abdomen surcado y los brazos esculpidos, algo muy bello. *Mi* cosa bella. Lentamente subo por el plano de su cuerpo cuando sus dedos me agarran las caderas y me arrastra hacia arriba y sobre su cara. Sin decir nada, abre su boca sobre mi coño y comienza a comer.

Aplasto mis palmas contra la cabecera y gimoteo. Entre mis muslos yace su banquete, y se da un festín como un animal hambriento, como un amante largamente negado aunque anoche encontramos el cielo en estas mismas sábanas. El placer es tan insoportable, que trato de apartarme, pero sus manos son despiadadas en mis caderas, encerrándome en su lugar, prisionera de esa boca tortuosa y de esa lengua tan familiarizada con los secretos más oscuros de mi cuerpo.

—Doc,— lloro débilmente, dejando caer mi cabeza entre brazos temblorosos. —Me vengo. Dios, tan fuerte.

No responde, pero extiende mis labios con dedos hábiles, chupando mi clítoris en un despiadado descuido por cómo me estoy deshaciendo de él, deshaciéndome en un coro de jadeos y sollozos y gemidos. La humedad se desliza por el interior de mis muslos, y él me empuja más cerca, siguiendo el camino de mi liberación con su lengua, recogiendo la evidencia de su dominio sobre mi cuerpo. Para cuando termina, estoy flácida, sujeta y en su lugar sólo por las grandes manos a la altura de mis caderas. Estoy segura de que si no

fuera por su agarre, me caería. Se desliza por debajo de mí, y suavemente me pone de rodillas en el centro de la cama.

A través de los sentidos apasionados oigo que se abre el cajón junto a la cama. Lo oigo destapar el lubricante. A Maxim le encanta el sexo anal. Pensé que moriría la primera vez que esa gran polla se metió en mi pequeño culo. Le dije que una vez era suficiente, pero si este hombre puede persuadir a la mayoría de los estadounidenses a hacer algo que nunca han hecho - elegir a un Independiente - ¿quién soy yo para resistirme a él cuando se propone algo? Y se propuso, y su verga, a enseñarme lo placentero que puede ser el sexo anal.

Ahora yo compro el lubricante.

Me aseguro de que esté ahí para noches como ésta cuando él está así y sólo mi culo lo soportará.

Los músculos de mi estómago se tensan mientras espero, las palmas de las manos en el colchón, el culo en el aire, mi cuerpo un puente esperando que él lo cruce, que lo tome. Él extiende mis mejillas, acariciando el agujero fruncido con el lubricante fresco. Mi aliento se agita.

—¿Conseguiste el tuyo?— pregunta, con una voz tan suave como desde que entró en la Residencia.

—Sabes que lo hice,— jadeo, mi aliento aún corto, truncado por mi orgasmo.

—Bien.— Se instala detrás de mí, desliza su mano entre mis muslos para acariciar mi clítoris todavía sensible. —Porque estoy a punto de conseguir el mío.

No me folla enseguida, pero me deja sentir su verga allí, dura y enorme y prácticamente palpitante con la necesidad de penetrarme. No, acaricia mis pechos, frota mi clítoris, hasta que soy yo la que lo empuja hacia él. Yo soy la que extiende una mano hacia atrás para abrir el culo, esperando tentarlo para que termine esta tortura. Finalmente, siento la más mínima presión, pero es sólo su pulgar que se desliza en mi agujero y sus cuatro dedos extendidos sobre la parte pequeña de mi espalda.

—No,— me quejo. —Tu polla, Maxim.

—No me digas cómo te follo,— me gruñe en el cuello. —La recibirás

cuando yo te la dé.

Me acerco por detrás y le agarro la verga, despiadada a mi manera, tirando de él, buscando sus bolas para acariciarlas.

—Maldita sea, Nix,— gime, aplastando su pecho contra mi espalda, protegiéndome. —No te precipites. Quiero que sea bueno para ti.

—Lo es,— le digo, dándose cuenta de que a pesar de toda su rudeza, quiere asegurarse de que no me hace daño. Miro por encima de mi hombro, captando el amor, el deseo y la preocupación en sus ojos, sosteniéndolo en mi corazón y no dejándolo ir. —Siempre es así.

Me acerco por detrás y guío su verga hacia mi entrada trasera. Él pone su mano sobre la mía, tomando el control y guiando la punta hacia adentro.

—Jesús,— jadeo, la presión inicial siempre me quita el aliento.

—¿Estás bien?— Me pregunta, pero se mete un poco más. —Maldición, Nix. Ya está tan bueno y ni siquiera estoy en todo el camino.

Lo presiono hacia atrás, forzándolo más profundamente, perdiendo el aliento a medida que cada centímetro de él, excitado y engrosado, me llena. No se detiene hasta que está completamente sentado. Por un momento, no puedo respirar. Es mucho. El lubricante le facilitó el camino, pero no hay forma de evitar la circunferencia de él; de cómo me estira. Respiro a través de la incomodidad inicial hasta que encuentro el placer debajo.

Y entonces se mueve.

Al principio es un lento deslizamiento de adentro y apenas afuera, con cada empuje yendo más profundo y más fuerte mientras siento que su control comienza a resbalar. Lo quiero. Quiero a la bestia. Quiero al lobo. Lo quiero sin restricciones, sin cargas. Sé lo que se requiere de él. Sé que es más difícil de lo que incluso él imaginó que sería; que esta cosa que persiguió, en parte por Owen, pero sobre todo por la gente, estira los límites de su vasto intelecto y tensa las costuras de su experiencia. Y sé que algunos días no está seguro de poder hacerlo tan bien como espera de sí mismo. Los medios de comunicación, las voces chasqueantes de ambos lados del pasillo no son la mayor crítica de Maxim. No son los que lo mantienen en un nivel más alto de lo que

parece humanamente posible. Maxim se hace eso a sí mismo, y aunque no siempre lo dice, es casi más de lo que puede manejar. Algunos días es más de lo que puede manejar.

Y en esos días soy su consuelo, la guardiana de las confidencias sin palabras que se intercambian únicamente entre nuestros cuerpos, corazones y almas. Después de sólo unos momentos, la correa se rompe y él se abalanza salvajemente contra mí, follándome tan fuerte que mis pechos rebotan y mi cabeza se balancea, un oscuro velo de pelo cayendo sobre mi cara. Pone una mano en el colchón y la otra me agarra por el cuello, sosteniéndome para recibirlo.

—Tócate,— jadea. —Quiero que te vuelvas a venir.

*Con mucho gusto.*

Me deslizo los dedos entre las piernas mientras él se abalanza sobre mí, una tormenta a mi espalda soplando sobre mí, ahogándome en el placer. Él toma velocidad y fuerza, toda velocidad sensual, destruyendo cada reserva e inhibición en su camino hasta que estoy aullando, mis gritos roncros mezclándose con los suyos. Cada vez que me toma, nos tomamos el uno al otro, es un acoplamiento tan viejo como el tiempo, tan fresco y nuevo como el rocío de la mañana. Nuestros caparazones civilizados caen, dejando sólo los más bajos impulsos, la naturaleza carnal.

*Mío.*

*Suya.*

Soy su pareja, su chica, su dama, la primera y la última.

Alfa. Omega.

Y mientras se derrama en mí, endureciéndose, su mano suave en mi cuello, sus dedos hurgando en mi pelo, ahuecando mi mandíbula, invadiendo mi boca, urgiéndome a chupar, suspiro y sollozo, cada duda resuelta, cada preocupación aliviada. Estoy donde debería estar. Donde estaba destinado a estar.

Y él también lo está.





—¿Fui demasiado rudo?— pregunta, sus manos trazando mi piel desnuda y fría bajo la seda de nuestras sábanas.

—No. Nunca.—Me pongo de espaldas y encuentro sus hermosos ojos verdes en la tenue luz dorada. —Yo lo deseaba así.

Él busca en mi cara antes de asentir. —Dijiste que también tuviste una noche difícil. ¿No salieron bien las cosas en el evento?

—Estuvo bien. Sólo he estado muy cansada, pero creo que es de esperar.—Bajo las pestañas y respiro profundamente, lo cual mantengo por un segundo antes de mis próximas palabras. —Cuando estás embarazada.

—Sí, me imagino que...

Sus palabras se desintegran y se queda completamente quieto en la cama a mi lado mientras mis palabras penetran en su conciencia. Se estira para encender la otra lámpara, sus ojos instantáneamente en los míos, sondeando.

—¿Qué has dicho?— exige, cautela y lo que se parece a la esperanza reunida en su hermoso rostro.

—Dije que creo que se espera que estés cansada cuando estás embarazada.—Me arriesgo a echarle una mirada. —Yo estoy, quiero decir, embarazada. —

Me aplasta contra su pecho desnudo, me agarra el cráneo y posee mi boca en un beso que me riza los dedos de los pies y me calienta el corazón. Justo cuando pienso que no puedo pasar un segundo más sin respirar, él arranca sus labios de los míos, sólo para empezar a llover besos sobre mi cara, cabello y cuello.

—Maxim,— me río, tirando de su pelo para apartar sus labios por un segundo.

—¿Un bebé?— Se inclina sobre un codo, con temor en sus ojos. — ¿Estás segura?

—Sí. No quería decírtelo hasta estar segura. Tienes tantas cosas en marcha. Una nación que liderar. Este nuevo puesto. Sé que puede que no sea el mejor momento, pero...

Me pone un dedo en los labios. —Es el momento perfecto. Dios mío, es perfecto. Cuéntamelo todo.

Le cuento de las últimas semanas dándome cuenta de que me faltaba la regla, sintiendo náuseas todas las mañanas cuando me despierto después de que se haya levantado y se haya ido. Y por último ayer haciendo que mi asistente consiguiera varias pruebas. Todas ellas confirmaron que el presidente será padre y que habrá un primer bebé. Él me empuja en el codo de su brazo y yo descanso mi cabeza en su hombro. —Antes pensábamos que el escrutinio era alto,— dice secamente. —¿Un bebé en la Casa Blanca? ¿Mi hermosa primera dama embarazada? No podrán tener suficiente de ti.

—Sólo me importa si no se cansan de mí,— digo, arrastrando mis dedos entre la fila de músculos de su abdomen.

—Mierda, Nix.—Echa la cabeza hacia atrás para poder ver mi cara. —Te he follado fuerte por el culo.

Me contoneo, saboreando el dolor y recordando con cariño lo duro que me he venido. —Lo sé,— suspiro recordando la felicidad.

—¿Por qué no me lo dijiste? Estás embarazada. No podemos... no puedes... — Me mira con severidad. —Tenemos que tener cuidado.

—Por supuesto que sí.—Mi mano se desliza bajo las mantas, los dedos se deslizan sobre su piel tensa hasta que encuentro su verga y la aprieto. —Pero si crees que le estás negando a mi culo esta verga durante nueve meses, estás loco.

La risa retumba en su pecho. —Nena, pero...

Me muevo, trepo sobre él, extendiendo mis muslos sobre los suyos y lo miro, me inclino hacia adelante hasta que mi pelo cae sobre nosotros, cerrando el resto del mundo. —Tú eres mío. Tu polla es mía. Tu corazón es mío y yo soy dueña de tu alma.

Me mira fijamente, el humor se desvanece de sus ojos, de sus labios.

—Sí,— dice simplemente. —Y tú eres mía.

Yo miro hacia atrás, aflojando la firme línea de mis labios en una sonrisa.

—¿Crees que tienes suficiente amor para mí y para otro?— Pregunto.

Desliza su mano sobre mi cadera, mi muslo, la curva de mi cintura. —Más que suficiente.

—Estaba pensando,— digo, empujando un mechón de pelo oscuro hacia atrás de su frente. —Sé que es pronto, pero si es un niño, ¿qué te

parece llamarlo Owen? ¿Es demasiado doloroso? ¿Sería...?

—Sí,— interviene, su garganta se balancea al tragar las emociones que se arremolinan en sus ojos. —Eso sería genial.

Me mira a mí, y une nuestros dedos en las sábanas. —Y si es una chica, ¿tal vez Liana?

Ahora soy yo quien asiente, tragando para mantener las lágrimas a raya, pero me llenan los ojos. Unas pocas gotean sobre mis mejillas. No me molesto en secarlas. ¿Por qué? Lo sostuve, lo abrigué en mi cuerpo cuando estaba atormentado por el dolor después de la muerte de Owen. Escuchó mis gritos cuando estaba atrapada en pesadillas sobre el destino de mi madre.

Hemos compartido la intimidad de la más profunda pena. Maxim apoya su gran mano sobre mi vientre, la paz en su sonrisa y la maravilla en sus ojos cuando se encuentran con los míos.

Ahora compartiremos la intimidad de la más profunda alegría.

**Fin**

## AGRADECIMIENTOS

En la nota de la autora al principio, agradecí a algunas de las mujeres que me guiaron en la redacción de este libro, pero vale la pena repetirlo. Sherrie, Makea, Andrea, Nina y Kiona, gracias por compartir sus tribus, sus historias, su herencia conmigo. Por enseñarme, por abrirme los ojos a muchas cosas que he pasado por delante toda mi vida. Son mujeres extraordinarias, y espero que los lectores vean algo de su fuerza, coraje y sabiduría en Lennix, el personaje que sus historias me ayudaron a crear.

Hay mucha gente que siempre me apoya, pero hay un círculo de amigas que me aguantan cuando escribo, creando portadas, haciendo borradores. ¡Pobres almas sufrientes! ¡JAJAJA! LJ Shen, gracias por ser mi colega, y por decirme con amor y contundencia cuando algo apesta y amenazar con daños corporales si voy en contra de tus recomendaciones. ¡JAJAJA! Dylan Allen, Corinne Michaels, Claire Contreras, Nikki Sloane, Willow Winters, Nana Malone... Ustedes deben poner los ojos muy en blanco cuando les envío otra versión de la portada y el anuncio que han visto cientos de veces. Gracias por ser honestas y pacientes y por mostrar a mis proyectos la misma atención cariñosa que le dan a los suyos. Significa el mundo para mí. Lori Jackson - ¡chica! Sé que soy una diva, y tú sigues esculpiendo y dando forma y modificando las portadas hasta que yo y mi coro/comité de opiniones estamos satisfechos. ¡¡GRACIAS!! Jenn Watson - siempre y todo el tiempo. Gracias por acariciar mi pelo cuando estoy ansiosa y mantener una sonrisa cuando soy exigente y morderte la lengua cuando empiezo a intentar hacer tu trabajo y luego fallo y tengo que pedirte que lo arregles. ¡JAJAJA! Tú y tu colmena son increíbles, y nunca doy por sentado tu consideración y profesionalidad. Tia de Honey Mag, gracias por ser siempre la voz de la verdad y por toda tu ayuda. ¡Estoy muy contenta de que nos hayamos conocido!

A mi equipo de promoción - (Kennedy's Krew, BlockStars, Pinkballerz y Kennedy's Crusaders) y lectores de la versión beta, gracias por

invertir a lo largo del camino en lo que esta historia se ha convertido. A mi grupo de Libros Kennedy Ryan en Facebook, GRACIAS por ser mi aterrizaje suave virtual. Me mantienen animada y me dan un lugar seguro para celebrar cada día. ¡Los quiero!

Con cada libro, me recuerdan que todo esto es genial, pero se siente pálido e insuficiente sin alguien con quien celebrar. Ese es mi #LifetimeLovah de 22 años y contando. Gracias a mi esposo que soporta la loca prisa de los plazos, las semanas de repetidas comidas para llevar, el casi condenado estado de nuestra casa cuando trato de terminar un libro, con una esposa que susurra diálogos bajo las sábanas y habla consigo misma en voz alta todo el día. Sé que debes sentirte como si vivieras con una loca la mitad del tiempo, pero siempre me haces sentir amada y apoyada. Me abrazas cuando lloro y me haces reír todos los días. Te amo y —lo haría todo de nuevo.

# MUJERES INDÍGENAS DESAPARECIDAS Y ASESINADAS

Mientras entrevistaba a las mujeres nativas estadounidenses para esta historia, un tema siguió surgiendo en la superficie de nuestras conversaciones. La epidemia de mujeres indígenas desaparecidas y asesinadas. Según se informa, en algunas comunidades indígenas de los EE.UU., las mujeres nativas tienen 10 veces más probabilidades de ser asesinadas que el promedio nacional.

*Diez veces.*

Esto es devastador e increíble. Es un tema complicado, y la información [aquí](#) (En inglés) puede ayudar a explicar lo enrevesado que es nuestro sistema para encontrar justicia para estas mujeres.

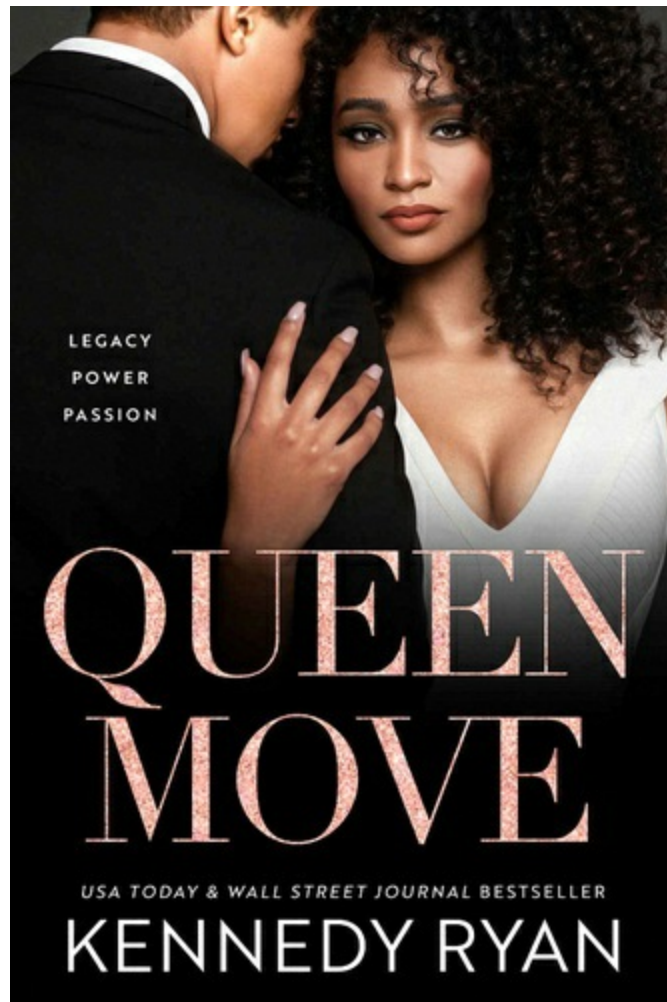
Al acercarme a la historia de Lennix, supe que muchos lectores verían como un cabo suelto el no encontrar a su madre Liana o el saber lo que le pasó.

*Es intencional.*

Quería que nosotros, como lectores, tuviéramos un mínimo vistazo de cómo se sienten los cientos de miles de familias que pierden a sus madres, hermanas y amigos de esta manera. Ellos, como Lennix, nunca saben lo que pasó. Sólo saben que se ha ido.

Gracias por hacer este viaje conmigo.

# QUEEN MOVE



(Spin off All The King's Men Duet)

## **LEGADO. PODER. PASIÓN.**

*El niño que siempre se sintió como mío es ahora el hombre que no puedo tener...*

Cava un poco y encontrarás fotos mías en la bañera con Ezra Stern.

Saca tu mente de la cuneta. Teníamos seis meses de edad.

Pry y uno de nosotros podría confesar que guardamos nuestro primer beso para el otro.

Los más torpes, húmedos, descuidados... espectaculares treinta

segundos de mi adolescencia.

Métete en nuestros asuntos y verás dos familias, más unidas que la sangre, desgarradas en un instante.

Veinte años después, mi "patito torpe" mejor amigo de la infancia, el chico que nadie notó, es un hombre que nadie puede ignorar.

*Más fino. Más feroz. Más inteligente.*

*Tomado.*

Dime que está mal.

Dime que el chico que siempre se sintió como mío es ahora el hombre que no puedo tener.

Cuando nos encontramos de nuevo, todo se interpone en nuestro camino: secretos, mentiras, promesas.

Pero no hemos llegado tan lejos para rendirnos ahora.

Y sé lo que hay que hacer si quiero hacerlo mío.



## SOBRE LA AUTORA



Escribo romance contemporáneo y ficción femenina. Siempre doy a mis personajes su "felicidad para siempre", ¡pero me encanta hacerlos trabajar por ello! Es un largo camino hacia el amor, así que siéntate y disfruta del viaje.

Soy la esposa del amor de mi vida, la madre de un hijo especial y hermoso, y una amiga de los que viven con autismo a través de mi fundación benéfica.

CRÉDITOS



EPUB

